

Renato Cisneros

Dejarás la tierra



ÍNDICE

Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Citas

PRIMERA PARTE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7

SEGUNDA PARTE

Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12

TERCERA PARTE

Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Árbol genealógico

Nota final

Créditos

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Un silencio antiguo selló durante doscientos años el misterio de una familia demasiado parecida a las tragedias y ambiciones de un país como Perú. Patriarcas decolorados, mujeres sacudiéndose el peso de su tiempo; personas, al fin y al cabo, que han sido rescatadas en este libro para redimensionar la historia. Esta novela nos recuerda que las familias están hechas de todo lo que se ocultan y que solo una prosa capaz de atravesar lo visible y lo soterrado puede rastrear el cauce de eso que llamamos identidad.

Si la voluntad de forjarse una estrella propia llevó a Renato Cisneros a escribir *La distancia que nos separa*, lo que nos entrega en *Dejarás la tierra* es, al mismo tiempo, el cierre de aquella historia y la confirmación de un narrador capaz de ver el precipicio y dar un paso más.

Renato Cisneros



Dejarás la tierra

 Planeta

A Natalia y Julieta, mi familia

Al principio, la energía de una familia surge de la miseria. Y esta miseria a menudo impulsa a un miembro de la familia a ir en busca de una vida mejor; y a veces allana el camino para que los demás miembros lo sigan. Entonces tienes una familia en ascenso, laboriosa y motivada. Y al cabo de una generación esa laboriosidad puede producir riqueza. Y con la riqueza llega la posición social, incluso la nobleza. Y con la nobleza llega el orgullo, y a menudo la arrogancia. La arrogancia suele ser un elemento que conduce al declive, y con el tiempo vuelven a la miseria.

GAY TALESE, *Los hijos*

He vivido cien años ignorando estas cosas: permitan que un anciano desordene lo que está escrito, con lo que sabe.

ENRIQUE PROCHAZKA, *El porquerizo*

Yavé dijo a Abraham: «Deja tu país, a los de tu raza y a la familia de tu padre, y anda a la tierra que yo te mostraré».

Génesis 12, 1

¿Quién no jugó a los antepasados alguna vez, a las prehistorias de su carne y de su sangre?

JORGE LUIS BORGES, *Yo, judío*

PRIMERA PARTE



Lima, 2013

Ese día llegamos al cementerio con la urgencia de verificar si era cierto o no que el esqueleto de la tatarabuela Nicolasa se encontraba enterrado junto al del cura Gregorio. Eran las doce. El sol recalentaba las tumbas y cegaba a los perros sin dueño que vagaban buscando la sombra. De a pocos, el silencio del Presbítero Maestro fue disolviéndose, primero con nuestra respiración, luego con el eco de los pasos desgastados de las contadas personas que a esa hora se movilizaban para comunicarse con sus muertos.

La luz natural no hacía menos tétrico el laberinto de esos pabellones que parecían componer barrios enteros de edificios de ventanas selladas, jardineras de flores marchitas y cruces negras pintadas como lágrimas. Edificios decrepitos, como bombardeados, llenos de cadáveres cuyos espectros seguramente aguardarían la noche para deambular intercambiando olvidos, misterios y pesares.

Al pasar delante de las puertas de rejas oxidadas que se levantan cada cierto tramo y comunican el cementerio con el reino de los vivos, advertimos que los vigilantes habían abandonado sus puestos para ir en busca del almuerzo, o quizá todavía no se presentaban a trabajar, o quizá no había vigilantes que fueran a ocupar nunca esas casetas desteñidas que de lejos simulaban sarcófagos vacíos.

Sin informantes a quienes recurrir, nos tomó una hora ubicar el cuartel San Job después de hacer falsas paradas en San Estanislao, San Joaquín, San Calixto, donde nos entretuvimos con los gestos dolientes de los arcángeles de piedra que coronan las criptas y mausoleos de ciertos héroes republicanos.

Una vez en el San Job, guiado por una intuición hasta aquel instante adormecida, el tío Gustavo caminó lánguido pero con convicción hacia las

lápidas del sector «C» y empezó a recorrerlas con la mirada, repitiendo tres dígitos en voz alta:

Dos, cinco, tres.

Dos, cinco, tres.

Dos, cinco, tres.

Parecía un sonámbulo pronunciando el conjuro que lo devolvería a la vigilia.

Así estuvo unos segundos hasta que dio con la tumba que buscaba. Detrás de partículas de tierra sedimentada y restos de telarañas ya quebradizas, los datos del mármol se leían con nitidez.

Aquí descansa doña Nicolasa Cisneros

Nació el 10 de setiembre de 1800

Falleció el 3 de enero de 1867

Abajo, una inscripción en latín: *Adveniat Regnum Tuum*. «Venga tu reino.»

Al pie, más que un epitafio, una sentencia:

Sus hijos la querrán siempre.

Al pasar una mano por mi antebrazo sentí la piel erizarse. Sabía que allí dentro no había otra cosa que una calavera arrinconada, carcomida por larvas, si acaso envuelta en unos trapos deshilachados que ya no constituían una vestimenta; lo sabía, pero por un minuto quise creer que algo del espíritu de esa mujer que había sido mi tatarabuela, estando a tan escasos centímetros de nuestro mundo, podía filtrarse por alguna de esas grietas o ranuras que el calor abre en el cemento, manifestarse de alguna forma puntual y aprobar nuestra visita o echarnos de allí para que dejásemos de importunarla.

El tío Gustavo se concentró en limpiar el vidrio con un trapo. Al principio lo hizo con serenidad y delicadeza, como si lavara la cabellera de un moribundo, pero ya después con una vehemencia sin proporción. Había algo en él que necesitaba doblegar o penetrar el bloque de cemento y profanar ese depósito con el afán de recoger por unos minutos los escombros de aquella señora que, dos siglos atrás, nos había heredado su apellido, y de reconocer en esos despojos la materia de la que también nosotros estábamos hechos. Se detuvo de repente, al reparar en la escultura en bajorrelieve que destacaba en

el centro de la lápida. Era la silueta de una mujer tomando a un niño entre sus brazos.

—Fíjate bien —dijo—, es una madre con su hijo, está sola, no hay padre.

Tomé nota de su observación en mi libreta y seguí examinando los detalles de la escena esculpida, atento a todo cuanto pudiese encerrar algún significado.

No había terminado cuando mis ojos se sintieron atraídos o interpelados por el nombre del muerto del foso vecino. El nicho 255. La superficie estaba recubierta por unos remolinos de polvo que removí con los dedos.

—Mira quién está aquí —inquieté al tío Gustavo.

Algunas letras se habían despintado o corroído, pero las palabras podían distinguirse a la perfección. Cuando se dio la vuelta, las venas dilatadas de sus pupilas se ramificaron por la sorpresa o el susto.

—¡Ya ves!, ¡era cierto! —reaccionó aludiendo a los papeles que días atrás habíamos descubierto en el archivo arzobispal; en los que se daba a entender, o nosotros quisimos entenderlo así, que Nicolasa y Gregorio, en un último acto justiciero, reservaron tumbas contiguas para compartir la eternidad con la cercanía que les fue prohibida en vida. A continuación el tío Gustavo, los anteojos levantados, se colocó a un centímetro de la losa para cerciorarse.

Capítulo 8 de diciembre de 1865
Aquí yace el Dr. Gregorio Cartagena
Cura de Huácar

No fue necesario ver su semblante para saber lo que ocurría en su interior. Lejos de desmoronarse, sentí que, a los ochenta años, revivía. Como si aquel hallazgo hubiera dado repentino sentido a su arqueología de décadas. O como si alguien acabara de contestar por fin la pregunta que de niño le hizo a su padre en los días del exilio de Buenos Aires y que este no respondió: «¿Quién fue tu abuelo, papá?». O como si volviera a adentrarse por unos segundos en el cuerpo del muchacho de quince años recién llegado a Lima que una mañana, acaso un mediodía igual que este, de la mano de Agripina, la única de sus tías que no se callaba los secretos, vino hasta este mismo cementerio, entonces más arbolado o menos mustio, y oyó por primera vez hablar de estas tumbas. «Las tumbas de los amantes», susurró Agripina sin añadir nada más, sembrando en él una duda destinada a incrementarse hasta volverse insufrible y también un recuerdo que permanecería años sepultado.

—Yo he estado aquí antes —balbuceó el tío Gustavo mirando alrededor, como si acabara de tener una revelación y de reconocer el entorno. Al contemplarla ahora, su vida entera —curtida por la pérdida de su primera esposa, la partida de varios de sus hijos, sus incontables deslices amorosos, el dinero gozado a manos llenas, la posterior bancarrota y la persistencia en preservar la casi extinta mística familiar— parecía de pronto justificada frente al paredón de los muertos.

Concluida nuestra expedición necrológica, salimos sin decir nada, dejando atrás el conjunto de aromas rancios del cementerio. Caminamos muchas manzanas, en paralelo a la gran avenida, hasta que abordamos un taxi rumbo a un restaurante de Miraflores que el tío Gustavo decía conocer. Con el transcurrir de los minutos me percaté de que le costaba identificar calles y atajos; de que continuaba sumido en una perplejidad que lo desorientaba. En tres ocasiones el conductor se quejó de sus indicaciones incorrectas y estuvo a punto de bajarnos del auto. A mitad del trayecto, como una forma de certificar aquello que acabábamos de descubrir y que aún parecía una ficción, me dijo:

—¿Viste? Ya te lo había dicho. La vieja y el cura se enterraron juntos.

En el espejo retrovisor, el taxista oscureció la mirada.

Llegamos finalmente al restaurante, ubicado en el cruce Tarapacá, y tomamos una mesa colindante a una ventana que ofrecía un generoso ángulo de la avenida Arequipa. Del otro lado del cristal se adivinaba el rumor inagotable de la calle: el movimiento de los pequeños negocios, los transeúntes aglomerados en las esquinas a la espera de un bus que tardaría varios minutos en llegar, bandadas de pájaros color aluminio refugiándose de los bocinazos o los cercos eléctricos. La ciudad sumida en su habitual desconcierto. Después del primero de los muchos wiskis que tomaríamos esa tarde, coloqué sobre la mesa mi grabadora encendida y le pedí al tío Gustavo repasar detalladamente la historia que me había contado tantas veces y que desde hacía unos años veníamos reconstruyendo juntos; él con apuntes milimétricos, yo con desordenada obsesión.

—Ahora sí quiero escribirla —le dije detrás del vaso.

Él compuso un gesto de satisfacción y cautela: el gesto de alguien que se ha resignado a abdicar y transferir su proyecto más valioso, un proyecto que merece sobrevivir y ser apreciado por alguien, que se ha mantenido inexplicablemente oculto y que ahora ya depende de otras manos.

—Si esto no lo cuentas tú, nadie más lo va a hacer —decretó con pena.

No mucho después comenzó su relato, conocido aunque siempre nuevo, de los sucesos ocurridos en Huánuco en los años veinte de hace dos siglos, cuando aún estaban vivos esos hombres y mujeres que actuaron y tomaron decisiones sin saber que se convertirían en nuestros antepasados; hombres y mujeres combativos pero también medrosos, de cuyo agitado paso por el mundo ya solo quedan esquivas.

Huánuco, 1828

La tarde del sábado 29 de marzo, tras bajar una última quebrada, Nicolasa y Dominga Prieto bordearon el cerro de Sipa esperando toparse con algún peregrino que les diese información sobre su ubicación. A nadie encontraron. Pasaron cuarenta minutos en ascuas, y justo cuando los caballos comenzaban a rendirse, a ponerse nerviosos y rehusar sus órdenes, y ellas mismas ya se abrían a la posibilidad de que la muerte les diera alcance en medio de aquella colina pedregosa y desértica que empezaba a ser devorada por la penumbra, divisaron una construcción a lo lejos y desearon primero y dedujeron después que se trataba de la hacienda Andaymayo.

Cuatro días antes, el martes 25, al darse cuenta de que la hinchazón del vientre de Nicolasa no podía disimularse más, Gregorio Cartagena la convenció de mudarse temporalmente a Huacaybamba, un pueblecito de la sierra peruana sumido en el confín del páramo, trescientos kilómetros al norte de Huánuco, en la neblinosa frontera con Ancash, donde él tenía una hacienda. Allí, le garantizó, lejos de la provincia y de la civilización, pero, sobre todo, de las habladurías y del escándalo que seguro iría a desatarse, encontraría el ambiente propicio para dar a luz. Nicolasa accedió sin pensarlo mucho y, en cuarenta y ocho horas, al amanecer del jueves 27, partió a caballo en compañía de la negra Dominga Prieto, la robusta sirvienta cuya lealtad y discreción serían recompensadas años más tarde.

El camino de herradura hacia Huacaybamba era una trocha sinuosa y escarpada, con picos que rozaban los cuatro mil metros de altura y tramos tan agrestes que solo podían hacerse a pie. Cada vez que Nicolasa flaqueaba y, agarrotada por el cansancio, pedía detenerse, Dominga Prieto le extendía un trapo remojado en agua. «No podemos parar, mi niña, así dijo el padrecito

Gregorio —le recordaba—. Hágalo por la criatura», le repetía sobándole el vientre. Con el paso de las horas se acostumbraron a descansar ya fuera para alimentarse calculando la luz del mediodía; para dormir o intentar dormir en algún umbral del bosque donde el musgo hubiera crecido lo suficiente; o para que Nicolasa, arrebuada entre los matorrales, se recuperara de las constantes fiebres y escalofríos que la aquejaban a cualquier hora trayendo consigo amenazas de vómitos. En cada una de esas paradas Dominga Prieto se retiraba unos metros murmurando avemarías y rezos de protección a san Cristóbal o santo Toribio y, una vez lejos, sentada sobre cualquier montículo, aprovechaba para quitarse los zapatos que le apretaban, reventarse las ampollas y darse fuerzas bebiendo aguardiente de la cantimplora que llevaba escondida en el mismo bolsillo del delantal donde guardaba sus estampitas religiosas.

Tres días y tres noches les tomó completar esa ruta que parecía insondable. Tres días padeciendo un calor húmedo que no amainaba, que convertía el aire en una tormenta de vapor y que, en las horas nocturnas, favorecía una niebla densa que emergía desde el fondo de los despeñaderos. Tres días a merced del viento filoso del final del verano, el turbulento verano de 1828; el de las primeras grandes inundaciones y derrumbamientos producidos por unas lluvias demenciales que caían rectas como cuchillazos y hacían del sendero un lodazal. Tres días y tres noches temiendo los precipicios y las cárcavas, el veneno mortífero de frutos ponzoñosos, los nidos de víboras, las cuevas de murciélagos, las ratas mojadas que cruzaban el follaje, el ataque de los pumas o los zorrillos cuyos ojos brillaban en la oscuridad de las grutas. Tres noches ininterrumpidas sin luna, guiándose por el orden de las cadenas montañosas, las estribaciones de la cordillera, la sombra sólida y perpendicular de las acacias, las periódicas migraciones de los aguiluchos de plumas negras, y por el rumor sublevado del río Marañón, ese ruido ronco como el de un animal herido batallando en su jaula.

En la entrada de la hacienda fueron recibidas presurosamente por una mulata espigada, ojerosa y sordomuda que de inmediato dejó en el suelo los cántaros y bateas que traía sobre los hombros y las condujo a la habitación más retirada. Solo después de que ayudó a instalarlas prendió la caldera, reunió en el corral a las aves que se habían alborotado con las visitas y dio forraje a los caballos desnutridos, antes de desenredarles las crines, cepillarles las pezuñas y arrancarles las garrapatas de las orejas. La mulata, que tenía el rostro, los brazos y el abdomen magullados con cicatrices de varicela, era Isidora Zabala, la única criada que Gregorio Cartagena tuvo en

vida, quien se las ingeniaba con su alfabeto hecho de señas y sonidos guturales para reportar a su patrón las incidencias de todo cuanto sucedía en ese feudo donde no sucedía nada.

Pasada una semana en aquel dormitorio sin ventanas, tan parecido a una mazmorra, sobre las sábanas raídas de un camastro de fierro, flanqueada por cubos de hojalata llenos de agua caliente, un arruinado armario de caoba, dos mecheros de petróleo, y con Dominga Prieto haciendo las veces de partera, Nicolasa vio nacer a su niño después de pujar durante doce horas. Quedó tan rendida, tan sin fuerzas, que al cabo de una exhalación se desvaneció de tal modo que Isidora Zabala —quien durante el alumbramiento había permanecido a su lado, de pie— se puso a mugir de espanto y a hincarle un dedo en el hombro varias veces para certificar que no hubiese fallecido.

—¡Déjala! —intervino Dominga Prieto—. Solo está desmayada.

Isidora Zabala alcanzó a leerle los labios gruesos, bajó la cabeza en señal de obediencia y un barullo ininteligible salió de su boca.

Cartagena llegó a la hacienda horas después, desmontó su cabalgadura y se dirigió con presteza a la habitación, donde encontró a Nicolasa dormida con el camisón aún empapado de sudor, y al bebé envuelto en un paño, tiritando entre los brazos mullidos de Dominga Prieto. El cura avanzó de puntillas para que no rechinaran los listones del suelo y, una vez frente a su hijo, lo escudriñó sin acercarse demasiado, controlándose, como si practicara esa distancia nerviosa que más adelante sería decisiva. Se buscó en aquel rostro frágil, pacífico, aún despoblado de gestos definidos, y se quedó varios minutos estudiando la frente venosa, la nariz diminuta, el mentón de juguete. Dominga Prieto se lo ofreció como quien comparte un dulce, pero él, sobresaltado, se contrajo apagando de golpe los sentimientos que acababan de manifestarse en su interior, y retrocedió de un salto haciendo crepitar la madera astillada. El niño se despertó. «¿Le pasa algo, padrecito?», preguntó Dominga. Gregorio negó con la mano, abrió la puerta con torpeza y masculló algo acerca de las labores pendientes en la hacienda antes de disolverse en la noche como un espectro sin paz.

Al cabo de dos meses, en la víspera de su regreso al pueblo de Huácar, su centro de operaciones, Cartagena compartió con Nicolasa la inquietud que lo rondaba como un moscón desde antes del nacimiento del niño.

—Muy pronto —le recordó— habrá que bautizarlo y registrarlo en las actas de la Iglesia Mayor.

Nicolasa asintió.

—Los datos de ley tendrán que ser cuidadosamente consignados —observó Gregorio, dando a entender sutilmente lo inconveniente que sería citar su apellido en documento alguno.

Antes de que los ojos de Nicolasa terminaran de pasmarse, Cartagena planteó la adulteración de los papeles.

—No quieres figurar como el padre, ¿verdad? —lo encaró.

—No puedo. Lo sabes.

—¿Y el nombre de quién vamos a poner? —se preocupó Nicolasa. Su voz delataba cierta arritmia.

—Tendrá que ser el de otro señor.

—¿Otro señor?

—Sí. Es cosa de inventarse cualquier nombre —dijo Gregorio con desparpajo.

Esa fue la misión, la hostil misión delegada en Nicolasa: la invención de un padre para el niño. Un padre legal, aunque ficticio. Un padre fantasmagórico que librara al recién nacido de ser considerado lo que en el fondo era y sería siempre: un bastardo. El hijo bastardo de un sacerdote que no podía o no quería o no se atrevía a reconocerlo suyo ante la ley de Dios y la ley de los hombres. El primero de los siete hijos bastardos que él, el señor clérigo don José Gregorio de Cartagena y Meneses, tendría con doña Nicolasa Cisneros La Torre, con quien mantuvo una relación ilegítima que duró prácticamente medio siglo.

Nicolasa hubiera preferido negarse, tenía miedo, o más bien pánico, pero aceptó el encargo sin titubear, con esa firmeza que, ya por entonces, a sus veintiocho años, se imponía como su rasgo predominante. Durante los días sucesivos, paseando junto con Dominga Prieto por los monótonos campos de arroz y demás plantaciones de la hacienda Andaymayo, se abocó a dotar de identidad al padre ilusorio de su hijo, su flamante esposo inmaterial. Barajó nombres, descartó apellidos comunes, pensó en fórmulas compuestas que fuesen agradables al oído pero sobre todo ajenas y desconocidas, y las repitió en voz alta, paladeándolas, hasta quedarse con una. Dominga Prieto la escuchaba en silencio y se preguntaba si los de Nicolasa eran pensamientos reales o solo un manojo de delirios.

Así fue como apareció don *Roberto Benjamín*. Un hombre para todos enigmático, del que nadie nunca tuvo noticias porque nunca existió. *Roberto Benjamín* fue una ficción, un artificio, una mentira urgente que perduró; un ser imaginado a la fuerza por una mujer cuya dicha de ser madre competía con la inevitable amargura de vivir esa maternidad proscrita, en las sombras.

Pasados unos pocos meses, tal como había sido estipulado, el niño recibió el sacramento en el sagrario de la iglesia de La Merced de Huánuco, en un bautizo masivo y anodino al que no asistió Cartagena, y que concluyó con una copiosa lluvia de harina arrojada por los presentes en señal de regocijo. Llegado el momento de registrar a su hijo, Nicolasa lo hizo llamar Juan y pidió al escribano que anotara claramente en el acta que Juan Benjamín Cisneros era «hijo *legítimo* de don *Roberto Benjamín* y doña Nicolasa Cisneros».

Solo Dominga Prieto la escoltó aquel día sin sol y se mantuvo a su lado, rígida pero serena, con la misma compostura de aliada que guardaría en el futuro durante los bautizos de los otros hijos, que fueron naciendo entre 1828 y 1837, sobre los que recayó ese mismo apellido bienhechor pero fraudulento, *Benjamín*. Los niños crecerían acostumbrados a preguntar por don Roberto, su padre falso —siempre en intempestivos «viajes de comercio de metales» a través de remotos países indistinguibles, de los que siempre estaba «a punto de regresar»—, y a ver al cura Gregorio, su padre auténtico, biológico, como un padrino afectuoso, un pariente con sotana que frecuentaba la casa para fungir de tutor, corregirles los defectos y, a veces, si se portaban bien, regalarles hostias sin consagrar que se deshacían como nieve en las papilas de la lengua.

Poco antes del nacimiento de Juan, en febrero de 1828, siendo ya párroco de Huácar, Cartagena había fundado el Colegio de la Virtud y luego, en abril —en su calidad de diputado por la provincia de Junín, función a la que había accedido un año antes, estrenándose en la política—, le tocó ser parte del Congreso que promulgó la tercera Constitución del Perú. Acababa de cumplir cuarenta años y, pese a su relativa juventud, ya era párroco de su localidad, director de un centro educativo, joven constituyente de la Asamblea Nacional, padre de la patria, amante de una mujer y furtivo progenitor de un niño al que mantenía oculto.

A Nicolasa, por su parte, la maternidad no le resultó tan trabajosa debido a la sapiencia ganada en casa. Sus padres —dos españoles que a fines del siglo XVIII, al llegar al Perú, se asentaron en Huánuco esperando hacerse ricos

con montañas de oro que se cansaron de buscar— habían muerto de tuberculosis cuando ella tenía diecisiete años; de modo que le tocó hacerse cargo, bajo la supervisión de Dominga Prieto, de sus seis hermanos menores: Antonio, Pedro, Pablo, Gerónimo, Armenio y Rosita. Al adoptar tempranas actitudes maternas, Nicolasa ganó pericia hogareña y, en cuanto cumplió los veinte, se volvió una mujer concienzuda, autosuficiente y resuelta ante el menor contratiempo. Tanto es así que años después ninguno de sus hermanos cuestionó la clandestinidad de su parto ni la de su misterioso matrimonio, y hasta recibieron con júbilo la noticia de la llegada del primer sobrino, el pequeño Juan.

Claro que cuidarse de no incomodar a su hermana mayor con preguntas impropias no quiere decir que no sintieran curiosidad por saber de dónde había salido el escurridizo Roberto Benjamín, ese señorito de nombre eufónico, seguramente honorable, que de la noche a la mañana desposó a Nicolasa convirtiéndose en pariente sin que nadie lo conociera, sin que nadie lo hubiese visto una sola vez en esos pagos. Los hermanos se sentían intrigados pero no se entrometían, y solo en voz baja daban rienda suelta a sus especulaciones y detrás de las paredes comentaban sus expectativas por conocer pronto «al cuñado Roberto», agasajarlo y darle la bienvenida oficial a la familia. Una ocasión que, desde luego, jamás llegaría.

Gregorio Cartagena había visto a Nicolasa por primera vez a las once de la mañana del viernes 15 de diciembre de 1820. Aunque cundía el calor, ese día llovía finamente sobre la plaza central de Huánuco. Una semana atrás, el vecindario, enterado del más reciente y prometedor triunfo del ejército patriota sobre las fuerzas realistas españolas, se había pronunciado unánimemente a favor de la independencia en cabildo abierto. Por eso aquel viernes de diciembre, a las once en punto, Nicolás de Herrera —delegado del general Álvarez de Arenales, mano derecha del general en jefe de la expedición libertadora del Perú, el argentino José de San Martín—, recogiendo la voluntad de los lugareños, se puso de pie sobre un proscenio hecho de la unión de cuatro mesas forradas por un viejo mantel bordado y desde allí, rodeado de hombres, mujeres y niños llegados de las aldeas de Huamalíes, Huallanca y Ambo, todos con sus precarios vestidos de gala y aspecto de no comprender del todo aquello que atestiguaban, con el paisaje terroso como escenografía, infló los pulmones para exclamar:

—Huanuqueños, ¿juráis por Dios y una señal de cruz el ser independientes de la Corona y Gobierno del rey de España y ser fieles a la patria?

El «sí, juro» de la población rebotó en los cerros causando un estruendo.

Lo que siguió fueron los vivas, el descoordinado repique de campanas, las serenatas, las comparsas improvisadas, la entonación de tedeums y misereres en los dieciséis templos de la ciudad, y el tronar incesante de unos cohetes y bengalas artesanales que despedían luces efímeras. El alcohol no tardaría en pasarse de mano en mano y poco a poco la celebración fue descontrolándose. La fiesta programada para una noche al final duró dos días y en algunas casas se prolongó hasta tres.

En esos primeros minutos, rebosante de alegría y confundida entre el hormiguero de gente, la joven Nicolasa caminaba bajo las serpentinas y los cordeles de farolitos de aceite recién tendidos sobre la plaza. A pocos metros, Gregorio Cartagena —que había participado en el cabildo abierto— apreciaba cómo los pobladores se disgregaban en racimos por los recodos, agitando sus matracas, dando brincos, volantines, experimentando en la sangre los primeros síntomas de la libertad. Al levantar el cuello con lentitud, vio a Nicolasa. Fue un ramalazo. Se quedó estático y durante varios segundos no pudo quitarle la mirada de encima. Cuando le pareció que ella por fin reparaba en su presencia, le sonrió de manera automática y efusiva, como si sus músculos faciales no hubiesen discutido antes con el cerebro la necesidad o pertinencia de esa sonrisa que bien podía ser malinterpretada por alguien, por ejemplo por ese vecino miembro del cabildo que ahora le dirigía un repentino gesto ceñudo. Al sentirse descubierto, Gregorio tensó los nervios de la cara, recompuso su expresión, giró sobre su eje y apuró el paso. No avanzó muchos metros antes de ceder a la tentación de volverse. Nicolasa seguía allí. Otra vez lo estremeció la energía que irradiaba, la sensualidad de sus movimientos, la jovialidad y maestría con que maniobraba las antorchas que solo los hombres estaban autorizados a manipular. Todo eso le bastó para conjeturar que se trataba de una muchacha que había crecido sobreponiéndose al infortunio, disimulando su necesidad de protección. Se quedó así un rato más, vigilándola desde lejos con prudencia, encandilado con sus pupilas, las pupilas más hambrientas y exaltadas que había visto nunca. Aún Gregorio no podía vaticinar que a su lado, por su culpa, por cosas que él forzaría, esas mismas pupilas acabarían convertidas en un triste depósito de aflicciones.

No se conocerían, sin embargo, hasta cuatro años después, en los primeros días de 1824.

El viernes 19 de diciembre de 1823, el libertador venezolano Simón Bolívar llegó a Huánuco en su camino a Cerro de Pasco. Llevaba tres meses en el Perú, al frente de una expedición que buscaba acabar con los rezagos del virreinato español y consolidar la independencia declarada en Lima por San Martín en 1821. Arriba de Palomo —el mitológico caballo blanco de cola enhiesta y cascos bien engrasados que lo seguía desde Panamá y que no dejaba que nadie excepto él le colocara las carrilleras, le acariciara el hocico y lo espoleara—, Bolívar camuflaba su bajo porte y flacura con la prestancia del uniforme de los granaderos: casaca militar de cuello alto, faldones hasta las corvas, charreteras bordadas, banda tricolor, calzón ajustado sobre las pantalonetas azules, polainas de cuero hasta la rodilla, espuelas inoxidables, capote airoso y un gallardo bicornio emplumado.

Ese viernes Bolívar decidió pernoctar en el pueblo de Huácar. Necesitaba engrosar las filas de su regimiento y acopiar víveres y ganado para sus hombres, por lo que pidió ponerse en contacto con una autoridad local. Los pobladores le dieron una sola alternativa porque fue la única que se les ocurrió: Gregorio Cartagena. Quién mejor que el párroco, pensaron, para ayudarlo a conseguir racionamientos y atraer voluntarios que integrasen el ejército libertador. Bolívar lo mandó llamar y, una vez presentados, tras intercambiar someros puntos de vista sobre esto y aquello, el militar encontró confiable al sacerdote y lo designó como uno de sus principales enlaces en la sierra central. En lo sucesivo, cada vez que se detuvo en las proximidades de Huánuco, buscó directamente al cura para que lo mantuviera al tanto de sus avances.

Desde un principio, Gregorio apoyó con sinceridad el proyecto de Bolívar, ignorando el tamaño de su ambición dictatorial y el desdén con que se refería a los peruanos en privado. Primero se limitó a ser un mero informante de novedades, pero luego, por precaución, para no despertar suposiciones maliciosas ni ser visto como correveidile o soplón, solicitó responsabilizarse exclusivamente de los reclutamientos en Huácar. Concedida la petición, Cartagena pasó a organizar las convocatorias dominicales en la plaza, anunciándolas después de officiar la santa misa de las doce y de dar lectura a los avisos parroquiales. Decenas de hombres y mujeres, militares retirados, jóvenes desempleados, jubilados civiles y hasta niños precoces acudieron a los llamamientos, todos inflamados de pundonor patriótico, adheridos

íntegramente a la causa libertadora, queriendo formar parte de una historia que no estaba concluida y que para muchos acababa de comenzar a escribirse.

A diferencia de otras provincias donde el emplazamiento de reclutas fue brutal e indiscriminado, en la comunidad de Huácar las cosas se hicieron civilizadamente gracias a la intervención de Gregorio, quien cribaba a los voluntarios según sus propios parámetros, sin hacer tanto caso a lo estipulado por Bolívar: «Recuerde que no me hacen falta cobardes que quieran desertar, ni incapaces que cuestionen mandatos ni debiluchos que vayan a enfermarse por no dormir».

Un domingo de enero apareció por allí Nicolasa Cisneros junto con Pedro, el tercero de sus hermanos, el más cercano en cariño, un patilludo militar de veinte años que, al igual que otros soldados peruanos, había dimitido estando en las filas realistas españolas y ahora se alistaba a combatirlos. Al ver a Nicolasa, Gregorio Cartagena no tardó ni un minuto en reconocerla. Mientras tendía una mano dándole la bienvenida, notó cómo asomaban en su rostro los inconfundibles pómulos saltones, luego el botón rojo que sustituía la boca, y finalmente los ojos, cuya forma alargada y color opaco asoció, no en ese momento, sino después, con las hojas del eucalipto.

En cosa de segundos, sin dejar de atender a Pedro —que, para impresionarlo, justo se largó con una fogosa alocución acerca del amor a la patria—, Gregorio recapituló mentalmente la sucesión de aquellos hechos de diciembre de cuatro años atrás: la llovizna en Huánuco, las palabras de Nicolás Herrera, las campanadas, los cohetes, el fuego de las antorchas. Entonces se dio cuenta de que no había olvidado a esa mujer de belleza más bien enjuta que aquella mañana de 1820, en medio de una multitud congregada en la plaza de Armas, lanzaba vivas eufórica, cantaba tonadillas y repartía emocionados abrazos tras la declaración de independencia de su ciudad.

Desde ese día Cartagena la había evocado tantas veces para sí que ahora que la tenía enfrente por segunda vez, ahora que ya no era un arquetipo ni una bruma ni un recuerdo, ahora que sabía su nombre, no vaciló en tomar el reencuentro como una dádiva de la providencia, una oportunidad que se le concedía desde alguna instancia divina para que pudiera explorar el único terreno donde sus afanes eran todavía un mar de angustias.

Gregorio había progresado en la vida sacerdotal sin que se le escamoteara ninguno de los grados u ocupaciones que anhelaba. No fue

sencillo. Su carrera solo pudo tonificarse por completo después de superar las consecuencias del actuar licencioso que mostró en sus inicios, en los días en que estudiaba en Lima preparándose para su ordenamiento como subdiácono.

El mismo día de su ordenación, el martes 14 de marzo de 1815, solo horas después de la ceremonia en la catedral, un ciudadano de nombre Juan Antonio Monserrat se acercó al vicariato para denunciarlo. «Vengo a dejar constancia ante esta dependencia eclesiástica de los comportamientos indebidos y la insolvencia moral de un joven cura de apellido Cartagena», declaró el tal Monserrat ante los delegados del vicario. A continuación, les explicó que «se le ha visto involucrarse en un lío de faldas e insultar a personas honorables con los depravados vicios de la embriaguez».

Por aquellos días, Gregorio concurría a las fiestas de Josefa Posadas, mujer de busto sobrado y caderas lisas que tenía «la gracia de cantar, tocar guitarra y contar chistes» ante los vecinos del barrio limeño de Los Huérfanos. Josefa recibía cada tarde a montones de invitados que se quedaban allí hasta la madrugada, para desdicha de su aún marido, un caballero estulto y malhumorado de nombre Ramón Heredia, quien vivía acechándola, pues no se resignaba a la separación definitiva que Josefa había planteado, después de echarlo de casa, harta de su vagancia y dejadez. De todos los visitantes ocasionales, el que más celos despertaba en Ramón Heredia era el joven Cartagena, cuya condición de clérigo no era impedimento para que cualquier mañana, en plena vía pública, de acera a acera, le lanzara a Josefa un atrevido repertorio de guiños, piropos y cumplidos que ella recogía con picardía y que Ramón descalificaba por inauditos y sacrílegos viniendo de quien venían. A lo largo de dos meses, Heredia tuvo con Gregorio «riñas y vivas divergencias que terminaron sin avería», pero el día de la ordenación de Cartagena ambos cruzaron el límite que sin querer habían trazado.

Ese martes, al pasar por la catedral como todas las mañanas, Ramón Heredia se persignó aliviado al ver a Gregorio alinearse en la fila de los flamantes subdiáconos y pensó que el muchacho de veintisiete años, al fin encaminado seriamente en la vida religiosa, dejaría de perturbar a Josefa, permitiendo que él y su mujer recuperasen la armonía extraviada. Ramón se acercó hasta la puerta del templo y, en el instante en que los subdiáconos se hincaban frente al altar, desvió los ojos al cielo y creyó ver en el perfil simétrico de unas nubes lentas las formas trenzadas de un hombre y una mujer. Sonrió para sí, repentinamente convencido de que aquello era una señal divina, un ostensible anuncio de que su matrimonio aún no estaba finiquitado.

Se retiró agradecido, pero cuando tres horas después ingresó sin anunciarse en la casa de Josefa Posadas y la encontró junto a Cartagena «libando licor en exceso y en inminente actitud de intimar», sus cándidas corazonadas se hicieron polvo y se puso a gritar como un energúmeno. Poseído por un odio descomunal, desalojó al cura a empujones y lo retó a salir a la calle para «arreglarse como los hombres».

Una vez que alcanzaron la avenida, ambos se cuadraron frente a frente dispuestos a saldar sus discrepancias a trompadas, susurrando amenazas, mirándose con un desagrado que rayaba en el asco, impávidos ante la vista y paciencia de hombres y mujeres insidiosos que empezaban a arremolinarse y a cerrar una ronda en medio de murmuraciones. Josefa Posadas intercalaba súplicas a grito pelado. Gregorio remangó su hábito colocándose en guardia, a la vez que Ramón Heredia enrollaba los bajos de sus pantalones sin perderlo de vista.

—¡Aquí ya no puedes esconderte, Cartagena!

—No necesita esconderse quien está en paz consigo mismo.

Mientras a Ramón le temblaba la quijada del coraje, el cura, achispado y todo, se lucía por su autocontrol.

—¡Degenerado! ¡Eso es lo que eres!

Los hombres y mujeres rumiaban expresiones de sorpresa.

—Cuida tu lengua, Ramón, no querrás que estas buenas personas vayan a creer que los celos están nublandote el cerebro.

Los dos rotaban en círculo midiéndose.

—¡Y tú cuida tu fe si en verdad la tienes contigo!

«¡Bravo, Heredia!», vociferó alguien en la muchedumbre. Otras voces masculinas secundaron la arenga.

—No hagas el ridículo, Ramón. Lo mejor que puedes hacer es marcharte.

—¡El que tiene que largarse de aquí eres tú! En este barrio no son bienvenidos los hipócritas.

Los aplausos del público a favor de su contrincante hicieron que Gregorio se sintiera incómodo por primera vez. Buscó a Josefa Posadas con la mirada, pero ya no la encontró.

—¿Ni siquiera vas a abrir el pico para pedir una disculpa?

—No sabía que te hubiese ofendido.

—Ahora lo niegas todo...

—¿Alguien sabe de qué habla este señor? —preguntó Gregorio mirando en derredor.

—¡Confiesa, mentiroso! —gruñó Heredia.

—No tengo nada que decirle a nadie. Mucho menos a ti.

—Sigues abusando de tu suerte, pero muy pronto se te va a acabar.

—Lo único que se me va a acabar es la paciencia, Ramón.

La gente, cansada de tanto rodeo, comenzó a abuchear.

—¡Por qué mejor no cuentas qué andabas haciendo con mi esposa allá dentro!

El incremento del rumor de las voces obligó a Gregorio a dejar su tono sosegado.

—¿Esposa? ¿Te refieres a la mujer que te botó a la calle hace dos meses por vago e indecente?

Al interior del barullo unos hombres rieron. Gregorio se volvió a mirarlos. Entre las caras reconoció algunos rostros presentes en las fiestas de Josefa Posadas.

—¡Aquí el único indecente eres tú! —gritó Heredia.

Envalentonados por el rugido del público, se acercaron un metro, aceleraron el ritmo y pasaron a posición de combate.

—¿A qué has venido, Ramón? —azuzó Cartagena—. Si quieres una bendición, te la doy. ¡Vete ya! Puedes irte en paz.

Las risas ahora se multiplicaban.

—Tus insolencias no me hacen daño, curita.

—Prometo orar por tus faltas y pecados.

Gregorio vio a dos viejas hacerse la señal de la cruz y sintió que ahora las personas estaban de su lado.

—¡Qué pecados ni qué diablos! ¡Basta de cacareo!

—Acércate, entonces..., si es que ya dejaron de temblarte las piernas.

—¡Un puño me alcanza para ponerte en tu sitio, Gregorio!

—Mi sitio está con Dios.

—¡Serás blasfemo!

—Mejor blasfemo que cornudo.

—¡Mejor cornudo que infeliz!

Ramón Heredia escupió para quitarse el nerviosismo de encima, avanzó dos pasos y, cerrando los ojos, lanzó el brazo derecho con todas las fuerzas de su rencor esperando conectar el rostro de Gregorio, pero se topó con el puro aire viciado de la tarde. La sorpresiva mediación de dos señoritas que entraron en escena evitó que la gresca deviniera en un escándalo aún más notorio. Se llevaron a Cartagena tirando de sus brazos, recordándole que esa

misma mañana había iniciado los santos ejercicios de subdiácono, leído párrafos enteros del catecismo ante la cruz de la catedral, prestado juramento como «vigilante centinela de la milicia celestial» y prometido guardar «moderación y entendimiento». Nadie conocía a ciencia cierta la identidad ni la procedencia de esas damas, aunque en su denuncia ante el vicariato el ciudadano Juan Antonio Monserrat las describió como «dos cantoneras de lupanar, tan desordenadas y prostitutas como Josefa Posadas».

Además de esa denuncia pública, aquel episodio supuso el traslado expeditivo de Gregorio desde Lima a Huácar. Retirado en esa provincia, pensaron sus consejeros espirituales, estaría más tranquilo. No obstante, aunque la Iglesia lo respaldó —más que nada por conveniencias políticas, ya que la familia Cartagena había aportado a favor de los diocesanos una vivienda alta compuesta de tiendas y huertas con arbustos de aguaymanto situada en una de las esquinas de la plaza Mayor de Huánuco—, y aunque el influyente sacerdote Toribio Rodríguez de Mendoza había firmado un certificado de disciplina favorable, para la gente común, tanto en Lima como en Huánuco, el nombre de Gregorio estaría por mucho tiempo asociado a los exabruptos de esa mañana en que incursionó bebido en el barrio de Los Huérfanos y acabó armando lío al lado de «mujeres de catadura incierta».

Una vez que los chismes llegaron a Huácar, Gregorio debió afrontar durante largos meses imputaciones vergonzosas y mofas callejeras. Bastaba con que se asomara a la puerta de la sacristía de la iglesia principal —que además era la única— para que las mujeres del pueblo lo señalaran cotorreando, refiriéndose a él como «el fraile pervertido». Algunas incluso afirmaban, muy seguras, que «el nuevo padrecito falta continuamente al celibato»; otras decían que «un pagano como él es una deshonra para los clérigos», y unas pocas, las más venenosas, besándose las yemas de los pulgares y elevándolas al cielo, juraban que «ese hombre infractor» sufría de «crisis masturbatorias» y hasta que tenía «piojos y pulgas en la entrepierna».

Cartagena oía esas calumnias y se sentía un fraude, un estorbo, una interferencia entre Dios y los devotos. Durante todo el tiempo que duró aquel hostigamiento no hubo noche en que no desconfiara de los caminos de su vocación, ni temiera el desenlace de su destino. Solo con la amnesia de los años, pero sobre todo con los replanteamientos de su conducta disipada, la

comunidad de Huácar fue olvidando las querellas y cambió gradualmente su actitud recelosa.

Vieron que era Gregorio quien, con dinero sacado de la faltriquera de su túnica, mandaba restaurar las parroquias y capillas alejadas que quedaban maltrechas tras el impacto de las nevadas, y que hasta él mismo apuntalaba y recomponía santuarios que se remontaban a siglos pasados, que después de los temporales habían sucumbido bajo gruesas capas de barro. Vieron que invertía minuciosas horas en la sacristía leyendo manuscritos y volúmenes de tratados antediluvianos que le servían no solo para instruir a los analfabetos, sino para presagiar las estaciones del clima y desmentir públicamente ciertas leyes, supuestamente universales, que las autoridades del virreinato invocaban buscando aprovecharse de las creencias y supersticiones de la población. Vieron cómo se las ingeniaba para hacer las veces de campanero de la iglesia principal; y unos cuantos notaron que cumplía con dar la hora al mediodía, anunciar los nacimientos, comunicar las muertes, notificar las bodas y prevenir los desastres naturales sin repetir el mismo tañido de campanas. Vieron que no le importaba desobedecer a sus superiores ni rebelarse a los protocolos con tal de dar rápida solución a las necesidades y sufrimientos de los fieles. Y vieron con especial aprecio que era capaz de dejar el templo a cualquier hora, inclusive de madrugada, para socorrer las urgencias de los demás, aún las de aquellos padres y madres que lo invocaban aterrados asegurando que sus primogénitos adolescentes estaban contorsionándose en sus camas poseídos por el demonio o por algún espíritu maligno, botando espumarajos verdosos por la boca y la nariz. En esas ocasiones, Gregorio ejecutaba la misma operación sin quitarse la ropa de dormir: se colocaba una estola alrededor del cuello, acomodaba unos frascos en un maletín, acudía hasta el hogar en emergencia, adivinaba inmediatamente en los falsos posesos el tufo pestífero y los retortijones típicos de la borrachera, y entonces les limpiaba los vómitos, los espabilaba con dos cachetadas limpias de abajo hacia arriba, les hacía engullir un purgante de perejil que mitigara las náuseas de la resaca y, para no ponerlos en evidencia ante sus padres, que no dejaban de llorar ni santiguarse, les rociaba la frente con gotas de agua bendita y fingía exorcizarlos improvisando aleluyas y conjuros en latín. El mismo carácter insumiso que llegó a convertir a Cartagena en un dolor de cabeza para los priores más recalcitrantes y los gobernadores españoles enviados por la Corona lo transformó, a ojos de los hombres y mujeres de Huácar, en un presbítero cada

día más valioso, al punto que llegó a ser para ellos un modelo de valentía en medio de la zozobra de aquellos años previos a la independencia.

Por dentro, sin embargo, Gregorio no era hombre logrado. Se asumía incompleto, disminuido, como si le doliera la ausencia de un brazo o una pierna que no sabía que le faltaba. Y aunque todos los domingos, desde el púlpito, persistía en definirse ante los feligreses de Huácar como un «ferviente soldado de Dios» e intentaba dejar atrás los sucesos que en su día le acarrearón fama de profano y libertino, en su interior sentía trabarse ilusiones contrarias a los votos de castidad, sentimientos sin identificar ni nombrar, pero que, una vez avivados tras el reencuentro con Nicolasa Cisneros, no volverían a aplacarse más.

Lima, 2013

Oí hablar por primera vez de la tatarabuela Nicolasa el 22 de noviembre de 1992, en una reunión organizada por el tío Gustavo para recordar un aniversario más del nacimiento de su padre, mi abuelo, el poeta y periodista Fernán Cisneros Bustamante. Entonces mi padre, el militar, el exministro de Guerra, a quien apodaban el Gaucho, aún estaba vivo. En esa época yo estudiaba sin ganas para ingresar en la universidad y la historia familiar me importaba poco. Quizá muy poco. O nada. Eran los años en que más alejado me sentía de todo lo que representaba ser un Cisneros; si es que acaso representaba algo. Tenía dieciséis años y estaba abocado a odiar mi realidad en la academia, a leer y escribir poesía, ver películas en la televisión, enamorarme, masturbarme, reventarme los granos, reproducir en Betamax malas grabaciones de partidos de fútbol argentino y alemán, perder el tiempo con amigotes del barrio a quienes tampoco les daba por pensar mucho en el futuro.

En esa reunión se nos pidió a los nietos, como era habitual, dar lectura a poemas del abuelo Fernán: esos mismos poemas en rima musical y consonante que yo de niño había adorado leer —y volvería a adorar más adelante—, pero que en ese momento en que solo me interesaba fraguar una pose de poeta apático e iconoclasta encontraba cursis y melindrosos. Los nietos fuimos desfilando al frente por clanes: los Cisneros Bermejo, los Cisneros Razzeto, los Cisneros Hilman, los Cisneros Zaldívar, los Cisneros Mendiola, los Cisneros Ferreira, los Cisneros Ramos. De mano en mano circulaba una vieja antología del abuelo titulada *Todo es amor*: tercera edición, publicada en Buenos Aires en 1933, portada de cuero rojo, 185 páginas, olor a naftalina.

La mayoría recitaba los poemas románticos del abuelo: «Muñeca limeña», «Nieto», «Nacer para morir», «Novia poesía», «Lo que yo te quiero». Cuando llegó mi turno deseché el libro, saqué unos papeles apeñuscados de mi bolsillo y leí un poema que había escrito esa misma mañana. Un poema sin rima, barroco, que hablaba de un hombre que no envejecía, que deliraba y eructaba grotescamente mientras caminaba desnudo por la cubierta de un trasatlántico vacío y herrumbroso. ¿Era yo aquel hombre? ¿Era mi familia el trasatlántico? Recuerdo que unos débiles aplausos fueron el epílogo de esa intervención llena de soberbia o inmadurez que hoy solo puedo entender como una penosa prueba de mi descontento. No quería ser parte de aquello aunque tampoco sabía de qué quería ser parte. Sentía apego por mis tíos y primos, a algunos los quería más que a otros, a algunos solo los ubicaba por su nombre o su cara, pero había algo en todos ellos, es decir, en lo que formaban cuando estaban juntos que me molestaba, que me parecía sobreactuado o directamente falso. Siempre hablaban del pasado de la familia con una altivez pequeñoburguesa que yo encontraba exacerbada. Subrayaban lo especiales que éramos, lo privilegiados que debíamos sentirnos por pertenecer a una estirpe de la que, sin embargo, nadie parecía saber mucho. Se referían al abuelo Fernán y al bisabuelo Luis Benjamín usando los mismos términos que usaba la Enciclopedia. Eran, desde luego, más enfáticos y hacían hincapié en atributos que el diccionario no consignaba; pero al final se limitaban a proporcionarnos una retahíla de adornados pasajes biográficos, citas célebres, versos y canciones, esperando que nosotros los aprendiéramos solo porque era lo que nos tocaba. Lo peor era que lo conseguían. Memorizábamos toda la información que nos era administrada y luego la repetíamos como una doctrina, en el colegio o en cualquier reunión social, con un orgullo que era solo una ordinaria imitación del orgullo de nuestros padres. A los nietos nos enseñaron a presumir de nuestro abolengo, pero jamás nos dijeron, al menos no a mí, quiénes eran o habían sido en el fondo Luis Benjamín y Fernán Cisneros, no los poetas, sino los hombres de carne y hueso. Sabíamos que habían sido destacadas figuras literarias, pero nada sabíamos de su vida real, su intimidad, sus emociones, sus miserias, de los reveses que los llevaron a dedicarse a ese oficio solitario por el cual nosotros, siglos después, los honrábamos. Ninguno de los primos mayores, tal vez ni siquiera los propios tíos podrían haber explicado de forma convincente por qué por encima de las funciones políticas, roles periodísticos o actividades mundanas de Luis Benjamín y Fernán estuvo alguna vez la poesía como un fermento o una

bacteria que los consumía y desgraciaba; ni por qué cuando la escribían cruzaban con tanta soltura esa frontera donde lo luminoso pasaba a ser febril o trágico; ni por qué se los leía tan derrotados o tan idealistas o tan ceremonialmente tristes. Nadie respondía a eso. Nadie lo preguntaba tampoco. Vivíamos en una oscuridad total pero elegante. Por esa razón, a los Cisneros aprendí a quererlos y resistirlos a la vez. Porque decían las cosas a medias, porque se pasaban la vida hablando superficialmente de nuestros muertos en tertulias que eran como alegres funerales o, más bien, el mismo funeral reeditándose a través de las décadas. Yo los veía celebrar una nobleza gastada, anquilosada, perdida hacía ya mucho tiempo, pero aun así me dejaba engatusar por ellos, por su derroche de vanidad, su despliegue artístico, su pedantería. Porque había algo hechicero, algo de veras irresistible y encantador en esas cantaletas con que los tíos y mi propio padre se vanagloriaban de nuestra «alcurnia», en el fervor que mostraban hacia una memoria familiar que no se habían atrevido a explorar, en esas alabanzas a Luis Benjamín y Fernán que desembocaban en unas borracheras que al principio eran románticas y melancólicas, pero ya luego decadentes, tremendas e insoportables. Sentía que me estafaban y que yo era parte de esa estafa por el solo hecho de estar allí, por haber nacido y crecido en el seno de aquel clan o comparsa, por haber tomado sus relatos como mi herencia, y sabía, o más bien presentía, que algún día, por inercia pero también por orgullo, tendría que separar las aguas drásticamente, que algún día me tocaría desertar de todo aquello y traicionar el pacto de sangre con mi familia paterna para formar mi propia dinastía y no ser otro eslabón atormentado por esos antiguos gérmenes a los que, por otra parte, seguiría irremediabilmente unido.

Con los años fueron muchas las cosas que empezaron a intrigarme. Ya no solo de mi abuelo o mi bisabuelo, sino de todos esos tíos tempranamente fallecidos, hermanos de mi padre a los que únicamente había visto en fotografías percuridas. Hombres sonrientes, engominados, de zapatos, medias y camisas que algún día fueron impecables. Hombres ausentes que, hasta cierto punto, parecían irreales pero que claramente habían existido y alternado con un nombre, un peso, un tamaño específico, y compartido una época y una forma de descubrir el mundo.

No sabía, por ejemplo, qué había ocurrido en realidad con el tío Roque, que murió atropellado por un tren. ¿Los sobrinos sabíamos acaso que Roque

tenía un retraso mental provocado por una caída que sufrió la abuela Esperanza estando embarazada? ¿Sabíamos que ella había rodado por las escaleras por perseguir al abuelo Fernán en medio de una discusión? El desarrollo físico de Roque no guardaba armonía con su edad. Cuando tuvo catorce parecía de nueve. Cuando tuvo veinte parecía de catorce. Estudió con profesores particulares porque le costaba seguir el ritmo de la educación de los colegios «normales». Dicen que fue el hijo que más sufrió la muerte de su padre porque este lo protegía y trataba de incorporarlo al mundo, distrayéndolo de su minusvalía. ¿Sabíamos acaso que una noche el tío Roque desapareció de la casa?

Esa noche, cuando volvió tres horas después, no dijo nada acerca de dónde había estado. La noche siguiente pasó lo mismo y así durante un mes. Sus hermanos pensaban que quizá iba a visitar a las hermanas Matute, que enseñaban cursos gratuitos de fotografía para los aficionados del barrio, o que, tal vez, se escondía en la sala del cine Barranco a ver películas mexicanas. ¿Sabíamos que teníamos un tío fotógrafo y cinéfilo? Una de esas noches, se percataron de que Roque salía por la puerta principal de la casa, daba una lenta vuelta a la manzana y regresaba para entrar de puntillas por el garaje, ir directamente a la zona de servicio y meterse al cuarto de Jacoba, la empleada de la casa.

Roque se deslizó en la cama de Jacoba tantas veces que acabó enamorándose de ella, sin saber que antes ya todos sus hermanos se habían inaugurado sexualmente con esa misma mujer. Al cabo de un mes, Roque se paseaba por los pasillos diciendo en voz alta que quería a Jacoba incluso más que a su adorada Gloria Marín, la novia de Jorge Negrete, cuyas fotografías coleccionaba y pegaba en las paredes de su dormitorio. La suya parecía una broma, pero una noche de 1956, la misma noche que el tío Gustavo eligió para anunciar frente a toda la familia su compromiso con la que sería su primera esposa, Roque —el tío de veintidós años, el tío desmedrado, acaso oligofrénico, del que nunca supimos nada— apareció en pijama en medio de la sala proclamando su matrimonio con la empleada. Todos aplaudieron siguiéndole la cuerda. La única que no celebró la ocurrencia fue Jacoba, que oyó todo desde la cocina, hizo su maleta y salió espantada de la casa para no volver.

Una semana después, Roque sufrió el accidente. Cayó a los rieles del tranvía de Barranco y cuatro vagones le pasaron por encima de las piernas. «Yo no me tiré, no me tiré», les juraba llorando a sus hermanos cuando fueron

a verlo a la sala de urgencias. Tenía los fémures aplastados, las tibias expuestas, los tejidos rotos como elásticos vencidos, los tobillos volteados. Los médicos recomendaron amputarle las piernas para que el organismo no se gangrenara. Mi padre —que servía en el cuartel del Potao, en el Rímac— mandó a un destacamento de soldados para que donaran sangre a su hermano menor, pero Roque no aguantaría mucho y moriría en menos de veinticuatro horas a consecuencia de la hemorragia. Desde entonces, la versión oficial de la familia es que se resbaló del tren. La otra, la que se murmura, la que yo creo, es que, desengañado como estaba, abatido por la muerte de su padre, culposo por la huida de Jacoba, no encontró más razones para vivir y se arrojó a los rieles.

Tampoco del tío Sarino sabía nada, salvo que había muerto de un infarto. Ignoraba que había sido un fumador empedernido, que chupaba cigarros Inca o Nacional Presidente, uno tras otro, como chimenea, desde las cinco de la mañana hasta antes de dormir, dejando a su paso un reguero de ceniza, y que incluso se bañaba con el cigarro en la boca cuidándose de no mojarlo, y que en el techo de su cuarto, exactamente sobre su cama, se extendía una deforme mancha marrón producida por el tufo contaminado que exhalaba entre silbidos durante el sueño. Antes de los cincuenta, Sarino ya tenía los ojos secos, los dientes amarillos, el paladar tapizado de pústulas, las uñas bronceadas por la nicotina y una legendaria tos de perro con la que anunciaba su llegada. La madrugada de su muerte, ingresó en cuidados intensivos con las vías respiratorias infectadas y los pulmones obstruidos. Ni siquiera lo operaron. La familia aseguró que falleció porque tuvo una reacción adversa a la dosis de anestesia que le aplicaron, pero lo cierto es que su deteriorado cerebro de fumador —a esas alturas un amasijo de materia gris— reventó en cuanto entró en la sala de operaciones. Yo, que creía que el tabaco había sido una adicción exclusiva de mi padre, encontré en Sarino un antecedente que me hizo pensar en un patrón de ansiedad familiar cuyo origen debía estar oculto, esperando ser descubierto.

Igual pasó con el tío Fortunato. De él apenas se decía que había sido el hermano más guapo de todos, el enamorado, el atlético, el bailarín. Se hizo famoso en San Isidro y Miradores por conquistar a las mellizas Gallardo, unas niñas creídas, alzadas, patéticas en su falsa aristocracia, que no salían con nadie así sin más, pero se dejaban besar y tocar por Fortunato. «No estoy hecho para casarme», pregonaba el tío, hasta que conoció a la voluptuosa Cuchita Bermejo, una mujer mayor que él, pelirroja, guapísima, jaranista. Se

casó con ella a los pocos meses, pero el matrimonio se fue al diablo antes del año, cuando Fortunato descubrió que Cuchita le ponía los cuernos con un comandante de la Guardia Republicana. Dicen que enloqueció de furia. Esa locura, sumada a su desidia para el trabajo, acabó arruinándolo. Fortunato era aplacado o temeroso o simplemente vago. Su hermano Sarino, el fumador, le consiguió un puesto en una empresa de maquinaria pesada. No duró ni un mes. Lo sorprendieron robando dinero de una caja registradora y lo echaron. Al parecer, no era la primera vez, porque cuando Sarino se enteró del hurto de su hermano, dio un puñetazo virulento contra la pared gritando «¡Esta vez no voy a hacer nada por él!». Y así fue. Fortunato se quedó años sin trabajar y se dedicó a la bebida día y noche, deambulando por bares, licorerías y tabernuchas. Pero más que el desempleo y el alcoholismo, lo que devastó su centro fue la infidelidad de Cuchita Bermejo. Dicen que murió tras un ataque al corazón, pero algunos sostienen calladamente que una noche de noviembre se encerró en el cuarto de la pensión que alquilaba en Barrios Altos, apagó la luz del único foco de su habitación y se descerrajó un tiro en la sien. Hay incluso quien dice haber visto su cadáver: una pistola en la mano, la cabeza perforada, un charco de sangre, un batallón de moscas.

En esa reunión de noviembre de 1992, sobre una pared de la sala saltaba a la vista un diagrama trazado con rotuladores de colores. Era un gráfico de nuestro enmarañado árbol genealógico. Allí, en la parte superior, podía leerse el nombre de Nicolasa Cisneros. Alguien, no recuerdo quién, algún tío seguramente, hizo una sucinta mención a ella sin aludir por supuesto a su relación amorosa con el cura Gregorio Cartagena. Tampoco se dijo nada de *Roberto Benjamín*. Se hablaba de su descendencia con la mayor naturalidad, como si la mujer hubiese tenido hijos por sí sola, como si hubiese salido encinta gracias a la brisa andina, a una milagrosa ave salida del río Huallaga o a la intervención de algún arcángel huanuqueño. Ninguno de los asistentes preguntó quién había sido el esposo de Nicolasa, el padre de sus hijos. Tampoco yo. Lo poco que se dijo de la tatarabuela entró por mi oído derecho y salió por el izquierdo sin hacer escala en mi cerebro. Ese día solo tuve clara una cosa: si nos apellidábamos Cisneros era debido a ella. Y por primera vez, leve, vagamente, muy por dentro, me pregunté por qué.

Fue distinta mi reacción en julio del 2007, en un almuerzo que congregó a cientos de Cisneros en una finca en las afueras de Lima. Mi padre llevaba

doce años de difunto. Yo acababa de cumplir los veinte y desde hacía un tiempo venía buceando en el archivo sentimental de mis antepasados. Esa fue una tarde de sol y de cerveza y de mosquitos que acribillaban obligándonos a usar repelente. Mi tío Gustavo, otra vez de anfitrión, colocó en la entrada unas pancartas o papelógrafos con la evolución actualizada del cada vez más intrincado árbol familiar. Junto al tronco, como una especie de piedra fundadora o primordial, se veía a Nicolasa. Era la primera imagen suya a la que teníamos acceso. A muchos nos costó identificarla.

—Ella es Nicolasa, ¿cierto? —le consulté a un pariente canoso.

—Sí, la madre de Luis Benjamín, tu bisabuelo.

—¿Y quién fue el padre? —se me ocurrió indagar.

—¿Cómo? —dijo, mirándome con suspicacia, fingiendo estar sordo.

—El padre de Luis Benjamín. ¿Quién fue?

Sorbió su vaso.

—¿Cómo?, ¿no sabes?

—No. ¿Y tú?

—Sabía, pero ya me olvidé —dijo antes de darse media vuelta.

Aquel hombre canoso era uno de los contados parientes que sabían quién había sido Gregorio Cartagena y que vivían cuidando que ese nombre no se filtrase en ninguna conversación. Era absurdo, pero también revelador: ciento setenta años después de que el sacerdote irrumpiera en la vida de mi tatarabuela, se mantenía vigente el pánico a mencionarlo. Hasta el tío Juvenal, con quien más confianza y proximidad yo sentía, se abstenía a toda costa de hablar de esos hoyos del pasado. Las dos veces que lo busqué en su casa para atacar ese asunto específico, me dio largas. Por eso no me extrañó cuando, años después, el tío Gustavo contó que Juvenal desanimaba sus investigaciones familiares y las recibía con profundo desinterés, como si fueran no un avance, sino un despropósito.

Aquella foto de Nicolasa, la única que existe, es una reproducción de una pintura anónima. El cuadro original —86 centímetros de alto, 65 de ancho— fue parte de los bienes del Banco Industrial y, tras su liquidación, acabó en los sótanos del Banco de la Nación por un veredicto del Instituto Nacional de Cultura. La descripción en la ficha artística dice: «Retrato de mujer anciana sentada de medio cuerpo».

Hoy esa mujer anciana está colgada en medio de la sala de reuniones del departamento de Negocios del Banco de la Nación, en el piso siete de un edificio ubicado en la esquina que forman Aramburu y República de Panamá.

Desde allí desconcentra a los banqueros con su rictus árido, su nariz afilada, sus labios tiesos, sus cabellos oscuros como el alquitrán. Su vestido negro lleva prendado un camafeo de nácar y en su índice izquierdo brilla a medias un anillo de zafiro gastado. Sobre su cabeza se distingue una mantilla idéntica a las que usan ciertas modelos de Goya. Su mano derecha porta un misal entreabierto. Casi no tiene cejas. Las mangas blancas de los puños contrastan con el tapiz cerúleo de la silla que la acoge.

El día que fui a ver la pintura le pregunté a un trabajador del banco si alguien del piso siete sabía quién era la mujer. «No sabemos —repuso—, pero se parece tanto a la madre de Pietro Malfitano, uno de los gerentes del área, que aquí le decimos así: la mamá de Malfitano.»

Huánuco, 1824

Pedro y Nicolasa se registraron en el ejército libertador y aceptaron buscar a Gregorio Cartagena cada viernes del verano de 1824 para que les diera detalles de sus nuevas tareas. Los hermanos recorrían semanalmente la ruta desde el centro de Huánuco hasta Huácar solo para ilustrarse con los consejos del cura, congraciarse con su amistad y aprender de cómo lidiaba con el hastío y desesperanza de los huanuqueños, que sentían que la emancipación de España, aún después de haber sido declarada, no terminaba de cristalizarse en la vida diaria. Muchos encontraban en las misas dominicales de Cartagena el aliento que les faltaba y, ante las homilías piadosas pero enérgicas del cura, sentían vergüenza por haber siquiera pensado en abandonar la lucha.

De a pocos, Gregorio fue incorporando a los hermanos Cisneros a su núcleo de confianza, brindándoles un trato diferenciado al que mantenía con el resto de los voluntarios. Un buen día, después de pacientes gestiones, los llevó a conocer a los altos mandos del ejército libertador y hasta consiguió que compartieran unas viandas con el propio Simón Bolívar en las afueras de Huácar, cerca de Conchamarca. Durante aquel almuerzo —sentada en la esquina de una mesa en la que predominaban ensaladas, succulentos guisados de carnero con ají, chupes, pepianes y copitas de vino tinto de Burdeos—, Nicolasa se atrevió a contar que, tras la jura de la independencia en Lima en julio de 1821, había conocido personalmente al general José de San Martín, y no dudó en calificarlo como «un líder sagaz» además de «un caballero de inigualable gentileza»; comentarios que provocaron en Bolívar —quien desde Venezuela había buscado sabotear y desestabilizar el gobierno del argentino, infiltrando agentes en su entorno— una profusa cascada de toses desaprobatorias. A su lado, Pedro se preguntaba cómo era posible que su

hermana fuese tan deslenguada, tan impertinente como para alabar a San Martín en presencia de Bolívar si era sabido que ambos generales libertadores aún masticaban las rencillas originadas tras la entrevista de julio de 1822, en Guayaquil, donde les tomó cuarenta y ocho horas estudiarse, sopesar sus estilos antagónicos y lamentar los muchos desacuerdos y nulas convergencias de sus proyectos militares. Como tantos otros jóvenes patriotas uniformados, Pedro reverenciaba a Bolívar, lo veía como el guía continental de mayor envergadura, más astuto que San Martín y el único capaz de concluir la emancipación de los pueblos sudamericanos. Por eso, en aquella desmesurada comida apenas si abrió la boca, cuidándose de no decir nada que pudiera importunar al venezolano. Para Nicolasa, en cambio, Bolívar buscaba la gloria personal antes que el bienestar de los peruanos; lo consideraba un hombre valiente, pero moralmente inferior a San Martín y en ningún caso digno de mayores pleitesías de las que merecían los próceres civiles que ya habían iniciado el camino hacia lo que algún día sería la República del Perú. A Cartagena esa tenue forma de irrespeto, quizá porque le recordaba las propias rebeldías de su pasado, lo desarmaba, robusteciendo su interés por la joven Cisneros.

Aunque incómodo para Bolívar, el relato de Nicolasa se ajustaba a lo cierto. En diciembre de 1820, pasada la juramentación de independencia en Huánuco, ella se desplazó presurosa a Lima, donde se avecinaba un acto similar que prometía mayor resonancia. Nicolasa había nacido en la capital durante una de las varias paradas que sus padres hicieron allí y buena parte de su infancia transcurrió en el centro limeño, por lo que mantenía amistades que acogían con entusiasmo sus visitas cargadas de fervor insurgente. Cuando llegó a Lima anticipándose a San Martín, encontró sectores conservadores privilegiados que defendían la permanencia de los realistas —buena parte de la Iglesia, cierta prensa, la élite criolla emparentada con los españoles—, así que ayudó a los libertarios a propagar con más énfasis el mensaje del general argentino, esperando que calara entre la mayoría desinformada, que hasta el final dudaría si unirse o no a la lucha «por eso que llaman independencia».

Lima era entonces una ciudad de unas doscientas manzanas, habitada por setenta mil personas a lo más, que sufría los efectos del desabastecimiento de alimentos —las zonas de producción de la serranía habían sido assoladas por los soldados realistas—, pero sobre todo los efectos del miedo. Por un lado, estaban los que temían el supuesto pillaje que traería consigo la irrupción patriótica y que se refugiaban en sus casas de balcones y rejas doradas, o

trancaban templos, beateríos y conventos, o se parapetaban tras los muros macizos del castillo del Callao. Del otro lado estaban los temerosos del cerco establecido en las afueras de la capital por las tropas del general español José de Canterac: ellos permanecían en las huertas, las tiendas y los solares a la espera de la siguiente arremetida del jefe del Estado Mayor de los realistas. Esa atmósfera de disensiones y beligerancia cesó tras la llegada de San Martín al centro de la ciudad y de la juramentación que hiciera en cuatro plazas el sábado 28 de julio de 1821. Los realistas, prevenidos, salieron con dirección al Cusco, instalándose en Lima una calma provisoria.

Fue por esos días que Nicolasa, siguiendo el ejemplo de otras damas de distintas localidades, solicitó una audiencia para comparecer ante San Martín, saludarlo en nombre de los habitantes de Huánuco y ofrecerse como colaboradora del nuevo régimen en lo que cupiese. El general argentino la recibió, la oyó con atención y la premió contándola entre los cientos de invitados a las fiestas semanales que, en adelante, comenzaron a celebrarse en el Palacio de Gobierno: recepciones decoradas con ornamentos argentinos, mueblería y platería prestadas por algunos limeños adinerados, que se iniciaban a las diez de la mañana de cada viernes y, animadas por el ponche caliente y la música de los granaderos del regimiento del Río de la Plata, se alargaban más allá del mediodía del sábado.

Nicolasa asistió por lo menos a tres de esos festines, que siempre encontró desmedidos, y aunque no llegó a bailar con San Martín, sí apreció sus movimientos en el salón, confirmando sus dotes para el vals, su solvencia con la sajuriana y su impericia para la contradanza y la zamacueca. Antes que con las invitadas anónimas, el Protector argentino prefería bailar con las marquesas condecoradas con la Orden del Sol, siendo la más requerida Mariana Echevarría de Santiago y Ulloa, esposa del pobre marqués de Torre Tagle, que desde los márgenes del salón, con un ponche en la mano, veía a su mujer balancearse sonriente en los brazos del general.

Una vez que Pedro se alistó en el ejército libertador acantonado cerca de Cerro de Pasco —unidad que a la postre combatiría en las batallas definitivas de Junín y Ayacucho—, la amistad entre Nicolasa y el cura Cartagena se tornó más próxima. Al principio se reunían solo los viernes, pero luego hasta tres veces por semana, siempre en la casita de piedra que funcionaba como parroquia de la iglesia principal de Huácar, donde Gregorio despachaba a diario sobre una mesa atiborrada de papeles mientras prestaba oídos a la confesión de los creyentes compungidos que buscaban el bálsamo

de cualquier penitencia. Pero después, para no incentivar la comidilla de esos mismos cristianos, que levantaban una ceja cada vez que veían aparecer por esos lares parroquiales a la señorita Cisneros y notaban el afán mal disimulado con que Cartagena la recibía, ambos convinieron en continuar las «sesiones de instrucción independentista», como Gregorio las llamaba, en casa de Nicolasa, la residencia que había pertenecido a sus padres y que se hallaba en las inmediaciones de la plaza central de Huánuco.

Con los padres muertos, con casi todos los hermanos dispersos por trabajo entre distritos como Conchucos, Corongo y Yungay, los únicos que quedaban en la casa eran Pedro y Nicolasa. Pero ya que Pedro acababa de incorporarse al ejército unificado, Nicolasa vivía únicamente con Dominga Prieto, la zamba corpulenta que llevaba trabajando allí más años de los que cualquiera pudiera recordar, alternándose como confidente, criada, cocinera, ama de llaves, costurera, institutriz y comadrona. Fue precisamente Dominga Prieto la testigo de excepción de las sigilosas visitas de Gregorio Cartagena, a quien abría la verja posterior de la casa y saludaba con un respeto displicente, sin pizca de afecto, como si olfateara las genuinas intenciones que fluían bajo su velo pastoral. No obstante, al cabo de unos meses de no ver de parte del clérigo ningún comportamiento o arrebato que le pareciese inusual o indigno de su investidura, la morena —arrepentida de lo incrédula que había sido— empezó a darle al presbítero un trato más cortés, a suplicar sus bendiciones a la hora de despedirlo, a invitarle a sus mazamorras de calabaza, sus dulces de trigo, sus limones rellenos, sus mermeladas de carambola, sus téis desinflamantes de achiote, romero y abuta; hierbas balsámicas que, según contaba Dominga Prieto, prevenían la anemia, combatían el reumatismo, curaban el asma y protegían los riñones de un estropicio prematuro.

Una noche, antes de retirarse a dormir, perfilada tras el resquicio de una puerta lateral a medio cerrar que daba al traspatio, sin querer fisgonear pero fisgoneando, Dominga se percató del momento exacto en que Cartagena, arrellanado en el borde de un sofá de tapiz granate, tomaba una mano de Nicolasa aprisionándola como si fuese un canario y conduciéndola lentamente hacia su boca para besuquearla una, dos, tres y más veces, con unos besos ansiosos que pronto alcanzaron la muñeca, el brazo, el hombro huesudo, el cuello casto, el cartílago de la oreja. Presa de una súbita turbación, Dominga se llevó una mano a la boca, atenazó un dedo entre sus dientes cuadrados y blanquísimos y se lo mordió para no gritar, machucándose con tal fuerza que le quedaría grabado para siempre un moretón en forma de medialuna debajo

de la uña. Antes de alejarse de la escena auscultó con un oído a través de la pared, pero al no escuchar nada echó otro vistazo para cerciorarse de que no estuvieran engañándola los espejismos del sueño. El cuadro resplandecía de tan vívido: su niña, Nicolasa, ahora yacía sobre el pecho del bendito y se disponía a corresponderlo. Dominga pegó un salto hacia atrás negando con la cabeza. Sus pies regordetes por poco la hicieron trastabillar. Corrió como pudo a su dormitorio, ubicado en uno de los cuartos traseros de la planta baja de la casa, y una vez allí, agitada, bufando de espaldas a la puerta, se persignó tres veces, arrugó la estampita de santo Toribio dentro del bolsillo de su delantal y se abofeteó con energía por andar husmeando donde no debía.

La temprana desaparición de sus padres había precipitado el crecimiento de Nicolasa. Al ser la hija mayor, no tuvo más remedio que consagrar su adolescencia y juventud no solo al cuidado y formación de sus hermanos, sino también a la administración de los bienes heredados. Eso no le impidió empaparse de los asuntos públicos y políticos que ya desde niña la estimulaban. Recordaba, por ejemplo, que, a los doce años, cuando sus padres aún no habían contraído la enfermedad que acabaría por matarlos, había visto y oído, con pavor y delectación, los caóticos incidentes de la rebelión de Huánuco de febrero de 1812.

Durante aquellas refriegas un enjambre de indígenas malnutridos y de campesinos alzados salió a las calles a protestar exasperadamente ante los representantes y vasallos del rey de España, Fernando VII, por tolerar abusos de los oligarcas peninsulares, por avalar la imposición de tributos malvados, por el acaparamiento de las cosechas, por el reparto arbitrario de las mulas, por la prohibición del cultivo de tabaco y por incitar la erradicación de los sembrados que les daban de comer. Los insurrectos —casi todos indios, algunos mestizos y criollos rudimentarios: herreros, tejedores, albañiles— no luchaban propiamente por su independencia, sino por la restauración de un régimen monárquico más justo, o eso le pareció a Nicolasa al oír esas proclamas ambivalentes y contradictorias con las que vituperaban agriamente al rey pero sin dejar de darle vivas; o esas hurras que se pregonaban en nombre de Fernando VII para, al minuto siguiente, presionarlo con el anuncio del retorno de «un nuevo inca». Ese supuesto inca vengador no sería otro que Julián Castelli, un expedicionario argentino que había llegado a tierras peruanas un año atrás azuzando a los indígenas descontentos a levantarse,

persuadiéndolos de no escatimar esfuerzos a la hora de reclamar «lo que era suyo». Durante cuatro días, bajo la arenga «Muerte a los chapetones», hubo motines, incendios, saqueos y toda clase de desmanes en las calles, fincas, ranchos, granjas y plazas de Huánuco. Ni siquiera las iglesias se salvaron de ser esquiladas a causa de la revuelta. Varios de los sublevados — enardecidos, aunque pobremente armados con hondas, macanas, ollas, cuchillos y piedras— fueron alcanzados por las balas de acero españolas y acabaron flotando como sacos hinchados en el río Huallaga o rebotando contra las laderas peñascosas de la provincia. Para que menguara la barbarie fue necesario que la esférica imagen de la Virgen de la Dolorosa saliera en informal procesión desde el templo, pero aun así, la rebelión solo quedó diluida del todo tras la mediación de una junta gubernativa compuesta por criollos notables, y de una comitiva de frailes y diáconos que salieron a las calles con sus mitras, sus casullas ornamentadas y sus báculos en ristre para apaciguar el ánimo todavía sulfúrico de los rebeldes. Encaramada en un altillo de su casa, a espaldas de sus padres, que le tenían prohibido descorrer el visillo de las ventanas, y al lado de una azorada Dominga Prieto que no dejaba de clavarle las uñas como garras en el antebrazo, Nicolasa vio aquel espectáculo cruento sin comprender muy bien de qué se trataba, pero fascinada ante la estampida telúrica de los insurgentes, con quienes se identificó por el poder que habían ganado paulatinamente en el transcurso de los días.

Con ese antecedente no fue raro que de adulta siguiera de cerca las incidencias de la campaña patriótica en pos de la independencia, ni que se comprometiera férreamente con ella, ya fuera donando sus joyas para financiar alzamientos aislados o prestando su casa para que sirviera de guarida a opositores de la Corona, que se juntaban allí en morosas tertulias subversivas que no pasaron nunca de ser simples conatos de conspiración. Fue en medio de esa rutina familiar y política, dedicada a velar por la seguridad de sus hermanos y por el devenir de Huánuco, sin permitirse recreos ni distracciones, como Nicolasa decidió enrolarse junto con Pedro como voluntarios del ejército libertador y tener un papel más activo en la resistencia. Ahí conoció a Gregorio Cartagena, cuya figura invadió por entero su vida como una oleada de remanso, sabiduría y redención.

Si al inicio de sus encuentros ella aguardaba por él sin mayor expectativa, como una alumna aplicada solamente, de pronto comenzó a contar las horas que faltaban para verlo. Creía no sentir nada más que admiración hacia el presbítero hasta que una noche, la primera en que Gregorio retardó su

llegada sin avisar, Nicolasa detectó en su estómago un hormigueo ondulante que la carcomía. No era ofuscación, sino ansia, impaciencia. Algo dio un vuelco a partir de ese momento. Una tarde, se descubrió acicalándose para recibirlo: recogió su cabello en un moño adornado con trenzas postizas, ciñó el encaje de su vestido vaquero y se cubrió con perfumados mantones de Manila que habían pertenecido a su madre. Si antes solía jactarse de que no existía hombre que lograra intimidarla, ahora empezaba a verse doblegada por la mirada vertical y las palabras musicales de Gregorio: ya no podía resistirlas sin bajar la frente ni abochornarse. Los abrazos de despedida cada vez más prolongados la sofocaban de una manera que no había experimentado jamás, y al irse luego a la cama notaba, aturdida y maravillada, que la frecuencia de sus latidos tampoco era la de costumbre.

El día que Gregorio Cartagena tocó la boca de Nicolasa con sus labios por primera vez, al borde del sillón granate, ella reparó menos en el cosquilleo del beso y más en la rigidez de sus pezones tibios; y la tarde en que dejó que él avanzara una mano por la cara interior de sus muslos, sintió un chorro breve y veloz bajo la enagua, pero también la avalancha de una culpa hasta ese instante desconocida. Esa culpabilidad se redobló la noche en que Gregorio desató con ternura los cordones de su vestido, desabrochó con destreza sus corpiños de manga corta, la despojó del ridículo andamiaje de sus bombachas, reprimió el fingido pudor de sus últimos recursos y la recostó en la cama para apartar sus piernas con delicadeza, besar su pubis frondoso e introducirse en su cuerpo, dejándola sentir poco a poco el vigor de su sexo hasta procurarle unos temblores que la estremecieron al punto de arrancarle unos jadeos y gemidos que la asustaron porque no sabía que podía llevar dentro esos resuellos de animal. Al regresar del vértigo del orgasmo, aún en trance, en medio de palpitos y taquicardias, Nicolasa abrazó a Gregorio con desesperación, sin recato, pero al notar enseguida una secreción rojiza que goteaba desde su entrepierna, se alejó al otro lado de la cama con violencia, cubrió su desnudez como pudo con las sábanas blancas y le pidió a Cartagena encarecidamente que la dejara sola. Solo entonces miró en derredor y ahí, sin acabar de reconocer los techos y paredes de su habitación de toda la vida, se sintió atrapada en un limbo.

Desde esa noche, una voz la martilló recordándole que se hallaba en pecado mortal y que no merecía la expiación.

Nicolasa pensaba que la voz de Dios había usurpado su conciencia y, para no sentirse inmunda ni perseguida, para acallar sus dilemas y

remordimientos, comenzó a desvelarse repasando las cuentas del rosario fabricado con madera de Jordania que encontró en el baúl que contenía las últimas pertenencias de sus padres difuntos. Pero aun cuando rezaba con convicción, y se detenía a pronunciar los Credos delante de pequeños relicarios y portapaces que había ordenado en el alféizar de su ventana, y se encomendaba al Cristo de la Agonía para ahuyentar las tentaciones, y se mortificaba con ayunos, y se laceraba con golpes de pecho, incluso atando cilicios en sus muslos una vez por semana, aún con todo eso, no podía evitar sentirse subyugada y, más que eso, cautivada, amparada por la serenidad de ese hombre doce años mayor que prometía no abandonarla, que la despejaba con su conocimiento ecuménico, que la evangelizaba con su liturgia hecha de parábolas sencillas, citas proverbiales y cantos carismáticos, y que parecía saberlo todo sobre el pasado que ya no se recordaba y el futuro que nadie conocía.

Consentir el amor de Cartagena significó para Nicolasa vivir negando una parte de sí misma. No estaba enceguecida por una rabieta, al revés, asumía perfectamente el estado de las cosas. Sabía que ese señor casado con la Iglesia era un hombre prohibido, vedado, pero puesta a elegir entre la pasión y la conciencia, cuando ya no tuvo más escapatoria, optó por la pasión defendiéndola con las mismas enervantes ganas con que antes había defendido la infancia de sus hermanos y la emancipación de su pueblo. Deseaba libertad para sí y para el resto. Pero de qué serviría la soberanía de los demás, se preguntaba, si ella misma no se sentía libre de corazón, y, por el contrario, de qué serviría que lo fuese, si su patria continuaba sojuzgada. Nicolasa no era capaz de entenderlo, pero hacía mucho tiempo que se hallaba bajo la aureola de todo lo que acontecía a su alrededor. O quizá sí lo entendía y por eso mismo tomó una decisión definitiva: aunque el mundo tal cual lo conocía le diera la espalda, aunque los hipócritas la señalaran por «impura» o «inmoral», aunque los beatos recriminasen su audacia, aunque los justos y santurrones la privaran en sus oraciones de la promesa de la salvación y destinaran su alma al infierno, y aunque le llegaran, una a una, todas las represalias de Dios, ella, Nicolasa Cisneros, no renunciaría a su forma de pensar y querría hasta el final, hasta el último día, al cura Gregorio Cartagena y sería su amante con ese amor terco y condenado que le salía tórridamente del fondo de las tripas.

Durante esos años, el día a día de los dos no varió sustancialmente. Nicolasa acudía puntual a los acantonamientos donde las mujeres, repartidas en carpas, cumplían las muchas tareas que la gesta independentista demandaba: recolectar los alimentos, preparar la comida, dosificar las porciones; confeccionar prendas de tocuyo para la tropa; almacenar municiones, pertrechos y suministros; custodiar mulas y caballos; curar a soldados que volvían mutilados y desfallecidos de algún atrincheramiento; recoger huérfanos; albergar viudas dándoles prioridad a las parturientas, e inventariar medicinas, literas, sables, bayonetas y toda clase de armamento. Algunas de esas mujeres, las más bellas, las de mayor astucia, disfrazadas o vestidas con mantas y sayas, se jugaban el pellejo al enviar correspondencia entre patriotas, tejiendo una red de espionaje y propaganda en favor de las guerrillas montoneras de la Sierra que colaboraban con el ejército libertador.

Cierto día, Nicolasa vio a un recluta arrastrándose hasta el campamento y se acercó a atenderlo de inmediato. Estaba casi desangrado. Era un muchachito que no llegaba ni a los veinte años. Nicolasa lo encontró tan parecido a su hermano Pedro que se esmeró en cuidarlo, y después de dos semanas de curaciones, ungüentos, compresas de yodo, infusiones de muérdago y caricias caritativas que lo resucitaron, el soldado le declaró su amor. Se llamaba Darío Lechuga. Tenía un lunar blanco de nacimiento que le ensombrecía la mitad del rostro, los ojos pegados a la nariz arqueada, las orejas erguidas y una barbita hirsuta con unos pelos de anémona marina.

—¿Me rechazas porque soy muy joven o porque no te gusto? —le preguntó el convaleciente Darío cuando Nicolasa le pidió que se dejara de declaraciones y tonteras.

—Lo que no me gusta, Darío, es que no respete mi decisión —rechistó ella mientras le retiraba las últimas vendas de una pierna.

—Eso dice tu cabeza, pero tu corazón piensa distinto.

—Lo que piense mi corazón es asunto mío.

—¿Acaso piensas morirte virgen, Nicolasa? —le reprochó el soldado con su tic de parpadeos compulsivos.

—Sí. ¡Y qué! —reaccionó ella con cólera.

Se quedaron callados varios minutos. Cuando Darío se aprestaba a salir de la carpa, todavía rengueando, se dio la vuelta.

—Despreciándome no vas a ganarte el cielo.

—Le aseguro, Darío, que en el cielo no hay lugar para mujeres como yo —decretó Nicolasa sin levantar la vista.

Cartagena, por su parte, iba y venía de Huácar a Pasco en misiones cristianas, repartiendo misericordias y penitencias, aprovechando en dictar Matemáticas y Ciencias de la Naturaleza en las escuelitas olvidadas de los poblados sin nombre, y así intercalaba servicios religiosos y académicos con las obligaciones cívicas que entrañaba su nuevo rol de agente bolivariano, entre ellas, reportar lo que sucedía a la élite política limeña, tan dependiente de Simón Bolívar.

A pesar de la intranquilidad general y de las ocupaciones que los absorbían, el fragor amoroso no decayó, sino que fue expandiéndose con la consistencia de una marea. Las citas en casa de Nicolasa seguían siendo cautelosas y nocturnas, pero ahora contaban con la silenciosa complicidad de Dominga Prieto, quien bajaba los ojos de par en par con resignación cada vez que el cura Gregorio se anunciaba desde la calle, detrás de la verja, mediante un silbido que solo los tres reconocían como contraseña.

En esa casa celebraron juntos las victorias de Junín y Ayacucho —que sellaron la independencia a finales de 1824—, así como el triunfal regreso de Pedro, quien en cuanto volvió a Huánuco pidió a Cartagena un favor imperioso: officiar su boda con Trinidad Rubín, a quien un año antes había pedido matrimonio en secreto.

Así se hizo.

Algunos de los hermanos Cisneros que vivían en alejadas provincias alcanzaron a llegar a tiempo para asistir a la ceremonia, que se realizó el segundo día de enero en la iglesia de San Cristóbal. Ahí conocieron presencialmente al cura Gregorio, de quien tanto habían oído hablar en las cartas que Nicolasa y Pedro les remitían cada tanto.

La noche de la boda fue la madre de Trinidad quien la acompañó al altar. Ambas traían cara de velorio. El padre, el coronel Joaquín Rubín, baluarte del Ejército español, había muerto días atrás en la batalla de Ayacucho. Murió ignorando que su hija mantenía un noviazgo furtivo con Pedro Cisneros, enemigo suyo como todos los patriotas. De haber sobrevivido, se habría opuesto tenazmente al enlace.

El día de la batalla, el 9 de diciembre anterior, el coronel Rubín y sus dos mil hombres esperaban la aparición de los independentistas en las faldas del cerro Condorcunca, exactamente en la explanada de la Pampa de la Quinoa. En cuanto los distinguieron en el horizonte avanzaron hacia ellos. El

enfrentamiento fue encarnizado desde el primer momento y poco a poco se incrementaron las luchas cuerpo a cuerpo. El coronel estaba a punto de dar indicaciones a un hombre de su regimiento cuando oyó muy de cerca el largo silbido de una bala. En cuanto sintió el impacto, soltó una exhalación y, acto seguido, sin grandes aspavientos, casi teatralmente, cayó tumbado. En segundos, tras buscarse la herida en el abdomen y darse cuenta del profundo orificio por el que manaba sangre a borbotones y empezaban a asomar sus vísceras, supo que le había llegado la hora. La transpiración fría y los calambres no hicieron más que confirmárselo. Antes de expirar, con el último hilo de conciencia, aguzó la vista y alcanzó a identificar a su verdugo. Del otro lado del revólver, empuñando aún el arma, recuperando recién la visibilidad en medio de una batahola de humo, tronidos, detonaciones y estertores, Pedro enfocaba sus pupilas desorbitadas y se daba cuenta con el rostro atónito de que el hombre al que acababa de impactar un certero disparo frontal, que ya empezaba a morirse y cuya mirada cavernosa no olvidaría jamás, era el padre de su novia.

No se atrevió a confesárselo a Trinidad sino hasta quince meses después de haberla desposado, con consecuencias nefastas. Le juró que había sido un accidente, pero de nada sirvió. Ella no solo dejó de hablarle y de compartir la cama, sino que empezó a tener pesadillas donde el coronel, con las mejillas calavéricas y un hueco en el vientre, se presentaba para maldecirla. Trastornada por esas alucinaciones y desolada ante el hecho, para ella incorregible, de estar casada para toda la vida con el asesino de su padre, Trinidad no pudo volver a conciliar el sueño. Una noche, en su casa, después de llorar hasta sentir que las córneas se le reventaban, se encerró en la cocina y se cortó los cabellos en mechones disperejos con el mismo cuchillo con que a continuación se abrió las muñecas con dos tajos verticales. Para asegurarse de pasar a la otra vida, destapó uno de los frascos que Pedro guardaba en el cajón de productos para desinfectar los establos, tomó un puñado de su contenido arenoso y se lo tragó sin ver. Eran polvos de arsénico negro. Trinidad murió en menos de veinticinco minutos. Cuando Pedro la encontró en el suelo, doblada sobre un charco de sangre, vómitos y flemas que le pareció que apestaban a ajo, era una momia joven: la boca cuarteada, detenida en un aullido que nadie escuchó, los brazos disecados sobre el abdomen en lo que fue el apretón de la última arcada, la refulgente cabellera rubia convertida ahora en un manojo de alambres amarillos.

Los años que siguieron fueron los del gobierno autoritario de Simón Bolívar en el Perú, una dictadura que contaba con el beneplácito de muchos oligarcas serviles, lo que llevó a pensar a las mayorías que la lucha independentista había sido en vano y que la tan mentada libertad no llegaría nunca y que, de llegar, no serviría para nada.

Después de tres años de concentrar el poder, oprimir a opositores, desoír a indígenas, postergar a esclavos y perpetrar maniobras ilegales para hacerse nombrar presidente vitalicio, Bolívar retornó a la Gran Colombia, de donde ya no volvería.

Posteriormente vendría una seguidilla de sublevaciones internas, la instalación del Congreso y, en 1827, la elección del mariscal La Mar como primer presidente de la nueva patria.

Debido a los terribles padecimientos sufridos en Huacaybamba durante el nacimiento de Juan, Nicolasa se negó a repetir el martirio de viajar hasta la hacienda Andaymayo cuando, en setiembre de 1829, se supo embarazada por segunda vez. Para entonces ya había decidido que, de tener más hijos, estos nacerían o bien en el centro de Huánuco o bien en Lima. Cartagena acató sus peticiones a sabiendas de que Dominga Prieto y la sordomuda Isidora Zabala atenderían ese segundo alumbramiento y los sucesivos con la misma paciencia, austeridad y reserva de la primera vez.

Así ocurrió en el curso de los años. Manuel, Francisca y Luciano nacieron en la casona de Huánuco; mientras que Feliciano, Catalina y Luis lo hicieron en Lima, en un predio de Barrios Altos que Nicolasa había adquirido para estar cerca de Gregorio, cuyas labores políticas lo obligaban a pasar largas temporadas en la capital. Durante años estuvieron así, viviendo entre las dos ciudades.

Esa casa de Barrios Altos, ubicada en la calle Peña Horadada —llamada así por la peculiar piedra agujereada que alguien colocó en una esquina de la manzana siglos atrás y que, según las leyendas de los viejos habitantes, fue perforada por el mismísimo demonio para eludir la procesión de un santo—, era lo suficientemente amplia como para que los siete chicos jugaran dentro, en una especie de distraído cautiverio. Mientras eran niños fue sencillo controlarlos y mantenerlos ocultos, pero cada año, conforme crecían y los ruidos del exterior picaban su curiosidad, hubo que ser más precavidos con

los rigores del encierro. «Si salen a la calle, se los comerá el diablo», los asustaba Dominga Prieto hablándoles de la piedra maldita, siguiendo instrucciones de Nicolasa y Gregorio, que preferían esconderlos con mentiras antes que exponerlos a los cuchicheos del vecindario.

Que en ese tiempo los curas ocultaran a sus hijos no era extraño. Hay archivos enteros de la época con nombres de hijos de sacerdotes, hijos no reconocidos que crecieron en el interior de casonas o monasterios y solo conocieron la calle después de cierta edad, y tuvieron que aprender a vagar por ahí sin saber nada de sus padres biológicos. Eso sí es que lograban nacer, pues la mayoría de las mujeres embarazadas por clérigos —damas de sociedad, nodrizas domésticas, internas de reformatorio o religiosas de clausura— eran forzadas a abortar y luego a guardar silencio sepulcral y a vivir con ese trauma perenne.

Quienes se ocupaban de desaparecer a los fetos eran unas monjas macabras que primero los estrangulaban, y luego los enterraban en túneles y catacumbas. En Huánuco, a mediados del siglo XX, a raíz de la demolición de los conventos de Santa Isabel, San Teodoro o San Miguel, llegó a ser normal encontrar en los sótanos cerros de cadáveres minúsculos, cientos de esqueletos de niños abortados, pedazos de huesos o tejidos putrefactos de criaturas que habían sido arrancadas de sus madres y asesinadas en esas pocilgas recónditas por disposición de sacerdotes infanticidas.

Lo infrecuente de ese tiempo, por no decir lo insólito, era que los curas se enamoraran como se enamoró Gregorio Cartagena. El presbítero de Huácar, mi tatarabuelo, llegó a distorsionar a tal punto su predicamento sacerdotal que dejó de ver su romance con Nicolasa Cisneros como un obstáculo y pasó a considerarlo un aliciente. Si ella se sentía desventurada y se torturaba por disgustar a Dios con sus flaquezas, Cartagena le agradecía cada mañana a ese mismo Dios por poner en su camino a una mujer tan desprendida y generosa.

«Solo la divinidad del Señor pudo concebir un amor así de purificante», le repetía a Nicolasa con su tono episcopal, clarividente, intentando aliviar sus cuitas en esas vertiginosas noches de encuentros sumarios. Cuántas veces le juró que sus sentimientos «contaban con la anuencia de Cristo y de María»; que sus besos «regocijaban a los santos, que también fueron humanos»; que sus tocamientos «no menoscababan ningún mandamiento, pues eran místicos y no pecaminosos»; que pasar la noche juntos «no era incompatible con el mandato de las escrituras», y que sus almas «no serían juzgadas por sus actos agraviantes, sino por la pureza de sus intenciones».

Así le hablaba.

Y no era que Cartagena ignorase las graves repercusiones que su actitud podía acarrear: sabía muy bien que, si era puesto en evidencia, sería denunciado ante el arzobispado y eventualmente expulsado de la Iglesia «por proceder reñidos con el ejercicio del ministerio», o bien presionado para declararse «apóstata», pero ese no era el primer sino el último pensamiento que venía a su mente cuando Nicolasa estaba delante y lo miraba con esos ojos que tenían un color y una forma que él siempre asociaría con las hojas del eucalipto.

La devoción del sacerdote por Nicolasa era tan verdadera como descarada. La amaba sin atenuantes ni discreción.

Irremediablemente. La prueba fueron los siete hijos que procrearon. Siete hijos a los que Gregorio educó y asistió, pero sin darles jamás el apellido.

Lo que ambos nunca tuvieron en cuenta fue que esa alianza nacida en el silencio y destinada al secreto podía provocar daños en sus hijos.

Tal vez no en todos, pero sí en alguno.

Al menos en uno.

Ese hijo, el que cargó con la impronta de ese amor ilegal, descarriado y sombrío; el que vivió tratando de explicarse por qué lo cicateaba una tristeza que estaba fuera de su dominio, por qué el amor en él era primitivo y por qué le crecían por dentro esas úlceras que nadie le enseñaba a curar, fue el último.

El séptimo bastardo. Mi bisabuelo.

Nació en 1837.

Lo llamaron Luis y fue inscrito en una iglesia de Lima como Luis Benjamín Cisneros, «hijo *legítimo* de don *Roberto Benjamín* y Nicolasa Cisneros».

La pena soterrada de los padres tuvo en él a su máximo heredero.

Lima, 2013

Huácar es un caserío de callecitas despercudidas y entreveradas al pie de una sucesión de montes con residuos de vegetación. Se llega siguiendo el camino a Oyón desde el portal que marca la entrada a Huánuco. Su gente es tímida o esquiva, pero no desconfiada. Las casas son de adobe y sus puertas permanecen siempre abiertas para que los perros pacíficos entren y salgan a su antojo.

Hasta allí llegamos en agosto del 2012 el tío Gustavo y yo detrás del rastro de Nicolasa y Gregorio. Queríamos, o al menos yo quería, encontrar el germen de la historia. Aun cuando llegado el momento me faltara valor para escribir y contar, estaba obsesionado con saber.

Nos hospedamos en la provincia de Ambo, en la residencia de la familia Trelles, una casona pétreo de hace dos siglos que tiene un jardín donde crecen sin romperse los naranjos y los árboles del aguacate, y un estanque donde habitan unos sapos que croan por la tarde pero difícilmente se dejan ver.

Por las mañanas, desayunábamos tamales de maíz, jugo de capulí y un café con canela hirviendo antes de iniciar nuestras rondas de averiguaciones por el pueblo. Por las noches, al regreso de cada jornada, compartíamos nuestros avances con los anfitriones, bebíamos en la pérgola un cóctel hecho de pisco con arándanos, y en un salón de maderas crujientes escuchábamos vales en una pianola cuyas teclas se movían solas como si un fantasma obediente las tocara desde el más allá.

En lo profundo de Huácar vive un multitudinario ejército de Cisneros. Solo en el primer recorrido conocimos a Seragio Cisneros, Alcides Cisneros, Didiosa Cisneros, Austrajilda Cisneros, Constancia Cisneros, Epifanía Cisneros, Casilda Cisneros, Eleuteria Cisneros, Apolinaria Cisneros, Asunta

Cisneros, Pascual y Pascuala Cisneros. Así mismo, a Teodoro Cisneros Ponce, hijo de Cirilo Cisneros Baldeón, nieto de Vinicio Cisneros Puente, medio hermano de los Cisneros Melgarejo, los Cisneros Estela, los Cisneros Martell, y nieto de Pío Cisneros Zevallos, que era padre de Leo y Sabina Cisneros Martínez, nietos de Isaac Cisneros Reynoso y de Eutimia Cisneros Lavalle. También conocimos por ahí a un hombre con el brazo derecho mutilado y un ojo de vidrio que se presentó como el coronel Próspero Cisneros, «cacique de Yanahuanca», y a una Damiana Cisneros, homónima del personaje de *Pedro Páramo*, una mujercita de mejillas coloradas que tenía la manía de morderse la lengua y que no supo si celebrar o llorar cuando le conté que su nombre figuraba en una novela donde las ánimas conversan con los vivos.

Las casas de todas esas familias eran gemelas: viviendas angostas, de techos y muros carcomidos que tenían el aspecto húmedo del barro. En las paredes, colgados de tachuelas, se veían imágenes de vírgenes opacas, afiches de artistas folclóricos, calendarios del mes anterior. No había nada que indicara la hora ni nadie que necesitara saberla. Detrás de una cortina se adivinaba el único dormitorio familiar: un modesto habitáculo en cuyo piso de tierra se apilaban catres, montículos de ropa y una infinidad de cachivaches. A falta de lámparas sobraban velas que iban y venían en botellas de gaseosa improvisadas como candelabros. No bien entrábamos, nos ofrecían sentarnos en los banquitos, cajas y baldes que componían el juego de sala, y enseguida, antes incluso de que acabáramos de explicar la razón de nuestra visita, ya teníamos enfrente una mesa desplegada con choclos hervidos, lonjas de queso, humitas dulces, caldos sustanciosos, chicharrones grasientos y envases de Pepsi rellenos con chicha de jora. El tío Gustavo me hacía señas disimuladas para que no dejara de servirme, pues la inapetencia podía tomarse como un desaire.

Aquellos Cisneros formaban una sensacional muchedumbre de hermanos, primos, cuñados, tíos, sobrinos, hijos y entenados que habían crecido con la tradición de emparejarse entre sí, descompaginados, promiscuos, sin orden, sin que nadie se escandalizara por lo incestuoso de sus relaciones y lo inaudito de sus matrimonios. El coronel Próspero —padre de tres mujeres, Zelmira, Eufemia y Sufrida Cisneros, casadas las tres con un solo hombre, Plácido, que por añadidura era su hermanastro— aseveró que los caseríos adyacentes de Chicopata y Viroy estaban aún más infestados de hombres, mujeres y niños con el mismo apellido. «Todos son Cisneros allí, hasta los cerdos de los corrales, los gallos de las calaminas y los monos del zapote»,

acotó riéndose con un conjunto de dientes corroídos, con el ojo de cristal abierto y dando un estéril aplauso de manco.

No es descartable que muchos de los Cisneros de esas aldeas fuesen descendientes del arisco Juan, el primogénito de Nicolasa y Gregorio Cartagena, quien pasó muchos años en Huánuco antes de aislarse en las alturas de Pasco, donde tuvo varios hijos y donde vivió escabullándose cada vez más en la espesura de la selva, como renegando de un origen que presumía torcido, escribiendo unas pocas y angustiosas cartas en las que mencionaba con insistencia a su madre y sus otros hermanos, pero no a Gregorio, el cura, su padre real, tampoco a *Roberto Benjamín*, el viajero, su padre inventado.

Cada vez que les preguntábamos por el sacerdote Cartagena, dándoles referencias exactas acerca del lugar y época en que había vivido y trabajado, los Cisneros de Huácar se miraban entre sí encogiéndose de hombros.

La plaza de Huácar está escoltada por el templo de San Miguel Arcángel, el primer centro de evangelización de la región. Su campanario, oxidado y amarillo, es el mirador más alto de todo el valle. De lejos, la iglesia parece una basílica. De cerca, un retablo resquebrajado. Es el mismo templo donde Cartagena ofició durante años y que ya luego, desmoronado por chubascos y aguaceros, debió ser reconstruido y fortificado. En aquel campanario, además de anunciar los acontecimientos del pueblo golpeando el hierro de las campanas con el badajo, Gregorio escondía a los niños que escapaban del maltrato de padres alcohólicos y a los varones que huían de la tunda de algún marido cornudo.

Esa mañana nos atendió el párroco Víctor Fabián, un hombre bajo, cilíndrico y hablantín que arrastraba una túnica gigante que le borraba los pies y avanzaba como un aparecido deslizándose sobre las mayólicas.

—Padre, buscamos unas partidas de bautizo —le informé después de darle los buenos días.

—¿De quiénes? —preguntó hojeando unos papeles.

—De los primeros hijos de Nicolasa Cisneros —contestó el tío Gustavo.

—¿De qué años estamos hablando? —se interesó. Entonces nos prestó atención.

—Entre 1828 y 1837 —dije—. ¿Será posible hallarlas en el archivo de la iglesia?

—Imposible —contestó—. Los libros de la parroquia se quemaron en 1945, cuando estaba por aquí el padre Anatolio Trujillo.

—¿Qué ocurrió? —indagó el tío Gustavo.

—Fue un domingo. El parte oficial decía que un rayo incendió la parroquia, pero los ancianos de la comarca sospechaban del padre Anatolio porque ese día acabó la misa antes de la hora, decomisó las limosnas, botó a los feligreses y trancó las puertas. Una hora más tarde, después de robarse las coronas de la Virgen y las alhajas de san Miguel, le prendió fuego al templo. Pero eso se supo tiempo después. Al principio todo el mundo creía que se trataba de un accidente.

—¿Cómo se enteraron de que el fuego había sido provocado?

—Un monaguillo murió carbonizado. Encontraron su cuerpecito abrazado a una columna. Un montón de huesos manchados. Cuando el padre Anatolio se enteró, no pudo cargar con la culpa y confesó todo.

—¿Quedó algo?

—El templo se salvó, pero el archivo no. Cenizas nomás quedaron.

En la plaza de Huácar hay un busto de Simón Bolívar y una placa herrumbrada que acredita su paso por este pueblo en 1823, año en que conoció a Gregorio Cartagena, convocándolo para que lo ayudara a engrosar su ejército.

El párroco Víctor Fabián dice que mucha gente se lucra hasta hoy con el recuerdo de la visita del Libertador. «Las agencias de viaje han hecho un negocio de todo eso», se quejó esa mañana. Según él, hay montones de guías turísticos que timan a los extranjeros llevándolos a un cuartucho anexo a la iglesia donde les muestran una cama con dosel y columnas de bronce, y les cuentan que Bolívar durmió allí.

—Los gringos se lo creen y se hacen fotos, pero es puro cuento para sacarles plata —nos dijo.

—De quién es la cama, entonces —preguntó el tío Gustavo.

—Un obispo de Ambo la donó a la parroquia hace treinta años. Era de una de sus abuelas, que murió de paperas. Nadie quería quedarse con la cama, por eso la trajo.

En los contornos, frente a la iglesia de San Miguel Arcángel, hay una botica mal abastecida que atiende las veinticuatro horas, una sastrería sin sastre, una comisaría sin comisario y una bodega llamada Wilder, igual que su

dueño, un hombre que atiende a los clientes sin moverse de su hamaca. El decorado del perímetro concluye con la escuela secundaria más importante de la localidad, ubicada frente al templo, en el cruce Comercio. Su nombre: Institución Educativa Pública Gregorio Cartagena. En el frontis, al lado de un escudo color aceituna, pueden leerse los preceptos que el colegio propugna: «Disciplina, Honradez, Responsabilidad».

Esa mañana de agosto del 2012, el director se había reportado enfermo y su despacho estaba cerrado. Pero nos dejaron recorrer los tres pabellones del edificio, por donde deambulamos buscando sin suerte un retrato de Cartagena. Me pareció inverosímil que ni maestros ni alumnos —casi todos hijos de arrieros y agricultores, provenientes de los caseríos de Acobamba— hubiesen visto antes una imagen del personaje que daba nombre a su lugar de trabajo y estudio, y que, además, ofrecieran versiones discordantes y claramente disparatadas sobre su biografía. Al principio se mostraron huraños, renuentes a colaborar, presas de un mutismo sospechoso, pero bastó que uno abriera la boca para que el resto se animara.

Algunos decían que Gregorio había sido un dadivoso curandero o vidente español que sufría de alucinaciones, que hablaba de la trasmigración de las almas y obraba ocasionales milagros gracias a sus poderes síquicos, y mencionaron el «célebre caso» de la mujer ciega de nacimiento que vivía en Pachitea, que tenía las pupilas rojas como ciruelas, a la que el cura Cartagena devolvió la visión restregándole los párpados con el agua de una acequia y limpiándoselos con una falsa réplica del santo sudario. Otros declaraban que había sido un navegante fluvial de ojos celestes, altísimo y jorobado, que vivió años enteros entre los bejucos de la ribera del río Huallaga y que llegó a convertirse, nadie sabía cómo, en el primer y último comendador de la ciudad de Huánuco. Y hasta hubo un profesor, el responsable de la biblioteca del colegio, que sostenía muy convencido que Cartagena había sido un famoso y acaudalado militar caribeño, patrocinador de la gesta de Bolívar, que ya de viejo se marchó a la selva detrás de una mujer albina de cabellos plateados, hija de los primeros colonos austro-alemanes de una zona ubérrima conocida como Codo de Pozuzo, y que allí se quedó hasta su muerte, causada por envenenamiento tras la mordida de un impreciso animal.

Dejé Huácar con la impresión de estar desocupando un capítulo de la historia de mi familia que había permanecido clausurado, tapiado por siglos. Salvo el tío Gustavo, nadie había mencionado nunca aquel lugar. Al recorrer sus callejuelas, midiendo la respiración de la gente, el desorden de las

construcciones, el volumen de esos cerros que parecían atentas deidades, sentí que recorría un velo inmemorial, traspasaba una frontera e ingresaba en un territorio donde los vivos y los difuntos podían convivir de manera amigable, formando un elenco de presencias titilantes como bombillas gastadas.

Esa mañana escribí en mi libreta:

En este lugar se conocieron Nicolasa y Gregorio. Aquí aprendieron a amarse y a esconderse. En el aire se puede aspirar el miedo que los abrumó. Lo que debe haber sufrido Nicolasa callándose. Lo que debe haber llorado. No es fortuito que *Huácar* signifique precisamente eso. *Llorar*.

Un sábado fuimos a buscar a Virgilio Luzuriaga, un médico e historiador cuya memoria es considerada la caja negra de Huánuco. Luzuriaga es un hombre orondo, de cabellera blanca y unos ojos negrísimos que, aumentados por las lunas de sus lentes, parecen los de una salamandra en cacería. Estudió toda la primaria en un salón que tenía escrito sobre la pizarra el nombre de mi bisabuelo, «Luis Benjamín Cisneros», y desde el primer día sintió ganas de saber quién había sido ese señor.

Nos recibió en su consultorio, una habitación algo oscura en el interior de una pequeña clínica ubicada a tres manzanas de la plaza Mayor. Sentado tras su escritorio, de espaldas a una vitrina donde podía apreciarse una cantidad indeterminada de frascos vacíos, cráneos rotos, volúmenes de medicina despellejados, dentaduras postizas, relojes de arena atascados y un sinfín de objetos rociados de polvo, Virgilio Luzuriaga lanzó una hipótesis sobre Gregorio Cartagena que nos desconcertó y que se sumaba a las teorías delirantes que habíamos escuchado en Huácar, aunque esta resultaba menos absurda.

«Cartagena era colombiano —afirmó—. Se dice inclusive que era quintacolumnista de Simón Bolívar, quien lo habría enviado al Perú como espía y agente de sabotaje.» Agregó esto último apoyando las dos manos sobre la mesa, abriendo su mirada anfibia para escrutarnos. De todo lo que dijo esa mañana, sin embargo, eso no fue lo más interesante. Lo que sí se me grabó como una cicatriz instantánea fue el comentario que un renombrado historiador le hiciera veinte años atrás, cuando Virgilio pretendió averiguar si el cura Cartagena, como ya se farfullaba desde entonces, tenía algo que ver con la familia Cisneros. El historiador lo desaconsejó diciéndole: «No investigue usted eso, Virgilio, que sobre esas cosas hay que poner un manto de silencio

porque gente muy respetable puede salir dañada. Lo invito cordialmente a que lo olvide».

Un manto de silencio. Gente dañada. Olvido.

Escribí en mi libreta esas palabras así: juntas pero independientes, encadenadas por puntos seguidos, como si fuesen el verso de un poema minimalista o inconcluso, las claves de una historia todavía misteriosa. La exhortación del historiador a Virgilio Luzuriaga revelaba una costumbre que, en el Perú, o en ciertos sectores del Perú, tiene el peso de una tradición que se cumple ritualmente: la costumbre de proteger con el silencio. O más bien de creer que el silencio protege. En mi familia, como en muchas, acaso todas, hay gente proclive a callar, a no contar, a no decir «más de lo debido», a recurrir a la prudencia para «no dañar», a forzar el olvido con tal de que ciertos episodios no salgan a la luz. No vaya a ser que lo estropeen todo.

Después de frustradas idas y vueltas a los sótanos del obispado en busca de documentación, fuimos al colegio Leoncio Prado, otro de los que fundara Gregorio. Tampoco allí encontramos ninguna fotografía o retrato suyo. Algunos pobladores lo conocían de oídas pero nadie sabía si era alto o bajo, grueso o delgado, pálido o rubicundo, tosco o suave. Su apariencia seguía siendo un enigma.

Frente al edificio del Leoncio Prado, junto a la iglesia de San Francisco, se extiende un parque que lleva el nombre de Cartagena: consta de seis bancos atornillados sobre bloques de asfalto, tres postes de alumbrado público y parcelas de jardín donde no destaca ninguna flor especialmente vistosa y donde los troncos de los árboles están blanqueados con cal para ahuyentar a los insectos. Sentado en uno de esos bancos, tuve la sensación de que Gregorio estaba por todos lados y ninguno, de que era una presencia que de pronto se evaporaba, como si no se hubiese muerto del todo y estuviera tal vez no fuera, sino dentro de mí, no de una forma tangible pero tampoco de un modo meramente espiritual. Nos gusta pensar que los fantasmas habitan casas viejas y rincones oscuros, pero uno, en cuerpo y alma, va convirtiéndose en eso también: una casa vieja, un rincón oscuro, un depósito donde se dan cita las memorias de los hombres que te antecedieron, cuyo descanso un día decidiste perturbar.

Una vez allí, pensé movilizarme hasta Huacaybamba, a conocer los vestigios de la hacienda adonde Cartagena envió a Nicolasa para que el nacimiento de su primer hijo pasara inadvertido. Es más, quise seguir el sendero de alturas escabrosas por donde Gregorio cabalgaba cuando iba a la

provincia de Huamalíes para inspeccionar el estado deplorable de las iglesias relegadas, pero no pude completar ninguna de las dos rutas: eran trechos arduos y agotadores que únicamente podían cubrirse a caballo, capeando temperaturas extremas. Solo alcancé a ver una iglesita desvencijada, en cuyo portón enclenque podía leerse un cartel sin fecha donde decía, como si de un suceso irreplicable se hubiese tratado: «Por aquí pasó el señor don Gregorio Cartagena, presbítero de mucha ilustración y campanillas». Una pestilencia provenía del interior. Minutos más tarde un poblador me confesaría que hacía ya mucho tiempo que ese templo había dejado de funcionar como lugar de culto y que, si bien mantenía su fachada original, los hombres de la localidad se habían visto en el penoso apuro de tener que utilizar sus instalaciones para otros fines; primero, convirtiéndolo en cárcel del pueblo para ajusticiar a bandidos y ladronzuelos de los que nadie quería hacerse cargo, después transformándolo en un burdel clandestino donde atendían unas putas jóvenes y demacradas que tenían prohibido enamorarse de sus clientes, y luego —más recientemente, precisó— en letrina pública o, como él dijo textualmente, «cagadero comunal». El cartel alusivo a Cartagena, sin embargo, seguía sin ser removido.

A mi regreso a Lima, mientras buscaba nuevos datos para resolver ese acertijo que era mi tatarabuelo, revolví esas historias tan disímiles acerca de su origen. ¿Sería peruano, español, venezolano o colombiano? La incógnita quedó despejada la mañana en que con el tío Gustavo encontramos su acta de bautismo en el penúltimo anaquel de un corredor del archivo del arzobispado.

En esta Santa Iglesia Parroquial de Huánuco, en veinticuatro días del mes de abril del año 1788, exorcicé, bauticé con óleo y crisma a José Gregorio, niño de un día, hijo legítimo de don Francisco Cartagena y doña María Soledad de Meneses Aparragué. Fue su padrino don José Florencio de Zavala. Testigos: el capitán don Cleto de Laura y el señor maestre de campo don José González. Y para que conste, lo firmó el clérigo Pedro Gallegos.

Mi tatarabuelo, ya no cabía duda, era peruano. Sus padres eran españoles como los de Nicolasa y, al igual que los de ella, llegaron al Perú por mar en pos de tesoros míticos que jamás vieron.

Entre los documentos aparecieron también unas notas del coronel Antonio Echegoyen, por varios años alcalde constitucional de Huánuco. En los días en que las mujeres y el alcohol parecían ser la perdición del revoltoso

subdiácono Cartagena, Echegoyen lo defendió cerradamente ante las autoridades religiosas de Lima, con las que mantenía estrechos vínculos. En una esquila definió a Gregorio como «un joven de buena índole y buena educación». Quizá el coronel lo apreciaba con franqueza, o lo mismo quiso ayudarlo debido a que la casona decorada con celosías y cruces de Huamantanga que él alquilaba en el centro de la ciudad a excelente precio pertenecía a don Francisco Cartagena, padre de Gregorio.

También encontré un informe de 1829, elevado por el ciudadano Melitón de Herrera ante el gobernador eclesiástico del arzobispado de Lima, donde se decía lo siguiente:

El cura y vicario de Huácar, José Gregorio Cartagena, raras veces aporta a su doctrina por estar de rector del colegio de Ciencias. No planifica. Tiene hasta dos secretarios cuando no requiere más que uno y, por si fuera poco, para el vecinazgo de Huácar, su comportamiento moral no es nada ejemplar.

Salvo esa imputación, donde podría advertirse una alusión indirecta o sutil a su relación con Nicolasa —en 1829 ya había nacido Juan, su primer hijo—, no hallé ninguna otra que hiciera referencia a su romance camuflado o a sus hijos ilegítimos.

En una ocasión, se le pidió a Gregorio remitir a sus superiores una opinión del caso del padre Anacleto Landaeta, un pícaro curita de Lauricocha, caserío ubicado dentro de la jurisdicción de su parroquia. Según la denuncia de unas señoras muy contrariadas, Anacleto Landaeta vivía en «escandaloso concubinato» con una mujer que trabajaba en la sacristía, con la que se paseaba por el casco de la región «a vista y paciencia» de la comunidad. «No contento con eso —proseguían las denunciantes en su escrito—, el incontinente ha seducido hasta a cinco feligresas más, proponiéndoles tener trato carnal en el confesionario aprovechándose de la intimidad de la penitencia».

Las viejas pedían o bien que se cumplieran a rajatabla las leyes canónicas y se excomulgara al padre Anacleto por los delitos de «solicitud y fornicación» —pues además maliciaban que era suya la última hija de la esposa del doctor Orestes Murillo, el matasanos de Lauricocha: «una niña idéntica a él»—, o bien que se le sometiera a alguna de las torturas públicas que la Inquisición española deparaba a los «infieles» y que aún se mantenían vigentes en ese pueblo, como las pinzas y tenazas ardientes para desgarrar y

abrasar el pene, la castración, la extirpación del miembro o, directamente, la amputación de la triada completa «antes de que haga de Lauricocha una Sodoma».

Cuando Cartagena recibió la denuncia con semejantes demandas, acaso por identificación o solidaridad, o quizá en atención al reclamo de otros vecinos, que veían completamente natural la conducta del padre Anacleto Landaeta y exigían su permanencia, escribió una nota eximiendo a su colega y salvándolo de la capadura.

Mientras se acumulaban en su contra acusaciones que no prosperaban, Gregorio mantenía una cátedra en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, donde gozaba de pleno respaldo académico. También las actividades políticas lo mantenían distraído. Después de su primera experiencia como diputado por Junín en 1827, fue elegido diputado y senador en representación de otras zonas de la sierra. Su más alta responsabilidad llegaría en diciembre de 1841, cuando lo hicieron miembro del Consejo de Estado: un órgano de la época integrado por diez parlamentarios que asumían las atribuciones del presidente durante su ausencia o enfermedad. Siendo parte del Consejo, Cartagena suscribió la declaración de guerra a Bolivia después de que las tropas de ese país —al mando del infame caudillo sureño José Ballivián— asesinaran al presidente peruano Agustín Gamarra en la batalla de Ingavi y ocuparan los territorios de Moquegua, Puno y Tarapacá.

Cartagena no solo colocó su rúbrica en la declaración, sino que, a pedido del Consejo, redactó el comunicado que, en forma de volantes repartidos de mano en mano en calles y plazas, anunciaba la guerra al país.

Peruanos: vuestro Consejo de Estado escuchando el voto nacional y cumpliendo sus obligaciones, acordó la declaratoria de guerra a Bolivia, enemigo capital del Perú, y a Ballivián, el más ingrato y pérfido de sus tenientes. Al autorizar esta terrible pero necesaria medida, no se propuso exigir de Bolivia otro sacrificio que el de prestar al Perú seguridades de que su tirano no tendría el poder de atentar contra nuestra tranquilidad e independencia, y que nuestra patria no volvería a ser víctima de sus maquinaciones alevés, ni teatro de las matanzas feroces con que inició su usurpación. Mas parece que la providencia ha querido probar nuestra entereza, haciendo que el Ejército encargado de tan noble y desinteresada misión sobrelleva un revés cuando contaba con la victoria, y que el generalísimo Presidente Gamarra y los principales jefes y oficiales perecieron bárbara e ignominiosamente a manos de ese pueblo, degollados por orden del funesto Ballivián, a quien habían favorecido en su infortunio y reconciliado con su patria. Desde que se supo la ejecución de estas atrocidades sin

ejemplo, un grito de indignación y furor resuena incesantemente por todo el ámbito de nuestra República, y el Consejo, como intérprete fiel del sentimiento público, se apresuró a robustecer al Gobierno para vengar los ultrajes inferidos al honor nacional por un enemigo que se jacta de atropellar los derechos de la guerra y de la misma humanidad. Las plegarias que nuestros compatriotas nos dirigieron en sus agonías para llamarnos a las armas se repiten por todos los padres y todas las madres, cuyos hijos, esposos y hermanos han pagado su deuda a la naturaleza y a la patria. Ellos nos piden venganza en los trasportes de su dolor, y la obtendrán sin ofensa de la moral, porque tan horribles crímenes no deben quedar sin punición. ¿¡Qué!/? ¿Porque un contraste no previsto ha destruido una parte de nuestro Ejército, se lisonjearán los enemigos de poder disponer de nuestro territorio al antojo de su ambición para imponernos la ley, o reducirnos a aceptar una paz vergonzosa? ¡No! La nación llena de confianza en su Gobierno, que es el paladín de su independencia y de su seguridad, encontrará en el patriotismo de sus hijos recursos suficientes para rechazar pretensiones insensatas; y si la fatalidad agravara sus desgracias hasta el punto de ser imposible contenerlas, nos sacrificaremos todos, antes que consentir nuestra degradación y nuestra infamia. Peruanos: salvar la República alejando de su seno los horrores de la guerra; precaver a nuestros hermanos del sur, del incendio, del pillaje y del asesinato, es y será el voto del Consejo. El Perú tiene necesidad de paz, y la desea; pero la quiere honrosa y digna; y para alcanzarla, está resuelto a emplear tanto ardimiento como ferocidad han desplegado sus enemigos después de la batalla.

Lima, 7 de diciembre de 1841

Aun cuando Cartagena habla en nombre del Perú y refiere motivaciones idealistas, por momentos, en algunos pasajes, pienso ahora, esa carta parece la misiva fervorosa que hubiera querido enviarles a sus hijos biológicos, implorándoles que defiendan la honorabilidad de su madre si alguna vez la verdad saliera a la luz.

Quizá esa fuera la única manera que Gregorio encontró en vida de volcar en un papel todo cuanto quería decir en privado, valiéndose de simbolismos bélicos y metáforas patrióticas para sublimar a Nicolasa e intentar llegar al corazón de unos hijos que en esos años aún no se sabían negados por él, que seguían mirándolo como se mira a un pariente, mientras aguardaban el improbable arribo de su padre, *Roberto Benjamín*.

Huánuco, 1844

Pedro Cisneros, el militar de patillas con boca de hacha, el hermano más unido a Nicolasa, el viudo de Trinidad Rubín, se había sentido agradecido con Cartagena desde el día en que el presbítero impulsó un decreto para que se otorgaran pensiones y montepíos a los militares que, como él, habían integrado el ejército libertador y luchado con denuedo en las batallas de Junín y Ayacucho. A raíz de aquel gesto su vieja admiración por el cura ganó hondura hasta volverse un cariño cierto. Si antes lo veía como un amigo ocasional, a partir de entonces lo sintió como un pariente.

Fue en nombre de ese afecto que pasó muchos años haciendo oídos sordos a quienes persistían en susurrar por las calles de Huánuco que su hermana andaba liada con el clérigo. Pedro presentía que esos cuentos y elucubraciones nacían de la malignidad y envidia ajenas; así que, para rebatirlos, vio conveniente organizar una recepción que tendría como invitados centrales al párroco Gregorio y a *Roberto Benjamín*, su cuñado, el esposo de Nicolasa, el padre de sus sobrinos, el hombre invisible de los constantes viajes. Eso, supuso, pondría fin a las habladurías.

Pero el conflicto con Bolivia estalló en esos días y Pedro volvió a alejarse de la vida familiar, como había ocurrido antes durante las contiendas independentistas. Esta vez la batalla de Ingavi resultaría ser su pesadilla más terrible: allí derrotaron al Ejército peruano, asesinaron al presidente Gamarra —cuya protección se le había encomendado a él por ser primer edecán—, y encima los bolivianos lo tomaron prisionero y lo llevaron a pie hasta la cárcel de Palca Grande, en Cochabamba, confinándolo, junto a otros cientos de oficiales, a la humedad de un calabozo donde pasó ocho meses con las muñecas encadenadas a los barrotes.

Aquella batalla fue la que motivó, dos semanas después, que el Perú declarara la guerra a Bolivia. Mientras redactaba el documento, Gregorio Cartagena pensaba sobre todo en Pedro, en los suplicios que estaría viviendo como rehén, y no podía sino asombrarse por el tiempo transcurrido y los hechos que habían marcado la vida de todos desde ese día de 1824 en que los hermanos Cisneros comparecieron ante él, allá en Huácar, convencidos de querer alistarse en el ejército libertador.

Tuvo que pasar algo más de un año antes de que Pedro pudiese volver y reunirse otra vez con Nicolasa en la casa de Huánuco. Lo hizo ya como general y amigo íntimo del nuevo presidente electo, el mariscal Ramón Castilla, quien antes lo había nombrado prefecto de Arequipa y Tacna, y lo designaría luego ministro de Guerra. La amistad entre ambos surgió en los meses de prisión en Cochabamba, de donde salieron juntos después de que se firmara el tratado de paz con los bolivianos.

La tarde del reencuentro con su hermana, cuando después de hacer compras y diligencias por la plaza Mayor pudieron sentarse a tomar el té en el traspatio de la casa, Pedro no quiso hablar de la guerra y le pidió a Nicolasa que le hiciera un recuento de lo que había sucedido en Huánuco durante el año de su captura. Desde una mecedora, ella pasó a comentarle las novedades de los vecinos. Los Figueroa. Los Pancorvo. Los Sánchez Aizcorbe. Familias con las que habían crecido, que habían visto crecer. En cierto momento, mientras la oía hablar, Pedro se quedó mirando a los hijos de su hermana, que iban y venían por los pasillos de la casa y de golpe se concentraban en el umbral del vivero del jardín del fondo, y recordó las murmuraciones que vinculaban a su hermana con Cartagena y se le ocurrió indagar una vez más por *Roberto Benjamín*.

—Dime una cosa..., ¿y tu marido? —le preguntó interrumpiéndola.

—¿Por qué lo preguntas así, de la nada?

—Nada más por saber. ¿Sabes que antes de la guerra se me había ocurrido hacer una gran recepción con él y con Gregorio? Quisiera retomar la idea. ¿Dónde está? Ya es hora de conocerlo.

Aún sorprendida, Nicolasa dio su versión habitual.

—Ya lo sabes: de viaje por negocios.

—¿Otra vez? —dudó Pedro.

—Sí, sí, otra vez —resopló ella. Enseguida tomó la jarra de té caliente, los ojos fijos en el chorro oscuro que inundaba las tazas.

—¿Y por dónde anda ahora? —insistió Pedro.

—En su última carta decía que había desembarcado en el sur de España. Nicolasa tenía prevista esa respuesta.

—El sur de España es muy grande. ¿En qué lugar exactamente?

—No me lo ha especificado.

—¿Pero ese será su paradero definitivo?

—Tampoco lo precisó.

—¿Y cuándo estará de regreso?

—No antes de diciembre —inventó Nicolasa.

Desde el regazo, sus manos, enlazadas pero inquietas, la desmentían.

—¡Pero estamos en febrero!

—Tal vez un poco antes.

A Pedro esas respuestas no le supieron bien. Las sintió teatrales, evasivas, inconsistentes. Por dentro se negaba a dar crédito al viejo y malvado chisme del amorío de su hermana con el cura Gregorio, pero carecía de pruebas para contrarrestar esa infamia y a esas alturas la única evidencia sólida era la presencia física de Roberto Benjamín, o al menos una seña genuina que acreditara su existencia.

—¿Me mostrarías su última carta? Así conoceré al menos la caligrafía de mi cuñado —pidió Pedro con curiosidad, colocando su taza sobre la mesa de mármol.

—Cuánto quisiera, Pedro, pero no guardo esas cartas. No bien termino de leerlas, las quemo. Sabes mejor que nadie cuánto me disgusta ponerme nostálgica. No les hace bien a los niños verme así.

No eran las excusas de Nicolasa, sino la fingida despreocupación con que las alegaba lo que incitó a Pedro a seguir escarbando. «¿Qué oculta Nicolasa y, sobre todo, por qué? —pensaba—. ¿Desde cuándo me encubre las cosas?» De repente ideó la urgencia de poner en orden la enmarañada documentación familiar y comentó que iba a necesitar recabar varios certificados de todos los hermanos.

—Es sugerencia de Gibson, un doctor en temas legales. Me estoy asesorando con él y me ha recomendado tener nuestros papeles en regla. No tenemos nada archivado.

—Me parece bien. ¿Y en qué puedo ayudarte?

—Pensaba..., ya que estoy aquí, que podíamos empezar contigo. ¿Tienes tu acta de matrimonio?

Nicolasa abrió los ojos del susto. Aquello le pareció un disparate sin asidero.

—Ya te digo, es solo por un asunto legal —se justificó Pedro reacomodándose en el sillón—. No habrás quemado también el acta, ¿o sí?

Nicolasa reconoció la sorna de su hermano y detectó sus intenciones. Dejó la mecedora para ponerse de pie y, dándole la espalda a Pedro, aseveró que el acta se le había traspapelado.

—Quizá pueda dártela en unos días —titubeó.

Sus palabras se intercalaban con el crujido cada vez más leve de la silla, que no terminaba de mecerse, como si un alma en pena estuviera allí balanceándose.

—¡Quiero verla *ahora!* —la emplazó Pedro vehemente, seguro de que Nicolasa solo pretendía ganar tiempo.

—No me tortures —rogó Nicolasa—. ¿De qué se trata todo esto? ¿Qué cosas legales son esas que dices? ¿Qué buscas, Pedro? —añadió antes de petrificarse en medio de la sala, sin parpadear, frotándose las manos mientras maquinaba una salida.

—¡Sin ese papel tu honor y el de la familia están en entredicho!, ¿acaso no te das cuenta? —acertó Pedro con un ademán enérgico, develando finalmente sus miedos.

—Mi honor no es de tu incumbencia —le remarcó Nicolasa, y caminó hacia el ventanal del traspatio buscando inútilmente alejarse de la conversación.

Pedro, ofuscado, fuera de sí, se levantó y avanzó hacia ella sujetándola de un antebrazo para zarandearla.

—¡Ahora mismo vas a decirme qué está sucediendo!

—¡Suéltame!

Ella logró zafarse solo para volver a negar lo que había negado tantas veces con una firmeza que empezaba a descascararse como una cebolla podrida.

—¡Roberto no está! ¡No está! ¡Cómo quieres que te lo haga entender!

La explosión de su voz dio paso a una agitación que ya luego fue un murmullo, un ruido trémulo a la altura del corazón. Pedro la presionó con una cascada de preguntas dichas ya sin cólera, apenas con una crispada desilusión en los ojos:

—¿Quién es *Roberto Benjamín*, Nicolasa? ¿Por qué nunca lo hemos visto en todos estos años? ¿Por qué? ¿De quién se esconde? ¿Tiene problemas con la justicia? Si es así, yo podría ayudarlo, con Gibson veríamos la manera —

agregó lánguidamente, con estéril optimismo. Al ver que no conseguía sonsacarle nada a su hermana, volvió a sentarse derrotado.

Después de varios segundos de mudez, acomodándose la mantilla que se le había deslizado en el forcejeo, con la mirada vidriosa y un escalofrío a lo largo de toda la piel, sin desatender a sus hijos, que tropezaban allá en el vivero arrancando flores que despedían luminosas capas de polen, Nicolasa advirtió la creciente penumbra de las seis de la tarde, percibió la necesidad de encender los candelabros de la casa y correr las cortinas, y solo entonces dejó caer su coraza y despegó los labios para soltar tres frases cortantes que llevaban la contundencia de lo inexorable:

—Ya estamos viejos para andarnos con secretos. Ese papel que buscas no existe. Ese hombre tampoco.

Antes de que su hermano pudiese reaccionar, aún en vilo, Nicolasa se obligó a mirarlo con desdén para dar la conversación por concluida:

—Ahora haz el favor de largarte y dejarme en paz.

Pedro depuso su gesto severo, bajó los párpados y suplicó en silencio que fuesen mentiras las verdades que acababa de oír y que juntas dolían como si alguien de pronto le hubiera hundido toda una corona de espinas en la cabeza. Justo cuando la taza de té se le soltaba de la mano, sorbió lo último para no desplomarse, se puso de pie, irguió la espalda, contrajo los omóplatos, tensó la mandíbula y se alisó la chaqueta del uniforme antes de marcharse sin despedirse de nadie. Ni siquiera dejó que Dominga Prieto le abriera la puerta al salir, y cuando la morena le dio las buenas tardes bajando la vista, él descifró en ese gesto culposo su cooperación en todo aquel entuerto, y a pesar de que se trataba de su nana de siempre, de que había crecido queriéndola como a una segunda madre, de que incluso de niño había lactado no pocas veces de su pecho robusto, no dudó en mirarla con asco y acribillarla con un grito seco:

—¡Negra alcahueta!

Solo horas después, sentado en el estudio mal iluminado de la casa donde vivía en un desorden de viudo, dando vueltas al tambor vacío del revólver con que años atrás había dado accidental muerte al coronel Joaquín Rubín y que nunca volvió a disparar, Pedro hilvanó los hechos implícitos en la confesión de Nicolasa y fue comprendiendo quién era quién en esa historia. Una vez que dedujo el papel que jugaba Gregorio Cartagena en la vida de su hermana, se le estrujaron los intestinos. No dirigió su furia hacia ella exactamente, sino hacia él, y se pasó los días y noches siguientes despotricando en su contra,

acariciando su arma, frotando el gatillo con el índice. Le repugnaba pensar en los años que había vivido engañado por el sacerdote, en cómo este se había burlado de su familia sacando provecho de la ausencia de los hermanos para merodear subrepticamente la casa grande e intimar con Nicolasa. Al traer a la mente a sus sobrinos, a Pedro se le escarapeló el cuerpo. «O sea que todos son hijos de ese miserable», rumió cerrando los puños como si no quisiera que se le escapara la rabia. Ahí terminó de aborrecerlo. Días después, su hermana le imploró por escrito que recapacitara, que no tomara represalias contra Gregorio, pero ya era tarde. En los códigos de un general, decía Pedro, una afrenta así de execrable no puede quedar impune.

Una de esas noches, mientras planeaba su venganza haciendo girar una bala de metal entre las muelas, se dio cuenta de que desde los tiempos del suicidio de Trinidad Rubín no lo envolvía tanta amargura, y aunque este dolor era diferente —laceraba el estómago, no roía los huesos—, bastaba para sacar a relucir su parte más oscura.

Por eso un día de 1846, siendo jefe del Gabinete de Ramón Castilla, buscó al presidente para ponerlo al tanto de unas teóricas quejas que le «habían llegado» referidas a un párroco huanuqueño «muy conflictivo, de carácter agrio e intratable», a quien era preciso escarmentar. Ahora era él quien mentía y juraba en vano. Sin pedir ningún otro elemento incriminatorio, ignorando que era una estratagema para un desquite personal, el presidente Castilla firmó confiado el papel que Pedro había redactado disponiendo que «el señor clérigo don José Gregorio de Cartagena y Meneses» fuese enviado como capellán a una dependencia militar ubicada en lo alto de la meseta de Bombón.

Destino más desgraciado, imposible.

Aquella meseta no era más que una puna olvidada, un pudridero sin dios ni diablo donde la crudeza del frío altiplánico tronchaba el espinazo de los dos o tres soldaditos que montaban guardia a la intemperie, aletargados pero estoicos, abrazados a sus fusiles gélidos; un frío que paralizaba con dolores esperpénticos a los viajeros que muy eventualmente aparecían por allí, desorientados por el mal de altura, con las manos entumecidas y los labios rajados, e incluso ahuyentaba a las aves más recias, los cóndores, que se replegaban ateridos dando aletazos con las plumas escarchadas, la gorguera tiesa y el pellejo del pescuezo cuarteado. Así maltrataba el frío en Bombón, así dolía.

Cuando le llegó la notificación de su nueva tarea, Gregorio se encaminó hacia ese horrible lugar sin protestar, como quien se dirige al patíbulo, y acató la penitencia impávido, intuyendo que era cosa de Pedro. Allí vivió los meses más calamitosos que recordaría jamás: tragaba alimentos insípidos cuando no vencidos, se privaba de las novedades del mundo porque el correo militar no llegaba hasta esos páramos, se cubría con abrigo insuficiente, y llegó a enfermarse a tal punto que se pasaba las noches temblando, castañeando las muelas, tosiendo como tísico terminal y escupiendo los carámbanos de hielo que se le formaban en las paredes de las tripas. En ese purgatorio invernal, sin posibilidad de cumplir siquiera con el servicio asignado pues el cuartel no era otra cosa que un depósito enmohecido adonde nadie acudía nunca en busca de ningún servicio y de ningún perdón, padeciendo las arritmias propias del mal de altura y tomándose las costillas que se le congelaban como estalactitas debajo de la piel, Cartagena se limitaba a rezar diarias pero infructuosas novenas de indulgencia, a musitar las letanías de la santísima Virgen de los Remedios y a soportar como un mártir sin fe su condición de desperdicio humano.

Siete meses más tarde, a través de unas rotundas cartas de disconformidad del arzobispado, el mariscal Castilla se enteró del ardid que él mismo había avalado y ayudado a pergeñar con su puño y letra. Entonces reprendió a Pedro por haberle mentido con premeditación, lo apartó de su entorno y por un buen tiempo impidió su ingreso en las instalaciones del Ejército. Acto seguido, cursó la contraorden de devolver a Cartagena a la última parroquia donde trabajó antes de ser recluido en ese infierno glacial del que nadie pensó que volvería con vida.

Dolido con el proceder del mandatario, Pedro le volvió la espalda y empezó a declararse su enemigo en cada lugar al que iba. «En este país gobierna un cacaseno», repetía en bares, pasillos y cafés, con repulsión, con ojos de resentimiento, sabiendo que lo escuchaban los correveidiles del presidente. Al enterarse, Castilla respondió con igual hostilidad haciéndole llegar mensajes intimidatorios con los escasos conocidos que les quedaban en común, acusándolo de ser «desagradecido, mentiroso y desertor».

Tras pasarse un decenio así, intercambiando provocaciones y escaramuzas verbales, cuando ya quedaba la sensación de que aquello no

pasaría de ser una larga cuenta pendiente sin saldar, llegó el día en que se vieron las caras.

Fue en la batalla de La Palma, en Miraflores, una tarde de enero de 1855. La presidencia ya no estaba en manos del mariscal, sino del conservador José Rufino Echenique, quien se había visto inmiscuido en un grosero caso de corrupción y despilfarro. La población quería defenestrarlo y fue Castilla quien lideró esa revolución.

El día de la batalla, bajo un cielo cerrado, nuboso, el mariscal encontró en la primera fila de la caballería gubernamental al general Pedro Cisneros, su ex primer ministro, su viejo amigo, ahora convertido en su más ríspido adversario. Nada más iniciadas las acciones, Pedro, al galope, lanzó un ataque sorpresa que buscó desorganizar uno de los batallones que conducía Castilla, pero su intrepidez fue contraproducente: no solo no consiguió aventajar a sus oponentes, sino que quedó rápidamente malherido después de que la bayoneta de uno de los rebeldes del escuadrón Sagrados Invencibles —correligionarios del mariscal— le ensartara el pulgar derecho, amputándoselo de un tirón. Su caballo alazán empezó a corcovear y se encabritó con tanta violencia que Pedro perdió el control del animal, resbaló de la montura y salió disparado hacia una elevación donde el ejército contrario tenía acantonada su artillería. Allí estaba el general Cisneros, derribado, inerme, revolviéndose en medio de la polvareda y los cartuchos de bala, lanzando imprecaciones contra Ramón Castilla, mirando con estupor el chorro de sangre que manaba de su dedo cercenado. Estaba levantándose, a punto ya de incorporarse, cuando el súbito, potente estallido de un cañón lo sorprendió por la retaguardia, le anuló los reflejos y lo sacudió hasta descoyuntarle las clavículas del esqueleto. Solo varios segundos después, diluida la compacta nube de pólvora que caía a su alrededor, Pedro, otra vez desde el suelo, reparó en que tenía las orejas taponadas. Un zumbido continuo y punzante comenzó a poblar entonces los túneles de sus oídos, como si un pelotón de moscas diera vueltas sin parar en el cilindro de su cabeza. Aunque el dolor vino enseguida, estaba tan desorientado que le costó varios minutos darse cuenta de que se había quedado completamente sordo. También de que habían perdido la batalla.

Esa doble tragedia, que él se negaba a reconocer como consecuencia de su garrafal error de cálculo y que en el futuro definiría en sus relatos como producto de «una emboscada imperdonable», no puso término a su carrera — aún se alistaría como reservista en el combate del 2 de mayo de 1866 frente a España, con un guante negro en la mano lisiada—, pero marcó un evidente

punto de no retorno. Sus últimos meses los pasó archivando tomos decrepitos en una vetusta biblioteca militar, cuyo silencio conventual lo ayudaba a olvidar momentáneamente los percances irreversibles de su sordera.

Jamás admitió ante médicos, amigos ni parientes lo humillante que había sido para él quedarse sin audición. «Al menos ya no voy a envenenarme con los chismes de mierda de este pueblo de hipócritas», se consoló Pedro el día que volvió a Huánuco, la cabeza vendada, la mano mocha, la mirada torva, ya sin ganas de vincularse con las gentes de ese lugar en el que, como solía repetir con aires de misántropo, solo quedaba sentarse a esperar el fin del mundo.

No se sabe con certeza cuál fue la suerte que corrió Gregorio Cartagena los años que siguieron a su confinamiento en lo alto de la meseta de Bombón, pero ya fuera por las secuelas corporales y emocionales de aquel ostracismo, o por algún otro desplazamiento imprevisto, o simplemente porque la vida se encargó de que así sucediera, el cura permaneció alejado físicamente de Nicolasa y de los hijos de ambos.

Lo que sí se sabe —porque así consta en los archivos contables de Virgilio Luzuriaga— es que en algún momento el cura inició un voluntario peregrinaje por las faldas de la cordillera y que un día, de tanto errar, llegó hasta unos caseríos postergados donde empezaban a establecerse nuevas familias. Gregorio se instaló entre ellas, ayudó a organizarlas y dedicó sus días a predicar en voz alta: santificaba el trabajo de la comunidad, enseñaba a los niños los mandamientos y las bienaventuranzas, e instruía a los padres para entender los misterios del rosario, perseguir las virtudes cardinales y temer los símbolos del apocalipsis. Aquellos hombres eran tan primitivos y supersticiosos que comenzaron a ver la proliferación de sus cosechas no como resultado de las lluvias copiosas ni de la fertilidad del terreno que labraban de sol a sol, sino como un milagro de los sermones y bendiciones impartidos por el advenedizo padre Cartagena. Lo mismo pasó cuando sus animales de pastoreo empezaron a aparearse y a multiplicarse por puro instinto: lo tomaron como un prodigio suyo. Y cuando, en el colmo de su esoterismo, creyeron que era Gregorio quien aplacaba las enfermedades de sus hijos con sus proverbios curativos —cuando los virus simplemente remitían por caprichos del organismo—, le levantaron una ermita y empezaron a desarrollar hacia él una precoz idolatría. Pasados unos meses, a Gregorio llegó a asustarle que su

presencia fuese tomada como cábala infalible y que se le adjudicara hasta el más mínimo beneficio propio de los ciclos de la naturaleza, así que decidió marcharse de allí antes de que llegaran las temibles sequías, se acabara la abundancia y los becerros y vicuñas comenzaran a morirse, pues sabía que cuando eso sucediera los pobladores demandarían su intercesión sobrenatural para desafiar a los cielos como era su costumbre, y tras desengañarse ante sus gestiones infructuosas y sus sortilegios ya sin magia, muy posiblemente querrían sacrificarlo acusándolo de hechicero o diabólico y, ante la hambruna general, hasta pensarían en ofrecerlo a los Apus convertido en alimento.

Después de cabalgar durante semanas sin medir el paso del tiempo y sin otro bulto que su precaria humanidad, montado sobre un caballo famélico, Gregorio Cartagena llegó a Lima con sus últimos arrestos, se encerró como único huésped en un hospicio que pertenecía a su diócesis y allí se quedó esperando que alguna divinidad o providencia se apiadara de su alma. No estaba enfermo de nada, pero a la vez parecía como si llevara a costas todas las epidemias del mundo. Durante semanas buscó algún sacerdote a quien confesarle sus faltas, pero no hubo nadie dispuesto a prestarle la absolución general. Si su muerte no se produjo en soledad fue por la nobleza de Isidora Zabala, la criada sordomuda que acudió desde Huacaybamba hasta la capital y se mantuvo a su lado, insomne, velando su sueño de fiebres altas, tomándole el pulso, escuchándolo enumerar unos pecados que le arrancaban gimoteos de la pura impresión y afilando las horas como si fuesen cuchillos largos. Así estuvo hasta que una noche su enjuto patrón cerró los ojos obedientemente y se hizo cadáver en un santiamén.

Días antes, desvaído pero todavía cuerdo, Gregorio había dictado su última voluntad declarándose «cura, vicario y juez eclesiástico» ante un escribano. Aunque juró «no tener herederos forzados ni otros legales», distribuyó sus bienes casi íntegramente entre los hijos que había tenido con Nicolasa. Restando los quinientos pesos que donó a cada una de las iglesias parroquiales donde sirvió y los trescientos que destinó a dos hospitales de Huánuco, el resto lo cedió a su negada familia de sangre:

«Un crédito de catorce mil pesos a favor de doña Nicolasa Cisneros para que sean distribuidos entre sus siete hijos».

A Isidora Zabala le dejó una bolsa con cien pesos, especies de plata labrada y su caballo, un jamelgo de pezuñas agrietadas al que ya se le habían acabado los relinchos.

También dejó anotada la ubicación exacta donde serían depositados sus restos al morir: el nicho 255 del sector C del pabellón San Job del cementerio Presbítero Maestro.

Gregorio Cartagena murió el 8 de diciembre de 1865. Fue enterrado tras una ceremonia presidida por una cruz alta en señal de su jerarquía religiosa. Durante los oficios de la misa, que contó con la presencia de dos monseñores, cuatro frailes, un sacristán, un campanero, un organista y tres cantores desencajados, el cuerpo de Gregorio estuvo expuesto en un catafalco sagrado. Los asistentes —entre ellos Nicolasa, en tercera fila, irreconocible, casi consumida por una tuberculosis incipiente— comulgaron con unción, rezaron jaculatorias, aspiraron los humos aromáticos del incensario y amenizaron la vigilia vaciando no pocas jarras de vino dulce.

Según el acta de defunción, Cartagena murió de «consunción».

Enflaquecido y extenuado.

Es decir, murió de cansancio.

Se cansó de ser quien no era.

Chorrillos, 1867

Nicolasa nunca echó en falta las bondades del matrimonio formal, porque no las conocía. Ella misma era hija de padres que no se habían casado, así que no aspiraba a seguir ningún modelo ni ejemplo. En una de las visitas que hicimos con el tío Gustavo al archivo de la parroquia Santa Ana de Lima, en un libro de actas de 1800, hallamos registradas sus dos partidas de bautismo. El escribano había puesto inicialmente: «Hija *legítima* de Pablo Cisneros de Puerta y Juana de la Torre». Al ser advertido de su error, tachó la palabra *legítima*. La tacha aún hoy salta a la vista: una mancha de un color que alguna vez se pareció al azul. En la segunda partida se aprecia la enmendadura: «Hija *natural*».

A Nicolasa no le pareció grave que sus hijos fuesen ilegítimos. Lo que la hizo más infeliz fue tener que mantenerlos celosamente apartados de la verdad. Nunca pudo o supo decirles que el cura Cartagena era su padre y *Roberto Benjamín* solo una fantasía. Por eso, imitando la estrategia de Gregorio, compensó esa cobardía ante sus hijos dejándoles en su testamento una constelación de cabos sueltos que les servirían para dismantelar algún día su patraña.

El 2 de enero de 1867, a las seis de la tarde, en una habitación de su última casa, la número 10 de la villa de San Pedro de Chorrillos, enferma pero consciente, Nicolasa recibió a don Custodio Palacios —el mismo escribano que había testado a Cartagena— y ante él se declaró mayor de sesenta y seis años, de religión católica, apostólica y romana, «bajo cuya fe vivo, he vivido y moriré». Cuando el escribano le preguntó por su situación civil, se confesó soltera. De esa manera, el supuesto casamiento con el apócrifo *Roberto Benjamín* quedó suprimido, borrado. Asimismo, consignó

como suyos dos inmuebles: una casa situada en la calle Junín —llamada antes calle de la Peña Horadada— y el rancho de Chorrillos, donde ahora vivía, o más bien moría, el cual cedió a la negra Dominga Prieto en retribución a su perenne lealtad, pero donde la sirvienta jamás querría vivir por temor a que esas paredes hubiesen quedado impregnadas de las desventuras que atosigaron a los Cisneros hasta el final. Nicolasa, además, señaló que tenía derecho de posesión sobre la hacienda Andaymayo ubicada en Huacaybamba, pues el propietario original, «el doctor y párroco don Gregorio Cartagena», la había puesto a su nombre.

«¿Por qué el sacerdote le habrá cedido aquella finca?», se preguntaba el escribano Custodio Palacios sin dejar de tomar nota de las frases que con dificultad articulaba la moribunda, ni de recordar la declaración que Gregorio hiciera dos años atrás al dictar su testamento y que en su día también llamó su atención. Ahora le bastaba relacionar el contenido de ambos documentos para llegar a conjeturas que, por ética, debía mantener en privado, pero que esa misma noche compartió con su esposa antes de irse a dormir. «Hoy descubrí que el párroco Cartagena se entendía con la señora Cisneros», soltó el escribano sin mirar a su mujer. Se lo dijo después de apagar la luz, reduciendo el tono, como si la oscuridad y la voz baja hiciesen menos indiscreta la divulgación de los asuntos ajenos.

—Siempre te enteras tarde de todo —rechistó ella, sin énfasis, dándole la espalda dentro de las sábanas.

Nicolasa indicó ante Custodio Palacios que no había tenido más que siete hijos, dos ya fallecidos, Francisca y Feliciano, y al nombrar a Feliciano se acordó con pena de las hijas de este, sus dos nietas perdidas, alejadas, a las que hacía mucho había dejado de ver. Feliciano, el quinto de los bastardos, había tenido una hija legal y otra extramatrimonial, concebidas casi en paralelo. Reconoció a la ilegítima cuando nació, pero se desentendió por completo de ella y compró el silencio de la madre con una suma de dinero. Por una especie de azar justiciero, ambas niñas coincidirían en el mismo colegio, y, más que eso, en el mismo salón, y, más que eso, en el mismo pupitre, y desde el primer año congeniarían hasta hacerse las amigas más inseparables y queridas. El día de su primera comunión —para la cual se habían preparado con tres meses de clases y ensayos—, justo después del momento de renovar los votos de bautismo, mientras cantaban en coro un tedeum frente a la gente que llenaba la iglesia, las amigas intercambiaron los devocionarios y las medallitas recordatorias con los nombres de sus padres y,

al cotejarlas, se dieron cuenta de que el nombre de su padre era el mismo. *Feliciano Benjamín Cisneros*. Entonces las dos niñas se miraron con la inocencia de sus once años recién cumplidos y enseguida supieron o sintieron que eran hermanas de sangre, hijas de un hombre que llevaba años ocultándoles la verdad. Cuando se volvieron a buscarlo con los ojos, solo encontraron su espacio vacío en un banco. Aquella situación las confundió y defraudó tanto que durante años prefirieron no tocar el tema. Lo hablarían una vez, en el futuro, y desde ese día procuraron estar siempre pendientes la una de la otra, pero nunca perdonaron a su padre, y en cuanto consiguieron marido se mantuvieron alejadas de él y de sus parientes Cisneros, y así permanecieron hasta que se enteraron de la muerte de Feliciano. Ninguna de las dos acudió al cementerio, pero se pusieron de acuerdo para enviar un solo ramo de flores con una esquila que provocó respingos y habladurías: «Que descanse en paz. Si puede».

Cuando Nicolasa cayó enferma, sus hijos ya llevaban un buen tiempo asumiendo que el matrimonio con *Roberto Benjamín* era una farsa. Hacía mucho que el encantamiento de los primeros años había terminado por resquebrajarse, solo que no dijeron nada ni al principio ni después.

De chicos habían creído firmemente en la existencia de ese hombre, aun sin verlo, persuadidos por las narraciones verídicas que Nicolasa hacía de sus viajes «por el Caribe, París, Portugal, España, África y Pekín», hablándoles de unos trayectos marítimos rocambolescos que solo eran viables en la geografía de su imaginación y que despertaban en los niños constantes preguntas, ya no solo sobre el paradero de su padre, sino sobre las verdaderas dimensiones del mundo.

Los hijos también creían ver a *Roberto* en las prendas que Nicolasa colocaba en rincones puntuales de la casa con la ayuda de Gregorio, quien, ya por cariño o remordimiento, organizaba en su parroquia las colectas benéficas de ropa y artículos usados de donde salían los sobretodos, las bufandas, los sombreros, los zapatos, las pipas, los guantes, los libros, las navajas de afeitar que usaba el etéreo *Roberto Benjamín* y hasta la jofaina donde presuntamente se rasuraba, y desde luego las valijas, lápices y cartapacios que eran su figurado material de trabajo. En la ingenuidad de los niños todas esas eran pruebas más que fehacientes de que el padre vivía, y de que a veces llegaba a la casa de madrugada, cuando ellos ya dormían. Algunas noches los hijos se

escurrían soñolientos fuera de su habitación, incautaban algunos de esos utensilios que creían paternos y volvían a la cama con ellos como una resignada forma de estar más próximos a ese hombre al que no necesitaban ver para llevar en el corazón.

Hubo veces en que hasta la propia Nicolasa, de tanto manipular esos bártulos, de tanto reservar para su «esposo» el taburete de la cabecera del comedor a la hora de los desayunos, almuerzos y cenas, de tanto desacomodar la parte de la cama donde él hipotéticamente dormía, y de tanto escribir cartas para sus hijos con otra caligrafía, firmándolas como si fuesen de *Roberto Benjamín*, llegó a pensar que él podía, en efecto, corporeizarse y quizá aparecerse una mañana en aquel hogar donde, pese a sus esfuerzos diarios y a los de Dominga Prieto por sacar a los muchachos adelante, se echaba tanto de menos la presencia de un hombre de carne y hueso.

Un mediodía reconvino a Dominga en medio de la cocina al verla tomar una cuchara para probar un caldo, arranchándole el cubierto de las manos con fuerza. «¡Esto es de mi marido!», le gritó. Los niños ni siquiera estaban presentes. La negra la miró con susto y pensó que una absurda nostalgia por el fantasma había empezado a desquiciarla.

Durante la adolescencia y juventud, los hijos no dejaron de creer en su «padre», pero poco a poco fueron aceptando lo que las gentes del vecindario especulaban entre dientes: que *Roberto Benjamín* se había olvidado de ellos, que no volvería, que tenía «otra familia» en alguno de esos países remotos donde negociaba con metales preciosos. Nicolasa les decía que esos eran comentarios maliciosos, pero ellos le pidieron que ya no les contara más historias y decidieron erradicar el nombre de «ese señor» de sus conversaciones por el resto de los tiempos.

Un buen día, sin embargo, se dieron cuenta de que no eran hijos abandonados sino negados, y de que su padre real no era ningún viajante sino el cura Gregorio Cartagena. Nadie se lo contó. Nadie tuvo que abrirles los ojos. Simplemente dejaron de presentirlo, ataron cabos y comenzaron a saberlo desde las tripas. Fue una certeza visceral. Instinto puro. De buenas a primeras afloraron los indicios, las evidencias se hicieron clamorosas, y todo lo que antes era turbio pasó a tener la claridad más diáfana. Entendieron de golpe que el *Roberto Benjamín* de sus partidas de bautizo, el protagonista de los incongruentes relatos de Nicolasa, era solo un mito que habitaba las tinieblas mentales de su madre, y —lo más delicado, lo que fue un detonante— captaron que solamente podían ser hijos del único hombre que había visitado

la casa a lo largo de aquellos años, el cura Gregorio, al que iban a escuchar cada domingo a la misa de las doce, al que saludaban con la señal de la cruz, de quien recibían un beso en la frente en el momento de darse la paz, y cuyos rasgos y facciones, solo ahora parecían advertirlo, estaban desparramados por el rostro de cada uno de ellos.

Años después el testamento de Nicolasa no haría sino confirmarles la verdad, pero, desde que la descubrieron siguiendo esas corazonadas premonitorias, experimentaron una decepción tajante. Se vieron a sí mismos desamparados, vacíos, como si les hubieran usurpado el centro que los sostenía, arrancado el caparazón y trastocado el mundo que su madre les había dado a conocer con sus fabulaciones.

Fue tal la vergüenza que empezó a suscitar en ellos la menor referencia al cura Cartagena y a la Iglesia en general que, apenas murió Nicolasa, y a pesar de que de niños recibieron con gusto los primeros sacramentos, y se educaron con el catecismo en la mano, y aprendieron de memoria los nombres de los profetas y hasta ciertos versículos del Antiguo Testamento, y a pesar de que llevaban años ayunando en Cuaresma y encendiendo velas en la fiesta de Pentecostés, pasaron a deplorar maquinalmente todo emblema religioso: rompieron sin clemencia sus rosarios de filigrana, desclavaron con saña los crucifijos de las paredes, redujeron a cenizas sus escapularios de la Inmaculada Concepción y mandaron desaparecer las estatuas de tamaño natural de los santos apóstoles con las que habían crecido y que siempre miraron con miedo y respeto, como si fuesen unos parientes severos y petrificados.

Gregorio llevaba dos años muerto, así que no podían exigirle explicaciones, aunque quizá tampoco se las hubiesen pedido de haber estado vivo. Preferían sepultar su recuerdo, y por eso jamás dijeron una sola palabra. Se callaron el asunto del cura con un silencio sin fisuras, un silencio cónico, metálico, subterráneo.

Pero no era tan sencillo. Gregorio había sido ese hombre cercano al que a veces hasta llamaban «padrino», el mismo que después de cada noche de lluvias llegaba temprano a la casa para enseñarles a reparar las filtraciones del viejo techo. Lo hizo decenas de veces. Subían juntos al tejado, removían con una espátula el salitre acumulado por la humedad y luego resanaban con capas de cal y polvo de ladrillo. Nunca pudieron quitarse de encima ese aprendizaje. Por eso durante décadas, aunque se resistieran, aunque bajaran la

cabeza, cerraran los ojos y apretaran los labios, el ruido seco y persistente de cualquier gotera traería siempre consigo la cara y el nombre del presbítero.

Las últimas palabras que Nicolasa inmortalizó en su testamento fueron estas:

A los hijos míos les pido que le condonen una deuda a su tío Pedro en consideración al paternal cariño que siempre les ha profesado y que, por amor a su madre, conserven la más perpetua unión y sigan los buenos ejemplos de moral cristiana que les he inculcado toda la vida.

Al día siguiente murió de tisis.

Ni viva ni muerta Nicolasa fue alcanzada por el rencor que sintieron los hijos ante la certidumbre de su bastardía. Fue al sacerdote impostor al que precisaban ignorar, desconocer y, en lo posible, olvidar. A ella, en cambio, no le increparon nada, más bien la hicieron depositaria de una veneración que era consecuencia de un amor filial descompensado: la enaltecían por ser la madre que era y por suplantar al padre que nunca tuvieron. Jamás le reprocharon el quedarse callada ni la culparon por falsificar papeles ni por llenarles la cabeza con esas invenciones descabelladas. «Ella sabrá por qué nos mintió», decían los hijos perdonando sus sacrificios, sin ganas de explorar ni remover ningún sedimento.

En realidad la habían absuelto desde mucho antes, desde el día en que decidieron usar el *Cisneros* como primer apellido para que así prevaleciera ante la ausencia manifiesta de su padre. En esa época Nicolasa aún vivía, y cuando los hijos le comunicaron su resolución, ella les preguntó a bocajarro qué harían con su apellido paterno, el «legal», el de *Roberto Benjamín*. Ellos vacilaron hasta que Manuel, el segundo, arguyó terminante: «A ese hombre del que siempre nos hablas nunca lo hemos visto, no tenemos contacto con él, no sabemos siquiera dónde vive o con quién, su apellido no nos representa, no le debemos nada, nosotros somos como tú, Cisneros». Feliciano, el quinto, sugirió no extirparse el apellido paterno del todo, sino relegarlo a la categoría de segundo nombre. El resto se avino e incluso las mujeres aceptaron la ambigüedad que sus nombres adquirirían desde ese instante: Francisca Benjamín Cisneros, Catalina Benjamín Cisneros.

—¿Y si alguien pregunta por nuestro segundo apellido? —consultó nerviosa Francisca.

—Ustedes digan que también es Cisneros —decretó Nicolasa.

—¿Y si nos acusan por no tener padre? —se preocupó Manuel.

—Dirán la verdad: que su padre sigue de viaje.

—¿Ese hombre existe, mamá? —preguntó Feliciano—. ¿O es verdad lo que dicen: que somos bastardos?

Nicolasa se acercó y sin pensarlo le bajó la cara de una cachetada limpia.

—¡Nadie tiene derecho a decir esa palabra en esta casa!

Así, sin trámites oficiales, por un acuerdo simbólico, los hijos resolvieron tener en adelante dos nombres y solo el apellido de su madre.

El pacto, sin embargo, quedó abolido una vez que empezaron a casarse. Era previsible. Al ser hijos naturales de una mujer soltera temieron ser descalificados socialmente y que se viesen afectadas sus expectativas familiares y laborales. La única forma de ponerse «en regla» y conseguir validación era resucitando al padre fantaseado. Así lo hicieron. Rellenaron sus partidas nupciales bajo la fórmula torcida de sus actas de bautizo —«hijos *legítimos* de *Roberto Benjamín* y Nicolasa Cisneros»—, se casaron ante la Iglesia y cantaron salmos y tomaron la eucaristía aun cuando hacía poco, muy poco, habían renegado de Dios para siempre como una manera de despreciar a Gregorio Cartagena.

Los hijos de Nicolasa constituyeron precoces hogares católicos tratando de no contaminarlos con las frustraciones de su orfandad y, más adelante, para conjurar el maleficio del pasado, desactivar las confusiones, suprimir los malentendidos y desterrar el oprobio, bautizaron a sus hijos con el apellido Cisneros, esperando no tener que darles jamás explicaciones.

Solo el menor, Luis Benjamín, el hombre que se convertiría en mi bisabuelo, se abstuvo del matrimonio. Al menos en un principio.

A cambio, se desvió precisamente por el tenebroso callejón sin salida que la experiencia aconsejaba a gritos eludir. Se obsesionó con la mujer de otro hombre y, a través de ella, conoció a la vez el amor y el desasosiego.

Estaba en él. Lo había heredado. Por mucho que se hubiera esforzado, no habría podido doblegar los impulsos de su naturaleza.

SEGUNDA PARTE



Lima, 1854

Los más insignes profesores del colegio San Carlos de Lima comentaban entusiasmados los poemas que Luis Benjamín les mostraba durante los recreos del convictorio. Por eso exoneraban con benevolencia sus divagaciones en clase y lo animaban a que cogiera su plumín de acero y fuera a inspirarse a la pileta del patio de los Jazmines o a las galerías del patio de los Naranjos a ver si escribía más de esos versitos sentimentales que hasta el director, el legendario Bartolomé Herrera, leía con las gafas bien caladas en el más alto de los miradores de ese edificio virreinal.

Un día, cuando ya sus poemas circulaban de mano en mano por los salones, uno de sus compañeros del último grado, el Curcuncho Navarrete, lo bautizó delante de todos como el Poeta Metafórico. Luis Benjamín convirtió el seudónimo en su firma artística y con una navaja de madera inscribió las siglas EPM en cada lugar que podía: un ángulo de su pupitre, el canto de ciertas mesas del comedor de externos, dos columnas del Salón de Grados, cuatro bancas de la capilla del Salón General y hasta en siete de las verjas que separaban la huerta de noviciados de los terrenos baldíos adonde los alumnos a menudo se apelotonaban a hurtadillas para ver pasar a esas mujeres tapadas que desfilaban por la calle Inambari dejando a su paso un halo de sensual irrealdad.

En casa, junto a sus hermanos, Luis Benjamín seguía la vida política con atención: eran los tiempos duros en que se enfrentaban el mariscal Castilla y el presidente Echenique. Inspirado en esa pugna, y queriendo distanciarse de «la secta de poetas llorones con corazón de mantequilla que parece haber invadido el círculo literario de Lima», como había referido un crítico en un periódico local, Luis Benjamín invirtió su primer verano fuera del colegio en

escribir una obra teatral titulada *El pabellón peruano*. Contaba solo diecisiete años.

El Poeta dejó correr algunos meses antes de mostrar sus avances a algunos exprofesores del colegio, quienes, en cuanto revisaron el borrador del guion, sorprendidos ante el genio del chiquillo, lo animaron a terminarlo y prometieron auspiciar la puesta en escena de esa «desembozada alegoría patriótica que contrasta con el tono adolescente y remilgado de las composiciones de su generación».

Subvencionada enteramente con dinero de los maestros del San Carlos, la obra se estrenó en el Teatro Principal de Lima el 28 de julio de 1855, pocos días después de la juramentación como presidente provisorio de la República del mariscal Ramón Castilla, quien había derrotado solo seis meses atrás a Echenique en la batalla de La Palma: allí donde el general Pedro Cisneros perdió oído y pulgar.

La presentación de *El pabellón peruano* fue un éxito rotundo. La ovación de la sala repleta hizo retumbar el teatro alcanzando las calles y cruces aledaños. Reclamado por el público, Luis Benjamín —los rizos arbóreos, el bozo naciente, las manos entrelazadas en la espalda— emergió detrás de los cortinajes para agradecer la respuesta de los asistentes. Minutos después, mientras descendía las escalinatas del escenario, aún estremecido por la intensidad de los aplausos, un guardia militar lo interrumpió tras bambalinas. «El presidente quiere darle sus congratulaciones», le comunicó con un rostro parco, vacío de matices. «¿El presidente? ¿Está aquí?, ¿dónde?», preguntó Luis Benjamín, ahora abrumado por tener que verse cara a cara con el mariscal Castilla, un enemigo de su familia, el mismo hombre al que su tío Pedro había intentado matar en La Palma meses atrás y al que desde entonces dedicaba sus más acérrimas maldiciones e invectivas. «Sígame», indicó el inexpresivo soldado.

Una vez en el palco central —colmado de obesos ministros, untuosos funcionarios y selectos aduladores—, Castilla se puso de pie desenguantándose la mano derecha para darle un apretón al Poeta. El chiquillo devolvió el saludo sin poder dejar de mirar los dedos nervudos, las uñas descuidadas del presidente, y añadió una reverencia de segundos. Después de una introducción que desnudó la poca fluidez y variedad de su oratoria, Castilla se atusó el bigote rectangular y le preguntó con aire inquisitivo si guardaba algún parentesco con «el traidor Pedro Cisneros». El mariscal tenía la capacidad de infundir pavor en los demás con solo ponerles los ojos

encima, por eso Luis Benjamín, aun cuando quería y admiraba a Pedro por ser el más incondicional de sus tíos, se sintió desprotegido en aquel territorio y juzgó inconveniente reconocer el vínculo. «Es un pariente lejano», asintió a media voz. «Si es así, hoy me alegro dos veces por usted», ironizó Castilla antes de soltar una carcajada que reveló una dentadura irregular. Sus invitados lo secundaron en su risa, entre ellos el Mono Quintín, un personaje sinuoso, de aire cerril, que fungía de esbirro y edecán, y que seguía a pie juntillas las órdenes del mariscal: ya sea para repartir las cartas en los semanales lances de rocambo con que Castilla se enviaba en las mesas del salón central de la Quinta de Presa, como para «enderezar» a los opositores al Gobierno que se cruzaban en su camino, a los que amenazaba bravuconamente haciendo restallar en el suelo el látigo que solía portar en el cinto.

Luis Benjamín se sintió asqueado por haber negado al hermano de su madre y le sonrió al presidente desde ese asco, mientras escuchaba sus pomposas, trabadas, interminables felicitaciones. Lo único que lo salvó del mal sabor de sentirse un desleal fue la silueta de una mujer enojada, de pestañas negrísimas, que, sentada al lado de Castilla, se daba baños de aire con un abanico de carey que, se fijó, llevaba colgajos de cintas de seda a los lados y, en el centro, un dibujo de garzas y crisantemos. El Poeta no pudo despegarle la mirada. «Necesitamos —enfaticó el mariscal— fomentar una nueva imagen del Perú, por lo cual es imprescindible que un talento como el suyo esté puesto al servicio de la patria. Nuestro ministro de Relaciones Exteriores, aquí presente, espera que mañana mismo usted se incorpore a su equipo de trabajo.» El ministro se levantó y reiteró la invitación. «¿Qué dice, señor Cisneros?» Luis Benjamín aceptó el ofrecimiento mecánicamente, minutos después se despidió y desocupó el palco sin digerir muy bien lo que acababa de ocurrir allí dentro. Bajó enseguida por los escalones de las galerías con dirección a la salida y la calle, donde ya lo esperaba impaciente el elenco de actores para ir a celebrar el estreno a un barcito del cruce Tagle; al llegar al último peldaño se dio cuenta de que aquellas pestañas seguían fijas en su mente, como un suave brochazo de tinta china.

El Poeta acudió a las oficinas del Ministerio al día siguiente. Llegaba con fama de ser «el nuevo protegido del presidente», pero quizás por esa razón fue recibido con amabilidad por la mayoría de los funcionarios, todos más grandes que él en edad y contextura. Pese al reinante clima de seriedad, y a que lo miraban como a un mocoso intruso, a Luis Benjamín no le costó mucho tiempo hacerse un sitio entre esos hombres: la viveza y originalidad con que

analizaba las cuestiones exteriores del país no parecían las de un recién salido del colegio; asimismo, la madurez de los artículos políticos que empezó a publicar en diarios y revistas no pasó desapercibida y era continuamente felicitada por los comisionados diplomáticos. Si bien su aspecto inofensivo y su forma cohibida de caminar rezumaban adolescencia, su actitud al sentarse y debatir era la de un hombre cuajado.

Una mañana, en la puerta del Ministerio, oyó a unos ujieres hablar de una mujer a la que se referían desdeñosamente como la Colichón. Tras unos minutos de aguzar el oído, infirió que se trataba de la misma despreocupada muchacha que había visto en el palco del teatro hacía tres semanas. Se empeñó en recabar información sobre ella y en pocos días ya estaba al tanto de que su nombre era Lucrecia Colichón Alegría; era la hija mayor del cochero más antiguo del Palacio de Gobierno y había llegado a Castilla por intermedio de Hilario Buenaventura, un proxeneta muy conocido en los corredores palaciegos por surtir de damas de compañía a mandatarios y ministros. Según esa misma versión, no mucho después de iniciar una relación con el presidente, Lucrecia le había dado un hijo, el tercero del mariscal, al que llamaron Agapito.

Los dos primeros hijos de Castilla —a los que, como él mismo decía, «hubiese preferido no engendrar»— nacieron de mujeres diferentes. A nadie le quedaba muy claro si habían sido amantes ocasionales o, como se rumoreaba, un par de víctimas a las que había violado en una hacienda de Piura.

Paradójicamente, su única esposa legal, Francisca Diez Canseco, nunca pudo quedar embarazada. El día de su apoteósico enlace en la campiña de Arequipa, delante de cientos de testigos, al pie de un altar hecho de laja, Castilla le prometió a Francisca fidelidad para toda la vida, pero «toda la vida» duró solo tres años: el tiempo que tardaron en asomarse por la puerta falsa de su despacho las mujeres que Hilario Buenaventura seleccionaba para él.

La cuarta de esas mujeres fue Lucrecia Colichón. Desde que la vio, Castilla la hizo su amante predilecta. Sintió hacia ella tal turbulencia libidinosa que en solo dos meses la dejó encinta. Aunque Lucrecia le dijo que abortaría para no perjudicarlo, el mariscal se entercó en tener a la criatura y así se lo hizo saber también a su esposa, quien, sin valor para contradecirlo, acató dándole una mueca benigna como toda respuesta.

Cuando Agapito nació, para menguar el escándalo del adulterio de su marido y salvaguardar la imagen de su hogar católicamente bendecido,

Francisca Diez Canseco consintió en hacer pasar al niño como suyo, criándolo en su casa de la calle Divorciadas, y hasta soportó que Castilla siguiera viéndose abiertamente con Lucrecia, esa chiquilla cautivante que las viejas aristócratas denigraban llamándola «embaucadora», «querindonga» y «barragana», pero a la que sus esposos deseaban con la indomable lujuria de los pensamientos.

Luis Benjamín disfrutaba en la oficina con las infidencias y descripciones que sus compañeros hacían de esos entresijos, y encontraba cómico que Lucrecia dominara al presidente a su antojo, y a la vez triste que él menospreciara a Francisca, a quien, según versiones atribuidas al Mono Quintín, vejaba e incluso propinaba palizas, completamente alcoholizado, cada vez que regresaba de perder en las partidas de rocambo.

Lo que el Poeta ignoraba, aunque él mismo lo codiciara ardientemente desde la noche en que vio a Lucrecia Colichón por primera vez en el teatro, era que muy pronto se enredaría con esa mujer y convertiría su vida en una vorágine de infelicidad.

Un amigo del colegio, mayor que él, Ricardo Palma, lo invitó a una tertulia en casa de otro poeta joven, Carlos Augusto Salaverry, quien recibía cada mes a camaradas, escritores, poetas novatos, poetastros, librereros, aficionados a la ópera y no pocos bohemios plumíferos y desencantados. En esa tertulia Luis Benjamín conoció a una cofradía de poetas lívidos que solían trasnochar en las tabernas del Centro y pagar los licores que bebían leyendo versos satíricos. Se hacían llamar Los Cuervos Románticos, usaban bigotes frondosos como cepillos, vestían estricto terno inglés y, al presentarse, daban únicamente su primer apellido: Corpancho, Márquez, Parra, Castillo, García.

Esa noche, los invitados rodearon a Ricardo Palma en cuanto empezó a narrar sus peripecias a bordo del buque Rímac, el primer buque de vapor de América Latina. La embarcación había resultado tan novedosa por su sistema de propulsión que, cuando arribó al puerto de Paita en su recorrido inaugural, los pobladores, al ver la enorme columna de vapor saliendo de la chimenea, se alarmaron creyendo que se incendiaba. Pero lo que Palma contaba no era eso, sino los pormenores del accidente que todo Lima comentaba aquellos días: el sonado naufragio del Rímac en la Punta de San Juan, en la playa Los Leones, donde la nave, en medio de una borrasca, colisionó contra una formación rocosa conocida como El Elefante. La noticia de la odisea dio la

vuelta al mundo. Al producirse el impacto contra una rompiente, el barco se partió en dos y los pasajeros —Palma, entre ellos— se arrojaron desesperados al mar dando alaridos de auxilio y nadando, los que sabían nadar, en direcciones opuestas. Solo sesenta de los cuatrocientos desafortunados que se embarcaron alcanzaron la orilla, exangües, vomitando algas y espuma. Los otros perecieron tras golpearse contra arrecifes filudos, o víctimas de calambres e hipotermia tras bracear muchas horas, luchando contra el oleaje, dando manotazos rumbo a la nada. Una vez varados en tierra —después de fatigarse dos días entre médanos y planicies en búsqueda de algún signo tangible de civilización—, el hambre, el cansancio y la sed fueron acabando con la vida de cerca de cuarenta hombres. Al final, nada más diecinueve sobrevivieron a la catástrofe. «Cuando llegamos al primer pueblo teníamos el semblante de los espectros», describía Palma chupando un habano, mientras los demás oían su testimonio espantados, boqueando, sin animarse a sorber la copa de pisco que tenían delante.

Luis Benjamín escuchó atentamente a Palma hasta que una visión repentina lo sacó del relato. Cuatro muchachas surgieron detrás de la puerta y, con los quitasoles desarmados sobre los antebrazos, se deslizaron rumbo al salón pasando por debajo de un reloj de pared que marcaba las ocho en punto. Fuera la noche estaba tan oscura como la boca de un muerto.

Aunque en las tertulias de Salaverry habitualmente solo se admitían hombres, las jóvenes se presentaron como «amigas de Juana Manuela Gorriti», una escritora argentina cuya casa de la calle Valladolid era conocido punto de veladas de escritores y bebedores de etiqueta. Su amistad con Gorriti fue suficiente aval para ser aceptadas.

De pronto todos repararon en las advenedizas, que deslumbraban con los escotes de sus vestidos afrancesados hechos con telas de ultramar. Caminaron sobre las baldosas sincronizando las piernas debajo de las crinolinas y se refugiaron en un rincón desde donde estudiaron el ambiente con dejadez o petulancia mientras un sirviente rellenaba sus copas con un líquido que parecía ser aguardiente de chirimoya. Al verlas, un petimetre lleno de nombres y apellidos ostentosos y estrafalarios, Víctor Fulgencio Ramiro Regalado de la Riva Agüero y Looz Corswarem, que presumía de ser hijo de la princesa Arnoldina Irene de Looz Corswarem, las señaló mascullando «ahí llegaron las mazorqueras», que era el modo despectivo con que los aristócratas ninguneaban a las esposas e hijas de los nuevos ricos que habían surgido en Lima pocos años atrás gracias a los recursos del guano, los que, reunidos en

un partido llamado popularmente Partido de la Mazorca, respaldaron al Gobierno del caído Rufino Echenique.

De las cuatro muchachas, una descollaba por su voluptuosidad, su desenvolvimiento y por el aire de frivolidad que se cernía sobre ella. Era Lucrecia Colichón. En cuando la vio, Luis Benjamín enfocó toda su atención en los contornos de su rostro, y después de quedarse un rato mirando sus negligentes bucles de tirabuzón, calibró su peso, aspiró la mezcla de fragancias que la envolvían —los ámbares, las algalias, los benjuíes, los alcanfores—, se le acercó con estudiado aire afligido y, sin preámbulos, la asaltó diciéndole resueltamente:

—Tengo diecisiete años y llevo toda la vida enamorado de usted.

La Colichón expectoró una risa altanera que viajó por el cuarto como una nube flotante y resonó al otro lado de la estancia, callando en el acto a Ricardo Palma, quien proseguía con la narración de su travesía en altamar ante un disminuido auditorio de contertulios que ya empezaba a dormitar.

Luis Benjamín había leído en alguna parte —quizá en ese anecdotario de Voltaire que portaba a todos lados— que «la risa en una mujer es un acto de sensualidad», así que no se amilanó ante lo que parecía una burla. Además, algo de su desvergonzada confesión debía haber traspasado la máscara de limeñita inalcanzable de Lucrecia, pues ella de repente, como si no quisiera, con un remilgo mal actuado, empezó a prestarle más oídos a él que a las muchachas emperifolladas con quienes había arribado minutos antes. Solo entonces, oyéndolo, Lucrecia descubrió que su audaz, jovencísimo admirador era el autor de la obra que tanto le había gustado al mariscal Castilla y que ella misma había aplaudido fascinada desde la galería del teatro.

—¿No llevaba esa noche un abanico con encajes de ebanistería? —preguntó Luis Benjamín.

—Efectivamente. ¿Siempre es tan observador con los abanicos?

—Depende de quién los use.

—¿Debo tomar eso como un cumplido?

—O una torpe galantería. En todo caso, espero no incomodarla.

—El galante solo incomoda si es impetuoso.

—Comprenderá que a veces es difícil frenar los ímpetus.

—¿Acaso no tiene dominio de sí mismo, Luis Benjamín?

—No frente a usted.

—Ahora es cuando me hace falta un abanico.

—¿No lo trajo esta vez?

—Lo dejé en casa.

—¿Se arrepiente?

—Un poco. No sabía que la temperatura iría a elevarse tanto por aquí.

Lucrecia dijo eso último mirándolo con el engrimiento expansivo de sus veintiún años, y en ese instante Luis Benjamín supo que no tenía escapatoria. «Qué importa que sea mayor que yo. Que sea la amante de Castilla. Que tenga un hijo suyo. Que le digan buscona o pelandusca. Qué importa si fuera cierto», desvariaba en silencio, ya sin control alguno sobre el incómodo borboteo de sus ideas y su sangre.

Animados por el piano del anfitrión, Los Cuervos Románticos invitaron a las mazorqueras a bailar polcas, chotis y mazurcas. El Poeta tomó de la mano a Lucrecia para unirse con ella a la cuadrilla, y cuando ya daba los primeros giros de la coreografía y se aprestaba a balbucear algo en su oído, justo ahí apareció Ricardo Palma, quien, por envidia o amistad, procedió a rescatar a su camarada del peligro de andar coqueteando con la mujer del presidente.

—Discúlpenos, señorita —dijo dirigiéndose a Lucrecia—. Nos espera otra tertulia.

—¿Qué haces? —protestó Luis Benjamín en voz baja.

—Salvándote la vida, poeta.

A la larga, aquella impertinencia de Palma sería irrelevante. Los dados fueron arrojados en un determinado sentido, y poco podría haber hecho nadie para revertir el destino que desde esa noche fue cerniéndose lentamente sobre el Poeta como un jarabe espeso.

No pasaron ni siete días antes de que Luis Benjamín comenzara a visitar hasta dos veces por semana la imponente casona rústica, con establo, jardín y dos piletas con surtidores de agua en forma de querubines, que Castilla había comprado para tener dónde encontrarse en paz con Lucrecia Colichón.

El Poeta llegaba al alba y se agazapaba detrás de unos tupidos matorrales ubicados frente a la casa, esperando que el mariscal, como todas las mañanas, saliera al Palacio de Gobierno a despachar con sus ministros. Apenas el camino quedaba despejado, se escurría entre las yerbas altas que cortaban el viento de la mañana e inmediatamente penetraba en esos dominios. No tenía más que forzar una nada los pestillos metálicos de los portones y, una vez dentro, atravesar el primer patio y seguir recto por el pasadizo con faroles adosados a la pared que conducía al vestíbulo. La luz a esa hora era siempre

gris y el relente de la casa llevaba impregnado el olor fresco de las magnolias, buganvillas, madreselvas y jacarandás sembrados en el jardín exterior. Lucrecia lo recibía en la escalera de azulejos con una mano tendida y entonces él se dejaba guiar hasta la cálida habitación central, donde —después de correr los cerrojos, desenrollar las cortinas y regular las persianas buscando la iluminación adecuada— cumplía con desvestirla fogosamente, encaramarse sobre ella, embestirla y hacerle el amor dos veces sobre la cama tibia. Allí se quedaban los cuerpos pegajosos dando vaharadas uno al lado del otro, inspeccionando los vértices del cielorraso, tumbados como esas barcas que amanecen boca arriba sobre la arena mojada, tan rendidos o extasiados que lo normal era que perdieran la noción del paso de las horas.

En más de una ocasión, el Poeta —pantalón y levita en mano— debió saltar los balcones balaustrados de la terraza, descolgarse con premura por las enredaderas y guarecerse en el primer escondite posible ante la inminente llegada del presidente o de alguno de los peones o gendarmes de su séquito de custodios. Si no se escondía en el corral de las gallinas, lo hacía en el trasfondo de las caballerizas o en el diminuto guardarropa de la servidumbre, y en caso extremo, si tenía que apurarse, se ocultaba dentro del piano de caoba que Castilla había mandado traer de Viena para complacer uno de los tantos caprichos de su amante, piano que nadie tocaba y que descansaba como un animal manso y refinado en la antesala de la segunda planta.

Amar a Lucrecia en esos predios era tan insolente y trepidante como profanar una catedral. Se volvieron tan adictos a sí mismos, tan ciegos, tan recíprocamente insaciables y frenéticos que, cuando no podían verse en la casa, Lucrecia se las ingeniaba para avisarle a Luis Benjamín dónde estaría, y él iba a buscarla con la voracidad de un maniático y la seguía a procesiones, iglesias, comercios, estaciones de tren y paseos dominicales por la alameda del Centro o las praderas de Chorrillos, siempre guardando una distancia física que no hacía más que alimentar la tentación entre ambos, y cuando ya no resistían se las arreglaban para coincidir en algún recoveco, donde se besaban y tocaban fugaz pero efusivamente.

La espiral de adrenalina de aquel triángulo amoroso se diluiría a los tres meses, cuando Lucrecia le anunció al Poeta que estaba embarazada. Al imaginarse que sería padre, Luis Benjamín, de dieciocho años, se sintió como su amigo Ricardo Palma sobre la cubierta del Rímac en plena tempestad, o más precisamente como el propio buque viniéndose a pique en la horrenda garganta del boquerón de la Punta de San Juan.

Lucrecia rompió con el mariscal Castilla y este, furioso, dolido en su ego, aun sin sospechar nada de la existencia de otro hombre, menos aún del embarazo en ciernes, la encerró primero en los gallineros de la casona y a los pocos días la desalojó sin darle chance de empacar nada, arrojándole dos vestidos a la calle.

Previniendo eso, el Poeta había alquilado un cuarto en los altos de un conventillo cerca de la casa donde él vivía con su madre, cuidándose de que Nicolasa no reparara en sus maniobras. Lucrecia se mudó allí y en los meses siguientes Luis Benjamín se dedicó a cuidarla por las noches. Le preparaba tónicos e infusiones y le acariciaba la giba del vientre mientras resumía para ella las novedades del Ministerio o refería las últimas incursiones alcohólicas de Los Cuervos Románticos por los bares del Centro, y se quedaba despierto hasta que Lucrecia tocaba el fondo del sueño, y solo entonces volvía a casa de su madre y le daba excusas, siempre nuevas, que lograban aplacar las dudas de Nicolasa, aunque por dentro ella no dejaba de preguntarse por qué su hijo andaba en tan inusuales correrías.

El parto se adelantó una madrugada y el Poeta solo atinó a llamar de emergencia a la única persona que podía hacer de matrona y guardar la discreción del caso: Dominga Prieto. La morena tenía guardados y entreverados ya tantos secretos que no le afectó callarse uno más. Lucrecia perdió litros de sangre durante la intervención, pero se impuso al dolor abdominal y, sin rendirse, empujó al bebé con cada uno de los músculos de sus extremidades. Cuando asomó su cabecita por la vagina inflamada, la criatura tenía el cordón umbilical alrededor del cuello y había adquirido un color violáceo que asustaba. Pese a las complicaciones, Dominga Prieto la sacó de allí de un tirón, anunció con su voz gruesa que era una mujer y se quedó pasmada con su pequeñez de sietemesina. A continuación le dio una nalgada enérgica y pasó a quitarle de encima la sustancia mantecosa que había sido su abrigo en el útero durante los días y las noches de la gestación. Los padres recibieron a la niña sabiendo que se llamaría Elvira —Elvira Cisneros Colichón—, y tardaron varios minutos en aprender a acunarla sin sentir que se les escurría de los brazos nerviosos. Su presencia minúscula iluminó las paredes de ese cuartucho lúgubre haciendo que inesperadamente pareciera algo así como un hogar.

Con el socorro de contados amigos, Lucrecia y el Poeta vivieron escabullándose, acostumbrados a ser una joven pareja de padres que nadie reconocía como una familia. Disimular, mentir, idear subterfugios, aclimatarse a las triquiñuelas y a la vida a oscuras fue un suplicio que duró cuatro años que se sintieron infinitos.

Para entonces la vida de Luis Benjamín transcurría entre el Ministerio — ahora ya era jefe de la sección Continental— y el retirado solar de la calle Velaochaga adonde se mudó con Lucrecia. En todo ese tiempo no había dejado de escribir poemas, ni de estrenar obras de teatro, ni de sentirse patriota ni de colocar en los periódicos artículos sobre los continuos desarreglos políticos. Tampoco había dejado de embarazar a su mujer, que después de Elvira dio a luz a Adelaida y enseguida a María Luisa. Para el Poeta, esos años fueron la manifestación de una vida acezante, incierta, que le reportaba una extraña forma de felicidad.

Pero todo aquello acabó de un tajo la mañana en que Lucrecia —ya harta de las fintas, las simulaciones y la rutina de topes— le exigió casamiento público.

—Quiero que todos sepan que vivimos juntos y que mis hijas puedan abrazar a su padre a vista y paciencia de los demás.

Luis Benjamín no encajó bien la petición. Lo primero que temió fue la decepción que iría a ocasionar en su madre el solo anuncio de tantas novedades. No sería fácil para Nicolasa, pensaba, enterarse de repente de que su hijo vivía en pecado con la amante del presidente, y mucho menos de que era abuela de tres niñas a las que no había visto jamás, pues él las había mantenido durante años en las sombras.

El Poeta vislumbró la debacle y le pidió a Lucrecia que recapacitara. Entendía su deseo exasperado de legalizar a su familia, pero no se atrevía a lidiar con las consecuencias que aquella decisión iría a desencadenar.

Arrebatada ante su debilidad, Lucrecia amenazó con dejarlo. No estaba dispuesta, le advirtió, a quedarse en medio de una relación marginal viendo cómo su juventud se extinguía.

Del puro susto de oírla hablar así, el Poeta contrajo un insomnio que le puso los ojos amarillos y le marchitó las ideas. Cada vez que tomaba un papel y una pluma, solo producía borrones y jeroglíficos, como si de golpe se hubiese olvidado de escribir.

Para colmo, Castilla vivía su fase más retrógrada desde que fuera reelegido en votaciones amañadas. Hacía mucho tiempo que había dejado de

ser el gobernante magnánimo que aboliera la esclavitud, ese régimen segregacionista que llevaba trescientos años implantado en el Perú, para lo cual debió enfrentarse a los hacendados agrícolas, quienes creían en la supremacía racial y no concebían un mundo sin la opresión de los negros. Antes de ser vendidos para trabajar en plantaciones y vivir en el valle en medio de abusos, azotes, correazos, torturas y demás vejaciones por parte de sus propietarios, los negros —hombres, mujeres y niños— pasaban las noches encerrados en galpones que eran auténticos chiqueros, a merced de incontables enfermedades, custodiados por perros salvajes que no dejaban de ladrar, y cuando morían sus cuerpos ni siquiera eran enterrados en ataúdes ni fosas, sino que se abandonaban a la intemperie para que los buitres se los disputaran como carroña.

Para 1859, el mariscal se había vuelto un déspota impasible y veleidoso que se dejaba ganar por una corte de adulones que corrían a besarle la mano y organizarle festejos que, tal como contaban los propios mayordomos del Palacio de Gobierno, eran unas parrandas étlicas donde el mariscal, narcisista como él solo, dirigía a los asistentes insufribles peroratas en las que se comparaba con Alcibíades, Trajano y Alejandro Magno.

Luis Benjamín sabía que, si Castilla llegaba a enterarse de su traición, dispondría sin contemplaciones que lo despellejaran vivo y después seguro mandaría a su cancerbero, el desalmado Mono Quintín, a darle a Lucrecia y sus hijas sabe Dios qué impronunciables escarmientos. En una reacción apurada que lamentaría más tarde, por el puro deseo de romper todo contacto con el Gobierno, el Poeta renunció al Ministerio. Quedarse desempleado solo agravaría la situación.

Lucrecia lo acorraló con un ultimátum:

—Si en un mes no anuncias la boda, me marchó del Perú con las niñas aunque no tenga un centavo.

Luis Benjamín se enajenó con esa posibilidad. En los días que siguieron comenzó a deambular por el Centro, emborrachándose en pulperías y chinganas del siglo anterior, de donde salía sin coartadas, pensando en lo insignificante e infeliz que sería viviendo apartado de sus hijas. Le dolía su indecisión, su escaso coraje, su facilidad para desistir ante la primera adversidad. Le dolía parecerse tanto a su padre, el cura Gregorio Cartagena, un hombre al que no había conocido del todo pero que sabía lleno de incoherencias, titubeos y miedo, el mismo miedo que ahora reptaba dentro de él.

Nicolasa no tuvo más que verlo una noche en la calle, ebrio, zangoloteándose entre postes y transeúntes, para saber o constatar que algo destruía por dentro a su hijo menor. Lo mandó traer con Dominga Prieto, lo sentó en la mesa de la cocina de la casa de la Peña Horadada, le sirvió un chupe de habas hirviendo y esperó que sorbiera la última cucharada para confrontarlo.

—¿Me lo dices tú o te lo digo yo?

Entonces el Poeta, cubriéndose la cara con las manos, soltó unas palabras aprensivas y acabó por confesarle todo entre suspiros, tiritando como un pájaro recién desplumado.

Nicolasa lo escuchaba absorta, sin asumir el impacto brutal de tantas noticias juntas. Sintió tan dentro de ella el extravío del Poeta que, envolviéndolo con sus brazos, le suplicó que no corrompiera más su espíritu y, una vez que lo sintió más calmado, lo conminó a dejarlo todo, a que fuera él quien abandonara «ese hogar espurio», se marchara lejos del país y salvara su corazón de las desgracias que lo ahorcaban y de las inmensas penumbras que sin duda vendrían.

—¡Vete a París! Allí debes estar —le dijo sin inmutarse—. Yo cuidaré de tus hijas —añadió para animarlo.

Luis Benjamín rebatió de plano la oferta de su madre, pero la sopesó al cabo de unas semanas, después de que la inflexible Lucrecia lo chantajeara con no ver a las niñas si no concretaba una ceremonia «mañana mismo».

Al mediodía siguiente, aprovechando que Lucrecia había salido rumbo a la estación del ferrocarril para recibir a unas tías llegadas de Jauja, el Poeta entró en la habitación de las pequeñas Elvira, Adelaida y la recién nacida María Luisa, les puso encima los primeros vestiditos que encontró en la única cómoda, colocó sus demás ropas en una sola valija y las condujo donde Nicolasa lo más deprisa que pudo.

En cuanto abrió la puerta y vio a ese elenco de muñecas rotas, la abuela quedó conquistada y, olvidándose enseguida de la animosidad que despertaba en ella la madre de las niñas, las colmó de regalos y dulces preparados por Dominga Prieto, que ya era una anciana de canas tiesas que, mientras cojeaba, sonreía como pitonisa satisfecha al ver que la historia de los Cisneros no era más que una profecía condenada a cumplirse una y otra vez.

—Cómo les gusta joderse la vida —susurraba.

El Poeta se arrodilló para estar a la altura de Elvira, la hija mayor, la sietemesina de cuatro años que parecía menor, y con la voz desgajada le dijo

que debía hacer un viaje largo pero que no se preocupara, pues la abuela Nicolasa cuidaría de ella y sus hermanas. Elvira, un nudo en la garganta, las coletas sujetadas de cualquier manera, preguntó por Lucrecia. Queriendo calmarla, viéndose en la disyuntiva de decirle la verdad o seguir mintiendo, Luis Benjamín la confundió con una frase impulsiva que la niña tardaría lustros en procesar:

—A partir de ahora tu abuela será tu madre.

Antes de irse, abrazó a las tres con las fuerzas que le quedaban, les musitó unos consejos que ellas olvidarían de inmediato, les plantó un beso en la frente y desde la puerta se mordió los labios y apretó la mandíbula para no atragantarse con sus lágrimas.

A la mañana siguiente, con el puerto del Callao convertido por la neblina en un deshabitado bosque de humo, más agrisado aún por las tribulaciones de los viajeros que, como él, parecían estar huyendo de un asedio o persecución, el Poeta se embarcó en una goleta hacia la ciudad de Colón, en Panamá, y veinticuatro horas después abordó el barco Sharon rumbo a Francia. En altamar, decaído pero desahogado, escribió los primeros versos de un poema que titularía *Aurora amor*.

*¿Dónde estoy? Yo he llorado...
Sobre el lecho
de solitario camarote estrecho
presa me siento de mortal desmayo.*

París, 1859

El Poeta puso un pie en suelo francés a las dieciséis horas de una tarde plúmbea que se deshacía en lloviznas. Su equipaje constaba de una sola maleta. Pasó cerca de veinte minutos observando el movimiento del puerto de Le Havre, adecuándose a la luz del ambiente, las bocinas de los barcos, las voces, el idioma y el aspecto de los hombres que pasaban a su lado. Sin dinero suficiente para tomar el ferrocarril, consiguió que un cochero lo transportara hasta París a cambio de diez francos.

Su primer refugio fue la habitación de una pensión ubicada en el número 3 de la Rue de Lutèce, en el hacinado barrio de Île de La Cité, a cuatro manzanas de la avenida Victoria. Nicolasa le había proporcionado un papel donde estaba anotada la dirección, pero hasta que no estuvo frente a la propiedad de dos plantas no se preguntó cómo su madre había establecido ese contacto. Jamás lo supo. «Allí te esperan», fue toda la indicación que le dio.

La pensión era regentada por una mujer mayor algo reblandecida, madame Georgette Leblanc, quien hizo denodados esfuerzos por comprender algo del francés rumiado de su nuevo inquilino sudamericano. Minutos después de registrarse, Luis Benjamín subió los once peldaños de la escalera y cerró la puerta de su habitación: una madriguera de cinco metros cuadrados cuya única ventana —con postigos de madera que el viento batía con facilidad— ofrecía una vista del Sena recortada por la cúpula del Tribunal de Comercio de París y el recién inaugurado Pont au Change. Al pasear los ojos por la desfondada caja de fósforos que sería su cama, por el aguamanil y la palangana acomodados con displicencia sobre el velador apolillado, y por la endeble silla que prometía venirse abajo en cuanto hiciera el amago de sentarse, Luis Benjamín recordó la precariedad de los cuchitriles donde

habían nacido sus hijas y se sintió investido de toda la pena que era capaz de sentir un hombre en sus condiciones.

En los días iniciales, mientras terminaba de hallarse en esa ciudad pletórica, monumental y siempre agitada, donde las gentes parecían avanzar indiferentes o hastiadas de la belleza que las envolvía, el Poeta escribió decenas de cartas a Lucrecia pidiéndole perdón por escapar de Lima de manera abrupta. No se atrevió a enviar ninguna. Eran cartas que más bien pareció escribir para sí mismo, en un ritual autocompasivo que prolongó durante dos meses y solo cortó después de recibir las misivas donde su hermano Luciano le contaba que Lucrecia, tras sostener un altercado callejero con Nicolasa, había aceptado finalmente que las niñas crecieran en casa de su abuela. Fue la propia Colichón quien fijó nada más que para los domingos sus visitas a Elvira, Adelaida y María Luisa. A Luis Benjamín no le sorprendió tal desapego: años atrás Lucrecia había aceptado que la esposa de Castilla criara a su hijo Agapito, al que ni siquiera había querido amamantar.

En esas cartas, Luciano le informó que Lucrecia había vuelto a vivir con el mariscal en la casona rústica, a frecuentar los viejos salones junto a sus amigas las mazorqueras y a usar esos miriñaques que antes le sirvieron para disfrazar sus embarazos. Le comentó que la habían visto en la fiesta de la Valvanera, en la plaza de Acho, en la Quinta de Presa, y hasta bailando cuecas y resbalosas en los saraos de la aristocracia. E incluso le hizo saber que circulaba el rumor de que Lucrecia trabajaba nuevamente por las noches para Hilario Buenaventura.

Luis Benjamín se martirizaba releendo esos papeles, los estrujaba despechado y pensaba que la madre de sus hijas había vuelto a ser la misma mujer arrogante que él vio por primera vez en el teatro cinco años atrás, y comprendía que, al retomar su vida anterior, lo que Lucrecia pretendía era borrar o negar todo lo vivido a su lado, y sentía de pronto que su amor por ella no era más que una pasión avinagrada, y que, si no fuera por esas tres hijas que tenían en común, nada habría en el mundo que los uniese. Se remordía al confirmar que no había afectado a la vida de Lucrecia tanto como creía, y sentía vergüenza de sí mismo, y deseaba que nunca hubiesen sucedido todos aquellos eventos impetuosos que, precisamente porque sucedieron, acabaron arrastrándolo a ese exilio forzado al que no terminaba de adaptarse.

Luis Benjamín ocupó sus días en dar provechosas caminatas, bien por la avenida de la Ópera, la Rue de Rivoli o por los bulevares de Sébastopol y Saint-Germain. Le gustaba internarse en la médula de París y aspirar el caos

generado por los trabajos finales de la reforma dispuesta por el emperador Luis Napoleón Bonaparte, Napoleón III, quien había encargado al prefecto del Sena, el barón Haussmann, construir avenidas anchas, calles rectilíneas, nuevos bulevares, así como restaurar fachadas, remodelar parques, conservar monumentos, crear alcantarillas, llevando a cabo una íntegra transformación de la ciudad. Luis Benjamín avanzaba entre los escombros de las casas demolidas del casco antiguo, se rezagaba bajo los altos ganchos de hierro que se movían como marionetas artríticas, contemplaba con detenimiento las vigas de acero de los gigantescos hormigones armados y recorría ávidamente los bordes del río sin esquivar los esqueletos de las instalaciones hidráulicas. Otros días permanecía en su buhardilla, aislado del estruendo monocorde de las máquinas y poleas del exterior, sumergido en lecturas que caían en sus manos, buscando despojarse de los sentimientos descoloridos que se le presentaban cuando Lima era el centro de sus cavilaciones.

Una de esas mañanas encontró un libro en la credencia del *hall* de entrada de la pensión. Era una novela recién publicada titulada *Lui*, firmada por una tal Louise Colet, hija de Henriette Leblanc, hermana de madame Leblanc, quien no disimulaba ante Luis Benjamín las antipatías hacia su sobrina. Fue por su casera como se enteró de que Louise —apellidada Révoil de soltera— era «una rubia pedante e irascible», una «poetisa de segunda línea que no tiene más mérito que haber seducido a Gustave Flaubert», a quien superaba en edad por once años y de quien fue amante durante casi diez. Tras la aparición, dos años atrás, de *Madame Bovary*, sintiéndose aludida y maltratada en el personaje de Emma, Louise había querido responderle a Flaubert con *Lui*, que acabó siendo una biliosa novelita en clave que no tendría mayor repercusión.

Por boca de un amigo peruano afincado en París, Luis Benjamín se enteró, además, de que en 1838, ocho años antes de conocer a Flaubert, estando casada con el flautista Hyppolite Colet, Louise se enredó con el ilustre filósofo Victor Cousin, quien llegaría a ser ministro de Educación y de quien quedó embarazada a los dos años de haberse conocido. Mientras oía esa historia, Luis Benjamín no dejaba de asociar a Louise Colet con Lucrecia Colichón: le ponía su rostro, su voz, su falsa dulzura, los modales a veces grotescos o más bien quisquillosos con que actuaba en la intimidad. Hasta los apellidos se le antojaban similares, Colet, Colichón, y sintió que se trataba de retorcidas almas gemelas, almas volátiles y telepáticas que operaban a distancia, reconociéndose afines, dictándose mutuos consejos sobre cómo

dañar a los hombres que las habían querido o intentado querer. La comparación no era muy justa para Lucrecia, ciertamente, pues Louise era depresiva, por no decir desequilibrada. Un día, un importante periodista francés, Alphonse Karr, sugirió mordazmente en un diario que Louise Colet había cometido adulterio e insinuó que el hijo que esperaba no era de su esposo, el flautista, sino del ministro Cousin. Haciendo un satírico juego de palabras, afirmó que el embarazo de la escritora se debía a *une piquête de Cousin*, una picadura de mosquito. Al leer el artículo, Louise sintió náuseas, averiguó dónde vivía Alphonse Karr, fue hasta su edificio, aporreó sin parar la puerta de su apartamento y cuando el periodista abrió, fuera ya de sus cabales, sin decirle nada, se arrojó sobre él y lo atacó con un cuchillo de cocina, clavándoselo tres veces en la espalda. Las heridas, aunque profundas, increíblemente no fueron mortales. Cuando salió del hospital, Karr pidió a la Policía quedarse con el cuchillo todavía ensangrentado y lo colgó en medio de su sala con la inscripción: «Obsequio de la señora Colet».

Esas eran las cosas que ocurrían en el París al que llegó mi bisabuelo Luis Benjamín con su agobio precoz. Era el París de finales del Segundo Imperio, el París de Flaubert y Baudelaire, cuyo libro *Las flores del mal* fue denunciado por «escabroso» por Ernest Pinard, el mismo abogado imperial que solo meses antes había acusado a *Madame Bovary* de ser una novela obscena (y de quien luego se sabía que era secreto autor de cuentitos eróticos, además de entusiasta pornógrafo). Era el París que gozaba con los relatos de Alejandro Dumas y las primeras predicciones de Julio Verne. El París que hacía no tanto había llorado las muertes de Stendhal y Balzac, y que dentro de cinco años celebraría el surgimiento de Mallarmé. Era el París reconstruido con expectativas estéticas y políticas, en una Francia resguardada por ejércitos que ahora se encontraban en Solferino, al mando de Napoleón III, resistiendo a las fuerzas austríacas en apoyo a Giuseppe Garibaldi, artífice de la unificación italiana. Era el París donde, con la llegada del estío, se celebraba la democrática fiesta anual del Hôtel de Ville, la única ocasión que tenían oficinistas y humildes tenderos de juntarse con las familias de los subprefectos y los negociantes encopetados. Y era también el París donde florecían ídolos populares como Charles Blondin, que no era cualquier Blondin, sino el Gran Blondin, un equilibrista que acababa de convertirse en el primer hombre en cruzar la garganta de las cataratas del Niágara caminando sobre una cuerda floja. Según *Le Tour du Monde*, Blondin cruzó un trayecto de 335 metros de largo a una altura de cincuenta metros sobre el agua. Cientos de parisinos —

entre profesionales, estudiantes, obreros— viajaron hasta Estados Unidos para vivir con horror y escalofríos esa hazaña fantástica, ese sueño alucinado que luego el acróbata repetiría en otros escenarios, con variaciones cada vez más temerarias: con zancos, con los ojos vendados o, la más demencial, cargando en la espalda a su agente, incluso tomando asiento con él a mitad del tramo para preparar tortillas suspendidos en el aire.

Luis Benjamín financió sus primeros estudios de francés con el exiguo subsidio que le enviaba Nicolasa. Asistió a cursos libres en La Sorbona y — ahorrándose las distracciones del Barrio Latino y el barrio estudiantil, que era por donde cualquier joven escritor vagaba naturalmente— se encerró a trabajar en los capítulos de su primera novela, *Julia*.

No bien terminó de escribirla, la envió al Perú para tentar suerte y a los pocos meses recibió el anuncio de su publicación. Aquel empujón anímico lo hizo sentirse vivo, entero, tan vivo y entero como la noche en que estrenó su primera obra de teatro. Y cuando meses más tarde corroboró la buena recepción que *Julia* había tenido en Lima, entendió que había un escritor dentro de él y decidió permanecer indeterminadamente en París. Quería nutrirse, contactar con escritores que pudieran moldear, allanar y enriquecer su estilo y personalidad. Se matriculó en asignaturas de Filosofía y Literatura, consultó a profesores más allá de las horas fijadas en clase, compró libros y cuadernos hasta endeudarse. Cada vez que regresaba a la pensión de la Rue de Lutèce, compartía el té con madame Leblanc, le hablaba de las novelas que quería escribir en el futuro, y luego se encerraba en su pieza a hacer cuentas y trazar proyectos, empeñado en rehacerse lejos de Lima y convertirse en otro, un artista respetado, un intelectual del primer mundo.

Ciertas noches sus deseos se veían súbitamente frenados por los recuerdos tenaces de la gente que había dejado atrás: sus hijas, que crecían sin padre como creció él; su madre envejecida; sus hermanos, sobre todo Luciano, con quien seguiría organizando complots patrióticos de estar juntos allá en el Perú; sus amigos más queridos, Ricardo Palma o Casimiro Ulloa, el Rojo Ulloa, esposo de su hermana Catalina, que más que cuñado era un hermano, uno más en esa orgullosa familia de bastardos con un solo apellido. Todos ellos eran figuras que viajaban sin gravedad en los sueños de Luis Benjamín, y él sentía que le hablaban desde una galaxia acuosa donde las palabras eran ecos o burbujas o pistas cuyo significado inútilmente intentaba desentrañar.

Por más que quería zanjar el pasado, esos nombres y visiones lo amortiguaban, lo frenaban, convirtiéndose en la atadura que por un buen tiempo le impidió tender una línea imaginaria pero definitiva entre quien había sido y quien quería ser. Lo único que hacían esos recuerdos era acrecentar más la rabia por sus mentiras, sus malas decisiones, su falta de valor, rabia que se traducía en unos desvelos tan espantosos que el Poeta a veces llegaba a pensar que nunca más podría volver a dormir.

Una noche de noviembre, en el café Guerbois del bulevar de Batignolles —que años más tarde se convertiría en el club de pintores como Manet y escritores como Zola o Maupassant—, conoció a otro joven peruano, el periodista Narciso Álvarez, quien llevaba algunos años asentado en París. Fue él quien le contó la historia de Louis Colet con Victor Cousin y quien, a poco de conocerse, compadeciéndose de la languidez económica de Luis Benjamín, lo invitó a compartir su alojamiento, el departamento número 11 de la Rue de la Sorbonne. El Poeta no sabía que esa mudanza, que al inicio estimó provisional, demarcaría su porvenir no en ese momento, sino más adelante, mucho más, dentro de nueve años exactamente.

El padre de Narciso Álvarez era don Gervasio Álvarez, un vocal vitalicio de la Corte Suprema de Lima. Un día de enero de 1869 don Gervasio recibiría de manos del Poeta Cisneros una encomienda enviada por su hijo Narciso desde París. Ese día del futuro, Luis Benjamín —de paso por Lima— llegó a la calle Mariquitas, en el Centro, entre Quemado y Mogollón, y tocó la puerta de la casa número 363. Don Gervasio estaba sentado en una mesa manipulando una baraja de naipes, jugando al tresillo con sus amigotes de la Corte: media docena de magistrados veteranos, de cachetes flácidos, que chupaban pipas de arcilla, expelían columnas de humo abriendo apenas sus bocas delineadas por un mostacho denso y vaciaban de a poco, señorialmente, sus diminutas copas de coñac.

Desde su silla, don Gervasio sintió confiable la voz del Poeta. No parecía la voz del hombre que, según oía comentar por todo Lima, se había marchado a Francia dejando varadas a las tres hijas ilegítimas que tenía con la más conocida de las amantes de Ramón Castilla. Se puso de pie para recibirlo ajustándose el chaleco.

Luis Benjamín hizo su entrada y frenó a mitad de camino, como si bruscamente lo hubiese asaltado un recuerdo. No se sobrecogió tanto al ver el

cuadro de los seis magistrados vegetando alrededor de esa mesa, sino al divisar allá al fondo, en el patio que colindaba con la huerta interior, a una jovencita que, más que tocar las teclas de un piano, las pellizcaba como si pasaran corriente. Observó su cabellera lúcumana maniatada en una trenza y recogida con un lazo escarlata, sus zapatos de charol, sus guantes perlados, su piel tersa, sus labios anémicos. Iba vestida de un blanco tan pulcro que, en conjunto, daba la impresión de ser el espíritu de una adolescente recién muerta. «¿Quién es?», se preguntó Luis Benjamín. Pronto sabría que se trataba de Cristina Bustamante Álvarez, la única nieta y ahijada de don Gervasio, sobrina por tanto de su amigo Narciso. Ella sintió el peso de unos ojos nuevos y se giró para ver a quién pertenecían.

Al atisbar el intercambio de miradas que ambos se procuraron, e intuir el tipo de promesas que allí parecían estar implícitas, el viejo exvocal abrigó un presentimiento oscuro y se arrepintió de haberle pedido minutos antes al criado hacer pasar «al Poeta Cisneros». ¿No hubiese sido mejor recibir la encomienda en la puerta? ¿Para qué dejarlo entrar? ¿Para qué ceder al morbo de conocerlo en persona? En cuestión de segundos don Gervasio se dio cuenta de su error y, mirando de lejos a su nieta, se deprimió ante lo que sabía inevitable.

—Ay, carajo, esta niña ya se me echó a perder —rezongó para sí mismo y, ante la sorpresa de sus colegas magistrados, bebió de un solo trago lo que le quedaba de coñac, se sonó la nariz con fuerza y lanzó al suelo un espeso salivazo.

Durante las semanas que siguieron, cada vez que la virginal Cristina recibía al Poeta para tocar juntos el piano o conversar en los canapés de la sala o los sillones de mimbre de la huerta, el viejo los espiaba bufando de cólera. Tan pronto Luis Benjamín se despedía y pisaba la calle, Gervasio corría a envenenar a su nieta diciéndole que su pretendiente era «un farsante», «un padre desnaturalizado», «un degenerado que malvive en París dedicado a la bohemia, embriagándose con bebidas baratas bajo puentes fétidos, durmiendo en callejones nauseabundos y desbandándose por los muladares más sórdidos para practicar todo tipo de aberraciones sexuales con mujeres depravadas, portadoras de la peste negra y sabe Dios qué asquerosas enfermedades venéreas».

Viendo que su nieta no era receptiva a tan calumniosas advertencias, Gervasio se dedicó a maldecir en silencio a su hijo Narciso, pues no se explicaba cómo su primogénito había enviado a tan desagradable emisario

desde París, en lo que consideró era un inconcebible boicot familiar. Para mala suerte del abuelo, su yerno, el padre de Cristina, Arnaldo Bustamante, quien apreciaba los libros y artículos periodísticos de Luis Benjamín y odiaba a Ramón Castilla, no solo aprobó los cortejos del escritor, sino que alentó el idilio con su hija, ignorando los histéricos gruñidos de su suegro y minimizando otro hecho que para el cascarrabias de don Gervasio era inmoral e imposible de pasar por alto: Luis Benjamín era diecisiete años mayor que Cristina, que acababa de cumplir los catorce sin haber tenido todavía su primera menstruación.

Pero todo aquello ocurrirá en los primeros meses de 1869, nueve años después de que mi bisabuelo llegara a Francia.

En París, creyendo que la escritura lo haría más pobre de lo que ya era, el Poeta dejó los estudios de literatura para abocarse a la economía política. Así se lo había recomendado Eliseo Zevallos, su viejo jefe en el Ministerio de Relaciones Exteriores, quien tras cruzarse con él casualmente promovió su contratación como cónsul en Le Havre, el mismo puerto al que había llegado tantos meses atrás.

Luis Benjamín retomó así la diplomacia y asumió una tarea puntual: organizar la distribución del guano peruano exportado a Francia. También tuvo tiempo para redactar artículos políticos que enviaba quincenalmente a su amigo Casimiro Ulloa y avanzar su siguiente novela, *Edgardo*, pues la editorial parisina Rosa y Bouret estaba interesada en publicarla.

Al inicio se sintió un escritor infiel disfrazado de funcionario, pero luego ya era un funcionario que escribía en sus ratos libres y poco después un cónsul novato que extrañaba escribir y que se dejaba deslumbrar por la fastuosidad del entorno diplomático y por los personajes que iba conociendo en Le Havre, desde los más conspicuos hasta los más singulares.

Uno de ellos fue monsieur Fysquet.

Fysquet era un hombrecito de setenta años. Tenía un modesto puesto en la oficina de dirección del puerto, pero fanfarroneaba presentándose como «excorsario con honores de alférez de Marina», y asegurándole a todo aquel que conocía que en 1816 había «pirateado con Simón Bolívar en la expedición que llevó al libertador de Santo Domingo a Venezuela en un buque llamado El Bello Inca». Con una velocidad de movimientos admirable en un cuerpo añoso y raquítrico como el suyo, Fysquet no daba tregua a sus interlocutores, aturdiéndolos con soporíferas anécdotas marítimas en las que él cobraba un protagonismo hercúleo que no guardaba proporción alguna con su avanzada

miopía de nacimiento, su esmirriada constitución física ni el ostensible pasado sin gloria de su musculatura.

Desde que le presentaron a Luis Benjamín en la fiesta anual del Hôtel de Ville, Fysquet lo buscaba en su casa todos los domingos. Se aparecía por las noches como un roedor y en cada visita, después de referir por enésima vez sus peripecias náuticas, siempre acababa mencionándole sus «animadas conversaciones con Bolívar»; aunque jamás precisaba en qué habían consistido. Una de esas noches, después de honrar cinco botellas de borgoña, acabó confesando avergonzado que sus supuestos fecundos diálogos con el militar venezolano en verdad se reducían a un lacónico intercambio de palabras, una fugaz charla de cabotaje a bordo de un bergantín mientras cruzaban la isla Margarita.

—¡Suboficial Fysquet!, tome ahora mismo su catalejo y dígame si el buque que se aproxima lleva una bandera.

—La está izando en este momento, general.

—¿Se trata de una bandera española?

—No, general, es inglesa.

—Indíqueme su rumbo.

—Igual al nuestro, general.

—Si es así, no hay por qué alarmarse.

Eso había sido todo.

El alcohol también le hizo admitir que, durante las refriegas bélicas que le tocó vivir como segundo del contramaestre de la tripulación, en realidad no trepó los mástiles, ni disparó los rifles ni encendió la mecha de los cañones, como había dicho en anteriores oportunidades, sino que se ocupó de contabilizar las bajas, arrojar los cadáveres al mar, quitar las salpicaduras de sangre de la cubierta y disipar el hedor de los muertos.

En cambio, monsieur Fysquet no exageraba cuando contaba que su participación en aquella expedición le había valido recibir sendas medallas de oro de los Gobiernos de Colombia y Venezuela, las dos más valiosas de una colección hecha básicamente de medallas menores, todas de plata, otorgadas por acciones de salvamento en distintos puertos franceses. En ocasiones de gala, colgaba todas las medallas juntas en la pechera de su frac, dejando siempre un espacio visible «para la próxima».

Apareció vestido así la noche en que asistió a un baile en el Palacio de las Tullerías junto con su amante, Evarista Charpentier, una aldeana bretona, rolliza y descachalandrada a la que, a sugerencia de su propia esposa, hacía

pasar en público como su hija adoptiva. La concesiva madame Fysquet decía no tener problemas en aguantar los flirteos otoñales de su marido «con esa niña velluda y campechana» siempre que fuera prudente. Cuando Fysquet le contó lo muy afortunado que se sentía por tener a ambas mujeres sin que mediara mayor conflicto, Luis Benjamín no pudo evitar pensar en el mariscal Castilla, Lucrecia Colichón y Francisca Diez Canseco; ese otro triángulo sentimental que él había desbaratado temporalmente en esa vida anterior que ahora parecía ser su pasado.

Esa noche de 1862, ganado por la testarudez de su amigo francés, también Luis Benjamín asistió al baile de las Tullerías.

Nunca olvidaría la experiencia.

Allí participó del besamanos del emperador Napoleón III, a quien los sirvientes llamaban a sus espaldas la Esfinge en alusión a las muchas horas que podía pasar en inmóviles trances meditativos en los lugares menos pensados del palacio. Y si bien encontró llamativo el atuendo satinado del monarca —el uniforme azul y rojo de los Grenadiers—, se impresionó más con la parafernalia palaciega que fue revelándosele a medida que se adentraba en esa construcción monumental: la elegancia de los carruajes descubiertos; los yelmos de acero de la unidad de élite de Los Cien Guardias, alineados y estáticos como maniqués o soldados de cera; la majestad de los pabellones esféricos; la corpulencia de las galerías; el esplendor de las bóvedas ojivales; las soberbias cúpulas con motivos heráldicos; los pórticos romanos con pretilos de piedra; el oro rojo de los ventanales; el cristal de Murano de los lamparones; el granito del suelo de las antesalas; el brillo de los espejos venecianos; la espesura de las alfombras chinas; el terciopelo de las cortinas de Damasco; los escudos navieros bordados en paneles que cubrían paredes enteras; los biombos de Persia que separaban cámaras y gabinetes; las escenas de amor rural en los gobelinos flamencos; los tapices de Bruselas con temáticas bucólicas; el marfil tallado de las ánforas de Pekín; los retablos de ébano que parecían saqueados de algún monasterio; la prominencia de las escaleras con rellanos y tramos de ida y vuelta; los cisnes de porcelana al fondo de una decena de relojes góticos con péndulos que marcaban horas distintas; los canarios africanos que parecían dormir en unas pajareras de bronce, y siempre, por todos lados, allá arriba, esos techos inalcanzables donde sobresalían prodigiosos frescos con alegorías del Juicio Final.

Había algo magnético y perturbador en aquellos pasillos relucientes a través de los cuales ahora Luis Benjamín accedía a unas anchas terrazas donde

siglos atrás había caminado la reina Catalina de Médici, la antojadiza diseñadora del palacio, quien, obnubilada con las predicciones de un astrólogo que vaticinó que ella moriría en esas dependencias, decidió darles todavía más prestancia y mandó construir el aparatoso arco de mármol de la entrada e insistió en aumentar la extensión de los extravagantes jardines florentinos, cuyos caminillos, pérgolas, bancos, plazoletas con los nombres de los continentes y estanques de peces colorados reemplazaron los viejos arenales de la zona, y serían las únicas construcciones que sobrevivirían al incendio de 1870, cuando tras el fin del Segundo Imperio se rociaron con petróleo los muros de las Tullerías para que ardiera el mayor símbolo de la vieja monarquía francesa.

Luis Benjamín se quedó contemplando toda esa nobleza cortesana desde un retiro del jardín y desde allí, rodeado de orquídeas, azucenas y otras flores que no distinguió, vio cómo la nieve empezaba a caer con tibieza, casi al compás de los vales de la orquesta, dando que hablar a los invitados, entre ellos los poetas Teófilo Gautier y Charles Baudelaire, el barón Taylor y los pintores Henri Fantin y Édouard Manet, quien a los pocos días pintaría una escena de esa misma fiesta titulada *Música en las Tullerías*.

No volvió a ir a un baile como ese ni a ningún otro en los años que siguieron: no quería que las fiestas lo distrajeran ahora que la diplomacia ocupaba todas sus horas, incluyendo aquellas que hasta hacía poco consagraba a la escritura. Más cónsul que poeta, Luis Benjamín se dedicó a aprender legislación comercial y descubrió en la compraventa de productos la mejor manera de ayudar al Perú. Para cuando cumplió veinticinco, se había hecho sin querer experto en transacciones, precios, fletes, ganancias e ingresos fiscales.

Fue por entonces que las cartas de su hermano Luciano le informaron de la caída del presidente Ramón Castilla y, más tarde, de la alternancia de nombres sucesivos en el poder, variaciones que operaron en su ánimo de tal forma que de repente quiso viajar a Lima, recomponer allá su vida personal y solo después regresar a Europa, como le confesó por escrito a su amigo Casimiro Ulloa:

Querido Rojo, quiero ir a Lima, casarme, formar un hogar y volver para establecerme algún tiempo en Francia. Tengo planeados serios trabajos sobre la civilización, la historia de España y del Perú. Espero que Dios se apiade de mi ambición.

También le hizo saber lo mucho que le preocupaba la fijación que venían mostrando los gobiernos europeos hacia las repúblicas sudamericanas, y le dijo que intuía que podría ocurrir en el Perú lo mismo que se vivía en México, que ya había sido invadido por Napoleón III después de que el presidente Benito Juárez congelara la deuda externa que mantenía con Francia. Para sorpresa de Casimiro Ulloa, quien al principio tomó esas premoniciones como excesivas y equivocadas, las intuiciones de Luis Benjamín resultaron proféticas y en abril de 1865, con la toma de posesión de las islas de Chincha, empezaron los hostigamientos de España hacia el Perú por supuestos «costos» de la guerra de la independencia.

El Poeta recibió en Le Havre la visita de su amigo Ricardo Palma, con quien recorrió una y otra vez las calles sobrepobladas del puerto, gozando de las vistas de Normandía y conversando sobre las muchas cosas sucedidas desde la última vez que se vieron en Lima. En el diario de mi bisabuelo hay una anotación que, por la fecha en que fue escrita, es lícito asociar con ese reencuentro con Palma: «Con él me desahogo y vivo en la patria horas enteras».

Inspirado por esa presencia, Luis Benjamín dejó de lado las labores del consulado y se encerró a escribir prosas, poemas, ensayos y artículos que mandó a Lima para que aparecieran en *La Revista de Lima* y en *La República*, el nuevo periódico del Rojo Ulloa. El envión creativo le duró poco y lo dejó tan agotado que prefirió focalizarse en la misión diplomática, porque además la situación política peruana no hacía sino recrudecer y requería todo su involucramiento, sobre todo después de que el presidente Mariano Ignacio Prado, en alianza con Chile, le declarara la guerra a España.

El Gobierno le asignó a mi bisabuelo la tarea de contactar a los distintos políticos y militares peruanos que llegarían a Europa en los siguientes días —«He entrado en comunicación con un almirante peruano de nombre Miguel Grau, quien se encuentra en Inglaterra alistando la salida de dos buques, Huáscar e Independencia, tan necesarios para contrarrestar el ataque español», le escribió por esos días a Casimiro Ulloa—; sin embargo, de un momento a otro, sin que medie mayor explicación, acaso por una falencia administrativa, el nuevo ministro de Relaciones Exteriores canceló su patente de cónsul y a Luis Benjamín no le quedó más alternativa que trasladarse de Le Havre a París, una contingencia que aprovechó para organizar un viaje relámpago a Lima, donde esperaba ver a Nicolasa, su madre, que luchaba contra la

tuberculosis y se pasaba los días en cama, sometida a fatigosas inhalaciones de alquitrán.

Unos meses antes de dejar París se enteró de la muerte de un amigo de la juventud, José Gálvez, en el combate del 2 de mayo. Triste pero sumido en su inacabable patriotismo, le escribió al Rojo Ulloa:

Recibí la gran noticia del descalabro de los españoles en el Callao y de nuestro gloriosísimo triunfo. La colonia peruana no habla de otra cosa. Todos los periódicos, distinguiéndose los de Le Havre, han reproducido los detalles dándoles toda la importancia que merecen. El triunfo del 2 de mayo ha sido exclusivamente peruano; bajo este punto de vista nos honra más que el de Ayacucho. En estos países, como para muchos peruanos mismos, la sorpresa es grande pues hasta ahora nos han creído más débiles de lo que somos. Acabamos de ganar un noventa por ciento en la consideración de la Europa. Ya saben las que se llaman potencias que están unidos todos los países de la América española y que sabemos y podemos defendernos. El 2 de mayo puede, en mi concepto, marcar una nueva era de relación externa y de regeneración interna. Mi contento no tiene límites, querido Rojo. Muchas ilusiones había perdido sobre mi país, pero con este triunfo todas ellas renacen y yo mismo siento en mi espíritu como una resurrección. Lamento la partida de José Gálvez por la falta que siempre hará al país, pero como amigo suyo no lo lloro. Gálvez solo podía morir así, y yo consideraría para mí esa muerte como una felicidad.

Durante esos meses y años varias cosas habían cuarteado la vida de Luis Benjamín, acentuando su fatalismo, fogueándolo en la tristeza y el rencor. Primero la muerte de su hermana Francisca en 1865, luego la de su hermano Feliciano en 1866 y ahora, solo un año más tarde, en enero de 1867, la de su propia madre. El telegrama de su hermano Luciano informándole que Nicolasa acababa de fallecer lo encontró en la cubierta del buque que lo conducía precisamente a Lima. Solo al terminar de leerlo, Luis Benjamín advirtió los fuertes vientos que no amainaban, las persistentes salpicaduras de agua salada en su piel y sobre todo los bandazos que el barco venía dando hacía minutos. Y mientras observaba a los pasajeros correr despavoridos de aquí para allá contraviniendo las órdenes que daba la tripulación de quedarse quietos — algunos incluso asomándose peligrosamente a las barandillas para ver la violencia con que el mar picado golpeaba las paredes metálicas de la embarcación—, reparó en su total indiferencia hacia la posibilidad de un

naufragio y, de regreso a su camarote, al dar vuelta en la última chimenea, se sintió huérfano por primera vez. Era a instancias de su madre que se había marchado a París y era por ella que volvía al Perú, de modo que a la pena inaudita de su muerte le añadió la impotencia de no poder recompensarla material ni afectuosamente por aquellas atinadas exhortaciones en los días de los chantajes y amenazas viperinas de Lucrecia Colichón, días peliagudos en que Nicolasa lo animó a irse al extranjero y vencer el miedo que lo enfermaba. Y aunque era cierto que en Francia su vida había adquirido consistencia y su carácter se había acerado hasta desaparecer todo rastro de su vieja abulia, esa tempestuosa mañana de enero de 1867, con la noticia de la madre muerta, dándose cuenta de que ya no podría despedirse de ella, el Poeta volvió a ser víctima de aquella antigua desorientación, y cuando horas después le llegó el turno de descender del barco, cruzó la pasarela por pura inercia, y a punto de pisar el embarcadero del Callao y reencontrarse con la ciudad de la que había escapado hacía tanto, se vio a sí mismo como el niño timorato y desamparado que quizá nunca había dejado de ser.

En los minutos siguientes fue resignándose a la idea de tramitar el funeral, gestionar una lápida de mármol con una inscripción que —lo decidió en ese instante— diría «Sus hijos la querrán siempre», y enterrarla en el lugar que ella había indicado en su testamento y que tenía reservado desde hacía mucho en el cementerio Presbítero Maestro: el nicho 253, en el cuartel San Job, exactamente al lado de la tumba de ese hombre al que Luis Benjamín y sus hermanos ya habían olvidado que odiaban, y cuyo nombre los hacía contener la respiración aún después de tanto: Gregorio Cartagena.

La mañana del sepelio, cuando el general Pedro Cisneros se dio cuenta de que los restos de su hermana Nicolasa estaban a punto de ser colocados junto a los del sacerdote, ordenó a los enterradores detenerse —«¡No muevan ese ataúd un centímetro más, mierda!»—, y de inmediato exigió hablar con el director del cementerio a fin de exhumar los huesos de Cartagena y mudarlos, no de sepultura ni de pabellón, sino de camposanto. El hombre bajo de rampante calvicie que se ocupaba de la Beneficencia Pública lo recibió en su despacho y, pese a la dureza con que Pedro lo esquinó, se negó a satisfacer sus demandas. El general lo levantó furibundo de las solapas con una sola mano, como si fuese un espantajo, lo estrelló contra una pared y le hubiese dado un par de sopapos con el dorso de su mano libre —su mano de cuatro dedos— si no fuera porque el retaco, los pies elevados del suelo, los cuatro pelos desacomodados, logró quejarse con voz desafinada: «¿Acaso usted no

entiende que su hermana y el cura querían pudrirse juntos aquí?». Pedro llevaba tantos años con los tímpanos perforados que no hizo el menor esfuerzo por leer los labios del burócrata y lo mantuvo varios segundos en el aire antes de devolverlo al suelo.

Lo único que ahora mantenía al Poeta de pie era la ilusión por el reencuentro con sus tres hijas, Elvira, Adelaida y María Luisa, pero el día que las vio, al regreso del entierro de Nicolasa, notó rápidamente en sus caras cambiadas, en sus actitudes hacia él, el paso irremediable de los años transcurridos. Siete años de no verlas, oírlas ni tocarlas. Siete años que ahora pesaban como veinte. Los abrazos de ellas eran rígidos, los besos desabridos, los gestos aguados, las miradas endurecidas. Luis Benjamín sintió la animadversión, olió el rechazo, se dio cuenta de que el viejo amor se había disipado, y supo que sería muy difícil traspasar esos paredones como de hierro que parecían interponerse entre sus hijas y él.

Nombrado nuevamente cónsul en Le Havre, antes de volver a París le confió el cuidado de las niñas a su hermana Catalina. La tarde de la despedida, Elvira, la hija mayor, que tenía doce años cumplidos pero aparentaba siete, se encaprichó en acompañarlo, menos deseosa de conocer el mundo que de vivir con su padre y poder tenerlo cerca siquiera una vez. Luis Benjamín aceptó pensando que así la niña suavizaría su inquina, que tal vez hasta podría recuperar su cariño, pero una vez en Le Havre, al darse cuenta de que su trabajo le impedía dedicarse a ella y que la niña pasaba los días en el puerto desatendida, no encontró otra opción que internarla en un convento alemán que más parecía un orfanato, lo que inevitablemente astilló el corazón de Elvira, que desde entonces y para siempre vería en su padre a un hombre indolente y extraño.

Lima, 1869

Luis Benjamín retornó a Lima para entrevistarse con el nuevo presidente, José Balta, y de paso cumplió el pedido de su amigo Narciso de entregar unos encargos a su padre, don Gervasio Álvarez.

Fue allí, en la calle Mariquitas, donde se produjo ese primer encuentro con Cristina, la angelical pianista de catorce años cuya mano pidió solo dos semanas después. Mientras los padres, Amelia y Arnaldo, no dudaron en dar su pleno consentimiento, el abuelo Gervasio estalló de enojo al enterarse del matrimonio de su nieta menor de edad con Luis Benjamín Cisneros.

—Por muy diplomático que sea, ese hombre tiene tres hijas malas con una adúltera, por no decir nada de su fama de pervertido y descarriado allá en Europa —refunfuñaba el viejo. (Si hubiese sabido además que el novio era hijo bastardo de un sacerdote y que su apellido no era el que le correspondía, habría reventado de la indignación).

La boda religiosa se celebró en la propia casa del abuelo, a la misma hora y lugar en que él solía reunirse con sus infaltables amigos de la Corte Suprema. Horas antes, al enterarse de que se suspendería el juego de tresillo para dar lugar a la ceremonia, el anciano se encerró en su dormitorio y desde dentro comenzó a rugir amenazas.

—¡Voy a colgarme del techo! —berreaba.

Nadie se preocupó. Era una de sus típicas pataletas de viejo que solo servían para escocerle el hígado, congestionarle los pulmones y multiplicarle las arrugas. Al final, ablandado por su nieta, que encima lo forzó a ser testigo del matrimonio, Gervasio garabateó su firma en el acta a regañadientes sin ocultar su desaprobación ante los invitados, en especial ante el cura, al que

señaló con el dedo, resentido, por darle al novio «unas bendiciones de pacotilla que no alcanzarán para borrar sus pecados».

Para poder unirse a Cristina sin que los Bustamante ni los Álvarez se enterasen de la verdad de su origen, Luis Benjamín recurrió al único sacerdote del mundo que podía apañarlo: el obispo de Huánuco don Leandro Teodoro del Valle, hermano de Catalina del Valle, esposa de su hermano Manuel Benjamín. El obispo —que conocía bien la historia entre Nicolasa y Gregorio Cartagena, y había casado y escudado a cada uno de los bastardos sin sentir la menor contrición— viajó a Lima solo para officiar ese nuevo enlace conyugal y rubricó la constancia a sabiendas de que contenía varios datos adulterados. El Poeta, como antes habían hecho sus hermanos mayores, pidió figurar en los papeles como «hijo *legítimo* de *Roberto Benjamín* y Nicolasa Cisneros». Cada vez que le preguntaban por su padre, repetía maquinalmente las palabras que Nicolasa les había ordenado en el pasado: «Sigue perdido en uno de sus tantos viajes».

Los esposos pasaron la primera noche en casa de unos parientes de Cristina y a la mañana siguiente —una mañana fría, de nubes cargadas— zarparon rumbo a Europa. Mientras el barco se alejaba provocando los chirridos del muelle, levantando tumbos en el mar verdoso y espantando a las aves guaneras, los esposos desde la cubierta se despedían de los familiares y amigos reunidos en el espigón y hasta de la banda de músicos que don Arnaldo Bustamante había contratado para darle algo de fanfarria a la partida de su única hija. Aprovechando que Cristina se distraía agitando una mano, diciéndoles adiós a todas esas personas de bien, Luis Benjamín rodeó a su esposa por detrás, descansó el mentón en su hombro derecho, frotó la curva de sus hombros con ambas manos, besó su cabellera a la altura del cuello y enseguida, sin que ella se diera cuenta, deslizó en el bolsillo derecho de su vestido un pañuelito enigmático que Cristina desenrollaría minutos más tarde, ya lejos del puerto, sin tierra a la vista, para encontrarse con unos versos que al inicio le parecieron ilegibles, pero que luego leyó una y otra vez hasta aprendérselos de memoria, versos que en realidad jamás olvidaría y que mucho después, años más tarde, recitaría delante de sus hijos mientras los preparaba para ir al colegio o para dormir, diciéndoles orgullosa, envanecida, que su padre los había escrito la mañana del primer día de su luna de miel, y ellos, que no tenían lo que se dice una memoria privilegiada, que eran claramente amnésicos, acabarían transcribiendo esos ocho versos y los enmarcarían en un pequeño cuadro de madera que fue amarilleándose de mano

en mano, de pared en pared, de casa en casa, de siglo en siglo, hasta que un buen día se perdió y acabó en ese lugar inescrutable adonde van a parar las pertenencias que los muertos arrebatan a los vivos como castigo por no cuidarlas bien.

*Blanca rama de azahares,
símbolo de su pureza,
corona de su cabeza,
diadema de su beldad:
¿por qué al acercar mi mano
me parece profanarte?,
¿por qué tan solo al mirarte
tiemblo de felicidad?*

Al arribar a Londres, mi bisabuelo y Cristina se registraron durante tres días en un hotel ubicado en Paternoster Row. Al segundo día, mientras desayunaban en un café de Saint Paul's Churchyard, vieron un tumulto de gente y coches a caballo dirigirse hacia el sector sur de la ciudad. Minutos después se sumaron a la curiosidad general y, desde el centro de aquella aglomeración, consiguieron ver a la reina Victoria —una mujer ya en sus cincuentas, los mofletes abultados, la complexión vacuna, la raya al medio marcada fijamente debajo de la tiara y el velo— dar por inaugurado el reconstruido puente de Blackfriars, que ya por esos días era muy demandado por cientos de londinenses sin sosiego que lo elegían para saltar y quitarse la vida entre las aguas plomizas del Támesis.

Después de Londres visitaron París, donde una noche acudieron a la Ópera para escuchar arias de Rossini y Donizetti en la voz de la soprano Adelina Patti, una italiana que impactó al público por lo delgaducha y enjovada que lucía pero también porque, en un pasaje del espectáculo, tras un esfuerzo descomunal por alcanzar una nota inhumana, se desvaneció y empezó a sangrar por los oídos ante la perplejidad de los músicos, que, mientras la artista era auxiliada sobre el escenario, no dejaron de tocar sus instrumentos.

También en París vieron un día a Napoleón III, a la emperatriz Eugenia y al príncipe heredero encabezando una parada militar. Mientras seguían el desarrollo del desfile, Luis Benjamín, esperando asombrar a su joven esposa, le contó que siete años atrás, en el Palacio de las Tullerías, él había conocido y besado las manos de esos personajes que ahora lucían tan inalcanzables.

Cristina lo miró y le dio un beso en la frente con una mezcla de incredulidad y compasión.

Dejaron París para mudarse cerca de Le Havre, en la comuna de Sainte-Adresse, en un chalet de la ribera donde vivirían los próximos años. Días después de afincarse supieron que la anciana que vivía en el castillo almenado contiguo era la exreina de España, María Cristina de Borbón, quien llevaba más de dos décadas exiliada en Francia, privada de la pensión vitalicia que antaño le concedieron las Cortes, y a quien las autoridades de su país acababan de acusar de «ladrona» por haber sustraído millones en joyas y alhajas de la Corona española.

Enterada de la presencia de una pareja peruana en el vecindario, la antigua reina invitó a los esposos a cenar no una sino varias veces, entablando una amistad que se estrecharía con el pasar de los meses, estaciones y calendarios. «Me pongo a disposición de su merced», le dijo una noche Luis Benjamín después de que la exmonarca solicitara sus oficios, «como buen hombre de letras», para organizar su archivo personal, que constaba de un primer borrador de su testamento y una voluminosa correspondencia que no había caído antes en manos de nadie y a la que él tuvo un acceso sin restricciones. Mi bisabuelo debió firmar un juramento de confidencialidad antes de pasar varias tardes entre los árboles turquesas del jardín del castillo leyendo esas cartas en las que María Cristina de Borbón se explayaba sobre los pormenores —velados para la Corona— de su primer matrimonio con su tío, el rey Fernando VII, quien había abusado de ella en la noche de bodas y que moriría de apoplejía solo cuatro años después; sobre su matrimonio morganático con un sargento de su Guardia de Corps, celebrado en secreto por un sacerdote cómplice tres meses después de que ella enviudara; sobre sus estadias en fincas alejadas para ocultar los ocho embarazos fruto de la relación prohibida con el sargento, y sobre la falsificación de los pasaportes de sus hijos, a los que debió enviar fuera de España en cuanto nacieron para no despertar sospechas entre sus enemigos políticos, siempre a la caza de algún motivo para desalojarla del trono.

Luis Benjamín encontró tan familiares aquellas historias de amores ilegítimos, sintió a su madre y a él mismo tan representados en esas líneas que, durante los días siguientes, mientras clasificaba la documentación con una acuciosidad y rapidez de las que él mismo se sorprendió en más de una ocasión, tuvo el palpito desagradable de estar repasando y a la vez ordenando ciertos capítulos desconocidos de su propia biografía.

El Poeta agradeció con entusiasmo la retribución económica que le diera María Cristina de Borbón por ese empleo, aunque lo cierto es que a esas alturas ya había dejado de pasar apuros económicos y disfrutaba del dinero ganado con su intervención en ciertos espinosos asuntos legales de la política peruana; el más famoso, el caso Dreyfus. Había sido él quien propuso al presidente José Balta que un solo agente oficial, establecido en Europa, comprase todo el guano del Perú. En aquel tiempo el guano se ofrecía a los consignatarios, comerciantes que vendían el producto independientemente y obtenían altísimas utilidades, pero con un manejo descuidado que afectaba gravemente al fisco del país. Luis Benjamín gestionó la suscripción de un contrato con Auguste Dreyfus, un próspero banquero francés de origen judío, casado con una señora peruana, al que había conocido accidentalmente en París, en uno de los pasillos de una librería italiana de la calle Rivoli. Después de persuadir a Dreyfus de que aceptara la administración del guano bajo un sistema más ventajoso, Luis Benjamín se comunicó con el presidente Balta, quien aprobó la idea a pesar del zafarrancho político que prometía desatarse. Meses después, tras una polémica estimulada por los consignatarios desfavorecidos, que dieron batalla hasta el final, el Congreso dispuso el nuevo procedimiento para la venta del preciado recurso natural. En una nueva carta a Casimiro Ulloa, Luis Benjamín celebró así la concreción del trato:

El telégrafo habrá anunciado ya el fabuloso resultado de la suscripción para el empréstito de los ferrocarriles peruanos. ¡Seis veces cubierto! ¡Un empréstito de doce millones de libras! Dreyfus ha abierto al crédito del Perú este nuevo y vastísimo porvenir. Ya hay seguridad de que se construirán no solo los actuales ferrocarriles en ejecución, sino muchos más de los estimados. Me parece que podemos estar contentos de haber inspirado en Dreyfus la idea de negociar con el Gobierno, de haberlo puesto en contacto con él y de haberlo cobijado bajo nuestra sombra. No dudo de que la impresión en el Perú entero será gratísima.

La tranquilidad en Le Havre no le duraría mucho. Convertido París en un hervidero por la caída del Segundo Imperio tras la derrota de Napoleón III en la batalla de Sedán contra el Ejército prusiano, y ante una probable ocupación de la ciudad, Luis Benjamín envió a Inglaterra a Cristina, que iba a entrar en el quinto mes de su primer embarazo. El secretario de la legación peruana en Londres, Ernesto Jaramillo, amigo del Poeta, la recibiría temporalmente en su

casa, en el número 39 de Gloucester Place. Mi bisabuelo llegó allí tres meses después, tras la capitulación francesa en Metz, justo antes del sitio de París, del que varios franceses lograron escapar con las técnicas más impensadas, algunos incluso en globos aerostáticos contruidos artesanalmente, que se perdían como pájaros robustos en la concavidad del cielo, desde donde dejaban caer unos volantes con octavillas que —tal como le escribió Luis Benjamín a su amigo Ulloa— hacían infructuosa publicidad revolucionaria contra el régimen invasor y acababan en el suelo como lo que eran, unos panfletos inservibles que el viento barría y confundía con las hojas.

En esta quincena se ha esfumado la más seria esperanza de triunfo para Francia y la República contra los alemanes. No lo creerás, Casimiro, pero Metz capituló ¡sin que el mariscal Bazaine tentara una acción desesperada! ¡Con ciento cincuenta mil hombres, tres mil cañones y cuarenta millones de francos! Este desastre es superior al de Sedán y todo deja ya pensar que la Francia se verá constreñida a firmar una paz falsa, que no será sino una tregua. Sin embargo, París está aún en pie y puede hacer algo grande y glorioso.

Una gélida medianoche del noviembre londinense, enflaquecida después de pasar doce días en cama, Cristina, con solo quince años, dio a luz a su primera hija: Helena. La bebé parecía una muñeca de *biscuit* en los brazos adolescentes de la madre, que sollozaba de alegría y al mismo tiempo de desconsuelo pues esperaba con ansias un varón. Luis Benjamín la apaciguaba diciéndole: «Mejor que sea mujer, así no irá a la guerra ni hará revoluciones».

Pasaron a vivir en un apartamento del segundo piso del edificio 45 de Paddington Street y contrataron a una nodriza peruana, Clodomira Bustíos, a quien Helena, una vez que empezó a hablar, bautizó como su Mamaína.

Londres se había vuelto una metrópoli industrial, maquinista, flanqueada por muelles y factorías navieras, bifurcada por rieles que permitían la tracción de trenes y locomotoras. Esos rieles comunicaban entre sí unas estaciones ferroviarias de amplias dársenas que se multiplicaban incluso más allá de los barrios periféricos donde, a diario, por la mañana, mercachifles y vendedores de pescado se concentraban en extensas hileras y masas de huelguistas protestaban por mejores salarios, dejándoles la noche libre a prostitutas, rufianes, vagabundos y borrachos belicosos, cuyas peleas con botellas de brandi partidas por la mitad no cejaban hasta bien entrado el amanecer.

Cristina y Luis Benjamín se volcaron sobre esas calles con avidez topográfica. Solían caminar primero por los límites del sector este, eludiendo el barrio de Lambeth, conocido por la sordidez de sus callejuelas inhóspitas, en las que bullían niños hambrientos de zapatos rotos que se hurgaban las fosas nasales con el dedo y sujetos de ropas raídas que parecían ser sus padres, muchos de ellos hacinados en letrinas y fumaderos de opio; calles hediondas que menos de veinte años más tarde serían la cuna de Chaplin y el escenario predilecto de los crímenes de Jack el Destripador.

Horas después, con los vales tocados por los organilleros de las plazas como música de fondo, recorrían los sectores acomodados del oeste, donde el crepúsculo se recortaba en las elevadas cornisas de las mansiones y doblaba las esquinas de los portentosos edificios públicos. A las siete de la noche veían salir de allí a turbas de empleados vestidos con camisa y corbata, dispuestos a matar la jornada internándose en las decenas de pubs y cervecerías de las inmediaciones, cuyas fachadas eran presididas por carteles con luces parpadeantes de dos colores donde podían leerse nombres como Dog and Duck, Bear and the Bottle, Iron Duke o Black Bulls. Era la Londres romántica y oscura, donde se puso de moda dar largos paseos nocturnos para «conocer las inquietudes de una gran ciudad que se revuelve y sobresalta antes de dormirse», como dejó escrito Charles Dickens, quien había muerto repentinamente de un derrame cerebral hacía cinco meses nada más, impregnando al país, pero en especial a su capital, de un desánimo neblinoso que viajaba en el aire y del que nadie parecía haberse curado.

Cristina y mi bisabuelo llegaron a trazar una ruta matinal: recalaban en Piccadilly Circus, se detenían a desayunar en el café Royal de Regent Street y luego visitaban el Museo Británico, donde nunca dejaban de maravillarse con las momias y sarcófagos de la colección egipcia. Si llovía, se refugiaban en la Ópera —las compañías de ballet daban espectáculos diarios—, y al escampar vagaban por el London Bridge con dirección a Trafalgar Square. Un mediodía, vieron allí desfilar por segunda vez a la reina Victoria, ahora ya muy achacosa, convertida a lo lejos en una perla diminuta pero aún resplandeciente entre una multitud que se iba extendiendo a su alrededor como una mancha de sangre.

Cada vez que regresaban al apartamento, Cristina filtraba el té, la Mamaína servía unas galletas o bizcochos y Luis Benjamín corría a tomar a la bebé Helena en sus brazos para mimarla con una convicción paternal que no había manifestado antes con ninguna de sus tres primeras hijas. Era como si

dentro de él se hubiesen producido desplazamientos físicos y emocionales de los que solo entonces empezaba a ser consciente. Imaginaba su organismo como una gran ciudad enmarañada en la que, de pronto, suburbios enteros — bloques de casas, aceras, parques, habitantes— se movilizaban buscándose, agrupándose convenientemente por un instinto de supervivencia o conservación, deseosos de salvarse del caos, de darle una atmósfera pacífica y definitiva a esos paisajes. El Poeta reconocía esa nueva y saludable coreografía interior y lamentaba que sus primeras hijas no pudieran beneficiarse de la armonía que ahora afloraba y parecía orquestrar su vida. A aquellas les había tocado crecer entre lo inestable, lo ilegal y lo callado, sufriendo el actuar pusilánime de un padre joven y dubitativo que vio su horizonte hacerse tempranamente añicos. En contraste, Helena y los seis hijos que vendrían después crecieron en un hogar confortable, organizado, sólido, experimentando el amor y dedicación de un padre diplomático, orgulloso de haberse unido legítimamente a su esposa, y por eso vivirían sus primeros años dominados por la jovial sensación de haber nacido en el lugar y la época correctos.

Luis Benjamín decidió mandar a Francia a dos de sus hijas mayores, Adelaida y María Luisa —de quince y trece años— para que estudiaran de internas en el colegio de la Santa Infancia de Versalles, buscando por medio de una educación de primer mundo restañar las grietas de su relación con ellas. Y aunque las hijas mayores viajaron y disfrutaron esa larga temporada en Versalles y recibieron, en efecto, una educación diferenciada e hicieron amigos inolvidables y pasearon por el continente, la compensación fue insuficiente. Los agujeros abiertos por la ausencia del padre eran profundos como cráteres y tenían gruesas raíces de decepción muy difíciles de extirpar. Algo entre mi bisabuelo y sus hijas se había roto en el pasado y perdido para siempre, y por mucha voluntad que pusieran ambas partes, la herida no podría regenerarse ni cicatrizar.

Luis Benjamín se vio obligado a volver al Perú cuando el Gobierno le propuso administrar el ferrocarril Lima-Chancay, que cubría los acantilados de Ancón. Como en otras ocasiones, aceptó sin conocer del todo el terreno que pisaba.

En Lima se rearmó.

En Lima nacieron sus hijas Adriana y Olga.

En Lima invirtió su dinero en bonos alcanzando una holgura económica que se tradujo en ciertos lujos: compró una casa alta en la calle de La Cueva frente a la entrada del templo de la Encarnación; adquirió un auto —cuyo motor arrancaba con bencina—; se hizo con un palco de primera fila en el teatro, y ganó varios kilos organizando cenas a las que asistía con frecuencia el general Mariano Ignacio Prado, ese hombre de halo autoritario y barba telarañosa que había sido y volvería a ser presidente, al que nadie recordaba haber visto un solo día sin sus botas desgastadas, hechas, según él, con la piel de un caimán de agua dulce.

Fue por esa época que el Poeta recobró algo de pulsión literaria: escribió poemas y obras teatrales, y comenzó a asistir con sus amigos Ricardo Palma y Numa Pompilio a las sesiones del Club Literario, una sociedad que luego se transformaría en El Ateneo, el mayor centro cultural de Lima en esos años. Sin embargo, al cabo de unos meses de haber recuperado cierto tesón literario, se dejó secuestrar otra vez por la política al aceptar la gerencia de la Compañía Salitrera, postergando numerosos proyectos personales, la mayoría de los cuales no retomaría más.

En un movimiento bancario altamente aventurado, apostó todos sus ahorros a las inversiones de la Compañía Salitrera, obsesionado con la idea de incrementar su ya abundante capital, pero años después, durante la Guerra del Pacífico, cuando Chile ocupó Tarapacá y desalojó las salitreras para apropiarse de ellas y así «costear los gastos del conflicto», Luis Benjamín perdió todo su patrimonio. Los pocos ahorros que guardaba en casa se evaporaron en cosa de días.

Para evitar que sus hijos se percataran de que ahora vivían en los linderos de la pobreza, mi bisabuelo hizo toda clase de malabares llegando en una ocasión al extremo de instituir en el hogar falsas tradiciones cristianas: apeló a nombres de próceres religiosos inexistentes e inventó efemérides según las cuales había que almorzar frugalmente, abstenerse de cenar tres días por semana, reusar las mismas prendas de vestir y prescindir de todo signo que sugiriera boato.

Una noche, Cristina por fin alumbró al varón que tanto esperaba. Le pusieron de nombre Gonzalo y a las cinco semanas, con el pretexto de su bautizo, los amigos de Luis Benjamín —sabiendo lo apretado de su economía— le organizaron una fiesta en la que corrió vino a raudales. El momento cumbre de esa noche fue estelarizado por el propio anfitrión, el poeta Carlos Augusto Salaverry, quien, rememorando la época dorada de las primeras

tertulias de los poetas bohemios, una vez que estuvo medianamente macerado, se trepó sobre el piano de la sala e improvisó un soneto que dedicó al recién nacido.

*Lo que en ti auguro y en tu faz asoma
desde el lecho infantil, tu primer nido
es algo del jilguero y la paloma.
Soñarte un César, esperanza ilusa.
Más bien serás Don Juan, pues has nacido
del beso de un poeta y de una Musa.*

El nacimiento de Gonzalo fue solo un descanso en medio de los desbarajustes ocasionados por la guerra con Chile. Hacia mayo de 1879, el Perú se sumía en una terrible depresión y se requirió del concurso de la ciudadanía entera para que el país no se hundiera definitivamente. Junto con otros colegas suyos, y por iniciativa de su cuñado Casimiro Ulloa, Luis Benjamín compareció como voluntario ante el Ejército de reserva y fue designado jefe de una sección de ambulancias. Por su parte, Cristina —como hiciera Nicolasa en el pasado para subvencionar la gesta de la independencia— donó collares, sortijas y costosos prendedores que contribuyeron a la compra de buques, además de fundar una agrupación de mujeres que recaudaban fondos destinados a amparar a los huérfanos y viudas del conflicto.

Una noche de octubre, mientras cenaban en la casa de la calle de La Cueva por el cumpleaños de Cristina, en lo que debió ser una celebración más bien magra y apagada debido al ambiente general de la guerra, se oyó desde fuera el traqueteo de un carruaje. La voz del cochero pregonaba una noticia que ensombreció a invitados y sirvientes: durante la captura del Monitor Huáscar a manos chilenas había muerto el almirante Miguel Grau, querido amigo de Luis Benjamín y compadre de Cristina, madrina de su octava hija, Victoria. Mi bisabuelo pidió que se acatara un minuto de silencio en honor a quien, con los años, se convertiría en el héroe más importante de la historia del Perú.

La guerra se había iniciado en la franja delimitada por la frontera entre el Perú y Chile, pero no tardó en propagarse hacia el norte y llegar hasta Lima, donde en enero de 1881 se libraron batallas a cañonazos en los barrios de Chorrillos, San Juan y Miraflores. Fue el verano más horrendo que

recordarían los capitalinos en mucho tiempo, tanto por la cantidad de tropas movilizadas que veían pasar desde sus puertas, ventanas y balcones como por el alto número de bajas producidas ante la beligerancia del enemigo. Los más de diez mil soldados chilenos doblegaban con facilidad las líneas defensivas peruanas, tomaban prisioneros a diario y luego, por las noches, se embriagaban en sus trincheras y ultimaban a sus rehenes fusilándolos o degollándolos mientras planeaban su siguiente embestida. Junto con otros civiles, Luis Benjamín cooperaba como podía, ya fuese sofocando emergencias, trasladando moribundos a los hospitales colapsados, contabilizando difuntos, buscando desaparecidos o socorriendo a las mujeres que eran violadas por el Ejército adversario en sus salvajes incursiones y macabros saqueos a museos, iglesias, bibliotecas, escuelas, palacios, cementerios y casas privadas.

Entretanto, las familias de soldados y reservistas peruanos habían pasado a cobijarse en templos y colegios debidamente aprovisionados para resistir la andanada de disturbios, incendios, asaltos y linchamientos. La sensación de duelo era generalizada. A la familia del Poeta le tocó permanecer doce noches en el colegio Belén, uno de los que menos sufrió el vandalismo de los invasores. Una madrugada, guiada por la madre superiora que se improvisó como matrona, con la ayuda de la Mamaína y de otras dos mujeres que la iluminaban sosteniendo faroles de queroseno, Cristina dio a luz a Alfonso, su quinto hijo. Fuera los balazos zumbaban y se oían los estertores. En cuanto le acercaron el bebé, Cristina se aferró a él con algarabía. Todos los que estaban allí se pusieron a llorar, algunos a aplaudir. Era un soplo de humanidad en medio de aquella debacle.

Informados de que Luis Benjamín protegía y alimentaba a los refugiados, los chilenos amenazaron con arrebatarse su residencia. Él no se dio por aludido, pero cuando las hostilidades se hicieron directas a través de advertencias escritas donde prometían afectar a cada uno de sus hijos, se convenció de que no había otra salida que dejar el país. Entonces trasladó su biblioteca y algunos objetos de valor a casa de un vecino, remató muebles y enseres entre sus conocidos, y le ofreció todo el dinero recaudado a un jefe militar chileno para que les consiguiera pasaportes a él, Cristina, la Mamaína y los cinco niños. El soborno procedió y dos noches después, sin más pertenencias que la ropa de dormir que traían encima, fueron trasladados hasta el Callao y, siguiendo las indicaciones de un emisario, abordaron un barco de carga y se apiñaron en un camarote del cual tenían prohibido salir. Dos horas

más tarde estaban otra vez rumbo a Francia. Solo cuando los motores de la nave se pusieron en marcha, Cristina se sentó en la cama para amamantar a Alfonso. Luis Benjamín no dejaba de repetirle que todo saldría bien aunque ni él mismo tenía seguridad de nada. Los pequeños Helena, Adriana, Olga y Gonzalo, acurrucándose bajo los faldones de la Mamaína, la vigorosa criada mulata con quien se habían encariñado tanto, se miraban entre sí mudos, sin entender la razón de tantas idas y vueltas, dejándose llevar, entretenidos o quizá intrigados con las oscilaciones de ese mar sin orillas que, a través de la ventanilla circular del camarote, viraba de azul a negro conforme pasaban las horas y que por su vastedad y movimiento parecía una gran sábana frondosa bajo la cual se entremezclaban, revolvían y apareaban todos los animales de la creación.

Una vez en Francia, se instalaron nuevamente en ese puerto que ya percibían como una segunda casa: Le Havre. Allí se sintieron a salvo de los estragos de la guerra, aunque pronto comenzarían a tener novedades de la muerte. Los primeros días de 1882, un conciso telegrama enviado por Luciano desde París informaba a Luis Benjamín de que había fallecido en Lima su hermano Manuel, el segundo de los bastardos. Luciano no precisaba si había sido por enfermedad o acción bélica. Solo decía: «Manuel no está más. Llóralo conmigo».

Pero mi bisabuelo estaba por recibir un garrotazo aún más duro que ese. Atacado de un día al otro por la difteria, una enfermedad respiratoria desatada por una bacteria, su hijo Gonzalo murió con la tráquea inflamada sin cumplir cuatro años. Murió en un hospital, en los brazos exasperados de un enloquecido Luis Benjamín, que no podía consentir que aquella desgracia estuviese consumándose en sus narices. Lo veló dos noches, después de las cuales decidió marcharse de Le Havre sin siquiera discutirlo con Cristina. El puerto donde había sido tan feliz se tornó de pronto funesto e invivible. Su hermano Luciano lo acompañó a enterrar el ataúd de su hijo en la cúspide del cementerio de Santa María y lo persuadió de pasar un tiempo juntos en su casa de París.

Al enterarse de la horrible muerte de Gonzalo, el poeta Salaverry, quizá como contrapeso al augurio que años atrás había improvisado en el bautizo del niño y que terminó siendo un pobre soneto de mal agüero, escribió una carta

de condolencias que concluía con un verso que, en lugar de mitigar la desolación de Luis Benjamín, la avivó.

*Ve a los Profetas: en su libro santo
que divinos lamentos atesoran
y en el mundo poético del canto,
los que cantan mejor son los que lloran.
Coge la lira, y que la envidia ciega
estudie tus estrofas de memoria:
la sombra de tu hijo te lo ruega,
en nombre de tu patria y de tu gloria.*

París, 1882

Luciano se esforzaba por distraer a Luis Benjamín de la pérdida de Gonzalo y lo empujaba a caminar por las aceras del Barrio Latino de París, ver las exposiciones universales, las comedias del Teatro Histórico, los musicales del Vaudeville, visitar las casas de juego clandestinas y hasta observar a las prostitutas pulular por Tullerías, Notre-Dame o el barrio italiano, pero ni así conseguía quitar del rostro de su hermano menor esa amargura que ya comenzaba a parecer indeleble.

Además de desalentado, Luis Benjamín se sentía inapetente y apenas si tocaba los platos que Luciano le alcanzaba durante el desayuno, el almuerzo o la cena, y ya ni las botellas de bourbon o ginebra, que antes habían sido sinónimo de festejo y que él era el primero en abrir y regar sobre las copas, servían para reanimarlo ni sacarlo de su atasco.

El Poeta se deprimía pensando en regresar a Le Havre, así que se quedó en París y se mudó con Cristina, sus hijos y la inacabable Clodomira Bustíos al número 59 de la avenida Marceau, y luego a un quinto piso en el edificio 16 de la Rue Christophe-Colomb, donde vivieron austeramente, pues la Casa Dreyfus seguía soslayando las deudas que le tenía pendientes.

Mientras tanto, en Lima, iba muriéndose el resto de sus tíos, los hermanos de Nicolasa, primero Gerónimo y después Pedro, el general de las patillas boscosas, el hombre sin dedo ni audición, el que intentó pero no pudo ajusticiar a Gregorio Cartagena, el único que vio crecer a los bastardos y con mucho el que más los había querido.

Luis Benjamín solo volvió a sonreír unos minutos en noviembre de 1882, el día del nacimiento de su sexto hijo, el penúltimo, Fernán, mi abuelo.

Sin dinero con que pagar colegios, se arriesgó a educar personalmente a los mayores y diseñó una rutina disciplinaria, dos o tres veces por semana, de nueve de la mañana a la hora del almuerzo, para llevarlos a conocer museos, monumentos, fábricas, bibliotecas, edificios históricos y jardines de cuya importancia y auge les hablaba con antelación. Les daba pacientes lecciones generales sobre arte, historia, geografía y literatura, pero también sobre el proceso de confección del papel, la porcelana, el chocolate, el pan, mientras les pedía primero repetir en coro y luego anotar en un cuaderno cada explicación aprendida. Les enseñó a mantenerse impecables, a cepillar bien sus ropas, cortar las hilachas sobrantes de sacos y vestidos, pegar botones a las camisas, anudar pasadores, caminar erguidos en la calle, sin arrimarse a las paredes ni arrastrar los zapatos por mucho cansancio que tuvieran. Al llegar a casa no toleraba que ninguno se sentara a la mesa despeinado, y revisaba sus manos y uñas para cerciorarse de que no hubiese un solo rastro de mugre. Cada hijo tenía un turno para hablar, pero si alguno lo hacía con un bocado sin deglutir, él les golpeaba la cima del cráneo con los nudillos; lo mismo si alguno se expresaba inadecuadamente después de haber sido corregido. Como buen hombre decimonónico, Luis Benjamín desconfiaba del lenguaje espontáneo por asociarlo con lo vulgar, y obligaba a los niños a utilizar adjetivos y sustantivos muchas veces pomposos o rebuscados como *latente, impío, iracundo, estupefacción, jactancia*. Los sábados iban a comprar postres a la pastelería Stohrer y los domingos a la misa, donde les traducía las epístolas del sacerdote, y les dictaba en voz baja la manera en que debían hacer genuflexiones y seguir los procedimientos de la liturgia. Por las noches, si algún temor puntual no los dejaba dormir, él se quedaba a los pies de cada cama como un centinela, y su sola presencia era una especie de arrullo silente que tenía el efecto de encaminar a los niños al sueño.

Cuando no instruía a sus hijos, el Poeta escribía metódicamente y recomenzaba los poemas abandonados años atrás. Pero no volvió a ser el mismo. Las noches en que no podía escribir, salía a dar vueltas solo, con el ímpetu y las ganas de riesgo que le faltaron la primera vez que vivió en París, más de quince años atrás. Así, aventurándose por calles que no conocía, descubrió los sótanos de Montmartre, reconvertidos en clubes noctámbulos de techos abuhardillados, aglutinados en un bulevar que de lejos se confundía con una hilera de escarabajos gigantes y, más de cerca, con una fila de vagones destartalados. En uno de esos locales herméticos, de luces bajas y aceitosas, concentrados de tabaco, voces y transpiración, y atestados de hombres de aire

salino y estragado que deambulaban con aspecto de ser intelectuales o de querer serlo, conoció a Ernest Renan, quien se le presentó diciéndole: «Soy el mejor escritor y artista de mi tiempo». Luego —imantados por las elucubraciones filosóficas con que Renan buscaba llamar la atención— se sentarían a su mesa el doctor Louis Pasteur y Alejandro Dumas hijo, autor de *La dama de las camelias*, quien ya era entonces un escritor consagrado. Durante las noches de varios meses los cuatro se reunieron en esos bares azulados, congestionados de gentes pintorescas, para debatir sobre literatura y prolongarse en charlas en las que Luis Benjamín era sobre todo un oyente atento que se fascinaba lo mismo que se frustraba porque, en el fondo, quería ser tan escritor como ellos, saber lo que ellos sabían, lucir como lucían, recordar como recordaban; quería tener una mente capaz de fantasear con mayor fecundidad, y una memoria que pudiese abarcar y reproducir todo lo visto y leído; quería ser y actuar como un marginal en París, no como un inmigrante sin fulgores que echaba de menos su vieja vida pequeñoburguesa; y mientras los otros hablaban con autoridad real, él se regañaba por haberse involucrado tanto en la política, por dejarse llevar por corrientes insustanciales y barrocas, por canalizar sus energías hacia agotadoras labores patrióticas o burocráticas, desconociendo que era ante todo un escritor, aunque ahora, en esos sótanos que hervían de poetas, ya no estaba tan seguro de serlo y pensaba que, con más de cuarenta años encima, era muy tarde para convertirse en uno y no debía engañarse, y cuanto más bebía más se le estrujaban las tripas de cólera, más implacable era consigo mismo y más se avergonzaba de no haberse atrevido a ser un escritor de verdad, de haberse contentado con ser un diplomático patriota que escribía libros ínfimos que quizá no le sobrevivirían, un seudoescriptor, un escritor baldío al que le faltaba fiebre y tenacidad, y recordaba de repente que estaba en la bancarrota, que había perdido todo su dinero por una guerra absurda, y se decía que más digna hubiera sido su pobreza, más realce hubiera tenido, si al menos se hubiese entregado por completo al sordo vicio de la escritura, y sentía inexplicables, angustiantes deseos de ser un poeta sin dinero en París, un poeta pobre pero rabioso, y no ese remedo de novelista que tenía miedo, que siempre había tenido miedo de actuar como el hombre libre que le tocaba ser.

Renan, Pasteur y Luis Benjamín asistieron un día al Instituto de Francia, donde conocieron a un anciano de ochenta y tres años que, entronado en un sillón imperial desde el cual parecía contemplar el espacio con apatía, charlaba con una veintena de escritores jóvenes que lo miraban como si fuese,

más que una eminencia, una pirámide de granito. El anciano era Victor Hugo. Tenía la frente surcada por líneas irregulares, la nariz maciza, la mandíbula avasallante, los hombros disparejos, caídos como andenes, el anillo como una prótesis en el índice de la mano izquierda, el chaleco de seis botones ajustado, las uñas limpias pero puntiagudas, sin cortar, la mitad de la cara hundida en los racimos de una barba plateada y, debajo de los párpados, unas bolsas pronunciadas que parecían contener la dilatada memoria de unos ojos que habían viajado y sufrido como los de nadie. Con el rostro demudado, los tres oyeron al genio reflexionar sobre sus ideas republicanas y hablar de su padre, un general francés con devoción por la lectura y por España; de sus cuatro hijos muertos, en especial de Leopoldine, ahogada en el Sena, de cuya desaparición él se enteró por un periódico; de su admiración por Chateaubriand; de sus prácticas de espiritismo; de su repudio visceral al «ominoso usurpador» Napoleón III, y de su exilio en un edificio medieval de la Grand-Place de Bruselas. Su voz era pastosa y remolcaba las palabras como si masticara vidrio molido. Fue tal la impresión que sintieron que enseguida se declararon sus discípulos incondicionales. Luis Benjamín no tenía un centavo para mantenerse, pero le bastaba escuchar un minuto a ese viejo sabio para sentirse frente a un oráculo y verse arropado por una fe dura y tangible como una roca. Cuando solo un mes después Victor Hugo falleció, los tres amigos sintieron que esa muerte los unía, los marcaba y los obligaba a firmar un pacto que no supieron nombrar. El día de las pompas fúnebres, se colaron en el interior de una vivienda alta para ganar un balcón y desde allí, apretujados, observaron el multitudinario cortejo pasar por la Place de L'Étoile custodiado por una legión de coraceros a caballo, y se miraron entre ellos, sin consciencia de estar viviendo un futuro capítulo de la historia universal. Mientras seguían el incierto curso del ataúd, que se tambaleaba sobre la masa como la botella de un naufrago, notaron que en la puerta de cada casa, al pie de las ventanas, incluso en las cornisas, la gente lloraba recitando versos de *Las contemplaciones* y pasajes enteros de *Nuestra Señora de París* y de *Los miserables* como si fuesen himnos mortuorios u oraciones aprendidas en algún punto clave de la infancia. A la mañana siguiente los tres asistieron juntos al velorio bajo el Arco del Triunfo y acompañaron la procesión que se dirigió al Panteón, donde el cadáver amortajado de Victor Hugo quedaría enterrado en una cripta que ellos, en un último arrebatado de compromiso o amistad, vigilaron hasta la madrugada siguiente como guardianes o soldados, armados con antorchas empapadas en brea.

Mi bisabuelo Luis Benjamín regresó con su familia al Perú a finales de agosto de 1885, el mismo año en que el general Andrés A. Cáceres derrocó al presidente Iglesias y en que murió su hermana Catalina. Decaído por esa nueva pérdida, también por el desastre que había significado la guerra con Chile, y sin rentas que le permitieran ya no la añeja opulencia que ahora sentía ajena, sino un mínimo respiro económico, escribió nuevos poemas que leyó en el centro de Lima, sobre los escenarios de El Ateneo y el Casino Español, en recitales abarrotados de donde al menos salía artísticamente reconfortado.

Por primera vez pareció olvidarse de la política, incluso descartó la propuesta del presidente Cáceres de ser su ministro de Hacienda. En vez de eso, para tener con qué amortiguar sus muchas deudas y sostener a su familia, aceptó llevar adelante la construcción del Teatro Nacional después de que el alcalde de Lima se lo pidiera.

Aunque sus hijas Helena, Adriana y Olga estudiaban esos años como internas en el colegio Belén, Luis Benjamín se empeñó en volver a darles lecciones como aquellas en París, y en sus días libres las paseaba por el parque de la Exposición, la alameda de los Descalzos y la plaza de Armas, destacando la majestuosidad de cada construcción, la génesis de cada edificio, la relevancia de cada rincón, los secretos de cada monumento. Las niñas terminaban exhaustas con tanto conocimiento embutido y solo aguardaban el final de esos paseos para hacer su acostumbrada parada en la calle de Las Mantas, donde tomaban jugos de limón helado en el bazar Leonard, que era atendido por un viejo polaco que lucía permanentemente insolado, cuyo nombre era Félix Jawooski, al que todos llamaban Leonard por alguna razón que no quedaba muy clara, que hablaba francés como si tuviera la lengua cortada por la mitad y ofrecía bajo el mostrador unos viscosos brebajes medicinales de contrabando que muy pronto mi bisabuelo se vería en urgencia de adquirir.

Un domingo, mientras visitaba a sus hijas en el patio del Belén, una de ellas, Adriana, ya de dieciséis años, advirtió en su padre un tic nervioso: un ligero, casi imperceptible pero constante movimiento que le hacía girar la cabeza de un lado al otro, como si negara todo. Luis Benjamín le dijo que no había que inquietarse, que quizá era algo de tensión, nada que no pudiesen solucionar los dudosos remedios caseros del polaco Leonard.

Pero un mes después, cuando precisamente Adriana —la «generosa y desprendida», la favorita del Poeta— cayó enferma de una fiebre tifoidea tan letal que se le apagó la vida en siete días sin que nadie pudiese evitarlo ni creerlo, los temblores de Luis Benjamín se volvieron violentos y persistentes. Como la del pequeño Gonzalo en su momento, la muerte de Adriana lo hizo desprenderse y sentirse a la deriva.

Al principio trató de resistir la ausencia atroz de su hija y escribió lo que pudo casi por terapia, e insistió en dar con sus hijos paseos instructivos aunque cada vez más desgastados por las plazas del Centro, hasta que un buen día se sintió incapaz de seguir dando zarpazos inútiles y, vulnerado o consumido por todas las tristezas que lo rebasaban, perdió el control sobre su cuerpo y empezó a sacudirse como un epiléptico.

Un equipo de doctores encabezado por su amigo Casimiro Ulloa lo trató con baños eléctricos y aplicaciones de puntos de fuego, pero, al cabo de semanas de no acertar un diagnóstico, le recomendaron buscar la opinión de médicos en Europa.

Mi bisabuelo no tenía dinero suficiente para cubrir nuevos gastos después de haber arrendado un rancho en Barranco para toda su familia, en la que fuera la última de sus inversiones, así que la depresión lo acorraló acentuando ese mal sin nombre que empezaba a privarlo del sueño, a atrofiarle los músculos, a rellenarlo de migrañas.

Sus amigos le pidieron al presidente Cáceres investirlo de cualquier cargo en Europa, el que fuera, con tal de tener cómo solventar el tratamiento. En enero de 1889 Cáceres lo nombró vicedónsul en Burdeos y escribió estas líneas a su esposa, Cristina, a quien conocía de la juventud: «Nada es para mí tan satisfactorio como atender las indicaciones de usted y de todos los de su familia; y solo siento que obstáculos ajenos a mis deseos demoren muchas veces las manifestaciones de la deferencia que les guardo como amigo».

Antes de instalarse en Burdeos fueron a París, donde Luis Benjamín recobró algo de incentivo para recorrer las calles por donde tantas veces había caminado a sus anchas. Al llegar a un cruce, se dio la vuelta como siguiendo un presagio y entrevió a lo lejos los bares venidos a menos de Montmartre. Más tarde, al pasar por Tullerías, rememoró las conversaciones con el paradójico monsieur Fysquet, y antes de que acabara el día visitó a algunos amigos que estaban igual de enfermos que él o incluso peor. Galvanizado por todas esas memorias y reencuentros, se animó a subir hasta el

tercer nivel de la excesiva construcción de hierro en forma de torre que acababa de ser inaugurada con el nombre de su arquitecto, Gustave Eiffel.

Un día antes de que los médicos lo auscultaran se citó en un café al lado del Pont Neuf con su hija Adelaida, a quien no veía hacía más de quince años, desde que la internara en un colegio de Versalles. Tal vez por ello esperaba ver a una chiquilla resentida, sin saber que se toparía con una mujer desenvuelta a la que le costó unos minutos reconocer. Acaso ablandada por la enfermedad visible de Luis Benjamín, o porque descubrió de pronto que las discordias y odios hacia él habían drenado al punto de disolverse en un completo desinterés, Adelaida desplegó a lo largo de la conversación un aire compasivo que no pensaba que sería capaz de tener: un aire nada propio en los hijos que se saben postergados, que crecieron sintiéndose un estorbo. Le hablaba a su padre mirándolo sin recelo, dejándole creer que ya se habían reconciliado, y al concederle ese alivio, al verlo componer una especie de mueca pacífica —aunque ya vacía de la energía y el furor de antes—, captó que no habría más oportunidades como aquella, y pensó que tal vez no sería tan difícil perdonar a ese viejo caduco y ya sentenciado que solo inspiraba lástima.

Al día siguiente, Luis Benjamín se puso en manos de dos neurólogos, los doctores Charcot y Babinski, quienes lo sometieron a pruebas y pinchazos que duraron diez semanas. Una tarde de la siguiente primavera, los médicos le ratificaron que el suyo era un mal que iría socavando progresivamente su sistema nervioso, anulando sus acciones voluntarias y conduciéndolo a la parálisis e indefectiblemente a la muerte. «Es una enfermedad que no tiene nombre», le dijeron, pero señalaron que los síntomas se parecían mucho a los descritos en el libro *Ensayo sobre la parálisis*, que unos años atrás había publicado en Inglaterra un doctor llamado James Parkinson.

Sumido en la mayor pesadumbre de las muchas que le había tocado padecer, emprendió su viaje de regreso definitivo al Perú. La muerte de su madre, hijos y hermanos, el desahucio, la quiebra habían mermado todo lo que en él había de confianza. Una mañana llegó a sentir que su cuerpo estallaba en millones de fragmentos y que las astillas de sus huesos salían disparadas en distintas direcciones, y que ese polvo o arena restante era tal vez lo único que le pertenecía. Sentía como si alguien hubiese reventado su esternón a pedradas, como si su corazón estuviese habitado en alguna de sus cavidades por un pequeño animal ya descompuesto. Dominado por tales impresiones, una madrugada llegó a aproximarse demasiado a los barrotes del barco en el que

viajaba a Lima, se cogió del pasamanos, observó el reflujo de las mareas y pensó en arrojarse por la borda, pero en el último minuto, como en tantas otras encrucijadas en que la vida lo había puesto, le faltaron agallas para dejarse caer, o tal vez ni siquiera pensaría seriamente en matarse sino tan solo en la dramática idea de intentarlo.

Cierta mañana, atravesando los tumbos del Caribe, todo ese apremio y despecho se convirtió en lumbre y, con la última firmeza de su pulso, con los últimos presagios e intuiciones, escribió un poema, *El mar y el hombre*, que recitó luego para sí mismo con la mirada fija en los nudos de las aguas revueltas.

Una vez en Lima, se encerró tres semanas en el rancho de Barranco. La enfermedad trabó su lengua, mantuvo incontrolable el vaivén de su cabeza, sembró nuevas vibraciones en sus manos, castigó las articulaciones de sus piernas e hizo total escarnio de sus habilidades. Ante esas dificultades recurrió a su penúltimo hijo, el último hombre, Fernán, mi abuelo, para dictarle sus poemas, sus cartas a Ricardo Palma, así como una serie de documentos dirigidos a distintos Ministerios.

Desde la primera línea que escribió a pedido de su padre, Fernán comprendió la magnitud y trascendencia de cada una de esas palabras. Sabía que no eran *sus* palabras, pero al estar escritas con su puño y letra de algún modo lo eran. «Son —pensaba— las palabras de ambos.» Luis Benjamín, trémulo, hablaba por intermedio de su hijo y el hijo sabía que mientras el padre viviera —o más bien para que viviera— él tenía que transfigurarse y prestarle su escritura, dándole oxígeno y desahogo con esas frases y oraciones que eran de los dos, aunque menos suyas que de su padre.

En Barranco recibió la visita diaria de los pocos amigos leales que le quedaban. En Barranco nació su última hija, Zulema, concebida antes de que la enfermedad se intensificara. En Barranco vio la pobreza más cruda agazaparse como una fiera vengativa sobre su familia y, sin dinero para el sustento digno, vendió a precio irrisorio las pocas acciones que le quedaban de la demolida Compañía Salitrera, se desprendió de las alhajas y baratijas de su esposa, y consiguió que sus hijos Alfonso y Fernán asistieran a colegios dirigidos por amigos suyos que, por puro y reverencial aprecio, desistieron de cobrarle una pensión. Y cuando con gran dolor le comunicó a la vieja

Mamaína que tendría que prescindir de sus servicios después de veinte años, la mulata le dijo llorando:

—No me pague nada, don Luis. Sus hijos son mis hijos, cómo me voy a ir de aquí. Adónde, además.

—¿Hablas en serio, Clodomira?

—Claro que sí, don Luis.

—Te lo agradezco.

—No tiene por qué. Entre pobres tenemos que darnos la mano.

Una carta le anunció por esos días la muerte en Arequipa de Casimiro Ulloa, el Rojo, el médico que fue su hermano y confidente antes que amigo y cuñado. El Poeta se encerró nuevamente en su escondite de lamentos y con ayuda de Fernán escribió unos textos afligidos que una mañana, en un arranque de furia o desengaño, a espaldas de su hijo, arrojó a la basura como pudo, luchando contra sus convulsiones, y les prendió fuego con un fósforo que bailaba en su mano.

Su amigo Ricardo Palma debió viajar por esas fechas a España y le pidió que lo supliera en la dirección de la Biblioteca Nacional de Lima. Luis Benjamín entendió que era una invitación misericordiosa ya que no tenía capacidad física para ese ni ningún otro puesto, pero aceptó la designación interina y se mudó a una vivienda de dos pisos con balcones, en el número 164 de la calle Sacristía de San Marcelo, muy cerca de la biblioteca. Su esposa e hijos lo seguirían días después. Esa sería su última casa.

Cuando Palma retomó su puesto, el Poeta, retirado de toda actividad, recluido en su habitación, soportando sin paliativos los rigores del párkinson, ocupó los meses siguientes en dictarle más poemas a Fernán y recibir visitas, sin perder de vista la situación vacilante de la política, pidiéndoles a sus hijos que le relataran todo cuanto transcurría en las calles.

Andrés A. Cáceres había vuelto al poder tras la muerte del presidente Remigio Morales Bermúdez; pero antes de que se cumpliera un año de su ascenso, un caldeado día de marzo, fue derrotado por el Califa, Nicolás de Piérola, quien —a caballo, pistola en ristre, gorro blanco, pantalón bombacho— llegó a Lima por la entrada del barrio de Cocharcas con tres mil montoneros a sus espaldas, se parapetó en la calle del Teatro, llegó hasta el Palacio de Gobierno y se impuso a Cáceres tras un sangriento combate de cuarenta y ocho horas que dejó un reguero de más de mil cadáveres en las calles, cuerpos que a la mañana siguiente hedían tumefactos, reventados al sol.

En medio de aquella trifulca, unos forajidos seguidores de Cáceres se ensañaron y prendieron fogatas que se propagaron vorazmente por las inmediaciones del palacio provocando varios incendios; uno de los inmuebles afectados fue la casa de balcones encajonados de mi bisabuelo que, casi inválido, al verse cercado por los lengüetazos de fuego, clamó desafortadamente por auxilio. Sus hijos Alfonso y Fernán lograron rescatarlo de su estudio y lo transportaron —ensopado, tizado por el humo, con quemaduras de primer grado en las manos, chamuscada la escasa cabellera— por los tejados aledaños hasta llegar a la vivienda de un vecino, quien dio cobijo a toda la familia durante las semanas que duró la reconstrucción de la casa, donde dos estancias de la primera planta habían quedado calcinadas.

Por esos años el Poeta vio compensadas sus carencias materiales y las fatigas de la enfermedad con imprevisibles reconocimientos a su trabajo. El Gobierno de Piérola lo nombró director del Archivo Nacional, adonde acudiría diariamente acompañado de su principal amanuense, su hijo Fernán, ya de quince años, quien empujaba por las veredas de la ciudad la chirriante silla de ruedas en que se movilizaba Luis Benjamín.

También fue invitado a participar en una velada patriótica en el Salón de Máquinas del Palacio de la Exposición, por un aniversario más de la independencia del Perú, y compuso especialmente para la ocasión el poema *El momento supremo*, pero el día de la ceremonia sus dolencias no lo dejaron levantarse y declinó acudir pidiéndole a Fernán que ocupara su lugar.

Sería una noche memorable. En el escenario, el hijo —mi abuelo en el futuro— sudaba del susto. Por sugerencia de alguien, se subió a una silla para ganar presencia. Le costó unos minutos tomar aliento pero consiguió recitar el poema. Y lo hizo con desenvoltura. Con limpieza. Con la maestría del padre. Si días antes le había prestado sus manos para escribir esos versos, ahora le prestaba su voz para compartirlos en público. Cuando disparó la última línea con la boca seca, escuchó ese aplauso formidable, y no supo si lo aplaudían a él o a su padre enfermo, y creyó que él era su padre, o que su padre lo había poseído, y sintió una misión ineludible en la vida: encarnar a su padre, personificarlo, seguirlo como se sigue a un ídolo y extender esa vida agónica a través de la suya. Por unos minutos Fernán fue Luis Benjamín. El cuerpo era del hijo, la poesía del padre, y esa fusión acabó o se consolidó con la ovación de los cientos de desconocidos que lo miraban allá abajo con ojos embelesados y que él observaba atónito, ciego por las luces.

Desde arriba Fernán alcanzó a identificar a Ricardo Palma y al poeta José Santos Chocano, un jovencito que se peinaba escrupulosamente hacia atrás y llevaba unos bigotes negros y retorcidos que simulaban los cuernos de un bisonte. Ambos se acercaron a abrazarlo como hubiesen abrazado a su padre, y le agradecieron como le habrían agradecido a aquel, y le dijeron que se sentían felices de que Luis Benjamín encontrara en su último hijo varón al heredero de todas sus vocaciones. Y en medio de esos cariños, hurras y espaldarazos, Fernán sonrió orgulloso al sospechar que tenía precisamente eso entre las manos, una vocación recién gestada, recién descubierta o recién reconocida, porque ya la traía dentro de él, solo que ahora se había puesto en evidencia y surgido impúdicamente en medio de ese entrevero de sensaciones.

Ahí estaba mi abuelo Fernán, sonriendo frente al auditorio, ignorando la carga trágica de esa herencia. Porque junto con las palabras y la poesía más adelante le tocaría hacer suya la necesidad que alguna vez tuvo su padre de conocer su origen. Y llegarían los días en que sentiría curiosidad por Nicolasa, por el cura Gregorio Cartagena, por el fantasma de *Roberto Benjamín*, por los bastardos, personajes de los que hasta ese momento no había oído decir ni una palabra pero que, sin saberlo, ya lo atormentaban.

Fueron los amigos José Santos Chocano, Ricardo Palma, Juan Francisco Pazos y Javier Prado quienes propusieron al director de El Ateneo la coronación de Luis Benjamín Cisneros como Poeta Nacional; un homenaje similar al que hacía poco se había hecho en Granada al español José Zorrilla. El director de El Ateneo se prendó de inmediato de la idea y garantizó el patrocinio de la coronación. Enterado de eso, el Poeta dictó a su hijo Fernán una carta de gratitud que, debido a las marchas y contramarchas de la enfermedad, tardó tres días enteros en ser redactada.

Ante la excepcional distinción que va a dispensármela, para la cual podría haberse designado a alguno de los eminentes escritores nacionales de reputación americana y europea, me siento profundamente emocionado; y solo me decido a aceptarla considerando que tal vez lo que se trata de premiar en mí es el ardiente amor que siempre he profesado a la poesía noble y elevada y el inalterable culto que durante mi vida le he consagrado. Considero también que la insólita honra con que se proyecta enaltecer, en mi nombre, el culto por la poesía reflejará en la patria querida, y recaerá sobre mis hijos, y no soy, por lo tanto, dueño de rehusarla. A pesar de los síntomas

habituales de mi neurótico malestar, me prometo hacer un esfuerzo y asistir al acto que se sirve Ud. indicarme.

Un lunes de agosto, a las siete en punto de la noche, Luis Benjamín, cogido de los brazos de sus hijos Alfonso y Fernán, hizo su ingreso al local de El Ateneo de Lima, en los altos de la Biblioteca Nacional. Tanteaba el suelo con un bastón de empuñadura dorada. De las solapas del traje colgaban sus desgastadas insignias de Académico y Comendador de Isabel la Católica. Sus andares reumáticos tenían la parsimonia del caracol, su cuerpo lívido se notaba poblado de espasmos, de chasquidos de huesos que solo él escuchaba, y sus ojos se movían nerviosos, encharcados de lágrimas. El local se repletó con unas trescientas personas o quizá más. Sus amigos llenaban la segunda fila, detrás de su esposa Cristina. Todas las instituciones científicas y literarias del país tenían allí un representante. Solo faltó el presidente Piérola, quien no asistió porque, según explicó, se le había muerto una sobrina atragantada con una aguja.

Luciano tomó la palabra y habló en nombre de su hermano, que aunque no hubiera estado enfermo difícilmente podría haber soltado siquiera un jadeo de lo conmovido y cansado que se encontraba. Un obispo se acercó a ceñirle la corona de laureles en esa cabeza cuya piel translúcida ya dejaba ver el cráneo, y entonces los vivas y aclamaciones se escucharon durante varios minutos, incluso cuando un grupo de estudiantes rompió el protocolo para entregarle una tarjeta con inscripciones de oro. A continuación, recitaron poemas José Santos Chocano, Numa Pompilio y una nutrida lista de poetas jóvenes. El último fue su hijo Fernán, que recitó *El mar y el hombre*, el poema que Luis Benjamín había escrito sobre las aguas del Caribe ya con la certidumbre de su enfermedad y con el corazón tullido por la muerte de la pequeña Adriana. Fernán entró nuevamente en trance y al terminar motivó una apoteosis que decretó el cierre del evento. Fueron tres horas extenuantes para Luis Benjamín, que con todos esos honores encima se sintió de pronto menos demacrado.

Al día siguiente todos los diarios dieron cuenta de lo vivido en El Ateneo, y una crónica periodística reseñó la intervención del quinceañero Fernán:

El poeta encontró intérprete fiel en su digno vástago, y todos presintieron la sucesión atávica del genio. ¡Qué propiedad en las actitudes, qué inflexiones tan inteligentes en

la voz, qué conciencia tan exacta de que se expresaba! Fue el hijo acariciando al genitor, probándole que es digno de él.

Luis Benjamín trabajó algún tiempo más en el archivo, adonde iba siempre con Fernán, tomando los últimos tranvías de «tracción animal» que recorrían la ciudad y que eran jalados por unos caballos flacos de crines trenzadas. En los tiempos muertos, que eran varios, escribía nuevos poemas y se empeñaba en pulir escritos anteriores para consultarlos después con los contados colegas con quienes mantenía comunicación. En 1900, aunque ya paralítico, hizo sus dos últimas apariciones públicas cuando les pidió a sus hijos que lo llevaran a la presentación del primer fonógrafo que había llegado a Lima —un ruidoso armatoste hecho de cilindros— y a la proyección en el teatro Olimpo de una de las primeras películas cinematográficas que vería el país.

Lo que siguió fue el recrudecimiento de la enfermedad a límites dolorosísimos. Una mañana, su esposa, viéndolo bajar de la cama a rastras, le ordenó enfurecida que no se moviera. El Poeta hizo caso estricto y, con una disciplina sorprendente, se quedó postrado por días, sin moverse un centímetro. Renunció al Archivo, pasó las mañanas, tardes y noches sentado en un sillón de terciopelo donde aguardaba que alguien le diera de comer verduras batidas o leyera para él los diarios, revistas y libros que no dejaban de enviarle sus allegados. Fue la Mamáina la primera en atenderlo, pero él, con engreimientos de carcamal, pidió que fuera su hija Olga —a la que llamaba amorosamente *ma soeur de charité*, como se les decía a las monjas caritativas— quien hiciera las veces de su enfermera, y ella pasó a bañarlo y vestirlo, sobreponiéndose al pudor de ver a su padre desnudo o haciendo como si no lo viera mientras enjabonaba su cuerpo.

Fernán continuó escribiendo los poemas que Luis Benjamín le dictaba con los hilos gastados de su voz; a veces juntando los versos por puro palpito, y así es como a fines de 1903 quedó listo *De libres alas*, su último libro.

Con el verano de 1904 se radicalizaron los síntomas. El Poeta temblaba más, se quejaba de hernias, de nuevos achaques y, cuando la parálisis afectó al resto de sus extremidades, ya no se comprendía bien lo que decía ni gesticulaba. Su cabeza se agitaba en el aire dando la sensación de estar a punto de caérsele, y en la casa de dos plantas ya nadie podía dormir con la

reiteración de sus taquicardias, la crepitación de sus fémures y los quejidos de su espíritu.

Los médicos redoblaron sus cuidados, Cristina lo cubría de cataplasmas, la Mamaína le daba mejunjes curativos, pero todo era inútil. Un sacerdote jesuita, el padre Íñigo Covadonga, pasó algunas tardes confesándolo, y una mañana otro religioso, el cura Ludovico Rivero, le leyó pasajes del Evangelio antes de embadurnarle la frente con el aceite bendito de la extremaunción. Hacia las diez de la mañana del día 29 de enero el Poeta exigió estoicamente que lo movieran al sofá de su habitación. «Es de muy mal gusto morir en la cama», alcanzó a bisbisear. Ayudado por señas, en medio de un devaneo, le pidió a su hijo Fernán que apenas los médicos declarasen su defunción le cortara una vena de la muñeca derecha y colocara bajo la almohadilla de su ataúd el ejemplar de las obras completas de Lord Byron que guardaba en su mesa de noche. Fernán le dijo que sí para calmarlo sabiendo que no se atrevería a obedecerlo cuando llegara la hora. Los cinco hijos y Clodomira Bustíos se quedaron allí de rodillas, rezando en silencio, unos para que el Poeta continuara con vida, otros para que expirara ya mismo y no sufriera más el acoso inclemente de esa parálisis humillante. A las dos de la tarde un sopor se instaló en el dormitorio. Cristina colocó en cruz los brazos de su marido y hundió un crucifijo entre sus manos ásperas. Diez minutos después, con los ojos detenidos en una pasmosa certeza de soledad, Luis Benjamín exhaló el último aire. Tenía sesenta y seis años, pero con la muerte encima parecía de cien.

Aparecieron artículos necrológicos en todos los diarios.

El Comercio decía: «Vivirás eternamente, maestro, rey de la estrofa, emperador del verso».

La Opinión Nacional aseguraba: «A este ilustre hombre lo lloramos todos. Lo lloran la literatura, la ciencia, la sociedad y la patria».

En *El Tiempo* se escribió: «Como un sol que se esconde en el mar de la historia, aunque proyectando hasta el final los claros resplandores de su privilegiado talento, el poeta nacional acaba de extinguirse».

Y Ricardo Palma lo despidió así en una carta pública: «Hoy me abandonas, egregio poeta e inolvidable amigo, la ausencia no será larga. Adiós hermano, hasta pronto».

El Gobierno de Manuel Candamo asumió los gastos de los funerales, adonde acudieron autoridades políticas y eclesiásticas, ministros, exministros, diplomáticos nacionales y extranjeros, intelectuales, jueces y abogados, banqueros y empresarios, periodistas y poetas. Hubo, además, una decena de responsos y panegíricos que sus hijos y amigos íntimos repitieron tomando las cintas blancas que colgaban del cajón. En medio del gentío se vio a los expresidentes Nicolás de Piérola y Andrés A. Cáceres anticiparse y pedir cargar juntos el ataúd. Ambos, viejos y enconados adversarios que habían colisionado toda la vida por razones políticas, se dieron tregua deponiendo su enemistad ante la tumba de Luis Benjamín.

Pasado el entierro, el Congreso dispuso una decorosa pensión para la viuda y los hijos. Seis años más tarde, gracias a diligencias de Fernán, se publicó *De libros alas* en edición póstuma, y en 1935, en un aniversario de la fundación de Lima, se colocó una placa de bronce en la casa de la calle de la Peña Horadada donde Luis Benjamín había nacido. Finalmente, en 1937, al cumplirse cien años de su nacimiento, el Gobierno publicaría sus *Obras completas*.

Mi abuelo Fernán tenía veintidós años cuando su padre murió y fue el testigo más implicado en todo lo ocurrido alrededor de ese suceso: un acontecimiento que sería su patrimonio y su locura. Para sobrellevar la muerte de Luis Benjamín, los demás hijos buscarían recordar los días del Poeta junto a Cristina en tantos lugares. Fernán no. A él no le bastaban esos recuerdos porque entendía que su padre habitaba en él. Lo creía firmemente. Sentía que algo muy íntimo y secreto se había fundado entre ambos durante esas caminatas silenciosas por las playas de Barranco y Chorrillos, durante los paseos por el puente de Palo y la plaza de Acho hasta que el atardecer declinara, durante las lecturas de Amado Nervo, Byron, Espronceda y Víctor Hugo, durante cada día en que escribió lo que su padre le dictaba, y en especial durante la noche en que recitó públicamente los poemas de Luis Benjamín de pie, sobre una silla, y recibió esos aplausos que eran y no eran para él. Desde entonces estaba convencido de que debía ser como su padre, una versión o extensión suya, pero sabía que para lograrlo necesitaba concretar algo primordial, algo que, pese a la cercanía, el afecto y la amistad alcanzados con Luis Benjamín, no había conseguido del todo: conocerlo.

Necesitaba saber quién era o quién había sido Luis Benjamín Cisneros debajo de sus medallas, su corona de laurel, su fama indiscutible, y, sobre

todo, debajo de ese único apellido que su madre le puso un día para que nadie se atreviese a decirle bastardo.

Lima, 2014

Una mañana, a mis ocho o nueve años, abrí el diccionario enciclopédico donde me habían dicho que encontraría el nombre de mi bisabuelo. «Luis Benjamín Cisneros: poeta, político liberal, diplomático, economista.» Un dibujo en carboncillo resaltaba su expresión antigua y quejumbrosa. No sentí nada al mirarlo. Al lado de la imagen, un manojito de datos puntuales informaba sobre sus libros, su trabajo en Europa, su coronación. Su biografía se agotaba en un párrafo.

Por esos días también me pareció oír que el malecón Cisneros de Miraflores —ese largo mirador que limita parte de la costa de Lima con el Pacífico— debía su nombre a Luis Benjamín, pero no recuerdo que aquello me incitara a conocer algo más acerca de él. A esa edad, el malecón era el lugar por donde yo montaba en bicicleta cruzando por delante del faro de la Marina y del puente con varas amarillas que los suicidas de esa época escogían para desbarrancarse. No me interesaba saber nada de mi bisabuelo: la escueta definición del diccionario sobraba en los poquísimos momentos en que percutía dentro de mí una cierta, magra, lejana necesidad de averiguar más.

Más tarde, en las primeras reuniones familiares a las que asistí, cuando mis tíos empezaban a contar historias acerca de sus andanzas literarias, bostezaba sin proponérmelo. Los méritos que alcanzó en vida me sonaban igual de tediosos que los personajes con quienes alternó. Al oír esos nombres solo podía asociarlos con los lugares, edificios y establecimientos que eran parte de la ciudad del siglo XX en que yo vivía. Ricardo Palma era una clínica. Casimiro Ulloa, un hospital. Piérola y Salaverry, avenidas. Era como si el tiempo, los usos y costumbres hubiesen vertido grandes, inamovibles capas de cemento sobre la memoria de mi bisabuelo y de la gente a la que él

más había querido. Si algo era Luis Benjamín para mí, era eso: cemento, roca. Un bloque gris e impenetrable. Un monolito noble pero arrinconado que formaba parte de la escenografía histórica de los Cisneros.

Tampoco me inquietó, siendo ya mayor de edad, enterarme de que en el Centro de Lima, bien metido en los Barrios Altos, había un colegio de varones que llevaba su nombre. Después supe que ese inmueble había sido originalmente la casona de la calle de la Peña Horadada donde mi bisabuelo nació y vivió sus primeros años. En la década de los sesenta un terremoto la dejó hecha cascajos y, al momento de reconstruirla, decidieron convertirla en colegio.

Precisamente muy cerca de esa zona queda el periódico donde trabajé durante diez años, *El Mundo*. Cierta día, mi jefe, el editor de la sección Actualidad, me asignó la cobertura de un evento político en un local que quedaba en las proximidades del centro. Decidí ir a pie. Era una mañana de junio inusualmente calurosa. Mientras caminaba, distrayéndome con el bullicio de los cruces colmados de gente y con los efectos de la luz solar derramándose sobre el vidrio de las ventanas abiertas de los edificios más altos, pasé frente al colegio. No fue deliberado. Me di cuenta solo después de toparme con un centenar de chiquillos que practicaban una marcha militar como si se prepararan para un desfile. Vestían camisas blancas, pantalones grises, delgadas corbatitas negras. Al reparar en la casona mitad ladrillo, mitad entramado de caña de la cual entraban y salían como hormigas, advertí en uno de los muros el número del colegio, n.º 937, y su escudo distintivo, que contenía tres letras blancas montadas sobre una circunferencia roja, con un fondo azul eléctrico: «L. B. C.». Me bastó reconocer las iniciales de mi bisabuelo —tantas veces vistas en los libros que los tíos nos hacían leer— para que su nombre acabara de escribirse en mi cabeza. Más abajo se indicaba en una placa:

La Municipalidad recuerda la figura romántica de Luis Benjamín Cisneros, primer poeta que la ciudad conmovida coronó con laureles.

Enseguida los chicos formaron cuatro filas en plena vía pública, ganándose la curiosidad de los transeúntes que se detuvieron a verlos. Con una gallardía marcial, sin abandonar la posición de firmes, se llevaron una mano al torso y elevaron la barbilla. Tenían expresiones de adultos. Pensé entonces que entonarían el himno nacional, pero cantaron a capela el himno del colegio.

*Aquí nació Cisneros, el Poeta aquí nació,
rindámosle tributo de amor y admiración.
Resuena aquí su paso, se escucha aquí su voz,
su voz es un gorjeo, sublime ruiseñor.*

Nada más oír la primera estrofa quedé descolocado. Me pareció sentir que la gente me miraba o señalaba, como si de un instante a otro el calor se hubiese vuelto abrasivo al punto de derretir mi máscara de periodista y dejarme al descubierto. Al ver a esos adolescentes, tan camaradas, cantándole a Luis Benjamín con solemnidad y vanagloria, recuerdo haber sentido, más que intriga, algo parecido a la envidia. Resultaba patente que mi bisabuelo tenía arraigo entre esos chiquillos. Después supe que le profesaban un culto encendido, que conocían su legado, lo veían a diario en la foto que colgaba de una pared de la biblioteca, lo consideraban una influencia, un objeto de estudio, lo dibujaban en los concursos de pintura con bigotes, pluma y pergaminos. Yo, en cambio, estaba en blanco. Apenas si recordaba lo que había leído una vez en el diccionario. Ni siquiera sabía con precisión por qué era considerado una personalidad.

Al oír a esa muchedumbre escolar romper filas y gritar al unísono «¡Soy del Cisneros!», sentí una molestia en un lugar del cuerpo que no supe localizar y reanudé mi camino para evitar que el fastidio se expandiera.

*En el cielo las estrellas,
en el campo las espinas,
y en el medio de mi pecho
la República argentina.*

Esa cuarteta de José Piñeiro —un español que en 1896 se embarcó como polizón rumbo a Argentina en busca de su padre— la escuché montones de veces en boca de mi padre y mis tíos nacidos en Buenos Aires. La recitaban antes y después de los brindis, durante los almuerzos familiares de mi infancia. Al inicio me divertía su rima consonante y con mis hermanos componíamos variantes no patrióticas que los demás festejaban con risas. Después fue la imagen del cielo y el campo poblados por estrellas y espinas lo que más me interesó de esos versitos entrañables. Qué elementos más distintos las estrellas y las espinas. Unas remotas, celestes, luminosas, inasibles; las otras, cuerpos puntiagudos como agujijones y dolorosos si se clavan en tu

carne. Unas, orientadoras para el navegante extraviado; las otras, protectoras para la flor acosada por bestias herbívoras. La cuarteta de Piñeiro regresó como un flechazo la tarde en que pasé providencialmente por el colegio, n° 937, Luis Benjamín Cisneros, y minutos después, mientras cumplía con cubrir el evento partidario para el cual había sido comisionado por mi editor de *El Mundo*, me sorprendí escribiéndola en mi libreta dos o tres veces.

«En el cielo las estrellas, en el campo las espinas...»

No sabría explicar bien por qué, pero intuyo que se gestó en mí un deseo por discutir internamente asuntos relativos a la procedencia. ¿Toda estrella pertenece a una constelación? ¿Toda espina es prolongación de un tallo mayor? Ese día no supe responderme, pero fui consciente como nunca antes de la distancia inabarcable que me separaba de los primeros hombres de mi familia, esos personajes casi bíblicos que habían instaurado las normas de un misterioso carácter al que, de pronto entendí, no estaba unido, sino atado.

La segunda vez que me invadió una sensación similar fue en los primeros años de mi etapa como profesor universitario. Al terminar una clase, una alumna se acercó y me avasalló con preguntas, deseosa de saber si yo era «algo» de Luis Benjamín Cisneros. Me dijo que estaba preparando una tesis de literatura comparada sobre «los autores más representativos del periodo romántico en el Perú» y pensó, con razonable lógica, que yo tal vez podría facilitarle información inaccesible sobre el Poeta. Le dije que era su bisnieto y sentí un inmediato encogimiento por desconocer las obras y datos sueltos que ella mencionaba con atolondrada erudición.

Ha pasado ya mucho tiempo desde aquello.

Todo lo que ahora sé de Luis Benjamín se lo debo, principalmente, a un libro que escribió el tío Gustavo reseñando la vida pública de mi bisabuelo, pero donde deja de lado —por una cohibición inmemorial de la que ninguno de mis tíos ha sabido o querido desprenderse— los episodios más determinantes de su vida íntima, que son los que a mí más me atrapan y desconciertan. Si he podido reconstruir esa privacidad, mejor dicho asomarme a ella, ha sido gracias a copias de las cartas que Luis Benjamín intercambió con diferentes destinatarios, que han sobrevivido bien conservadas por el tío Gustavo en unas cajas de leche, a cierta documentación desperdigada entre Lima y Huánuco y a la intensa correspondencia que mantuvieron sus hijos Alfonso y Fernán, quienes solo de adultos escribieron páginas reveladoras sobre su padre, páginas que juraron jamás sacar a la luz, donde espulgaban todo lo que sabían, lo que creían saber y lo que habían imaginado a solas

durante años. Son cartas llenas de subtexto, de vergüenzas tácitas perfectamente descifrables, en las que se esboza la intimidad de mi bisabuelo. Allí desaparecen las proezas y el esplendor de la figura pública y se clarifican los padecimientos sentimentales del hombre. Esas cartas son la huella de algo que aún permanece incluso ahora. Algo inmanente, irrefutable, sin nombre. Algo que me toca, que circunda mi entorno, que me hace ser quien soy.

El día que fuimos a almorzar a un restaurante de la calle Tarapacá, después de la visita al cementerio, esperé que el tío Gustavo concluyera su narración de la historia de la familia para lanzarle todas las preguntas que tenía agolpadas en la cabeza.

—¿No te sorprenden tantos secretos guardados?

—Me sorprendieron al inicio, después me di cuenta de que no ganaba nada acomplejándome. Todas las familias tienen secretos —devolvió, casi riéndose, sin apartar la vista de las tajadas de pescado bañadas en limón que acababan de servirle.

—Todas las familias tienen secretos, pero no todas saben que los tienen. El problema no es tener secretos, sino conocerlos. ¿Qué haces con esa información una vez que accedes a ella? No son anécdotas, quiero decir.

—Tal vez lo mejor sea no saber.

—Nosotros tenemos un problema: conocemos los secretos y las mentiras.

—¿Tiene eso algo de malo?

—No digo que sea *malo*, pero no negarás que genera cierto compromiso.

—¿Compromiso? ¿De qué?

—No sé. De contarlo, de decirlo, de informar a los demás, de ponerlos al tanto.

—Será tentación, no compromiso.

—Bueno, tentación.

—Lo que pasa es que tú quieres publicar las intimidades de la familia. Dilo abiertamente, no tienes que justificarte. No conmigo al menos.

El tío Gustavo dijo eso con la boca llena y volvió a reírse.

—¿Eso piensas?

—Sí. Eres un indiscreto, igual que yo.

—Te aseguro algo: escribir esta historia no me va a quitar la sensación que tengo.

—¿Sensación de qué?

—De desengaño, básicamente.

—A ver, ¿qué es lo que tanto te impresiona o te afecta?

—¡Todo! Que mi bisabuelo haya crecido creyendo que su padre era un viajero negociante que en realidad no existía. Que le hayan ocultado durante tantos años que era hijo de otro señor. Que de la noche a la mañana supiera que ese otro señor era un sacerdote. ¿Te parece poco?

—Eran otros tiempos.

—Discrepo. Eso es un escándalo en cualquier tiempo, sea siglo XIX, XX o XXI.

—No se puede mirar el pasado con los ojos de ahora. Es injusto juzgar esa época desde aquí.

—Claro que se puede. Imagínate si no se pudiera. No habría historia ni arqueología. Ni religión, por cierto. Todos revisamos y juzgamos el pasado.

—Que lo hagamos no quiere decir que sea justo.

—¿Se puede ser justo con las cosas que a uno lo afectan?

—Sí.

—No, tío. Ni justo. Ni objetivo. Ni imparcial. Ni neutral.

—Yo me refiero a la moral de esa época. Era otra moral. Si las mujeres salían encintas fuera del matrimonio, tenían que callarse la boca. No importaba si eran pobres o de clase alta, a todas las miraban mal. Fíjate en la propia Nicolasa: una mujer influyente, adelantada, con roce. Tampoco podía decir nada.

—Es la misma moral de hoy. Quizá había más miedo o más hipocresía, eso puedo entenderlo, pero en el fondo la gente pensaba igual.

—No. Todo era más difícil. Mucho más difícil. No puedes imaginar cuánto.

—De acuerdo, la situación de Nicolasa no era sencilla, pero la de Luis Benjamín era peor: su bastardía, su no saber, su condena a pasarse la vida resolviendo su orfandad...

—Espérate, espérate. ¿De dónde sacas que él se sentía «condenado»?

—¿No has leído su poesía acaso? Allí está todo. No lo dirá literalmente, pero se sobreentiende. Necesitaba resolver heridas.

—Usas mucho esa palabrita: *resolver*.

—¿Cuál propones?

—No sé cuál, pero exageras. No es para tanto. Todos tenemos heridas y no por eso vivimos frustrados o traumatizados.

—Dime con sinceridad, ¿no te parece que Luis Benjamín venía con una carga extra o mayor, una herida distinta, una especie de marca de nacimiento?

—Pero no solo él. ¡También sus hermanos! Todos eran hijos del cura. En todo caso, Juan, el primero, el que se perdió en la selva, vendría a ser el más afectado. ¿Por qué solo hablar de Luis Benjamín?

—Capaz que los mayores sufrieron igual, no hay forma de saberlo. Para mí es obvio que Luis Benjamín fue el más lastimado...

—¿Lastimado?

—Sí. Creo que él se dio cuenta antes de dónde venía y lo procesó más que los otros, y por eso mismo vivió más dañado.

—Eso no puedes asegurarlo.

—Puedo interpretarlo.

—Entonces es una interpretación tendenciosa.

—¿Y qué interpretación no lo es, tío?

—Bueno, pero yo te cuento estas cosas no para que las interpretes, sino para que las sepas. Nada más.

—Y si estás tan interesado en divulgarlas, ¿por qué no las incluiste en la biografía que escribiste de Luis Benjamín?

—Porque ahí solo quería referirme a su vida pública. No me apetecía hablar de lo otro.

—¿Tenías miedo de que algún pariente fuera a echártelo en cara?

—Simplemente no quería que aspectos íntimos de mi abuelo generaran morbo y opacaran sus méritos políticos y literarios... Además, no soy el indicado para hacerlo...

—¿Por qué?

—Me he dedicado durante años a organizar los almuerzos de reencuentro, soy el encargado de juntar a los Cisneros, estoy identificado como el tío que reúne a la familia. ¿Para qué publicar un libro lleno de infidencias? Se me hubieran tirado todos encima.

—¿Entonces no te incomoda que yo lo cuente?

—Ya te lo he dicho: si tú no te encargas, estas cosas van a perderse.

—¿No vas a dejar de hablarme después?

—Ya no estoy en edad para resentimientos. Escribe ese libro de una vez. Eso sí: no te garantizo que los demás vayan a quedarse tranquilos.

—No tendrían por qué inquietarse. Voy a escribir una novela, no una biografía.

—Van a protestar de todos modos.

—Ya me imagino los argumentos: «¡Cómo te atreves a meterte con los muertos de la familia!».

—Bueno, los entendería. Nadie está preparado para que otro saque sus secretos a la luz.

—Ahí está el tema. ¿Acaso son suyos solamente? ¿No son *mis* secretos también? ¿Uno no hereda eso?

El tío Gustavo le hizo al camarero un gesto con la mano pidiéndole un wiski más. Yo hacía durar lo que aún me quedaba en el vaso: aunque había una grabadora en la mesa, quería conservar frescos en la memoria aspectos de la conversación que la máquina no podría retener y que pensaba anotar en la libreta tan pronto como mi tío se levantara para ir al baño. Necesitaba estar lúcido.

—Hablemos de los bastardos.

—¡Otro término innecesario! —El tío Gustavo dejó escapar una mueca de desagrado.

—¿Por qué?

—Ya nadie usa esa palabra.

—La palabra es lo de menos, el asunto es el fondo.

—*Bastardos* suena muy trágico.

—Perdóname, pero ser negado por tu padre es una tragedia, ¿no?

—Luis Benjamín y sus hermanos eran «hijos naturales», hijos no reconocidos, algo muy común en el siglo XIX y después también. Hasta hoy encuentras por ahí cientos de chicos sin padre. ¿Acaso en la calle les gritan «bastardos»?

—Una cosa es no tener padre, otra es que te inventen uno. *Roberto Benjamín* fue un invento.

—Nicolasa hizo lo que tenía que hacer.

—No dijo la verdad.

—Yo lo veo de la siguiente manera: si te falta una pierna, te tienen que conseguir una prótesis, ¿no?

—¿Esa es tu mejor analogía? Una prótesis...

—Si ayuda a disimular lo que falta, sirve.

Mientras más esfuerzos hacía el tío Gustavo por evitar o proscribir la palabra *bastardo*, más me apetecía decirla. Decirle que su abuelo había sido un *bastardo* tenía algo de ultrajante y blasfemo, pero había algo liberador en ese ultraje, algo reparador en esa blasfemia. Además, por qué tanto miedo de decir las cosas por su nombre. La bastardía, después de todo, es una condición

de nacimiento involuntaria, y como tal está desprovista de toda moral. Nadie elige ser bastardo. Nadie opta al nacer por tener un padre o no. Por otro lado, la bastardía tiene algo de callosidad que no se borra. Las implicaciones no son las mismas para un hombre cualquiera que para un hombre bastardo. Menos aún para un poeta bastardo. Menos aún para un poeta-bastardo-peruano coronado por una sociedad que repulsa lo distinto.

—¿El término te parece deshonoroso?

—Al principio sí, mucho. Estaba influenciado por mis tíos, mis primos mayores, mis hermanos. Nadie hablaba de eso. Pero *nadie*. El solo hecho de preguntar por mi abuelo ya les parecía inmoral.

—A mí no me escandaliza ni avergüenza en absoluto. No me preguntes por qué, pero esa aureola de ilegitimidad en Luis Benjamín me hace verlo incluso con mejores ojos. Es más, me gusta que haya sido bastardo.

—Si te escucharan hablar, varios parientes te acusarían de hereje.

—Y yo los acusaría de cobardes por callarse estas cosas.

—Tienes que entender que hasta hace algunos años ese tipo de cosas afectaban socialmente. Mucho. Era mejor callárselas. Cuando yo era niño, un día quise dibujar el árbol genealógico de la familia y cuando les pregunté a mi papá y al tío Alfonso quiénes eran sus abuelos, me mandaron a rodar.

—Y el día que yo llamé a la tía Elena para hablarle de Gregorio Cartagena, ¿te acuerdas? La vieja me tiró el teléfono...

—Bueno, pero ¿qué querías que te dijera? ¿Que estaba encantada de hablarte del cura?

—¿Por qué no?

—Porque para ella eso fue un estigma, una vergüenza. Todavía lo es.

—¡Lo del cura con Nicolasa ocurrió hace dos siglos! Tanta reticencia ya parece cursilería.

—Hay gente a la que no le gusta que le refrieguen los trapos sucios.

—Prefieren que la suciedad se acumule.

—Pero de qué te extrañas, así es la pacatería limeña. La gente aquí es así, pacata. Gran parte de nuestra familia es pacata. Se horrorizan, se indignan con los detalles escabrosos de la vida de los demás, pero no dicen nada de su propia vida.

—O lo dicen en voz baja.

—O simplemente no les interesa.

—Yo creo que sí les interesa.

—A ver, a ver, tampoco nos engañemos. Esto del «origen», de averiguar sobre los ancestros, te importa a ti, a mí y a cuatro gatos más, pero a la gran mayoría le importa un pepino. ¿O me vas a decir que la gente anda preocupada por saber de dónde viene? ¡Las huevas! La gente anda preocupada por el futuro, a nadie le importa el pasado.

—Salud por el pasado, entonces.

—¡Salud!

Nuestros vasos chocaron.

—En vez de historia universal, en el colegio deberían enseñar la historia privada de cada alumno.

—Esa historia no se enseña, se descubre.

—Pero deberíamos poder acceder a ella más temprano, ¿no crees?

—¿Un curso de genealogía, dices?

—Uno que cuente la prehistoria de tu familia, pero con lujo de detalles. Quiénes fueron los fundadores, los próceres, los traidores, los marginados, los parias. Biografía e intimidad de cada antepasado. Con datos genéricos, pero también información dura e incómoda. Triunfos personales, derrotas, enfermedades, deslealtades, complots. Batallas ganadas y perdidas. Momentos gloriosos y trágicos. ¿Te imaginas? Con fotos, documentación, diapositivas. Todo. Fechas emblemáticas. Mitos. Rumores. Lo sabido, lo negado, lo supuesto. Lo público, lo privado, lo secreto.

—Supongo que es más práctico enseñar historia universal.

—Práctico sí, pero a veces innecesario.

—Bueno, es cultura general.

—Prefiero la cultura individual.

—Una cosa no niega la otra.

—Es que me parece un poco irracional aprender, no sé, la historia de las pirámides de Egipto, la génesis de Mesopotamia o el nombre de las dinastías chinas en vez de aprender de dónde vienes, de quién descienes.

A medida que la charla avanzaba me di cuenta de que había cosas que seguían dándome vueltas, cosas que ni el tío Gustavo ni nadie podría responder entonces ni después. ¿Qué hizo mi bisabuelo con el cariño que sintió originalmente hacia *Roberto Benjamín*, el padre decorativo que su madre inventó para él y sus hermanos? ¿Dónde puso esos sentimientos cuando supo la verdad? ¿Y qué hizo con la aversión desatada hacia Gregorio Cartagena, a quien siempre creyó un amigo de la familia, a quien durante años llamó «tío Gregorio» sin suponer que era su padre? ¿Llegó a odiarlo

realmente? ¿Adónde fue a parar esa desazón? ¿Cuánto de ella pudo desfogar a través de la poesía y cuánto quedó dentro de él, como un zumbido, arañando esos nervios que acabaron destrozados antes de los sesenta años? ¿Cuánto de esa frustración atravesó épocas y terminó por asentarse en sus hijos y nietos, muchos de los cuales quizá no han llegado a identificar de dónde provienen sus propios recelos, rencores y enfermedades? ¿Por qué nunca se escuchó en mi casa nada sobre los bastardos? Y por qué he tardado tanto en descubrirlo siendo que Luis Benjamín —como hicieran sus padres en sus respectivos testamentos— dejó escritas claves acerca de sus secretos, como reconociendo en ellos potenciales traumas, y acaso confiando en que alguien pudiese desbloquearlos, desactivarlos, desprogramarlos para que su onda expansiva deje de dañar.

Mi bisabuelo bastardo. Su onda expansiva.

No es casual, pienso ahora, que en sus poemas las alusiones paternas estén arrancadas de cuajo. No hay una sola línea ni verso ni metáfora que aluda al hombre invisible fabricado por su madre, ni al cura que lo engendró. El padre no existe en sus poemas, ni siquiera como negación. Sencillamente no está. Y si un padre no está en el universo literario de su hijo, si ni siquiera allí ha podido ser colocado, es porque una inquina muy fuerte ha tratado de abolirlo.

—¿No te sorprende que a los dieciocho años Luis Benjamín ya tuviera una hija?

—Me sorprende más que a los veintidós tuviera tres...

—¿Cómo lo hizo?

—Eso también era frecuente a mediados del siglo XIX.

—No me extraña que haya tenido a las niñas, sino que la madre haya sido quien fue. La amante del presidente. Eso es, por lo menos, osado.

—Pudo escoger otra mujer, es cierto.

—¿Sí? ¿Lo crees?

—Hubiese sido lo más conveniente.

—Me refiero a si realmente crees que uno *escoge* esas cosas. ¿No crees que ya vienen definidas, escritas? ¿Por qué no pensar que cruzarse con Lucrecia Colichón era cosa del destino?

—No, no, no. Esas son cojudeces. El destino se hace. Uno lo hace. El hombre elige a la mujer y la mujer al hombre, punto. Hay riesgo y a veces algo de suerte, pero no más. *Destino* es la palabra que después se usa para contar la historia y que suene bien.

—Visto de cerca, en efecto, sí, parece una elección, pero si repasas toda nuestra genealogía y la ves desde un ángulo más panorámico, todas esas «elecciones» juntas delatan un patrón. O lo insinúan. Dirás que no, pero yo veo en casi todos los antepasados de la familia Cisneros, hombres y mujeres, una clara tendencia a meterse en problemas, una vocación como muy tóxica.

—En el caso de Luis Benjamín eso es más notorio, porque se acostó con la amante de Castilla poco después de que el mismo Castilla lo invitara a trabajar en el Ministerio de Exteriores.

—¿Por qué crees que lo hizo? ¿Por qué crees que lo traicionó?

—Porque Castilla era un enemigo de la familia, adversario de su tío Pedro.

—Yo creo que su transgresión tenía otro objetivo, uno más inconsciente.

—¿Cuál?

—Volver a la clandestinidad de la que él había sido fruto.

No lo pensé en aquel momento, pero esa es otra palabra que se deduce de la historia de mi familia y que es tan pesada como la noche calurosa en que recuerdo la conversación con el tío Gustavo: *clandestinidad*. Muchos capítulos de nuestro pasado y presente se han consumado en nombre de ella. Lo clandestino, para muchos de los Cisneros, ha sido un refugio, una morada. A veces hasta un propósito. O una fatalidad. ¿Será ese el destino de mi familia? ¿El destino de mi clan? Lo *clan-destino*.

—No lo sé. Tal vez él quería, como dices, *inconscientemente*, repetir la historia de sus padres. Es complicado. Lo que sí me parece inobjetable es que Luis Benjamín veía a Lucrecia como una proyección de Nicolasa. En el fondo tenía un Edipo pésimo. En sus libros, en sus poemas, es impresionante la manera religiosa en que evoca y ensalza a Nicolasa. La tenía en un pedestal. No le hablaba como a una madre, sino como a una santa. Más que su hijo, era su devoto.

—¿Te imaginas lo sobrecogedor que debe haber sido para Nicolasa enterarse de la nada de que precisamente él, su hijo menor, tenía tres hijas con la amante del presidente?

—Lo más increíble no fue eso, sino que, después de enterarse, desencantarse, renegar y reprenderlo, convenció a Luis Benjamín de que se fuera a París. Y no solo para que se alejara de Lucrecia, ¡sino para convertirse en escritor! ¡Lo mandó a Francia a escribir! ¡Lo obligó a conocer el mundo! ¡Qué madre hacía eso en Lima en 1860! ¡Qué madre lo hace ahora! ¡Qué maravilla de mujer, carajo! ¡Salud por ella!

Sea por la efusividad o por el wiski, los ojos del tío Gustavo comenzaron a brillar. Enseguida, mirando hacia la ventana que daba a la transitada avenida Arequipa, como si en esas calles encontrara un estímulo, fue soltando de memoria unos versos de su abuelo. Lo hizo despacio, como si exprimiera los recuerdos.

—¿Qué pasó con las hijas de Lucrecia Colichón cuando Luis Benjamín se fue a Francia: Elvira, Adelaida y María Luisa?

—Se quedaron bajo la custodia de Nicolasa.

—¿Pero cómo se sintieron?

—Abandonadas, traicionadas. Es lógico.

—¿Y luego?

—Ninguna de las tres le perdonó a Luis Benjamín haberse casado con Cristina Bustamante, menos aún que tuviera siete hijos con ella. Para las hijas mayores, cada hijo con Cristina era una puñalada, una razón más para alejarse del padre. Hay una carta muy dura de Elvira donde le dice: «Yo sé que nosotras somos tus frutos desgraciados».

—Sin embargo, las tres fueron hijas de su relación más..., cómo decirlo, ¿verdadera? ¿Cómo definirías la relación de Luis Benjamín con Lucrecia?

—Enfermiza.

—Ya, pero al inicio fue más bien vehemente, llena de deseo.

—Sí, pero era una relación imposible de mantenerse. Por eso acabó como acabó: vencida por las circunstancias.

—Su amor por Cristina, en cambio, fue más concienzudo.

—Hubo algo de frialdad en su casamiento con Cristina. Él quería tener una esposa formal. No te olvides de la carta que le escribió a Casimiro Ulloa: «Quiero ir a Lima, casarme, formar un hogar y volver para establecerme algún tiempo en Francia».

—Casarse con Cristina no era una ilusión, era un plan.

—Sí. Quería hacer las cosas «bien» para contentar a Nicolasa. Hay un poema donde pareciera que su madre le habla acerca de la mujer que le conviene.

—¿Lo recuerdas?

El tío Gustavo volvió a mirar hacia la ventana para entrar en contacto con sus recuerdos más dispersos.

*Una mujer que bajo el blanco velo
de la casta inocencia*

*y la mejilla del rumor bañada,
pueda llevar ante el altar la frente
serena, levantada,
al parque de azahares
del rayo coronada
que del sol baja en vivos resplandores
a través de la ojiva matizada
de fúlgidos colores. [...]
¿Responde acaso la mujer que amas
a ese ideal? El llanto que derramas
dice que «no» bien claro, y que comprendes
con cruel remordimiento
el peligro que corres
y el abismo fatal en que descienes,
momento por momento.*

—Ese *abismo* del que habla... es... ¿Lucrecia?

—Evidentemente.

—Con todo, sigo pensando que fue la mujer que más lo hizo vivir.

—Sin duda. Lucrecia marcó a Luis Benjamín. Después quiso a mi abuela Cristina, pero lo de ellos fue... otra cosa.

—Algo más formal.

—Formal, pero sobre todo frío, quizá hasta falso.

—Pero Cristina contaba con la aprobación de Nicolasa, ¿no?

—Nicolasa quería que todos sus hijos se casaran oficialmente. Era eso lo que aprobaba, la formalidad.

—Mi abuelo vivió algo similar.

—Sí, con su esposa, Hermelinda, y con mi madre.

—Y después ustedes continuaron con ese hábito.

—¿Cuál hábito?

—No sé si llamarlo «hábito», más parece una tendencia o tradición.

—¿Cuál?

—Esa según la cual los hombres de nuestra familia aman a una mujer con desesperación, quieren a otra con responsabilidad, pero al final tienen hijos con ambas.

—¿Lo dices por tu padre? ¿Porque se enamoró de tu madre estando casado?

—Por él... y por ti también.

—Mi caso es distinto. Yo enviudé.

—Cierto. La tía Marta.

—Sí. Marta Ferreira.

—¿De qué murió?

—Un cáncer gástrico, producto de un tumor rarísimo, llamado...
Krukenberg.

El tío Gustavo se quedó callado de pronto, con la mirada fija en algún lado.

—¿Qué pasa?

—No he podido sacarme ese nombre de la cabeza en todos estos años:

Krukenberg.

—¿Después de ella vino la tía Liliana?

—Sí. Mucho después de que muriera Martita conocí a Liliana y, fiel a mi genio, volví a casarme.

—Dices «volví a casarme», no «volví a enamorarme».

El tío Gustavo sonrió a medias.

—Perder a Marta fue muy duro, demasiado. Imagínate quedarte solo, a los treinta años, con tres niños. Liliana apareció y fue una gran compañía. La quise, la quiero, tenemos cuatro hijos, pero ahora vive lejos y ya no es lo mismo. Nunca pude enamorarme de ella ni de nadie como de Martita. No he dejado de ser un viudo.

—Pero, en el papel, ¿sigues siendo esposo de la tía Liliana?

—Así es.

—¿Pero también estuviste con una Nancy?

—Nancy era mucho más joven que yo. Hubo amor, pero nos conocimos tarde.

—¿Y Patricia?

—Fue un desahogo.

—¿Y Begonia?

—Una aventura.

—¿Y Soledad?

—Un error.

—¿Y María Elena?

—¡Carajo! ¡Me estás sacando todo el expediente!

Ciertos hombres de mi lado paterno son así. O han sido así. Acaparadores insaciables. Predadores. Mujeriegos. Tuvieron mujeres a las que amaron ciega e impetuosamente. Mujeres que los dejaron mal, dañados.

Luego conocieron a otras a las que tal vez no querían del todo y se casaron con ellas, pactaron alianzas en teoría sensatas, correctas y definitivas; y después, o más bien en paralelo, buscaron nuevos amores, ilegales y arriesgados, que los hicieron vivir segundas juventudes. La costumbre de la doble vida se ha repetido en cada generación. Si eso no es un hábito, ni un patrón ni una tendencia, qué es. ¿Una coincidencia que persiste? ¿Un gen hereditario? ¿Un vicio, una enfermedad, una infección? ¿Un eco? ¿Cómo hacer para escapar de ese eco? ¿Pueden eliminarse los virus atávicos? ¿Puede evitarse el contagio? ¿Puede descontaminarse la parte intangible que se nos transmite por genética? ¿O se vuelve intrínseca desde el primer momento y solo queda cargar con ella? ¿Cómo saber qué es lo propio, lo de uno, y qué es lo transferido si al nacer todo nos llega fundido y revuelto? ¿Eran los hombres de mi familia conscientes de que seguían un molde? ¿Se propusieron corregir esa tradición o se dejaron llevar por ella? ¿Soy yo uno más de esos hombres? ¿Voy a repetir la historia que escribo? ¿O la escribo para no repetirla?

Antes de los últimos wiskis, cuando la clientela del restaurante ya se había retirado por completo y los mozos, algunos sin uniforme, vestidos de civil, recién peinados, nos miraban de reojo seguramente preguntándose cuánto tiempo más iríamos a quedarnos allí, el tío Gustavo abrió su maletín y extrajo unos documentos.

—Mira, esta es la partida matrimonial de Luis Benjamín con Cristina.

—La que encontramos en el arzobispado...

—La misma. Le hice dos copias. No sé si te has dado cuenta, pero aquí él declara a *Roberto Benjamín* como su padre *legítimo*, a pesar de que para 1869 el rumor de que era hijo de un cura ya se había extendido por todo Lima. Fíjate.

Revisé el papel haciendo esfuerzos por entender la caligrafía antigua.

—¿Ese matrimonio tuvo validez o fue un simulacro?

—Fue totalmente válido.

—¿Y por qué no consignó solamente el nombre de su madre, Nicolasa?

—¿Y correr el riesgo de figurar como si no tuviera padre? Hubiese sido peor.

—Pero es que en rigor... no tenía padre.

—Lo habrá hecho así para protegerse y proteger de paso el honor de su madre.

—Pero si Nicolasa se había declarado soltera en su testamento.

—Esa era información privada, no pública.

—Encima, ya estaba muerta. Para qué iba a cuidarla.

—¿Acaso las señoras muertas no merecen estar bien casadas?

—Pero al menos con un muerto de verdad, no con un muerto falso.

—Falso no: artificial.

—¿Sabes si Luis Benjamín llegó a conversar sobre estas cosas con alguien?

—Con su hermano Luciano solamente, pero solo por cartas. Eran muy amigos, tan cercanos como mi padre con mi tío Alfonso, o como tu padre con Juvenal.

—Pareciera como si cada generación hubiese tenido una dupla de hermanos encargada de cuidarse las espaldas, de mantener los secretos familiares a buen recaudo.

—Sí, pero ya ves que de nada les ha servido tanto celo. A la larga todo se supo. Y cuando empezó a comentarse por ahí que los Cisneros venían de un cura, se armó una grande.

—¿Hubo ataques?

—Directos.

El tío Gustavo pasó a contarme los detalles de un encontronazo que Luciano Benjamín tuvo con un abogado civilista que sacó al fresco su origen e insinuó públicamente su bastardía para desprestigiarlo. Ocurrió en 1870, durante la defensa ante la Corte Suprema de la subsistencia del contrato Dreyfus, asumida por Luciano por encargo de la Casa Dreyfus. El contrato había reemplazado el sistema extorsionista de consignaciones del guano por el de las ventas, acabando con una dictadura comercial de veinte años y, según varios estudiosos, salvando al Perú de la bancarrota. Pero los consignatarios no se quedaron quietos y promovieron un proceso judicial buscando que les fueran repuestos sus insólitos privilegios. El juicio llevó a los estrados judiciales a cientos de ciudadanos interesados en escuchar los alegatos de ambas partes.

Después de que en su disertación inicial Luciano probara jurídicamente que la querrela interpuesta por los consignatarios carecía de fundamento, el abogado contrario, de apellido Pativilca, sin argumentos para el contraataque, agobiado por la impotencia y la presión de sus clientes, se puso de pie y lanzó su cicuta:

—¿Y todo eso, doctor, usted lo sabe por carta propia o por *Carta-ajena*?

En la habitación se abrió un témpano de silencio. No un silencio viscoso, sino mineral. El aire rígido podía palpase. Todos los presentes habían

captado la argucia desleal de Pativilca. Ni entre ellos se miraban por vergüenza ajena. El golpe bajo desfiguró por un instante la fisonomía de Luciano, quien, convirtiendo su indignación en amor propio, cuando el barullo y los carraspeos comenzaban a multiplicarse, reaccionó dirigiéndose al presidente del tribunal sin dejar de señalar a Pativilca:

—¡Lo único que sé, señor presidente, es que este individuo es un macarero, un lilipendón y un miserable!

Las palmas atronadoras bajaron de las galerías pierolistas como una manada de caballos. Luciano se repeinó y, sin perder tiempo en pedirle a su agresor que se retractara, enfocándose en la materia del juicio para no empantanarlo más, profirió una convincente pieza de oratoria que sería suficiente para ganar el proceso.

—Mira, aquí tengo lo que dijo ni más ni menos que Raúl Porras Barrenechea sobre la intervención de Luciano.

El tío Gustavo sacó de su maletín un libro de historia polvoriento y empastado. Lo abrió en una página marcada previamente:

... la defensa de Luciano Benjamín Cisneros de la legitimidad del contrato Dreyfus es, probablemente, una de las más notables pronunciadas en nuestro foro, por la importancia social del asunto, la pugna de formidables intereses económicos y de rivalidades políticas y sociales a ellos anexas, y sobre todo por la enorme repercusión popular [...]. La de Dreyfus no fue una simple negociación privada, sino una de esas revoluciones sin balas que sacudió profundamente al país, que derivó más tarde en abusos y excesos, pero que abrió un nuevo cauce de esperanza y transformación histórica y social.

Así era Luciano. Lejos de amedrentarse, replicaba con sarcasmo las diatribas y devolvía el doble de lo que encajaba sabiendo que sus palabras contenían esquivas capaces de socavar para siempre la autoestima de quien intentara denostarlo o ponerlo en ridículo por su condición ilegítima. Ganó muchísimo dinero como abogado, pero, al igual que su hermano, mi bisabuelo, se empobreció durante la guerra del Pacífico hasta perder casi todo su peculio y sus bienes a manos de los chilenos que ocuparon Lima a la fuerza. De los dos, Luis Benjamín resultó el más perjudicado económicamente. En su estado de cuentas —el único papel que quedó tras su muerte— aparecen anotados unos vales de la Compañía Salitrera que ya entonces no valían ni medio real.

—¿Tampoco les quedaron propiedades?

—Ni una. Vendieron todo, hasta la casa de la calle de la Peña Horadada.

—¿Qué pasó con esa casa?

—¿Has escuchado hablar de Antonio Raimondi?

—¿El científico italiano? ¿El de la Estela Raimondi?

—Ese mismo. Él la compró. Sus primeros estudios sobre los recursos naturales del Perú, que luego se hicieron famosos y le dieron todo el renombre mundial que tuvo, los culminó en la misma habitación donde nació Luis Benjamín.

—¿Cuando vendieron esa casa, Luis Benjamín ya tenía párkinson?

—Sí, ya estaba muy enfermo.

—Esa es otra de las cosas que más me impresiona: la enfermedad que le impedía valerse por sí mismo, escribir...

—Pero que, irónicamente, lo acercó a Fernán. Cuando Luis Benjamín ya no podía ni sentarse a coger la pluma, mi padre se volvió su mano derecha, su secretario, su escribano, su lazarillo, su intérprete.

—La parálisis de su padre lo convirtió en escritor.

—Era el más sensible de todos los hijos de Luis Benjamín. Tal vez el único que podía poner en limpio lo que el viejo necesitaba decir... Si no me equivoco, por aquí debo tener una carta donde mi padre habla de él.

Después de hurgar unos segundos en su maletín, el tío Gustavo sacó del interior una carta amarillenta que, vista por detrás, dejaba traslucir dos párrafos de letras negras escritas a máquina. Era una hoja de otro siglo, tan liviana y delgada que se maltrataba aun cogiéndola levemente con las yemas de los dedos. El tío Gustavo se colocó los lentes y tomó distancia del papel.

El anciano en su sillón de ruedas. Qué espectáculo el de aquel torturado corazón rimando siempre versos en silencio. Qué espectáculo el de aquella mirada apacible y generosa dentro de la pesadumbre de su cárcel y pese a los dolores del cuerpo.

A diferencia de Luis Benjamín, que no bebió nada de su padre sacerdote, Fernán bebió demasiado de su padre escritor. Demasiado brillo, demasiado reconocimiento, demasiada ilustración. También demasiado silencio.

Mucho antes de morir por las consecuencias degenerativas del párkinson, Luis Benjamín ya había decidido callarse las cosas de su pasado. Nunca les contó a sus hijos quién era, de dónde venía, ni quién había sido Gregorio Cartagena.

Por eso, por vivir tan cerca de su padre, pero sin acceso a los escondrijos de su infancia ni al laberinto de sus miedos, aun sin haber nacido de la ilegalidad, Fernán, mi abuelo, se encaminó hacia ella y acabó reproduciéndola sin atenuantes.

—Hay una cosa más, tío.

—¿Qué pasa?

El único camarero que quedaba al cargo nos trajo la cuenta y retiró los vasos vacíos. Eran casi las seis. El ruido exterior había disminuido, pero pronto, con los movimientos de la noche en la ciudad, se reanudaría la sensación de caos callejero. Las sillas del restaurante habían sido colocadas patas arriba sobre las mesas y desde allí daban la impresión de estar agotadas ellas también, como recuperándose o tomando fuerzas para soportar el peso de los clientes del siguiente turno.

—Nuestro apellido, Cisneros...

—¿Qué tiene?

—No es el que nos corresponde.

—No me digas que no lo habías pensado.

—Sí, muchísimas veces, pero de qué sirve pensarlo a estas alturas...

—Deberíamos apellidarnos Cartagena, como el cura.

—O Benjamín, como Roberto.

—No, no, Roberto era un invento. Cartagena fue real. Su apellido debería ser el nuestro.

—Te estás olvidando de algo: si alguien no quiso que ese apellido prevaleciera fue el propio cura. No quería que lo miraran mal. ¿Qué crees que pensaron los hijos una vez que descubrieron que *Roberto Benjamín* no existía y que Gregorio era su padre? ¿Se sintieron orgullosos? No. ¡Lo odiaron! Por eso decidieron apellidarse como la madre.

—Pero eran hijos del cura. Eso no podían borrarlo. Aunque se pusieran otro nombre llevaban la misma sangre. Eso es irreversible.

—¿Y?

—No es normal vivir con un apellido equivocado.

—A ver, dime una cosa: ¿tú te sientes Cartagena o te sientes Cisneros?

—Cisneros.

—¿Por qué tanto problema, entonces? ¿Acaso quieres cambiarte de nombre?

—Quiero hablar solamente. Si alguien descubre que su apellido real es otro, ¿no te parece natural que surjan dudas, confusión, preguntas?

—Si a los hijos del cura no les importó, por qué tendría que importarte a ti.

—¿Tú crees que no les importó? ¿De verdad crees que no les importó?

—¿Sabes tú cuánta gente vive con un nombre que no le corresponde?

—Millones seguramente, pero ese no puede ser un consuelo.

—Tampoco debe ser un dilema.

—Uno no escoge sus dilemas.

—Pero sí escoge convertirlos en un drama.

—¿Te parece que estoy siendo dramático?

—Victimista.

—Explícate.

—En este país donde hay gente que se muere de hambre, de frío, de miedo, de pobreza, venir a preocuparse por el origen del apellido es un poco...

—¿Frívolo? ¿Desubicado?

—Sí, desubicado. Al fin una palabra adecuada.

—Te recuerdo, tío, que este es *tu* tema. Tú empezaste con la investigación.

—Porque quería saber, no cuestionar.

—Querer saber ya es cuestionar.

—Eres igualito de terco que tu padre. No quieres reconocer que estás haciendo una tormenta en un vaso de agua.

—El origen personal no será un problema de primera necesidad, pero eso no quiere decir que no sea un problema. Tampoco lo hagas pasar como algo insulso. Si la gente tuviera el tiempo y los medios, estoy seguro de que se interesaría por su identidad, su procedencia, sus antepasados, sus raíces.

—Lo dudo.

—Yo no.

—Yo sí. Las personas que no tienen plata, y que en este país son mayoría, solo se preocupan por tenerla. Están ocupadas sobreviviendo y dándoles de comer a sus hijos. ¿Tú crees que les preocupa el tema de su origen? ¡Ni hablar!

—No generalices.

—Tú te interesas por estas cosas porque estás bien educado, vives tranquilo, no te falta nada. Puedes permitirte.

—¿Cómo sabes tú que no me falta nada?

—Se ve.

—A lo mejor me faltan cosas que no ves, o no quieres ver.

—¿Como qué?

—Ahora mismo, un poco de receptividad y menos ironía de tu parte. Estás siendo un poco cínico, me da la impresión.

—¿Cínico?

—Tío, recuerda, por favor, eran ustedes quienes siempre hablaban acerca de «los Cisneros». Durante años, cientos de veces, en cada reunión. Y cantaban, recitaban, bailaban. Y mencionaban a Fernán y Luis Benjamín. Era una fiesta ser Cisneros.

—Lo es.

—Lo era.

—Buenas épocas. Se fueron rápido.

—En la casa de los abuelos, allí en La Paz, había una placa grabada sobre una pared que decía: «Esta es la casa de los Cisneros».

—Sí, sí, una placa de cerámica, escrita con letras góticas. La mandamos hacer...

—Yo crecí en esa casa, crecí viendo esa placa con ese apellido ilegítimo.

—¿Cómo que *ilegítimo*?

—Bueno, equívoco, erróneo, incorrecto.

—Nosotros somos Cisneros por Nicolasa.

—*Nosotros* no tendríamos que serlo. Mi bisabuelo debió llamarse Luis Cartagena Cisneros; mi abuelo, Fernán Cartagena Bustamante; ustedes deberían apellidarse Cartagena Vizquerra. Yo debería ser Cartagena Zaldívar. Cisneros es un apellido forzado, impuesto, postizo. Un apellido que debió perderse y quedarse atrás. Tú eres el experto en estas cosas. Lo sabes mejor que nadie.

—Lo único que sé es que ya han pasado dos siglos y hay varias generaciones de Cisneros muy orgullosas de serlo.

—Me pregunto cuántos de ellos sabrán que Cartagena es nuestro apellido real.

—Insistes con eso. ¿Es tan importante?

—¡Ustedes fueron los que nos enseñaron que era importante! Nos repitieron hasta el cansancio, domingo tras domingo, que el apellido paterno es el que se hereda, el que se transmite, el que trasciende, el que marca, el que prestigia. Nos explicaron que esa era nuestra herencia, nuestro patrimonio, nuestro ADN. Todo muy patriarcal y machista, ahora que lo pienso. No me

mires así, tío, ustedes decían esas cosas. Es lógico que se nos quedaran metidas en la cabeza. A mí se me quedaron.

—Solo falta que digas que les lavamos el cerebro.

—Más que un lavado de cerebro fue como una evangelización. Una muy eficiente, por cierto.

—¿Esa es otra queja?

—Solo quiero que hablemos claro y admitas que ustedes nos inculcaron esa admiración por un apellido que no era el verdadero.

—Lo único que hicimos fue darles las mismas bases que nos dieron a nosotros.

—Tú lo has dicho: fijaron las bases.

—¿Ese también es un pecado? Ahora resulta que fallamos en todo. ¿Acaso está mal que uno enseñe la historia de su familia?

—Si lo haces apoyándote en una mentira, y conoces esa mentira, llega un momento en que tienes que hacerte cargo.

—¿Eso quieres que te diga? ¿Que los Cisneros somos una mentira? ¿Unos hipócritas? ¿Unos farsantes? ¿Te sentirías más contento?

—Di lo que puedas, pero que sea verdad.

—Es que ya no sé qué decirte. Yo soy Cisneros. Me siento Cisneros. Siempre me he sentido Cisneros, incluso cuando supe de la existencia del cura. Por eso defendí el apellido de Nicolasa. Por eso hago las reuniones. Por eso lucho para mantenernos juntos. Ya está. No hay nada de traumático en eso. No hay que darle más vueltas al asunto. No tengo por qué sentirme mal. Tú tampoco te hagas tantas bolas en la cabeza. Uno es lo que siente que es.

—¿Lo que siente que es? ¿O lo que le toca ser?

—Lo que siente. Punto. Ya no me jodas.

TERCERA PARTE



Montevideo, 19 de abril de 1935

Hermano Alfonso:

Siéntate y dime. ¿Te parece que yo podría escribir una biografía de papá? Creo que me vas a decir que sí. El proyecto me da vueltas en la cabeza y cada vez me gusta más porque me llevaría a observaciones sociales y políticas muy interesantes. Tengo una buena documentación de este carácter. Mas existe un *pero* elemental que es una ironía de la vida. Y es que, a fuerza de discreto, yo nunca he preguntado nada sobre papá, y nada sé de su juventud, de su adolescencia, de su niñez. Cuando ya estuve en edad de que él me contara cosas tuyas, había perdido, con la palabra, la facultad para las confidencias paternas. La biografía escrita por un hijo no puede ir a tuestas. Yo voy y vengo por la vida de nuestro viejo sin tropiezo alguno, algo más, con claridad celeste, desde la casa de Sacristía de San Marcelo, pero para todo lo anterior tengo que atenerme a recuerdos que no sé si son recuerdos o interpretaciones antojadizas.

Tan discreto he sido que no sé si alguna vez te he contado una escena que todavía está llena de lágrimas en mi memoria. En 1899, cuando yo trabajaba ya en el archivo con papá, tuve una tarde una sorpresa estupenda. Sentado el viejecito enfermo en su sillón, frente a la puerta, y yo en la mesita del rincón más lejano, los dos en el silencio de esa sala en que a ratos se oían sus convulsiones, apareció de pronto en la mampara una mujer que vertiginosamente corrió hacia papá, se arrodilló a sus plantas, lo estrechó en sus brazos y lloró sobre su cabeza con sollozos apenas contenidos. Yo, que hasta ese instante no tenía ningún antecedente, me di cuenta automáticamente de la situación y avancé de puntillas para cerrar la mampara. La mujer se levantó, vino a mi encuentro y me abrazó también, muda, llorando. Papá, desecho en llanto, temblaba más que nunca. Llorando también, cerré la puerta y arrastré una silla para que ella se sentara. Y ya me dirigía a mi mesita de vuelta cuando papá, con una voz ronca que denunciaba un esfuerzo gigantesco, me gritó: «¡Hijo! ¡Es tu hermana!». Me volví hacia ella y la abracé.

Era Adelaida.

No mucho después, nuestro viejecito, como si hubiera querido completar la revelación, me dictó su testamento en medio de las emociones que ya imaginarás. En él, como es lógico, nombra a esas tres hijas mayores de las que yo nunca había sabido nada, Elvira, Adelaida y María Luisa, «tenidas en una misma persona», y las reconoce. Cuando Adelaida se volvió a París, estuve con ella para despedirla. Más tarde conocí a Elvira en *La Prensa*. Una mujer de muy baja estatura que pedía que me llamaran y conversábamos en el vestíbulo. Luego, por una temporada, protegí a su hijo en el mismo diario, y llegué a estar en su lecho de moribunda y acompañé sus restos. Enseguida inicié correspondencia con Adelaida, que me escribió agradeciéndome estas manifestaciones a su hermana. Por último, ahora mismo, he cambiado cartas con ella, que está ya muy viejecita y en soledad absoluta, pues acaba de perder a su compañera de muchísimos años, que fue su maestra de adolescencia en París y con quien vivió fraternalmente por más de cuarenta y cinco años.

Bien, hermano, yo no sé nada más ni de esto ni de nada.

Y es claro que no quiero saber para contar, sino saber para orientarme. ¿Por qué yo no sé nada de nuestro abuelo paterno? ¿Por qué no tengo ninguna idea de nuestra abuela Nicolasa? ¿Por qué no sé bien ni cuántos fueron sus hijos ni qué fue de ellos? Querría, necesitaría saberlo todo. Necesitaría referencias exactas de los tíos abuelos, un general de la independencia entre ellos. Necesitaría una buena biografía del tío Luciano. Necesitaría lo que llamaríamos un exacto itinerario de papá. Años en que viajó. Países que recorrió. Vida que hizo en Europa. Amigos que tuvo allá, peruanos y extranjeros. Principales acontecimientos a los que asistió. Guerra franco-prusiana. Muerte de Víctor Hugo. Necesitaría un relato fiel de lo que le ocurrió a nuestra familia durante la guerra con Chile. ¿Por qué volvieron a Europa en 1882?

En fin, ya ves que no sé nada. Hermano, dame un consejo. Seguramente si tú tuvieras tiempo podrías aportarme muchos de estos datos. Pero tal vez lo tengas para algunos, los que más discreción exijan. Los otros me los podrían aportar mis hermanas. Escríbeles. Diles de qué se trata. Diles que yo no quiero terminar mi vida sin haber puesto una piedra en el monumento de papá, y que estoy firme en que si no aprovecho este único minuto diplomático, que ya se me acaba, la lucha y el dolor me devolverán de nuevo a la impotencia.

Mil cariños para todos los tuyos y mil abrazos para ti.

F.

Mi abuelo Fernán tenía cincuenta y tres años cuando le puso su inicial a esta carta. Había vivido más de medio siglo sin saber la verdad de su familia, caminando a tientas. Había hecho deducciones y conjeturas a partir del testamento de su padre, pero le faltaban certezas contundentes, anclas que

estabilizaran el bamboleo que había sido su vida. Los encuentros con dos de sus hermanastras, Elvira y Adelaida, fueron afables pero muy esporádicos como para entablar una relación.

Alfonso, su hermano, tenía cincuenta y cinco. Jamás habían hablado entre ellos de las lagunas de su pasado hasta que llegó el momento de plantarles cara y ver cómo superaban juntos el vacío de esos inamovibles agujeros negros. «Querría, necesitaría saberlo todo», escribió Fernán dejando entrever la desesperación que turba a los hijos, o a ciertos hijos, en ese punto de la vida en que, desconcertados, advertimos que no sabemos nada real sobre nuestros padres y que saberlo es decisivo para atisbar el sentido de nuestra propia existencia.

Eran tantas las preguntas y especulaciones de Fernán que adjuntó a su misiva una lista de interrogantes esperando que Alfonso absolviese la mayoría de ellas:

¿Qué hacían nuestros abuelos en Huánuco? ¿Quién fue el general Pedro Cisneros? ¿Se sabe algo de la primera escuela a la que fue nuestro padre? ¿Se sabe qué posición ocupó la familia en el Gobierno de Ramón Castilla? ¿Y el amor? ¿Quién fue la madre de las primeras hijas de nuestro padre? ¿No se casó con ella por inferioridad o por oposición de Nicolasa? ¿Es cierto que en esa relación tuvo injerencia el presidente Castilla? ¿Es cierta la escena con su madre en los versos de *Aurora amor*? ¿Quiénes eran en Francia sus mejores amigos? ¿Quiénes sus caseros y hospedadores? Cuando volvió al Perú, ¿volvieron con él las hijas? ¿Cómo y dónde conoció a mamá? ¿Quién bendijo ese matrimonio? ¿Hubo matrimonio?

Las preguntas continúan con esa mixtura de asombro y ansiedad. Y mientras ahora las leo y releo, quisiera contestarlas una a una porque, a diferencia de Fernán, yo sí quiero saber para contar. Y quisiera haber estado ahí, a su lado, para sacarlo de su ignorancia, abrirle los ojos y decirle lo que ahora sé. Que su abuelo fue un sacerdote de nombre Gregorio Cartagena. Que su abuela, Nicolasa Cisneros, aceptó las mentiras y simulaciones que el sacerdote instituyó. Quisiera decirle que el de ellos fue un amor franco pero callado. Que su padre, Luis Benjamín, y sus seis hermanos eran bastardos y crecieron creyendo que eran hijos de un viajero que no existía. Que *Benjamín* no era un segundo nombre sino un apellido fraudulento. Que la mujer con la que su padre concibió a sus primeras hijas se llamaba Lucrecia Colichón y fue amante del presidente Ramón Castilla. Y que Adelaida, su hermanastra, quien

había vivido «fraternalmente por más de cuarenta y cinco años» con su maestra de París era, evidentemente, homosexual.

Todo eso quisiera decirle a ese hombre muerto que es mi abuelo, a ese montón de polvo y huesos molidos que solo conocí por fotografías, al que he aprendido a vislumbrar a través de sus cartas, sus libros; pero sobre todo a través de esos silencios que son para mí como bosques vírgenes, arduos corredores nocturnos por donde hace años transito.

En su respuesta a Fernán, Alfonso destapó todas las verdades que sabía. No he encontrado esa carta por ninguna parte, pero debió ser desgarradora.

Días después, mi abuelo le escribió estas líneas.

Montevideo, 10 de mayo de 1935

Hermano Alfonso:

Te mando un abrazo fraternal y con él toda mi gratitud por las noticias que me has enviado. Llevo 24 horas de un silencio profundo en mi espíritu. Yo sabía desde mi juventud que había en derredor de todo eso una tupida niebla que nadie tenía interés en rasgar. Alguna vez tomé un lápiz y un papel para trazar el árbol genealógico, pero no pude conseguir de parte de nadie sino los nombres recientes y algunas sonrisas que me parecieron nada más que bondadosas. Eso y el silencio de quienes podrían habernos dicho espontáneamente algo hicieron ahondar en mí una actitud de discreción ante el misterio. Pero claro que la discreción era presentimiento. En mi época de universitario, alguien, no recuerdo quién, me sostuvo que *Benjamín*, que yo creía nombre, era apellido, y recuerdo que para salir de dudas le hice la pregunta a mi tío Carlos. Este me dio a entender que sí, pero que la transformación era muy antigua. Desde entonces mucha gente me ha preguntado lo mismo y yo, haciendo caso omiso de la explicación piadosa del tío Carlos, he dicho invariablemente que no era cierto. Pero la duda seguía enroscada dentro, y me mandaba callar.

En el terreno de estas confidencias te diré que algo le comenté alguna vez al doctor Sánchez Concha en el campo patológico. Médicos y libros que yo leía le asignaban a mi enfermedad nasal un posible origen específico que yo estaba seguro de no haber adquirido jamás. Me parecía que había antecedentes oscuros a este respecto. La enfermedad de papá, cuyo diagnóstico nunca pareció claro, ni en el día de su muerte, así como el fallecimiento de sus hermanos mayores, también con síntomas de «ataxia», se me presentaban como signos reveladores. Yo quería saberlo con toda la discreción del caso para ponerme en tratamiento. A Sánchez Concha le dije que una enfermedad como la mía, aparecida en la adolescencia, no podía venirme sino de atrás y yo necesitaba una verdad cabal para ponerme en cura. Me lo quitó de la cabeza con un gran acento de convicción, con un calor paternal, y me aseguró que en Europa se le

habían hecho a nuestro padre enfermo todos los análisis del caso y que el tratamiento que prescribieron los médicos no tenía nada que ver con lo que yo suponía. Atribuyó el mal a una naturaleza sensible y al fracaso repentino de sus negocios y aspiraciones. Quedé convencido, si no totalmente, por lo menos para tranquilizarme cada vez que mi mal y otros viejos síntomas de insuficiencia biológica me renovaban la sospecha.

Tu dolorosa revelación, que me ha traído por sobre todas las cosas el bien de la verdad, alumbró, en mi concepto, el panorama espiritual y físico de nuestro padre y me hace asistir más íntimamente a las preocupaciones, los dolores y los amores que determinaron, desde la niñez, su psicología y fisiología. No me asusta ni me incomoda siquiera, después de la trayectoria ejemplar de los hijos, la ausencia de claridad en la raíz de aquel hogar. Para mí este está siempre iluminado por una madre abnegada como doña Nicolasa, inteligente, severa, tierna, digna de mejor suerte, y el dolor que se me impone consiste en imaginar la fuerza heroica y el desgaste nervioso que suponía, dentro de su desdicha oculta, cada gestación. Aquí me parece ver la causa del desmedro en la constitución nerviosa de los hijos y en la preponderancia de lo síquico sobre lo físico. Así se explica también que la ternura filial, en corazones impolutos como todos los de la época, se acrecentara con la gratitud y la compasión. Todo ello me sirve para querer a nuestro padre como padre y como el hombre en quien el secreto familiar, guardado con siete llaves, acabó por romper la atadura de los nervios, sacudidos por los inevitables contrastes de la vida.

Ya ves, hermano, si te estoy agradecido por esta identificación, que llega tarde pero llega.

A fin de agotar de una sola vez todo lo que el tema me sugiere y no volver sobre él nunca más, diré que la existencia de don Roberto Benjamín me parece más incógnita que nunca y se aproxima tal vez a lo fantástico. Es demasiado elocuente para mí que el testador, de alma religiosa, llame a Nicolasa por su nombre de soltera en un documento público en que también menciona a los hijos y dice que son de ella. Las partidas bautismales, al contrario, bien pueden ser concesiones sociales, aparte de que el acta de matrimonio, reclamada en su momento, entiendo que por el general Pedro Cisneros, nadie la ha visto. Pero fijate que para la transmisión de la herencia era indispensable decir la verdad a fin de poder identificar sin lugar a cuestión a los beneficiarios.

¡Pero ya basta! El dolor, si trae verdad, siempre es bueno.

El nombre de Lucrecia Colichón ha despertado una serie de recuerdos en mí. Yo maliciaba que por allí andaba la cosa. Hace muchos años que alguien me preguntó si yo quería ir a su casa para conocer a una señora tullida que me conocía mucho y que se alegraría de hablar conmigo. Deduzco que esa mujer, que ha muerto ya o quizá aún está viva, es Lucrecia.

En fin, ya está. Otro abrazo, hermano, callado y largo, lleno de amor y de veneración por los nuestros.

F.

De todo lo que Fernán escribió a lo largo de su vida no hay, para mí, nada que se compare a estas dos cartas. En ellas se desnuda, se libera del ropaje lírico de sus poemas, del camuflaje de sus discursos de embajador, del idealismo de sus ensayos, de la moral de sus artículos de prensa. Todos aquellos disfraces retóricos también habían sido usados por su padre, pero en Fernán se hacían más obvios. Sus versos románticos eran pura coraza, un blindaje para no hablar crudamente de esa pena que, cuando se emocionaba, se le salía a cántaros por las cuencas de los ojos. El pánico a ser incomprendido ante una verdad que ya olfateaba —una refracción del pánico de su padre a ser discriminado por su bastardía— quedó plasmado en esas rimas distractoras con las que desoía los gritos de su fondo.

Las dos cartas a su hermano Alfonso, en cambio, tienen una inocencia genuina y un furor incomparables. En ellas se enfrenta a su pasado, a su circunstancia y a la vulgaridad de su destino. En esas cartas está sometido al «silencio» de su espíritu, harto de «esa tupida niebla que nadie tenía interés en rasgar» y libre al mismo tiempo de «una duda que seguía enroscada dentro, y me mandaba callar». Las revelaciones de Alfonso le hicieron darse cuenta de que había «antecedentes oscuros» que explicaban la enfermedad nerviosa sin diagnóstico de Luis Benjamín. El mal de su padre, entendió, era síntoma de algún serio desbarajuste emocional producto de haberse creído durante años hijo de un señor irreal, un señor que «se aproxima a lo fantástico», y luego descubrir que no. El desorden neurológico de Luis Benjamín, comprendió entonces Fernán y comprendo ahora yo tantos decenios mediante, era consecuencia de haber tenido que adulterar la realidad para defenderse de ella. Así se originó esa conturbación denominada «ataxia».

Fernán se convenció también de que su propia enfermedad respiratoria venía de «muy atrás». ¿Habría pasado lo mismo con las agudas crisis asmáticas que yo mismo padecí de niño en la casa de La Paz, crisis que nadie relacionó con ningún precedente familiar y que me obligaban a dormir sentado noches y noches? ¿Esos inacabables ahogos pulmonares y torturantes silbidos de pecho habrán venido también de *atrás*? ¿Cuántas cosas nos llegan de *atrás*? Me gusta pensar que *atrás* es un punto cardinal diminuto que con los años no hace más que ensancharse hasta hacerse inatrapable. Una palabra que denomina no al

pasado, sino a las formas geográficas que le damos al pasado. Formas áridas y congeladas. El pasado como desván. Como cripta. Como socavón. O como una instancia que empezó siendo todo eso y luego, en algún punto, mutó hasta tornarse un paisaje inconmensurable, próximo y a la vez remoto. El pasado como un páramo con altibajos, una planicie a veces fangosa o resbaladiza, retocada por árboles que conmemoran recuerdos triunfales y dolorosos, o quizá solo dolorosos, árboles que de lejos parecen minúsculos pero de cerca intimidan como los fósiles de un animal prehistórico.

En todos los Cisneros —al menos en los que me conciernen— hay un resabio de esa agitación nerviosa, esa dificultad para respirar. «Los nervios sacudidos por los inevitables contrastes de la vida.» A mi abuelo Fernán se le hacían imperativas las revelaciones porque conocía su efecto curativo. Sin embargo, cuando supo cómo había sido urdida la historia de su familia y de dónde venía su apellido, es decir, cuando supo el origen de su nombre y asimiló el significado y trascendencia de aquello, reapareció su «discreción ante el misterio». Ante sus hijos —entre ellos el Gaucho, mi padre— mi abuelo mantuvo su prudencia de embajador, su doble rasero y no dijo nada.

Claudicó en todos los sentidos porque ni siquiera volvió a escribir poesía. Al saber la verdad de su vida renunció a la verdad de la literatura. No lo hizo poco a poco, sino de golpe, como quien desocupa una habitación muy querida que de pronto le urge abandonar porque dentro se ha producido un estallido y algo ha muerto y ya ha empezado a pudrirse.

Lo último *literario* que escribió mi abuelo Fernán fueron precisamente esas dos cartas a su hermano Alfonso, y quiero creer que en el hecho de no destruirlas, de preservarlas en buen estado, hubo una decisión de perpetuar la verdad, esperando que ese material llegase algún día a las manos adecuadas.

Cuando el tío Gustavo accedió a esas cartas y, por ende, a la secuela de certezas insoslayables que la correspondencia traía consigo, tenía la escandalosa edad de sesenta años. Sesenta años de ignorancia y oscuridad. Intentó compartirlas cuanto antes con los hermanos vivos que le quedaban, pero no recibió la respuesta que esperaba. Nadie lo alentó a profundizar su investigación. Hubo tibios empujones de parte del tío Reynaldo, algo hizo también la tía Carlota; pero los demás, incluido mi padre, lo ningunearon. No querían entender ni despejar los nubarrones que copaban su mundo. No creían en eso de que «el dolor, si trae verdad, es bueno».

Lima, 1890

Los quebrantos y paradojas de mi abuelo empezaron con sus prematuros conflictos de identidad. Nació en París en un hogar triste, a dieciocho días del fallecimiento de Gonzalo, el hermano de tres años que no llegó a conocer.

¿Puede el nacimiento de un hijo atemperar la desaparición de otro? ¿Puede la presencia de un niño neutralizar el recuerdo vivido del ausente? ¿Puede un ángel derrocar a un fantasma? ¿Puede la vida imponerse así de rápido a la muerte? No veo cómo: la muerte aplasta la vida con brutalidad. Los signos de la muerte anulan los signos de la vida con tal eficacia que, al cabo de unos años, recordamos más, mucho más, el día en que nuestros parientes se fueron a la tumba que el día en que nacieron, y recordamos con más precisión los años que llevan de muertos, y nos cuesta cada vez más calcular los años que cumplirían de seguir entre nosotros. La fecha del sepelio, trágica, definitiva, ulterior, se impone a la fecha del nacimiento, al punto que los cumpleaños de los muertos, o de los vivos antes de morir, acaban por perder su sentido y significado.

Fernán nació bajo esa impronta en una casa macilenta, sin sonrisas, o con sonrisas que eran disimuladas muecas de dolor. Su niñez, además, se vio afectada por el deterioro de su padre. A medida que Fernán crecía, Luis Benjamín se ovillaba, torturado por los rigores de su enfermedad. Algo de esa decrepitud debió penetrar en su temperamento, minando de pesimismo o precaución sus primeras opiniones sobre el mundo y la vida.

Fernán adoraba con tal reverencia a su padre que le dedicaba poemas a escondidas, como un niño enamorado que busca congraciarse con el objeto de su amor sin saber cómo, y que se frustra y prefiere guardar cierta distancia contemplativa antes que fracasar. Mi abuelo estaba tan unido a su padre que se

esmeró en encauzar sus pocas energías cuando Luis Benjamín comenzó a enfermarse. Pero su padre era un hombre ilustre y reputado, y ese renombre, a la par que provocaba en el hijo corrientes de orgullo, también lo saturaba o empequeñecía. Su amor por ese hombre le hizo creer que su papel en el mundo solo podía ser discipular. Era consciente de que mientras más cerca estuviese de él, menos reconocible se haría para los demás; y sabía que, al compartir los intereses y perspectiva de su padre, el reto de existir como individuo sería monumental, pero no le importaba.

Solo cuando Luis Benjamín murió, Fernán pudo surgir. Tenía veintidós años. Antes no hubiera podido. Destacar antes hubiese constituido un acto parricida que él era incapaz de llevar a cabo. No podía siquiera pensar en superponerse a Luis Benjamín, pues tampoco tenía talento suficiente para desmarcarse ni brillar con una intensidad parecida. No tenía el ansia, la espesura, ni la mirada oceánica del padre. No había vivido los dramas del padre. Tenía, en todo caso, sus propios dramas, pero a los veintidós estaba aún muy lejos de identificarlos y llamarlos por su nombre. Sin autonomía, supeditado a su condición de «hijo del primer poeta coronado del Perú», se sentía un satélite, un apéndice, un elemento accesorio.

Un día de 1897, al recibir Fernán su diploma de graduación del colegio Labarthe, vio que el cartón decía «Luis Benjamín Cisneros». Alguien lo había confundido, como si el único Cisneros digno de aparecer mencionado en un diploma fuese el padre. Su mamá prometió enmendar el error pero nunca lo hizo, y el diploma mentiroso quedó colgado así todos los años siguientes remarcándole su inexistencia.

Su propia partida de nacimiento, tramitada en París, también contenía una falla. No decía *Fernán* exactamente, sino *Ferdinand*. El funcionario encargado hizo una traducción libre sin que nadie se lo solicitase, y cuando Luis Benjamín fue a recoger el documento, al encontrar detrás del mostrador a un hombre esquivo y malgeniado, se sintió corto de hacerle notar su equivocación, así que prefirió no importunarlo asumiendo que su hijo corregiría el error en el futuro.

Nadie llamaba a mi abuelo por su nombre. En el colegio Labarthe le apodaron Cabezón, y cuando ingresó en la Universidad San Marcos los demás estudiantes le llamaban Cisneritos. No fue extraño entonces que durante sus primeros años como periodista, años en los que su padre todavía vivía, Fernán firmara sus artículos con seudónimos. En *El Tiempo* escribió unas quintillas que, bajo el título de *Fin de Semana*, firmaba como Don Tito. Luego usó otros

apelativos —Zeta, Juan Peruano o Cavaradossi— para firmar notas parlamentarias y crónicas teatrales, donde reseñaba montajes, óperas, zarzuelas y contaba las disputas tras bambalinas entre «caballeros que intercambiaban trompadas en los vestuarios en defensa de sus actrices favoritas». También sus reportajes taurinos los publicaba con un alias: Retazos.

Si bien emplear seudónimos era parte de una costumbre de intriga periodística de la época, en su caso no se trataba de una moda. Era timidez, laconismo, repliegue. Una manera de no asumir su lugar en el mundo. De no tomar la palabra. Tal vez su nombre le incomodaba, o tal vez pensaría que, mientras su padre viviera, a él no le tocaba otra cosa que ser el hijo invisible de una celebridad literaria (uno de sus primeros artículos de opinión empieza diciendo: «Yo soy muy poca cosa»). Y como amaba a su padre y solo deseaba que el viejo se recuperara de los temblores, posiblemente llegó a creer que su manera de contribuir a ello era evitando toda audacia y figuración. Mi abuelo asumía que su padre podría deprimirse, acaso hasta enfermarse más si percibía que le arrebatában sin querer algo de atención, y estaba dispuesto a inmolarse, a privarse de todo lucimiento con tal de que este consiguiera restituirse y vivir algunos años más, aunque eso significara mantenerse sumergido, anclado, fuera del cañón de luz que caía directa y exclusivamente sobre Luis Benjamín Cisneros.

Cuando su padre murió, mi abuelo notó con terror cómo, bajo la amargura de la pérdida, fluía el torrente de una libertad nueva. Había pasado años sospechando que él sucumbiría cuando faltara su padre y ahora resultaba que no. Una vez que probó los efectos purificadores que se habían desencadenado dentro de sí, ya no quiso dejar de experimentarlos. Al principio todo era difuso, pero, poco a poco, Fernán percibió en su mente sólidas mudanzas, agrupaciones irreversibles, y fue consciente de que al fin se ensamblaban en su interior tuercas que habían estado demasiado tiempo dissociadas, desconectadas las unas de las otras, esperando el momento correcto para compenetrarse y echar a andar un mecanismo que, de otro modo, habría quedado inutilizado para siempre. Solo cuando su padre murió, acabaron las postergaciones para mi abuelo Fernán. Entonces surgió. Despuntó. Se salvó. Se sintió liviano. Se atrevió a encarar lo que venía. Y empezó a firmar artículos con su nombre. Y por primera vez creyó que era posible ser alguien. Ser otro. Existir.

Las cartas de mi abuelo a su hermano Alfonso están firmadas en Montevideo en 1935, catorce años después de que el presidente Augusto Bernardino Leguía lo deportara del Perú; una deportación que marcó su destino y marcaría el de sus hijos y nietos de un modo que Fernán no pudo figurarse la tarde en que llegó al muelle del Callao obligado a irse del país.

Todo había empezado en el diario *La Prensa*.

Desde que vio la luz en 1903, *La Prensa* mantuvo una línea de oposición muy crítica al Gobierno civilista de Manuel Candamo, cuestionando tanto las declaraciones del presidente como las de sus ministros; en especial, las del ambicioso ministro de Hacienda Augusto B. Leguía. Años después, cuando Leguía subió al poder, las relaciones se hicieron aún más tirantes y antipáticas.

La mañana de 1906 en que llegó a *La Prensa*, Fernán se quedó un buen rato admirando la fachada del edificio colonial número 745, ubicado en la calle Baquíjano del cruce de la Unión, antes de entrar en el vestíbulo y preguntarle al hombre que hacía de vigilante en cuál de los tres pisos funcionaba la redacción.

—En el segundo. Subiendo la escalera, a la izquierda —le respondió sin mirarlo.

Los peldaños de mármol se le hicieron interminables.

De una puerta vio salir apurados a dos jóvenes con portapliegos y supo que esa era la oficina que estaba buscando. Se asomó. La sala donde se apiñaban los escritorios resultó ser más pequeña de lo que había imaginado. Unas pesadas lámparas con bracitos de bronce se descolgaban peligrosamente del techo. En la pared más ancha, entre una pizarra negra y un reloj con números romanos, el retrato del fundador, Pablo de Olazábal, parecía amparar o más bien vigilar a esa veintena de hombres adustos que fumaban y hablaban en voz alta mientras escribían a mano las notas de la edición del día siguiente. Desde la primera planta llegaba el resuello estrepitoso de la máquina rotativa que días antes acababa de ser instalada. Al cruzar apenas el umbral de la puerta, aspirar el aire concentrado que emanaba la redacción, ver el desorden de los montones de papel, advertir a los redactores entregándose documentos con actitud confidencial y oír esas voces de tertulia que discutían asuntos que parecían estar a punto de modificar para siempre la historia del Perú, Fernán se sintió dentro de un templo en el cual se profesaba una religión a la que él

debía pertenecer. Tenía veintitrés años recién cumplidos y, aunque había trabajado antes escribiendo notitas ínfimas para *El Tiempo* y *El Redondel*, solo en la sala de *La Prensa*, al lado de esos hombres de traje y bigote que ahora lo escrutaban con indiferencia pero de quienes se volvería amigo entrañable, se curtió a plenitud en las satisfacciones, gajes y sinsabores del periodismo.

Desde un inicio se aplicó recabando la mayor información posible en cada comisión asignada, escribiendo sus artículos, por muy nimios que fuesen, con una escrupulosidad de relojero, huyendo de redundancias y frases hechas, tratando de ganarse el respeto no solo de sus colegas —todos cronistas más fogueados—, sino del director, don Alberto Ulises Calle, un cincuentón de quijada prominente y obesidad desmesurada que intimidaba menos por su aspecto que por los vaivenes de su personalidad: si un reportero le traía una noticia que juzgaba fallida o incompleta, podía perder los estribos en minutos y acabar lanzándole por encima de la cabeza la misma silla donde segundos antes lo había invitado cordialmente a sentarse. No podría haber imaginado Fernán en esas primeras semanas de deslumbramiento que solo dos años después se vería en la obligación de asumir abruptamente la dirección del periódico.

Ocurrió en 1908. El flamante presidente Augusto Bernardino Leguía había mandado encarcelar a todo el directorio de *La Prensa* y a varios de sus periodistas principales —empezando por Alberto Ulises Calle— por respaldar un levantamiento contra el Gobierno producido en la sierra central. Ante la emergencia, mi abuelo fue elegido para ponerse al frente de la diezmada redacción.

En esos años la prisión era un castigo habitual para periodistas de oposición, en general para todos aquellos que el régimen considerara sus detractores. El propio Fernán acabó en la Prefectura en junio de 1909 por un capricho de Leguía, mejor dicho, por un desatino del señor Boris Kirchhoff, un técnico alemán que había llegado unos años antes a *La Prensa* para instalar una máquina impresora con mejor tecnología y supervisar la marcha de la rotativa del primer piso. El señor Kirchhoff era aficionado al tiro al blanco y mientras vivió en el Perú participó en varios campeonatos llegando a ganar el torneo más importante de la época, el premio Juan Gildemeister. Como todo tirador, tenía armas deportivas, algunas de las cuales guardaba o escondía en una oficina de *La Prensa*, pues el campo de entrenamiento quedaba a solo dos manzanas de allí. Ese hecho sería irrelevante si no fuese porque en aquel junio

de 1909, doce horas después de la revolución de los hermanos Amadeo e Isaías Piérola —un episodio violento que mantuvo al país en la incertidumbre y que supuso un asalto al Palacio de Gobierno seguido del secuestro temporal del presidente Leguía, que fue conducido por las calles y forzado sin éxito a dimitir—, el Gobierno ordenó una requisita policial en *La Prensa*. El presidente estaba seguro de que el periódico que ahora dirigía Fernán Cisneros había coordinado esa artimaña poniendo en peligro su vida y la continuidad de su mandato.

La Policía Armada entró en la redacción con prepotencia, pateando puertas, derribando escritorios, rompiendo cristales, dando culatazos a quienes oponían resistencia, acusando a todos de confabularse contra el régimen. Fernán estaba en su despacho, la chaqueta colgada en el respaldo de la silla, los dedos veloces como libélulas sobre una Remington negra, escribiendo la crónica de la revuelta de los hermanos Piérola. Los agentes irrumpieron sulfúricos y le informaron a gritos que revisarían todos los rincones. Fernán aceptó la inspección con un respingo, advirtiéndoles que no encontrarían un solo indicio incriminatorio. No pasó mucho rato antes de que dieran con las dos pistolas y los tres rifles Mauser que Boris Kirchhoff tenía arrumbados dentro de un archivador. Los policías encontraron risible el argumento de las «armas deportivas», y con esa única prueba, según ellos flagrante, el Gobierno clausuró *La Prensa* y metió preso a Fernán durante quince días.

Su segundo encierro, meses después, fue más prolongado: ciento veinte días en la siniestra penitenciaría conocida como El Panóptico, por intentar publicar una edición clandestina de *La Prensa*. En la cárcel mi abuelo se pasaba noches enteras leyendo novelas de Zola —por encima del toque de campana que obligaba a los presos a dormirse—, a insistencia de sus compañeros de calabozo, tres jovencitos indígenas y analfabetos que habían sido recluidos a perpetuidad por homicidas, a quienes la voz y las palabras de Fernán salvaban de la mayor pesadilla del confinamiento: quedarse dormidos y soñar con la vida libre que llevaban antes de perpetrar sus crímenes.

Diez años más tarde, en 1921, cuando Leguía regresó al poder como dictador, volvieron los avatares para mi abuelo. En esos días el Gobierno se preparaba para celebrar el primer centenario de la independencia y con ese propósito se organizó la construcción de monumentos, hoteles y una ancha avenida que sería bautizada con el nombre del presidente. A través de las páginas editoriales de *La Prensa*, Fernán reveló que el Gobierno pretendía

gastar la desmedida cifra de cincuenta millones de dólares. El titular de portada en clave de pregunta era: «¿Por qué una celebración implica tal derroche de dinero?». A la mañana siguiente, una mañana cualquiera de marzo, sin haberse alejado cien metros de su casa, justo cuando empezaba a agradecer los últimos destellos de sol sobre la plaza Bolognesi, fue sorprendido por esbirros del Gobierno que ni tiempo le dieron de averiguar qué estaba ocurriendo. De la Intendencia de Policía lo trasladaron a empellones a la Prefectura y luego, en barco, a la isla San Lorenzo, donde se había mandado construir una cárcel para «presos políticos». Su captura dio pie a reacciones populares y pronunciamientos por parte de políticos y coaliciones estudiantiles. Las presiones fueron tantas que Leguía acabó devolviéndole la libertad.

Pero mi abuelo Fernán no se quedó tranquilo y a los pocos días de salir de la cárcel convocó a una manifestación en la plaza de la facultad de Derecho de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, donde tomó la palabra en favor de los que seguían metidos en prisión. La muchedumbre colmó el recinto clamando justicia, aplaudiendo a ese tozudo orador que parecía haberse obsesionado con quebrar los nervios del presidente. Cuando Fernán salía en hombros haciendo con los brazos señales de victoria, una tropa militar entró en la plaza y dispersó a la concurrencia con una seguidilla de tiros al aire. Al darse cuenta de que los agentes lo perseguían, mi abuelo buscó primero cobijo en la puerta del Club Nacional y de allí emprendió una carrera de velocista, en zigzag, hasta *La Prensa*, donde logró encerrarse para escribir un editorial fustigando el proceder matonesco de los militares en el desbaratamiento de la exitosa reunión en San Marcos. A la medianoche, el intendente de la Policía Braulio Godoy se presentó en su oficina con un decreto según el cual «se expropiaba *La Prensa*, incluidas todas sus instalaciones por utilidad pública». Fernán desgarró el sobre, leyó el contenido e hizo trizas el papel en las narices de Godoy.

—¡Este decreto no cumple los requisitos de ley, oiga usted!

El rapto de dignidad le costó muy caro. Lo desmayaron de un latigazo y al día siguiente amaneció boca arriba, mirando el techo sin orificios de la cárcel desde una cama de cemento al pie de la cual se desordenaban una bacinica, una escudilla, un jarro, una cuchara, una escobilla y un peine.

Hubo un nuevo cargamontón público y lo soltaron a las horas. Entonces mi abuelo volvió inmediatamente al local de *La Prensa* encontrándose con la sorpresa de que el Gobierno había confiscado todas las máquinas y

manipulado la última edición, pergeñando un editorial muy favorable a Leguía, sin dar una sola explicación de lo ocurrido con los periodistas la madrugada anterior. Al ver que el periódico que él y sus compañeros habían defendido tanto era ahora un matutino apócrifo, Fernán acudió a las oficinas de *El Comercio*, donde accedieron a publicarle una carta denunciando la usurpación de *La Prensa* a manos de los secuaces de Leguía.

En esos días varios opositores caían en redadas y acababan expulsados a países remotos. Sabiendo que podía correr una suerte semejante, mi abuelo optó por no emprender acciones apresuradas. La cordura le duró solo unas semanas. Una noche convocó a redactores y linotipistas en su casa y los persuadió de imprimir y circular una edición clandestina de *La Prensa* en tamaño tabloide «para poder denunciar los atropellos del régimen». Los hombres inicialmente se mostraron indispuestos recordándole que años atrás habían tanteado algo similar con resultados nefastos. «Esta vez tendremos más cuidado», los animó Fernán. El diario clandestino, les anunció, se llamaría *La Prensa Chica*.

La edición subrepticia logró difundirse a pesar de que el mismísimo ministro de Gobierno ya estaba tras los pasos de mi abuelo.

El ministro era Germán Leguía Martínez, un primo del presidente al que apodaban el Tigre Leguía. Había sido un actor de teatro con condiciones naturales para el escenario, pero no había conseguido sedimentar una carrera dramática debido a un defecto en la visión: era bizco. Su estrabismo, sin embargo, no sería impedimento para que el presidente, conocedor de su temple hosco y falta de escrúpulos, lo convocara y asignara la exclusiva misión de reprimir opositores.

En adelante, el Tigre, metido ahora en su acre papel de verdugo, se dedicó a perseguir a periodistas, impedir conciliábulos, ejecutar deportaciones, intervenir medios de comunicación y encarcelar en la isla San Lorenzo a políticos de oposición, con una curiosa predilección por los miembros del partido civilista. «No hay mejor civilista que el civilista preso», afirmaba con los rezagos de grandilocuencia de sus tiempos de actor. Fue suya la idea retorcida de resucitar como prisión política la temible isla de Taquile, ubicada en medio del lago Titicaca, a más de tres mil metros de altura, donde la menor de las ventiscas era una tormenta que quitaba el aliento al más recio, y donde los guardias obligaban a los prisioneros a confesar sus faltas y delatar a sus cómplices aplastándoles con alicates los dedos de los pies.

Pero ninguna táctica le sirvió al Tigre para evitar que el 4 de julio de 1921, justo el día del aniversario de la revolución de su primo, apareciera *La Prensa Chica*, una simbólica victoria periodística de la oposición. Cuando el diario llegó a manos del Tigre, sus ojos estrábicos comenzaron a bizquear compulsivamente. Lo examinó línea por línea, tarea que le tomó el día entero, y en cuanto acabó de leer el editorial firmado por Fernán sintió una cólera progresiva que degeneró en sed de venganza.

Aquí estamos y estaremos, perseguidos o no, apresados o no, desaparecidos o no. Ostentábamos, como seguiremos ostentando, el convencimiento de que la sinceridad y la abnegación son las armas que acabarán por siempre con el despotismo, entregándolo a la vergüenza de la historia. *La Prensa* ha significado, y significa a mucha honra, la pesadilla de los que creen que al apoderarse del Gobierno se han apoderado del Perú, de la libertad, de los intereses y de la vida de los peruanos.

FC

—No lo torturen, solo tráiganlo —indicó el Tigre a sus chacales antes de montar la impecable persecución que acabaría con Fernán otra vez metido en prisión, acusado de conspirar contra el Gobierno.

Esta vez lo condujeron de la Prefectura a la isla San Lorenzo, y de allí lo llevaron rumbo a Panamá a bordo del Mantaro, un vapor de dos motores y viejas calderas que avanzaba abriendo surcos dispares en el mar.

El exilio de mi abuelo empezó el 21 de julio de 1921, casi un siglo después de la independencia. Tenía treinta y ocho años.

Pienso ahora en los diferentes destierros de esta historia e intento proyectarlos como si fuesen episodios que el azar hubiese concatenado: el destierro nominal de mi tatarabuelo Gregorio Cartagena, que fue borrado del mapa por sus descendientes (y que antes había sido exiliado en un páramo por Pedro Cisneros); el destierro emocional de mi bisabuelo Luis Benjamín, que dejó el Perú por veredicto de su madre para reinventarse en París; el destierro político de mi abuelo Fernán, que pasó treinta años entre Panamá, Ecuador, Argentina, Uruguay, México y Brasil, países donde se descubrió como diplomático, se confirmó como periodista y se diluyó como poeta; el destierro ético de mi padre, el Gaucho, el militar, el exministro, que a los veintiún años debió dejar Argentina, el país donde nació, para irse al Perú sin quererlo ni necesitarlo del todo. Y, finalmente, mi propio destierro voluntario, aquí en Madrid, donde me encierro a diario en una habitación con una gran ventana,

por la cual veo pasar las siluetas de hombres y mujeres a quienes no me une ningún vínculo ni sentimiento específico, salvo la cálida sospecha de estar en el lugar indicado. El único lugar posible para sentarme a escribir estas palabras.

Lima, 1905

Mucho antes de su deportación, pasada ya la muerte de su padre, Fernán se había casado en Lima con su novia, Hermelinda Caicedo, quien había quedado encinta presumiblemente la noche de 1905 en que ambos se acostaron decididos a quitarse juntos la virginidad.

Con veintidós años, Fernán estaba a punto de ingresar en *La Prensa*. Aún era ese muchacho cabizbajo que dudaba de sí mismo mañana, tarde, noche. Hermelinda contaba con dieciséis y no tenía más ideas para su futuro que la de conseguir un marido que le garantizase las mismas comodidades de las que hasta entonces había disfrutado gracias al patrimonio de su padre, don Ilegario Caicedo, un médico especializado en viruela y tosferina; enfermedades tan extendidas en la Lima de esos años que al doctor Caicedo le faltaban manos para atender a los enfermos que llegaban en estado crítico hasta la puerta de su casa.

Fernán no quería casarse tan pronto, pero recibió presiones directas de don Ilegario, quien impuso el matrimonio como la única forma digna de rebajar la humillación pública del embarazo no deseado de su hija, quien en los días previos a la concertación de la boda llevaba una barriga lo bastante aparatosa como para que algún vestido pudiera cubrir lo que muchos de sus propios parientes, católicos recalcitrantes, ya calificaban como «pecado mortal».

Tras el casamiento pasaron a vivir en la residencia de los Caicedo, donde Hermelinda dio a luz una niña a la que llamaron Bernarda.

La paternidad no hizo que Fernán se enamorara más de su esposa, pero sí que se comprometiera con ella y con esa nueva familia que empezaban a formar. Al menos así fue durante los ocho años que vivió Bernarda. Murió en

1913 a causa precisamente de la tosferina, cuya agresividad rebasó los conocimientos de ese médico experto que era su abuelo.

Como la niña no estaba bautizada, el mismo día de su muerte, horas después de oficializarse el deceso, Hermelinda buscó en el centro de Lima a Adolphe Dubreuil, encargado del estudio fotográfico Courret, para que eternizara a Bernarda en un daguerrotipo con los «ojos abiertos», como se hacía entonces con los niños que no habían recibido el sacramento, pues se creía que solo así podían «entrar en el cielo y ver la gloria del Señor». Dubreuil tenía una técnica muy efectiva que muchos consideraban chocante: sentaba a los pequeños cadáveres en una silla, ataba sus brazos al respaldo para fijar la posición y, colocándoles pegamento en los párpados, creaba el efecto de unos ojos truculentos pero extrañamente vivos.

Con la desaparición de la niña, Hermelinda envejeció veinte años.

Una mañana, al despertar, se colocó un velo negro y se paseó como ida por las dos plantas de la casa de su padre. En cada habitación decretó que nunca más se mencionara el nombre de Bernarda en su presencia. Lo que hizo después fue rogarle a Fernán que la sacara de ese lugar porque intuía que el ánimo intranquila de su hija la perturbaría para siempre.

Los hijos posteriores negarían durante muchos años la existencia de aquella primogénita, quizá porque reconocerla era una forma de admitir la unión obligada de sus padres; además de revivir el capítulo más desagradable para la familia Caicedo, en especial para don Ilegario, a quien la culpabilidad por no haber podido salvar a su primera nieta lo martirizó durante lustros. Por eso se deshicieron del daguerrotipo donde Bernarda aparecía muerta, e incluso buscaron infructuosamente suprimir de la antología lírica de Fernán un poema que él había escrito bajo el muy elocuente título *Mi hija muerta* y que era la mejor demostración de la malograda existencia de esa niña.

*Y al mirar de mi hija los tiernos despojos
los abiertos labios todavía rojos
y las manos juntas pidiendo merced,
sofocando mi alma, le cerré los ojos
y clavé los míos sobre la pared.*

Para distraerse de la tragedia y tratar de comenzar de cero, el matrimonio alquiló una casa rosada, de un solo piso, ubicada frente a la plaza Bolognesi. Allí nacieron Sarino, Rosaura, Fortunato y Magdalena. Durante muchos años

Fernán hizo milagros con las cincuenta y siete libras mensuales que recibía de *La Prensa* para sufragar las necesidades básicas y proveer a sus hijos de un mínimo bienestar. Para marzo de 1916, cuando nació el último, el tercer hombre, al que bautizaron Belisario pero llamarían Benito, la familia ya se había acostumbrado a pasar varios sobresaltos económicos. Según Hermelinda, Fernán malgastaba el magro sueldo que recibía con sus amigos del periódico, perjudicando los fondos del hogar. «¡Siempre tienes dinero para la calle!», le reñía sin que él se atreviese a refutarla, dejándola renegar en esos monólogos cargados de acusaciones que, por otra parte, no carecían de verdad; porque era cierto que después del trabajo Fernán visitaba con inusitada frecuencia las atestadas chicherías del Centro, en cuyo ambiente de mesas grasientas, voces aguardentosas, retintineo de copas, clamores de camareros y chasquidos de parroquianos encontraba una extraña paz que lo oxigenaba de la accidentada convivencia con su mujer.

La llegada de Benito propició una tregua doméstica. Las recriminaciones diarias de Hermelinda cesaron y algo de la antigua estabilidad familiar se instaló de nuevo como una eficaz decoración de utilería. Las estrecheces aún continuaban, pero durante unos meses los esposos vivieron o creyeron vivir en un clima de armonía que, no tenían cómo presentirlo, tenía los días contados. Al llegar diciembre, la rajadura que había ido creciendo entre los dos pasó a convertirse en un boquete.

La noche del sábado 2 de diciembre, Fernán dijo tener una comisión que cubrir para *La Prensa*, pero era una excusa para asistir a un *show* en el teatro Municipal. Una bailarina española acababa de llegar a Lima contratada por empresarios que buscaban disipar con sus montajes la depresión mundial de la Gran Guerra. Era una sevillana que había actuado antes en Buenos Aires, Santa Fe, Montevideo, Santiago, Viena, París y Madrid, y que venía precedida por una fama de arrasar con el público cada vez que saltaba al escenario, tal como constaba en diversas crónicas teatrales. Era una mujer de piel pulquérrima, ojos inmensos como caramelos negruzcos, que ejecutaba danzas orientales con los pies desnudos y los empeines pintarrajeados, que no usaba corsé, para deleite del auditorio masculino, y de quien se decía que era «la reencarnación de Salomé», «la heredera de Isadora Duncan», «la sucesora de Mata Hari». Su nombre era Carmela Valencia, pero en el ambiente de las revistas y varietés todos la llamaban Tórtola.

Su presentación en Lima fue un triunfo exorbitante. Al igual que todos los que abarrotaron el teatro esa noche a pesar de la lluvia, Fernán quedó

obnubilado por su belleza superlativa y la forma lasciva en que se contoneaba.

Minutos después de la función, que duró cerca de dos horas, mi abuelo fue hasta el camerino de la diva española con la excusa de hacerle una entrevista. Una aglomeración de empresarios, reporteros, fotógrafos y curiosos pugnaba por verla de cerca. Una mujer abrió la puerta del vestuario, asomó su cabeza en medio de aquel pandemonio y anunció que la artista concedería una sola entrevista. Los hombres protestaron levantando sus bastones y paraguas. Menudo y tristón, Fernán se anticipó al pelotón, se franqueó el paso surcando la jungla de piernas y, una vez que ganó el frente, el cuerpo erguido dentro del gabán, la sonrisa pícara, una mano revoleando el sombrero de fieltro, la otra moviéndose según el ritmo que marcaban sus palabras, se presentó en voz baja ante la mujer como «poeta y cronista titular del diario *La Prensa*» mostrando velozmente su credencial. La asistente de Tórtola cedió ante sus morisquetas galantes y al verlo pacífico e inofensivo lo eligió entre los demás varones agolpados allí. «Pase por aquí», dijo. Fernán hizo caso omiso a los chiflidos de descontento y entró con sumo cuidado a una recámara de muros blancos, avanzó por un suelo poblado de tapices con motivos que le parecieron japoneses pero eran egipcios y tanteó las paredes vacías hasta llegar al final de un apretado corredor.

Allí la vio. Tórtola Valencia estaba sentada frente a un espejo borrándose uno por uno los lunares pintados de la cara, radiante bajo las intermitentes bombillas rojas del tocador, aún descalza, los ojos como piedras mojadas, el vestido de seda marcando el arco de su cadera. Al verlo estático, invitó a Fernán a acomodarse, le ofreció algo de beber y pidió a su asistente que no los interrumpieran en las siguientes dos horas. Se miraron. Se agradaron. Conectaron.

Ella se disparó a hablar yendo de un asunto al otro con el mismo compás con que bailaba, y Fernán se dedicó a oírla y contemplarla; de tanto en tanto, dejaba suelto un apunte erudito, improvisaba un verso, le buscaba la risa y le hacía preguntas como si en verdad fuese a escribir un reportaje para el día siguiente. Ella le subrayó varias veces que se sentía «ma-ra-vi-lla-da» de haber alcanzado tanto éxito siendo quien era: «la pobre hija ilegítima de un seminarista». La hija de un cura ni más ni menos. Si a esas alturas mi abuelo hubiera conocido su propia verdad familiar, la confesión de la bailarina le hubiese taladrado el cerebro.

Pasados los minutos iniciales, Fernán sintió curiosidad por el llamativo collar que pendía del cuello de Tórtola.

—Está hecho con los dientes y cartílagos de un sultán marroquí que me enamoraba, pero como no quise nada con él acabó quitándose la vida de un sablazo —le contestó ella bebiendo su champán con una vanidad que lo desarmaba y dejaba mudo.

Fernán quería estirar la noche con tal de seguir escuchando los disparates de esa española exagerada cuya nuca ahora se le antojaba besar o morder, y se sintió tentado de proponerle ser su guía para mostrarle la ciudad a la mañana siguiente, como si no tuviera que ocuparse, para empezar, de llevar a sus hijos a la escuela. De la nada se puso serio, atolondrado, demasiado periodístico, y reanudó la charla preguntándole algo acerca de los «motivos andinos» de una de las danzas de su espectáculo.

—Es un homenaje a un cacique aborígen que se lanzó a las entrañas de un cráter después de que me abstuviera de besarlo —divagó ella, y volvió a reír y a beber ese champán que Fernán imaginaba bajando por su garganta como por un tobogán.

Tórtola encendió un cigarro y sopló el humo directo hacia el rostro de mi abuelo que, envuelto en esa bruma instantánea, ya no sabía si lo que contaba esa encantadora mujer era verdad y tampoco le interesaba discernirlo. La dejó hablar, desbocarse, y fingió realizar anotaciones que solo eran piruetas manuales sobre un papel que muchas horas después permanecería en blanco.

Creando que sería protagonista de algún titular de los tabloides, Tórtola se proclamó «novia del mundo», «sobrina de Goya», «depredadora sexual», y se jactó de tener por pretendientes a reyes, príncipes y archiduques de toda Europa, y de cosechar amantes entre los intelectuales del momento, como Pío Baroja, Rubén Darío, Valle Inclán, o escritores menos famosos que habían deshecho sus matrimonios y arruinado sus vidas por culpa de ella, «por querer tasar mi piel unos minutos».

Fernán tomó su mano, le recordó que él también era poeta, soltó unos versos de su padre, mencionó libros que aún no había escrito ni escribiría, y la penetró con las pupilas hasta ocupar por entero sus ojos.

El resto fue silencio.

Silencio y ensueño. Ensueño y champán.

Mi abuelo acabó improvisando sofisticados pasitos de ballet dentro del camerino e imitando los retorcimientos de Tórtola, acaso despeinado o, mejor aún, ebrio, quizá desvestido, dejando sumisamente que ella le dibujara lunares en el cuerpo con sus lápices de maquillaje antes de arrojarlo sobre los tapices egipcios que parecían japoneses y montarse sobre él con desenfreno.

El único vestigio que quedó de aquel encuentro es un poema de Fernán, *La Marcha de Chopin, bailada por Tórtola Valencia*, que empieza con este verso:

El corazón golpea en la penumbra como un bordón.

Comprendo la desilusión o más bien el escepticismo de mi abuelo años después, al leer en la prensa reiterativos comentarios referidos a la supuesta homosexualidad de la deliciosa Tórtola Valencia, de quien se decía mantenía amores con una joven llamada Ángeles, trece años menor que ella, que trabajaba como su secretaria personal y a quien acabaría adoptando como hija legal.

Aquel suceso extramarital levantó una escotilla, corrió un velo, rompió un tabú. Sin habérselo propuesto, Fernán había dado cabida a lo indebido como posibilidad, a la mentira como recurso, al egoísmo como método. Se dejó corromper como si ya para entonces se supiera fruto de una siembra prohibida. Dejar de lado las represiones, explorar otra intimidad y dejarse arrollar por un cuerpo exultante y ajeno lo colocó ante una parte de sí mismo que hasta aquel momento desconocía.

Esa noche de diciembre de 1916 las aguas se salieron de su cauce. Se produjo un motín, un destronamiento en la mente de Fernán, y él sintió que alguno de los muchos sujetos que lo habitaban —a despecho del individuo de buenas intenciones pero vida pálida que había sido— se rebelaba y escapaba sin dirección fija, dinamitando el único puente de regreso, provocando un derrumbe que duraría años.

Días después, la mañana del lunes 4 de diciembre, de pie frente a uno de los ventanales rectangulares de la redacción de *La Prensa*, con la mirada fija allá abajo en uno de los bloques ajedrezados de cemento liso del cruce de la Unión, Fernán se quedó observando a una joven que apuraba el paso con movimientos sigilosos. «Parece una gata triste», pensó. Enseguida apreció las facciones de la muchacha, duras o dulces según el ángulo que quedara expuesto a la luz, los párpados encapotados y debajo dos ojillos que parecían detenidos en algún pensamiento marchito. Su pelo era negro y ondulado. Se trataba de la misma joven de vestidos rectos que había visto la semana anterior y que divisaría los días siguientes a la misma hora, apostado siempre en el mismo dintel, atento pero retrayéndose como un francotirador precavido.

La muchacha, que taconeaba yendo y viniendo de la Casa Welsch, donde trabajaba como vendedora principal en el mostrador de los ultramarinos, no reparaba en los ojos codiciosos que rotaban espiándola desde las alturas. Tenía solo veinte abriles, pero algo en sus gestos y ademanes la hacía aparentar más: sería acaso la orfandad, el haber perdido a sus padres a los cuatro años, o quizá la costumbre del trabajo, ahora en el centro de Lima pero antes, de niña, allá en el norte, en Chancay, en los campos de algodón y caña de azúcar de la hacienda de sus padres, la Hacienda Vizquerra, de donde salieron esos carrmatos que ella recordaba haber visto de pequeña colmados de naranjas y que ahora alquilaba a vendedores ambulantes para hacer algo de negocio y no vivir con los aprietos típicos de las personas de su condición.

O quizá su semblante decaído se debiera más bien a su compromiso apalabrado con Tomás Cazorla, un petimetre de alcurnia sin oficio conocido que se emborrachaba diariamente tanto en los salones alfombrados del Club Nacional como en las chinganas desportilladas de la avenida Argentina. Había sido un soltero cotizado en su día, pero el cotilleo sobre su debilidad por el licor llevaba años espantando a las mujeres. Por todas partes se aducía que, además de alcohólico, se había vuelto brusco, depravado y ludópata.

El noviazgo había sido arreglado por las hermanas mayores de la joven, Apolonia y Rufina, que no esperaron su venia la mañana que decidieron buscar a Cazorla en su propia casa del barrio de Magdalena para plantearle un acuerdo prenupcial que parecía convenir a ambas partes: él garantizaría dinero y roce social, mientras la menor de las Vizquerra —prometieron las hermanas— cuidaría que él no progresara en sus vicios y asumiría, «tanto en público como en privado», todas sus responsabilidades maritales. Desde ese mismo día, Tomás empezó a enviarle flores a su futura esposa, pero ella, insensible a esos gestos que sentía manipuladores, las devolvía veinticuatro horas después de haberlas recibido. Si las conservaba toda una noche era solo por ver si su aroma lograba disolver la pesadez impregnada en esa casa.

Algo de todas esas soledades juntas tatuadas en el rostro de la joven resultó atrapante para Fernán, quien, con el paso de las semanas, se precipitaba cada vez más ansioso a los tragaluces del periódico, aguardando que ella emergiera entre los escaparates del cruce de la Unión con su carita consternada. Cada viernes, con la resolana de las seis de la tarde, no bien ella salía de su campo visual, él comprendía que debía esperar hasta las nueve de la mañana del lunes siguiente para verla entrar otra vez en el encuadre de la

ventana, cuyos cristales, le parecía, solo así recobraban su luz, su nitidez, su transparencia.

Fernán aprendió a odiar los sábados y domingos en su casa, días mortecinos e infinitamente largos que no eran más que una tediosa colección de horas muertas invertidas en atender a sus hijos y aguantar a Hermelinda, esa mujer llena de agobios y reproches con la que ya no congeniaba, a la que se había olvidado de querer o a la que tal vez nunca había querido lo suficiente.

Un día, el letargo de esa rutina se alteró por completo.

Fue el domingo 24 de diciembre, la tarde previa a Nochebuena.

El telón de fondo: la plaza de Acho.

Fernán llegó para cubrir la última corrida de la jornada pensando ir luego a la redacción de *La Prensa* a escribir la crónica taurina semanal que firmaba con el seudónimo de Retazos. No era una corrida cualquiera. El cartel anunciaba la presentación de los diestros sevillanos Joselito y Belmonte, así como el esperado debut del mexicano Rodolfo Gaona, el Maestro de León de los Aldamas, el Califa, el Indio Grande, el primer torero internacional que llegaba al Rímac en su apogeo, cobrando quince mil soles por presentación, una cifra nunca antes pagada. El aforo de diez mil personas estaba completo. Cuando Gaona apareció junto a la cuadrilla, el ensordecedor pasodoble *Olé, Gaona*, compuesto especialmente para la ocasión, retumbó en el perímetro del coso sacudiendo hasta las faldas del cerro San Cristóbal, donde había gente amontonada que no alcanzaba a ver lo que sucedía pero se contentaba con interpretar los ruidos que provenían de la plaza. Después del saludo ante las graderías y los vítores, justo cuando el mexicano esperaba afanoso que le echaran el primer toro, Fernán divisó a la joven vendedora de la Casa Welsch sentada bajo los tendidos de sol, a escasos metros del ruedo, y sintió unas ganas invencibles de hacer algún malabarismo o pegarse un costalazo con tal de llamar su atención. Se dio la vuelta como buscando complicidad en alguien y se encontró con tres colegas, el gordo Julio Portal, conocido como Tío Cencerro; Saturnino Durand, cronista de *Prisma*, y Fausto Gastañeta, especialista taurino del semanario *Actualidades*. Gastañeta era un hombre bajito, coqueto, cuellicorto, muy dado al uso de interjecciones, hábil para cazar datos y regar venenosos runrunes. Había sido infaltable en las primeras tertulias de *La Prensa* y era un *habitué* de la librería Española, así que Fernán lo conocía bien y lo tenía por honrado y servicial. Se acercó a los tres hombres, llevó a un costado a Gastañeta disculpándose con Portal y Durand, le

contó acerca de la muchacha de la Casa Welsch y le pidió que averiguara su nombre sin demora.

Veinte minutos después, mientras el Califa Gaona enmudecía al público primero con un desplante y a continuación con un pase temerario, cambiando la muleta de mano por detrás a menos de diez centímetros de los cuernos del toro, el sabueso Gastañeta volvía con el doble de la información requerida.

—¡Fernán! —dijo—, toma nota: la muchacha se llama Esperanza Vizquerra y tiene veinte años recién cumplidos. El que está al lado, ¿lo ves?, es Tomás Cazorla, su novio, Tomasito le dicen, conocido matador de cantinas. Las otras dos, esas viejas que parecen camaleones reseco, son sus hermanas. Ambas han tenido mala suerte con los hombres. Las tres viven juntas en una casa de Barranco, son huérfanas, proceden de Chancay, allí tenían una hacienda donde ya no trabaja nadie. Tenían dinero, pero ahora solo son una tira de pobres bien vestidas.

Tras el minucioso reporte, Fernán ya no prestó más atención a la lidia. Se devanaba los sesos estudiando el modo de acercarse a Esperanza, de invitarla a dar un paseo por el puente de Piedra, de disuadirla de casarse con ese borracho que, se decía a sí mismo para ganar confianza, la iba a hacer infeliz. De repente, allá abajo en la arena, Gaona, en otro lance suicida, descubierto frente al animal, sin más protección que su traje de luces y una frialdad de sepulturero, saltó como gimnasta hasta quedar encorvado en el aire, sus pies rozando la cornamenta de la bestia, y desde esa posición, ya enseñoreado, con gran puntería, castigó al toro enterrándole dos banderillas en la abultada cerviz. Una maniobra impecable, artística. Cuando cortó rabo y oreja los tendidos se vinieron abajo. El gordo Portal se puso el cigarro en la boca para aplaudir. Saturnino Durand lazó su sombrero a la arena. El narizón Gastañeta entró en frenesí.

—¡Bravo! ¡Esto es poesía! ¡Esto es poesía! —chilló cogiendo unos claveles rojos del suelo para iniciar la lluvia con que el público premió el estoicismo del mexicano.

Fernán creyó captar un mensaje en las palabras emocionadas de Gastañeta y, en medio de aquel jolgorio, salió cuanto antes hacia *La Prensa* a escribir la síntesis de una corrida que no había visto, pensando en declararle su amor a la joven Vizquerra desde su propio ruedo, desde el burladero de su columna taurina, con las únicas banderillas de que disponía: unos versos anónimos pero letales con los que esperaba dar algo de faena.

*Ayer en Acho por verte llena
de esa tu gracia tan Macarena
no he visto al toro.
Por tus hechizos estoy que muero
de parte a parte.
Nadie imagina lo que, morena,
me desespero por no mirarte.
Como en los toros
nomás te encuentro,
vivo soñando, puertas adentro,
con la corrida.
Sueño ser toro, sueño que embistes,
que me arremetes,
me comprometes, niña adorada,
y que me metes una estocada.
Si te interesa que yo te ame
no seas lanza,
no te conformes con que yo te ame,
dame morena,
morena dame,
dame Esperanza.*

RETAZOS

Pasadas las fiestas de Navidad y Año Nuevo, Esperanza volvió a su trabajo y Fernán reemprendió su operativo siguiéndola de lunes a viernes desde la ventana de *La Prensa*. Los sábados sufría por no verla pasar, pero los domingos la encontraba en Acho, donde se contentaba con admirarla de lejos, incapaz de dirigirle la palabra, y salía apurado de la plaza para escribir esas columnas que llevaban como apostillas nuevos versos encriptados. Para asegurarse de que Esperanza los leyera, Fernán le suplicó al narizón Gastañeta ubicar el domicilio de Barranco donde vivía con sus hermanas y dejar todos los lunes un ejemplar de *La Prensa* bajo la puerta.

La despejada tarde de febrero en que por fin se animó a presentarse ante esa joven que con el pasar de los años se convertiría en mi abuela, interceptándola a su salida de la Casa Welsch, fue ella quien lo abordó. Mientras iba soltándose los ganchos del cabello y desmelenándose con esa petulancia que conservaría hasta la vejez, Esperanza le pidió a Fernán no andarse con rodeos: le habló de su infantil comportamiento allá arriba en la

ventana de *La Prensa*, de las miradas atrevidas que le dirigía de un extremo a otro en las tribunas de Acho, y hasta se mofó de los trajes anticuados que se ponía para las corridas.

—Pero debo reconocer que me gustan sus columnas de los lunes, Retazos. ¿Así tengo que llamarlo? —lo sorprendió.

Mi abuelo se sintió desarticulado, sin reacción.

—Su amigo Gastañeta tiene la boca muy floja —acotó, con una sonrisa benévola, abanicando con cuidado sus recién estrenadas pestañas postizas.

A Fernán la cara se le puso como un pimiento. De pronto pareció menor. Debió despedir un aire de niño extraviado lejos de casa porque Esperanza, más avezada o más decidida a disimular sus inseguridades, le propuso tomar un té para que se le pasara «el susto». Pero no era susto lo que Fernán sentía, sino algo más cercano a la incredulidad: apenas le parecía verosímil el inesperado grado de frontalidad de la muchacha, su jocosos escrutinio. En adelante, se dijo, debía mantenerse en guardia.

Fueron a la concurrida confitería del primer piso de la antigua Casa Barragán, conocida como el Palais Concert, y allí se quedaron conversando sobre lo mucho que ignoraban de sus vidas hasta que el local quedó vacío. Cuando se dieron cuenta, los penúltimos clientes ya se habían esfumado, las ventanas oscurecido.

A ese primer encuentro le siguieron otros en los que, si no repetían el té, tomaban chicha, a veces unos Campari, y comían butifarras picantes o pastelitos de moka, pero siempre se quedaban horas yendo de un asunto al otro con voracidad. Fernán se esmeraba en cada cita: caminaba por el exterior de las aceras, le cedía el paso, le abría las puertas con delicadeza, le retiraba las sillas, tomaba su abrigo, le ofrecía su mano para subir o descender un escalón. Esperanza actuaba como si mereciera ese despliegue de caballerosidad, pero por dentro apreciaba y agradecía cada gesto pensando en cada ocasión que tal vez jamás volvería a ver a ese hombre.

Si no se juntaban en el Palais Concert o en alguno de los grandes almacenes que ya empezaban a inaugurarse en Lima, bajaban hasta el extrarradio del hipódromo de Santa Beatriz, por donde las gentes caminaban plácidamente sin mayores expectativas; o si no circulaban por las quintas, plazas y jardines de los Barrios Altos, donde las esculturas parecían vigilarlos desde sus hornacinas; o quedaban en verse al pie de las glorietas de los parques amarillos donde tenían lugar las retretas nocturnas; o elegían uno de los bancos pulidos de la alameda de los Descalzos y se sentaban allí,

explayándose hasta la trivialidad, verificando el paso del tiempo en los colores cambiantes del paisaje, en la suave embestida de los ventarrones posteriores al atardecer o en la repentina soledad que inundaba el callejón que componían simétricamente árboles y estatuas.

En alguna de esas ocasiones Esperanza le contó las historias sentimentales de sus hermanas, Apolonia y Rufina, historias llenas de frustraciones que acaso explicaban la obstinación con que ambas fomentaban su matrimonio con Tomasito Cazorla.

Apolonia, la mayor, no había podido casarse con Florencio de la Piedra, con quien mantuvo un noviazgo de cuarenta años. Él era o había sido un pujante empresario platanero y algodónero, dueño de extensas tierras en el sur de Lima, en la zona de Mala y Cañete. Un buen día cayó enfermo con fiebres altísimas producto de una epidemia llamada «viruela loca», que no solo le marcó el rostro con llagas espantosas, sino que le originó una súbita impotencia sexual: vergonzosa disminución que le impedía desposar a Apolonia y consumir la alianza. Florencio de la Piedra se sometió a un sinfín de tratamientos y hasta dejó que un brujo de sus chacras le hiciera aplicaciones de hojas de albaricoque y raíces malayas que solo sirvieron para producirle escaldaduras genitales, mas no para reanimar su miembro deprimido. Ante la falta de antídotos, un médico llegó a sugerirle el implante de testículos de perro, pero Florencio prefirió esperar a que el tiempo repusiera el vigor de su masculinidad antes que someterse a cirugías poco ortodoxas. La desmoralizada Apolonia, que se arrodillaba todas las noches para pedirles a san Judas Tadeo, al Cristo de Maracaibo y a santa María de la Caridad una cura para la preocupante flaccidez de su prometido, no daba cabida a las calumnias de las malas lenguas, que sostenían muy convencidas que en una de las haciendas de Cañete trabajaba una morena de caderas incendiarias, colosales, con la que Florencio parecía superar milagrosamente los penosos inconvenientes del inaudito mal que lo importunaba, y sin necesidad de elíxires, tónicos, preparados ni mejunjes.

Durante décadas Apolonia soportó difamaciones como esas y aguardó la recuperación viril del joven hacendado confiando en que, tarde o temprano, la conduciría al altar. En el ínterin se solazaba recopilando regalos para su futuro ajuar, pues cada cinco años, ante la renovación de votos de ese noviazgo condenado, Florencio de la Piedra multiplicaba los obsequios para compensar la entereza y paciencia de su novia. Hubo gente que manifestaba haber visto en casa de las hermanas Vizquerra numerosos fardos de pieles de armiño y

chinchilla; cientos de abanicos con encajes de chantillí; anillos de esmeralda y aguamarina; brazaletes medievales; una veintena de jarrones y búcaros de plata; lamparones de cristal; vinajeras y campanillas de oro; floreros de la dinastía Ming; violines de madera de abeto; torres de cajas lacradas de champán, wiski, jerez, brandy y oporto, junto con el variopinto menaje de porcelana que se pensaba usar en la celebración de esa anhelada boda que nunca se cristalizó. El piso mohoso de la sala se hundió cinco centímetros por el peso de todas aquellas antiguallas, entre las cuales destacaba una que llamaba la atención de los fisgones: el tálamo nupcial, una cama enorme con baldaquino en cuya cabecera un maestro artesano, Jerónimo Quintanillas, había tallado una escena de caza, un lecho que no se estrenaría y que acabó subastado y convertido en famosa pieza de arte en un minúsculo museo londinense.

Al morir Florencio, Apolonia se declaró «viuda moral» y se enclaustró cuatro años, dedicando las horas de su reclusión a rezar, leer las páginas sociales de los periódicos, jugar a la baraja cada quince días con amigas — viejas emperifolladas de piel escamosa que fumaban cigarrillos de tabaco verde liados con papel Indio Rosa— y a organizar las opíparas Navidades junto con sus ayudantes de años, la nana Zenaida y el mayordomo Zenón. Poco a poco rehízo su vida social y reapareció en la plaza de Acho y en las fiestas aristocráticas, sin embargo no volvería a ser la misma: los martirios de la espera y la viudez le habían alterado la expresión para siempre. El fantasma de Florencio de la Piedra, impotente incluso como espectro, siguió visitándola en sueños y delirios hasta que Apolonia cumplió los noventa años. Nunca superó el desconsuelo de la viudez ni compartió cama con ningún hombre. Y si bien al principio presumía dignamente de su virginidad, acabó sintiéndose vacía por no haber experimentado ninguna forma del amor carnal. La misma noche en que un infarto la cogió desprevenida, horas antes, le había confiado a la nana Zenaida el que a la postre sería su último deseo:

—Que nadie sepa que muerdo en castidad.

A Rufina, la segunda, no le había ido mejor. A los dieciséis años, después de que sus padres murieran, quedó embarazada de un hacendado de Chancay llamado Serapio Orbegoso, un hombre casado, el último de una conservadora familia de terratenientes y burgueses agrarios, que vivía con su familia en una vistosa casa de piedra junto a los pantanos del valle, y al que todos evitaban o temían por la hosquedad de su carácter y sus rústicos modales de cacique. Serapio había hecho creer a Rufina que eran novios y, con ese cuento, una vez

que la desvirgó, empezó a perderse con ella todas las tardes en los cañaverales de su hacienda. Pero, el día que Rufina le contó que esperaba un hijo, Serapio desconoció su paternidad y la conminó con groserías a que se deshiciera de la criatura:

—¡Ese engendro no es mío! ¡Anda, échale la culpa a otro o, si no, mejor abórtalo en el río para que la corriente se lo lleve lejos! —le espetó lanzándole un salivazo.

Mientras contaba esto, Esperanza recordaba a su hermana hecha un manojo de nervios, llorando semanas enteras, tomando pócimas pestilentes para calmarse.

Rufina huyó a Lima quedándose temporalmente donde una tía solterona que la asistió a regañadientes el día que rompió aguas. El niño que salió de su vientre tenía la nariz aplastada de Rufina, los ojos ámbar de Serapio Orbegoso y una apariencia avejentada, como si estuviera al tanto de los muchos dolores de cabeza que su existencia ocasionaba. Una noche, la tía le anunció a Rufina que a la mañana siguiente irían juntas a la Maternidad de Lima para dejar al niño en adopción.

—¡No, títa, por favor! ¡No quiero desprenderme de mi hijo! —profirió Rufina.

—¡No seas tonta! ¡Cómo vas a amamantarlo! ¡Ni siquiera han terminado de salirte las tetas! —la increpó la tía.

—No me haga esto, títa. Yo puedo cuidarlo.

—Eso dicen todas. Brutas son. Primero se dejan preñar, pero después, sin marido, sin plata, botan a sus hijos. Yo misma las he visto acomodando sus bultitos afuera de las parroquias, o si no van y los tiran en los basurales o los dejan en el cementerio al lado de los nichos de la primera fila.

Esa madrugada, Rufina escapó con el bebé metido en un canasto sin dirección conocida. Nadie supo cómo sobrevivieron ambos los días, semanas y meses que siguieron. Aunque no bautizó al niño, desde el primer día lo llamó Crisaldo, pero ya fuese por la vergüenza de no estar casada o de ser madre prematura, o por el puro miedo de no saber cómo afrontar una situación como aquella, Rufina lo crio no como su hijo, sino como su hermano menor, como si fuera el cuarto, el único hombre, tan huérfano como ella y sus hermanas: Crisaldo Vizquerra.

Ya juntas en Lima, Apolonia y Esperanza se volvieron cómplices de aquella falacia. Rufina les contó todo solo después de hacerlas prometer que, «por nada del mundo», «por lo que más quieran», «por la memoria de nuestros

padres», jamás le dirían al niño la verdad. Ambas asintieron dando su palabra, asegurándole a Rufina que se irían a la tumba con ese secreto. Pero un buen día, cuando Crisaldo ya tenía dieciséis años, enzarzada con él en una discusión casera, Apolonia rompió el juramento en un ataque de histeria y lo puso al tanto de un gruñido:

—¡Antes de hablarme así, mocoso del demonio, pregunta quién fue el sinvergüenza que te trajo al mundo y no quiso recogerte!

Apolonia no había terminado de gritar y ya estaba lamentándose, porque enseguida vio a su sobrino Crisaldo ponerse de pie, hacer sus bultos mecánicamente y marcharse por la puerta con una parsimonia que no correspondía al tamaño de la revelación que acababa de escuchar, la misma que, por su actitud decidida y pragmática, parecía llevar años sospechando. Apolonia intentó frenarlo tirándole de los brazos, pero no le alcanzaron las fuerzas. Crisaldo se marchó para saber quién era su padre y entonces Rufina volvió a llorar caudalosamente como en los días del embarazo en Chancay, y dirigió su odio tanto a su hermana por haber faltado a su pacto como a Serapio Orbegoso, ese hombre aborrecible que ahora no era más que un anciano cascarrabias lleno de verrugas, sobrado de peso, al que ninguno de sus cinco hijos legítimos —todos varones, llamados igual que él— hacía el menor caso ni daba una sola alegría. Las esporádicas veces en que se miraba al espejo para cerciorarse de seguir viva, Rufina prácticamente no se reconocía: tenía el cuello apergaminado, los pechos retraídos, unas ojeras de calvario, el talle comprimido y, detrás del cogote, la promesa de una joroba siniestra.

Con el propósito de resarcirse ante su hermana y sacarla del abatimiento, Apolonia comenzó a pasearla los domingos hasta que poco a poco Rufina fue recuperando algo el talante. Aunque nunca más recibieron propuesta alguna de ningún hombre, no dejaban de tener invitaciones a fiestas, veladas y espectáculos. Fue por esa época que se hicieron asiduas a las corridas de Acho, donde les presentaron al joven Tomás Cazorla. En cuanto lo conocieron, ambas se dejaron ganar por la obsesión de emparejarlo con Esperanza e incorporarlo a la familia, creyendo que así podrían acrecentar sus perspectivas económicas y, de paso, corregir las desgracias de su propio pasado.

Esperanza y Fernán comenzaron a verse todos los días y todas las tardes de todos los días y, aunque se trataban de usted, se sentían muy en confianza,

cercanos o armónicos, como si hubiesen sido testigos presenciales de la vida que vivían antes de conocerse. No eran amigos exactamente, pero querían convencerse de que podían llegar a serlo. Ella estaba comprometida, él casado, de manera que ninguno daba pie al menor escaqueo. Tantos frenos, sin embargo, eran inútiles. Las miradas de los dos eran cada vez más cariñosas, las palabras más ambiguas, más ardorosos los presagios, más traicioneras las ganas.

El día que se publicaron los edictos de su matrimonio con Tomás Cazorla, a la hora de su cita diaria con Fernán en la confitería del Palais Concert, Esperanza casi ni habló. Apenas murmuraba monosílabos. Tampoco probaba bocado. Bastó que él le preguntara si le sucedía algo para que se largara a llorar sin control sobre la mesa, derrumbada por la inminencia de ese casorio al que estaba siendo arrastrada.

—¿Por qué se casa si no está usted enamorada? —dijo Fernán al verla descompuesta, tomando delicadamente su antebrazo.

—Porque así lo han decidido mis hermanas —respondió ella de bruces.

—Si usted me permite, Esperanza, quizá yo pueda hablar con Tomás. Lo conozco. Sé que comprenderá la situación —aventuró Fernán, imaginándose que esa improbable charla con Cazorla, a quien desde luego no conocía, acabaría en una trifulca si no en un duelo con guantes y padrinos.

—No serviría de nada —replicó Esperanza, los ojos hinchados, las pestañas artificiales echadas a perder—. Lo que mis hermanas quieren es casarme. Si no es con Tomás, buscarán a otro. Para ellas no puedo valerme por mí misma. No confían en mí.

Dijo esto último reincorporándose, sorbiendo el té caliente para apaciguar los residuos de llanto.

—¿Y si yo le ofreciera...?

—Si usted me ofreciera qué...

Una oleada de silencio recorrió el salón.

—¿Si yo le ofreciera quererla toda la vida? —ahora Fernán cogía sus dos manos.

—¿Toda la vida? —suspiró Esperanza, deshaciendo el fruncido del ceño, quitándose los restos de las últimas lágrimas, aturdida no por la propuesta en sí, sino por su enormidad.

—Sí. Eso le ofrezco —porfió Fernán—. ¡Quererla toda la vida!

Puedo ver a mi abuelo hechizado por la joven Esperanza, abstraído completamente de sí mismo, olvidándose de su esposa y de sus hijos, o quizá

recordándolos demasiado y por eso mismo tratando de evadirse momentáneamente de su responsabilidad, de su rol, sabiéndose ingrato en ese matrimonio que el embarazo de Hermelinda Caicedo había apresurado años atrás. Ahora se daba cuenta, ahora captaba que aquella experiencia con la bailarina española no había sido un desliz primitivo, sino el síntoma de una infelicidad que era superior y continuaba dominándolo.

Puedo ver perfectamente lo que pensó Fernán en ese café, en esa quinta o en esas bancas de la alameda de los Descalzos mientras oía a mi futura abuela inventariar sus amarguras. Pensó que nadie podía negarle el derecho a ser feliz con ella, que merecía una mujer como la que tenía enfrente, no como Hermelinda. Pensó que Hermelinda era un desierto del pasado que aún podía subsanarse, y que con Esperanza le sería restituida la vitalidad que le había sustraído su esposa, esa mujer que lo esperaba a unas pocas manzanas de allí, con sus cinco hijos, para la cena de las ocho de la noche. Fernán no quería pensar en ellos, al menos no ahora que estaba a punto de desbarrancarse, o que acaso ya se había desbarrancado en una aventura que sería mucho más que un romance espontáneo y que lo haría dichoso de una manera nueva y a la vez lo sumiría drásticamente en ese mar de ilegitimidad que hostigaba su corazón desde antes de nacer.

Esperanza deshizo el compromiso con Tomás Cazorla escribiéndole una carta benigna cuya última línea decía: «Le pido cortésmente que me deje en libertad». Para entonces ya llevaba un buen rato ilusionada con Fernán. Se habían besado la tarde del 3 de marzo a la espalda de la Casa Welsch, en lo que para ella fue el preludio de un amor que siempre sería consciente de su naturaleza paralela y subterránea. Esperanza sabía desde qué lugar le tocaba querer a ese hombre y aceptó vivir las contrariedades sin exigir nada, entregándose ciegamente a lo bueno y lo malo que pudiera acontecer.

En los meses y años venideros, cada vez que traía a su mente la noche en que al fin pudieron amarse, Esperanza evocaba no tanto la penumbrosa habitación de alquiler en que se ocultaron, sino la sensación luminosa y triunfal con que salieron de allí, desviviéndose el uno por el otro después de haber sentido sus pieles tan cerca por primera vez. Esa noche, después de acompañar a Esperanza hasta la esquina de su casa en Barranco, Fernán tomó el tranvía de regreso a la suya. Caminaba sin apuro, contando las pocas estrellas que se dejaban ver en Lima. El cielo se cerró de pronto y la lluvia lo obligó a guarecerse bajo un cobertizo. No sabía, no tenía idea de que estaba repitiendo la misma historia de su padre, solo que a la inversa: él no huía de

una pasión absoluta a cambio de un matrimonio frío; huía de un matrimonio frío a cambio de una pasión absoluta. Y lo hacía sin culpa. Casi con orgullo.

Cuando cesó la lluvia, reanudó el camino y no dejó de recitar para sí unos versos que solía repetir siempre con su amigo Leonidas Yerovi, y que Yerovi balbuceó en su oído el día de su muerte, un mes atrás solamente, en su último minuto de vida, en una camilla de la clínica Maison de Santé, adonde había llegado desangrado después de recibir cinco balazos en el tórax durante el duelo que sostuvo con un chileno que había ofendido a la mujer que lo acompañaba.

*Como un ir y venir de ola de mar
así quisiera ser en el querer,
dejar a una mujer para volver,
volver a otra mujer para empezar.
Y siempre ola de mar,
ir a morir en sabe Dios
qué inmensa playa del querer.*

A pesar de amar a Esperanza y de festejar que deshiciera su noviazgo con Tomás Cazorla, Fernán no se separó de Hermelinda. En un consuelo para su cobardía, se dijo a sí mismo que dejarla sería «irresponsable». No lo detenían cuestiones éticas, lo sabía bien, sino el miedo profundo a las seguras implicaciones familiares —perder el cariño de sus hijos, decepcionar a sus hermanos, desatar la ira de su madre, Cristina Bustamante, o inducir a Hermelinda a cometer un disparate—, y sobre todo el miedo a perjudicar su imagen pública de periodista moral que combatía al dictador de turno en nombre de grandes ideales. Esos miedos pesaban juntos sobre su espalda como un yunque o un témpano. El chisme limeño, pensó Fernán, condenaría su pecado y banalizaría su drama, reduciéndolo a la caricatura de un hombre débil y alocado que primero caía en adulterio y luego abandonaba a la madre de sus hijos para irse con «su querida». Fernán conocía muy bien con qué mala saña se tejían los rumores en la ciudad y no quiso exponer a nadie a ser blanco de los improperios de los criticones ni las habladurías de los mojigatos. Si su padre había actuado con precaución por terror a que algún insidioso le reprochase su origen bastardo, pues él haría lo mismo, refugiándose en otras sombras, en otra negrura, y así creyó no ser lo que hacía rato ya era: un adúltero.

Ante el pavor a que se publicitara su bigamia, eligió vivir dos realidades simultáneas: una con Hermelinda, su esposa, y sus cinco hijos en esa casa de la plaza Bolognesi que era toda pulcritud y serenidad; otra con Esperanza a solo cinco manzanas de allí, en el cuarto de un segundo piso, en el interior de una quinta paupérrima ubicada en el cruce de la avenida del Sol con la avenida España, donde todas las casas eran pensiones de fachadas polvorientas y desteñidas, y donde los niños se divertían por las noches tirándoles piedras a las ratas. Con los años, ese mismo edificio adquiriría fama de trastornar a sus huéspedes y se haría conocido en los relatos callejeros y las crónicas urbanas como la embrujada Casa Matusita.

Eran dos universos paralelos. Dos territorios fronterizos. Dos vidas. Una real, otra casi fantasmal. Pero mientras Esperanza siempre estuvo informada de todo lo relativo al primer hogar, Hermelinda tardó en enterarse de la existencia de esa segunda mujer, o mejor dicho, de esa segunda familia, porque cuando lo supo, cuando le contaron que su esposo andaba con otra, ya era mayo de 1921 y acababa de nacer Juvenal, mi tío Juvenal, el primero de los siete hijos naturales de esa relación hermosa pero impura.

Lima, 1921

Fernán no pudo estar ni dos meses cerca de Esperanza y del pequeño hijo de ambos porque de repente, a mediados de julio de 1921, cayó preso rumbo al destierro por obra del dictador Leguía. Esa mañana en el Callao, desde el piso superior del vapor Mantaro, antes de que la nave levantara anclas y zarpara del muelle, dirigiéndose a los hombres de *La Prensa* que acudieron a darle ánimos y a despedirlo, mi abuelo alcanzó a decir unas palabras, vociferándolas con esa solemnidad con que él y los hombres de su tiempo encaraban los momentos trágicos:

La Prensa se ha erigido como una tribuna popular de la conciencia ciudadana. En sus hojas palpitantes se ha hecho la campaña más desinteresada y patriótica, más desvinculada de todos los partidismos que recuerdan los anales de nuestras luchas periodísticas. ¡Podríamos nosotros ser indignos de esta honrosa historia?! ¡Nunca! ¡Luchamos y lucharemos los que nada ambicionamos fuera de nuestro honor profesional! En cuanto a mí, no sé adónde voy, pero tengan la certeza de saber que hoy me siento más periodista y más peruano que nunca.

Detrás de la fila de periodistas desvelados que lo escuchaban con aire fúnebre y un nudo en la garganta, Cristina y Hermelinda, madre y esposa de Fernán, se abrazaban entre sí mientras recibían el aliento de hijos, amigos y parientes cuyas caras de cuaresma auguraban los inciertos rigores que ese exilio iría imponiéndoles a todos. Algunos le daban a Hermelinda el pésame, como si en lugar de despedir a Fernán estuviesen ya velándolo. Más atrás, camuflada entre la muchedumbre, debajo de un sombrero de alas anchas que casi no resistía los soplos del mar, y con un bebé envuelto en una mantilla, apretado contra su pecho, la joven Esperanza, vestido recto, cuello tieso,

seguía la escena impotente, controlándose para que no llegara a ponerla en evidencia la rabia que nacía de su vientre y discurría desde las uñas de sus manos hasta la punta de sus pies.

Después de unos meses en Panamá, Fernán permaneció un año en Ecuador ensayando negocios con los que conseguiría el dinero necesario para irse a Argentina, donde esperaba poder emplearse en la redacción de algún diario. En cada parada del Mantaro, mi abuelo y sus compañeros de viaje recibían la adhesión de periodistas que veían encomiable la actitud de ese puñado de peruanos que denunciaban a la dictadura que los había deportado. Diarios como *El Guante* de Guayaquil, *El Liberal* de Bolivia, *Excélsior* de México y *La Nación* de Argentina reprodujeron artículos de Fernán detallando los excesos del presidente Leguía y sacaron a la luz editoriales sobre la actualidad en el Perú con títulos tajantes como «Atropellos de un tiranuelo» o «Luto del periodismo».

En las noches del buque, Fernán se sentaba a escribir a Hermelinda y a Esperanza para ponerlas al día de sus peripecias: a la primera le enviaba reportes informativos, salpicados de besos cariñosos para los hijos que tanto añoraba; a la segunda, cartas desesperadas, febriles, que constataban que su amor seguía vivo y, aunque referían incertidumbres, privaciones y miserias, proyectaban un optimismo inverosímil.

Aquí apenas si contamos con recursos. No faltan colegas compungidos que nos tienden ayuda para la alimentación y el soporte moral, pero lo cierto es que nadie sabe nada de lo que pasará con nosotros el día de mañana. Aún no tengo fecha para dejar Guayaquil, menos para mi eventual llegada a Buenos Aires. Desde aquí, vida mía, solo puedo pedirte que sobrellevés mi ausencia. Verás que estaremos juntos antes de que tengas que enseñarle a nuestro hijo a pronunciar el nombre del padre que tanto lo extraña.

En Guayaquil mi abuelo se dedicó a importar azúcar del Perú y a exportar mantequilla, quesos, chocolates, sogas, cables, frutas y todo cuanto fuese de origen ecuatoriano. Al igual que su padre, que aprendió a sobrevivir desempeñando oficios que le resultaban totalmente ajenos en aquellos difuminados días de Le Havre, en Francia, Fernán se hizo experto a la fuerza en aranceles de aduanas, costos navieros, equivalencias monetarias, comercio internacional, y así fue como consiguió el dinero que le faltaba para irse a Buenos Aires.

Una vez llegado a la capital argentina se hospedó en el hotel Royal del centro e improvisó como despacho una mesa del restaurante Florida en la avenida de Mayo, adonde iban periodistas locales para entrevistarlo, ávidos de conocer su historia. El diario *La Plata* lo describió como «el tenaz e incansable luchador de las lides periodísticas», mientras *La Capital* lo refirió como «el exquisito poeta peruano lleno de ideales que se encuentra en nuestra patria en calidad de proscrito, con el amargo desengaño de ver el vergonzoso retroceso que sufre su país bajo el tirano que lo gobierna».

—¿Cuál es su opinión de Leguía, don Fernán? —le preguntó un reportero de la revista *Mundo Argentino*.

—Su dictadura es despreciable, no solo por ser dictadura, sino porque no es organizada, ni honrada ni virtuosa.

Poco a poco, las aflicciones de mi abuelo fueron aplacándose con golpes de suerte y pronto dejaría de sentirse un forastero. El doctor Antonio Sagarna, vicerrector de la Universidad Nacional del Litoral, quien había seguido su odisea a través de los periódicos, lo invitó a dictar una cátedra. Unos pocos años atrás, en octubre de 1919, Sagarna, instalado entonces en Lima como embajador de su país, que había escuchado a Fernán dirigir una epístola durante el entierro del escritor Ricardo Palma —«Palma, compatriota que nos legaste orgullo y honra, la prensa nacional llora tu muerte, pero da las gracias por tu vida»—, se le acercó, lo felicitó por sus palabras, le confesó haber leído con sumo placer algunas columnas suyas en *La Prensa* y se mostró dispuesto a prestarle cualquier servicio que pudiera precisar más adelante.

A fines de 1922 llegué a Buenos Aires e intervino la providencia. Yo era un hombre tímido, marginado. A los diez días de haber llegado recibí un telegrama en el que Antonio Sagarna decía haberse interesado por mi desventura patriótica y se complacía de que haya escogido su país para mi destierro. Él en ese momento era vicerrector de la Universidad del Litoral y me ofreció una cátedra. ¡Una cátedra! ¡Yo nunca había enseñado nada!

Sagarna incentivó a mi abuelo a concursar para obtener otras cuatro cátedras, además de ponerlo en contacto con los directivos del diario *La Nación*, donde finalmente pudo retomar el periodismo. Dos años después, Sagarna sería designado ministro de Justicia e Instrucción Pública, y en cada uno de sus viajes protocolares en tren, de Buenos Aires a Tucumán, Rosario, Mendoza, Santiago del Estero, Quilmes y Córdoba, llevó a Fernán —«su poeta

predilecto», según la prensa bonaerense— para dictar conferencias, recorrer escuelas y ampliar el horizonte de sus posibilidades laborales. Años más tarde, el día que le tocó embarcarse de vuelta al Perú, mi abuelo fue temprano a casa de Sagarna para agradecerle su inestimable protección y sus incontables deferencias en los días más desconcertantes del exilio, y decirle que su casa en Lima estaría siempre abierta para él.

Muchas décadas más adelante, cuando mis abuelos ya vivían en una casona de la avenida La Paz en Miraflores, incluso después de la muerte de Fernán, Esperanza mencionaría a Sagarna con devoción anunciando delante de sus hijos, sobrinos, nietos y vecinos que algún día ese buen hombre la visitaría desde la Argentina.

«Esta vajilla de aquí es para cuando venga Sagarna», informaba mi abuela abriendo de par en par las puertas del enorme aparador de madera invadido por telarañas destejidas y polillas tiesas donde reposaban intactas las cuarenta y cinco piezas de su menaje francés. Solo a su muerte se descubriría que la llave de ese mueble estaba celosamente guardada debajo del san Francisco, una efigie de yeso a escala natural que «vigilaba la casa» desde un ángulo oscuro, a cuyos pies mi abuela colocaba semanalmente una patena rellena con agua de caño para que el santo se la bendijera. No sé si los demás nietos sentían lo mismo, pero cada vez que yo me aproximaba a ese santo inanimado para inspeccionar sus facciones, o incluso cuando solo pasaba por delante evitando mirarlo, tenía la firme impresión de que sus ojos —inyectados de una expresión espeluznante, mezcla de miedo, culpa y olvido— se movían en dirección a mí, encendiendo las alarmas de mi sistema nervioso.

Todo en aquella casa se me presentaba sugerente y misterioso: las habitaciones atemporales de techo alto que permanecían con cerrojo; los espejos deteriorados con manchas negras que devolvían un reflejo impreciso; los sillones y muebles sobrevivientes de siglos enteros que en otro tiempo habían acogido a los hombres y mujeres que aparecían retratados en óleos que colgaban de las paredes; los vidrios ahumados que no dejaban ver el contenido ignoto de las alacenas; los adornos de bronce que parecían sustraídos de algún museo o embajada; los baúles con bolitas de naftalina a los que teníamos prohibido acercarnos; los libros que nos hacían estornudar, donde aprendíamos los poemas que tocaba recitar en las reuniones y que eran el único medio para conocer algo de esos difuntos que eran nuestros antepasados. Cualquiera que paseaba por esa casa podía notar ruidos como de

recuerdos amontonados y presentir en cada rincón la presencia de historias ocultas, según yo escabrosas, que por algún motivo nadie se atrevía a contar.

Puedo ver a mi abuela en esa casa, puntualmente en el jardín: alta, canosa, los brazos en jarras, vestida siempre de negro, con medias de nailon de tonalidades oscuras y zapatos de madera. Un árbol firme y altivo. Ni siquiera cuando se quedó tuerta perdería aquella dignidad. Su ayudante, Arsenio, era un hombre bajito, de rasgos aindiados, que maniobraba con tosquedad palas, escobas, tijeras, rastrillos, y sufría en silencio las órdenes y correcciones de mi abuela. «¡No se dice *grava*, cojudo, se dice *pasto*! — gritaba menos didáctica que arrogante—. ¡Qué terco eres, indio! ¡Me tienes hasta la coronilla! ¡Un día me vas a sacar canas verdes!», soltaba cada vez que Arsenio le discutía una indicación. Parecían detestarse y, sin embargo, llevaban toda la vida aguantándose. Yo los observaba meciéndome en una silla del columpio antiguo, que era el mayor divertimento de los niños que visitaban esa casa, pero sobre todo de los niños que vivíamos allí, en el segundo piso, y que éramos testigos de todo o casi todo lo que ocurría. Cuando Arsenio terminaba con el trabajo más duro, mi abuela retiraba del jardín la hojarasca y la maleza, recogía las frutas que daban los árboles que ella misma decía haber plantado (en realidad, los había plantado Arsenio) y, con un entusiasmo diría botánico, sembraba unas plantas que hacían brotar flores carnosas de nombres que me sonaban estrambóticos —caballero de la noche, pensamientos, trompeteros, boca de dragón, nemesias, petunias—, las mismas que al cabo de unos días arrancaba para vestir los jarrones del recibidor y la sala, y así engalanar la casa «para cuando viniera Sagarna».

Ella seguiría repitiendo esa frase como un mantra hasta en sus noches de esclerosis. Cuando ya tuvo los dos ojos podridos por las cataratas, se resignó a ordenar la vajilla francesa guiándose por el tacto; aspirar el aroma que despedía ese jardín que ya no podía ver ni sembrar; repasar con los dedos las nervaduras de sus plantas; palpar sus macetas de cerámica, y hablarles a las flores con el cariño y paciencia que jamás tuvo ni para Arsenio ni para las empleadas que contrataba, muchas de las cuales no resistían su temperamento senil y huían de la casa chillando como calaveras.

El mismo día de su muerte —que le llegó a los ochenta y seis por una leucemia que nadie diagnosticó pero ella predijo, para incredulidad de todos —, en un agónico raptó de lucidez, mi abuela le ordenó a Imelda, la última de sus muchachas, la más leal o la más porfiada, que peinase con cuidado sus cabellos plateados, la amortajara con su vestido oscuro más elegante, le

colocara las preciadas pulseras y sortijas que almacenaba o más bien escondía en cofres y cigarreras, la perfumara con sus lociones aceitosas de sándalo y bergamota, la maquillara espolvoreándole maicena sobre los pómulos, le pintara de rojo los labios marchitos y le diera de beber una caspiroleta tibia que le tonificara el semblante. En cuanto concluyó, Imelda le preguntó para qué se acicalaba tanto.

—Por si hoy viene Sagarna —presumió la vieja minutos antes de expirar.

En *La Nación* de Buenos Aires, donde llegó a dirigir el archivo, Fernán firmó artículos, ensayos literarios y una columna internacional donde hablaba, entre otros temas, de la guerra marroquí, el golpe de Estado del general español Miguel Primo de Rivera, las vicisitudes del rey Alfonso XIII. También hablaba del Perú y rechazaba la ley que buscaba modificar la Constitución para facilitar la reelección de Augusto B. Leguía. El dictador, haciendo oídos sordos a esas y otras críticas, adecuó las normas y se reeligió. Fernán redactó entonces un artículo pidiendo a los intelectuales latinoamericanos no creer en el sátrapa: era una respuesta a una carta abierta del escritor argentino Leopoldo Lugones, quien al haber sido invitado oficial de Leguía lo había colmado de elogios que Fernán estimó inaceptables.

Por esos años, mi abuelo relegó sus desavenencias con el Perú y aprendió a sacar provecho de sus contactos culturales en Argentina: publicó su único libro de poemas, *Todo es amor*; inició una afectuosa amistad epistolar con la poeta uruguaya Juana de Ibarborou, y compartió una mesa con Alfonsina Storni en la Fiesta del Libro de 1928. En esa ocasión, un periodista le solicitó una opinión acerca del presidente Hipólito Irigoyen, quien acababa de regresar al poder. «Es un viejo decrepito que suele recibir a las mujeres con la bragueta abierta.»

Fernán le envió a Esperanza el dinero que había reunido para que viajara a Argentina con Juvenal. «Mi prima Agripina va a ayudarte», le escribió. Sin decir una palabra a sus hermanas, siguiendo las instrucciones de Agripina Cisneros, Esperanza arregló un viaje por barco y nueve días más tarde ella y mi tío Juvenal se encontraron con mi abuelo en el puerto de Buenos Aires. Por fin vivirían los tres juntos.

Lo hicieron primero en hoteles baratos y luego en algunas inolvidables casuchas del centro: el departamento de un solo ambiente con flamante ascensor en Suipacha 400; el cuarto con terraza de Cerrito 330, donde se hubieran quedado de no haber sido por el enjambre de mosquitos que constantemente pululaba en el baño común, y, por último, el corralón de Paraguay 2200, donde las querellas y jadeos de los vecinos se filtraban a través de las rendijas de los respiraderos.

La sensación de paraíso alcanzado, sin embargo, no les duró mucho. Ni un año siquiera. Hermelinda Caicedo, instigada por hermanas, primas, amigas —y sobre todo por su suegra, mi bisabuela Cristina, que despreciaba a Esperanza y todo lo que viniera de ella—, viajó también con sus cinco hijos a Buenos Aires dispuesta a marcar límites y a hacerles saber a todos quién era la auténtica esposa y quiénes los hijos legítimos del periodista deportado Fernán Cisneros Bustamante.

Desde ese momento, unos y otros convivieron en la misma ciudad. Además de tener que romperse el lomo para ganar más dinero y solventar las necesidades de ambas familias, mi abuelo, por añadidura, debía arreglárselas para vivir con Hermelinda, pasar las noches con Esperanza y retornar donde su cónyuge en cuanto entraba la mañana.

Dado que Hermelinda no sabía cocinar, mi abuela Esperanza, por el puro deseo de cooperar con Fernán y aliviarle el peso de sus obligaciones, empezó a preparar almuerzo para las dos casas, inventando platos frugales pero sabrosos con lo poco que tenía a la mano: vísceras fritas, guisos de verduras y fréjoles, polenta con requesón, torta de cebada, migas de pan salteadas. Cuidándose de que las dos mujeres no se encontraran, Fernán le pedía cada mañana a su hijo Fortunato, de catorce años, que acudiera al cruce de las calles Laprida con Charcas y recogiera allí una olla de manos de una mujer que lo estaría esperando. «Una joven alta y buenamoza», le indicó el primer día. Fortunato se acostumbró a acudir al encuentro diario con esa mujer amable sin saber que se trataba de la amante de su padre, y conversaba con ella y recogía obedientemente la ración diaria de comida caliente. Algunas veces, por presión de su madre, Fortunato también le llevaba a Esperanza una cesta con sábanas y prendas sucias para que las devolviera limpias al día siguiente, pero antes, atizado por Hermelinda, fundía el atado de ropa en una batea impregnada de mugre maloliente para que así el trabajo se le hiciera más pesado.

Mi abuela no solo asumió tareas domésticas que claramente no eran su obligación, sino que también aguantó que Fernán —no contento con sostener dos relaciones en paralelo— tuviera una aventura con una alumna de uno de los varios cursos que dictaba en la universidad, una muchacha de nombre Rubita Ledesma, a la que dedicaba los mismos afiebrados poemas que en el pasado habían resultado tan efectivos para conquistar a la propia Esperanza.

En cierta ocasión, la tal Rubita Ledesma se presentó en el corralón de la calle Paraguay tocándose el vientre y le contó a mi abuela que estaba embarazada de Fernán. Abnegada pero práctica, demasiado segura de sí misma como para dejarse atarantar, Esperanza vio la mentira en los ojos de esa chiquilla escuálida y de un grito la obligó a retirarse. Al día siguiente la ubicó, no se sabe cómo, para entregarle personalmente una carta que le había costado toda la noche escribir. Se la dio con tal desparpajo y decencia que la muchacha no volvió a molestarla más.

Señorita Ledesma:

He venido aquí con el único objetivo de defender el cariño cierto que tengo desde hace ocho años por un hombre que siempre me ha correspondido con los más grandes sacrificios. Admito que ese hombre está hoy algo impresionado por su belleza, pero yo le disputo a usted el quererlo con toda el alma y con todas las dificultades que tiene la vida. Estoy segura de que usted no lo quiere sino para inducirlo a locuras momentáneas. Yo soy la única realidad de su vida, y usted comete un error al pretender alejarme de su lado mañosamente. Él, que es poeta y gran sicólogo, se dará cuenta.

Esta es mi resolución.

E. V.

Rubita Ledesma dejó de asistir a las clases de Fernán, quien no se dio por enterado de la carta ni del falso embarazo de su alumna. Esperanza decidió pasar por alto la infidelidad, pero le pidió a mi abuelo un lugar más grande donde mudarse y él adivinó en aquella petición una recatada protesta ante sus continuas andanzas.

Gracias a su trabajo eventual como profesor y a las frecuentes colaboraciones en *La Nación*, Fernán consiguió una casa menos austera para su segunda familia: el decente departamento 20 del número 865 de la calle Esmeralda, al interior de una vetusta quinta color adobe, con un *hall* de entrada de mayólicas frías y cañerías expuestas.

Allí nacerían en los años siguientes mi padre —el Gaucho— y mis tíos Gustavo y Roque, el chico con retraso mental que tomaba fotografías y que más adelante, cuando ya todos fueron a vivir al Perú, querría casarse con la sirvienta. Antes había nacido Carlota, la única mujer.

Los gastos que acarreaban el alquiler del departamento y los últimos nacimientos obligaron a mis abuelos a hacer nuevos milagros para no salirse del ajustado presupuesto con que se mantenían. Mientras él aprovechaba para dictar cursos aquí y allá, ella, además de vender ensaladas de remolacha y tortillas de coliflor entre los vecinos de la quinta, hacía trabajos de costura y empeñaba sus contadas y percutidas alhajas con la ilusión de poder cubrir las primeras matrículas escolares. Como el dinero menguaba, la precavida Esperanza comenzó a acudir por su cuenta a la oficina de los directores de distintos colegios al comienzo de cada semestre para persuadirlos de que aceptaran a sus hijos gratuitamente.

—Señor —le advirtió a uno de los directores que tuvo enfrente—, sería un privilegio para una escuela como esta tener entre sus alumnos a los hijos de un hombre tan importante como mi esposo.

—Perdóneme, buena señora, pero ¿a qué se dedica su marido?

—¿Cómo? ¿Acaso no lo conoce?

—No he tenido el placer. ¿Cómo me dijo que se llama?

—Fernán Cisneros Bustamante.

—¿Y quién es?

—¿Cómo que quién es? ¡El próximo presidente del Perú!

Su convicción era tan envolvente y tan desenfadado su tono que más de uno creyó en sus argucias y aceptó las matrículas sin costo alguno. Cuando minutos después llegaba a casa y contaba entre risas lo que acababa de hacer, mi abuelo abría un cajón de su archivador, sacaba la botella de wiski que allí guardaba y con dos tragos calmaba sus nervios.

Fue en la quinta de Esmeralda donde Fernán se enteró, en agosto de 1930, de la rebelión en Arequipa del teniente coronel Sánchez Cerro y del posterior derrocamiento de Leguía, el hombre que lo había deportado. La misma noche en que se consumó la caída del dictador, su hermano Alfonso le envió un escueto cable diciendo: «Somos Libres». Solo entonces Fernán entendió el giro de los acontecimientos y la repercusión que aquello tendría en su vida, y

salió a la calle a medianoche a celebrar su libertad tomando a solas un coñac en su mesa favorita del restaurante Florida.

Días después, el propio presidente Sánchez Cerro le escribió anunciándole que el país solicitaba «la participación de todos los peruanos proscritos». La épica idea de volver finalmente al Perú no había terminado de tomar forma en su mente cuando, de un instante a otro, Fernán captó que debía desecharla. «No puedo irme ahora», razonó, comprendiendo que ya era un hombre de casi cincuenta años al que le había costado mucho ser quien era, llegar a los puestos que ocupaba y disfrutar de la confianza de no pocos amigos argentinos. Además su familia, es decir, *sus* familias, se encontraban bien, seguras, sensatamente alejadas la una de la otra, aunque ese alejamiento, ya lo vería, no iba a continuar durante mucho tiempo.

Una mañana, inquieto por las reiteradas burlas y provocaciones de un chico del colegio que le decía: «Tú compartes a tu papá, yo no», Juvenal siguió a escondidas a su padre mientras se dirigía al periódico. Después de una cautelosa persecución de cuarenta minutos, dobló en una esquina y, al otro lado de la avenida, vio a su papá entrar a una casa de grandes dinteles, abrigada por las luces del día, en cuya puerta fue recibido por unos chicos que lo abrazaban exaltados y una mujer que lo besaba en la boca antes de tomar su maletín y conducirlo de la mano al interior de la residencia. Juvenal quiso correr y abalanzarse sobre él para certificar que, en efecto, fuera su padre, el mismo que había salido esa mañana de la quinta donde se suponía que vivían juntos, pero se contuvo o quizá no se atrevió. Al cerrarse la puerta de esa casa, Juvenal sintió que de golpe recaía sobre sus hombros el peso de todo el universo, y supo muy por dentro que su madre, él y sus hermanos estorbaban en el mundo que acababa de revelársele y que más bien pertenecían a otro, uno aislado y furtivo. Mientras caminaba de regreso sin el menor propósito de ir a ninguna parte, asimilando las imágenes que acababa de ver y el escozor que traían consigo, Juvenal recordó de pronto una carta que su abuela Cristina Bustamante había enviado años atrás a Fernán. Cuando ese día él encontró la misiva en el buzón e intentó descifrar el contenido a contraluz antes de entregársela a su padre, no alcanzó a ver más que unas cuantas palabras borrosas. Eran precisamente esas palabras las que ahora volvían a su mente con brusquedad, revestidas de claridad, dolor y sentido.

«Lo único que te pido es que los mantengas siempre alejados de mí.»

No debe haber sido fácil para Juvenal descubrir así, por su cuenta, que era el hijo mayor de un compromiso ilegal, ni encarar de buenas a primeras una tradición oculta que con los años conocería en detalle. A las historias silenciadas de su bisabuelo cura y de su abuelo bastardo, se sumaba ahora la de su padre bígamo.

Con razón, pienso ahora, mi tío Juvenal fue apartándose discretamente de los Cisneros al hacerse adulto, como hiciera en su momento Juan, el ermitaño hijo mayor de Nicolasa y Gregorio Cartagena, que nunca salió de Cerro de Pasco y que se desentendió de los demás, contestando algunas pocas cartas que nadie tuvo intención de guardar.

Sin llegar a tanto, el tío Juvenal, el más ecuánime, el más querido para mí, receló también de la multitud familiar. Prefería verse privadamente con sus hermanos, recibir en su biblioteca a ciertos primos o sobrinos con los que se descubría empático, pero se marginaba de las grandes reuniones de los Cisneros, o iba pero se retiraba temprano, y organizaba su mundo en torno a la universidad, a sus colegas académicos, sus amigos doctores, su esposa Sofía, sus hijos, sus nietos, sus libros, sus discos, manteniendo siempre una distancia, igual que aquel día de 1930 en que cometió la urgente imprudencia de perseguir a su padre por el laberinto de Buenos Aires.

Montevideo, 1933

—Mamá, ¿quién es la señora que aparece con papá en el periódico? — rodearon una tarde Carlota y Gustavo a mi abuela Esperanza, mostrándole un ejemplar de *El País* de Montevideo, en cuyas páginas sociales figuraba una foto con una leyenda que rezaba: «El embajador Fernán Cisneros junto a su esposa, la distinguida señora Hermelinda Caicedo».

Esperanza se apoyó en el mango del escobillón con que venía barriendo la cocina, tomó el diario y observó la imagen varios segundos. Sus ojos no podían despegarse de la expresión *distinguida señora*.

—Se han equivocado —dijo tragando saliva.

—¿Entonces quién es? —preguntó Juvenal, que ahora entraba en la cocina con un camión de juguete en la mano. Su voz tenía el tono de una interpelación.

—Esa señora es la esposa del tío Alfonso, pero como es una novelera y le gusta lucirse y salir en todas partes yo dejo que diga que es «la esposa del embajador» —contestó Esperanza, haciendo comillas con los dedos, sacando como siempre un as bajo la manga. Enseguida rellenó los recipientes de leche y volvió a verter un cubetazo de agua sobre las baldosas blancas.

Juvenal le dirigió una mirada de hastío.

—¿Y estas niñas quiénes son? —insistió Carlota, de nueve años, señalando otra fotografía donde aparecían sonrientes Rosaura y Magdalena, las hijas mayores de Fernán y Hermelinda Caicedo.

—Ellas..., ah, sí, claro, claro, son... precisamente... las hijas de tu tío Alfonso —reaccionó Esperanza, menos eficaz en su histrionismo.

—¡Yo también quiero salir en el periódico, mamá! —exigió Carlota.

—No te angusties, hija, hoy mismo voy a hablar con los dueños de *El País* para que te hagan un reportaje de tres páginas completas junto a tu profesora de ballet —prometió Esperanza, sin mirarla, repasando el escobillón.

—¿Y podré salir junto a papá? —se ilusionó la niña, la vocecita entrecortada.

—¡Por supuesto! ¡Si tú eres su única muñeca! —concedió Esperanza.

Juvenal no pudo dominarse y arrojó el camión con virulencia contra una pared antes de retirarse despoticando en voz baja. Esperanza se quedó mirándolo como si presintiera el porqué de su comportamiento, mientras Carlota lloraba asustada por el ruido del juguete al romperse.

Desde que Fernán fuera nombrado embajador del Perú en Uruguay, ambas familias se habían trasladado a Montevideo y vivido dos años en la misma ciudad sin conocerse. La familia legítima —que contaba con la bendición de la abuela Cristina— residía en la sede diplomática peruana, en la calle Obligado, mientras que la ilegítima moraba cuatro manzanas más allá, en el 2671 de Bartolito Mitre. Solo los separaban unos cuantos muros y edificios. Unas cuantas mentiras y secretos. Igual que en Buenos Aires, mi abuelo mantenía su ritual: pasaba el día con Hermelinda, la noche con Esperanza.

Mi abuela sabía que la petición de su hija no era un engreimiento celoso, sino un reclamo que provenía desde algún fondo inconsciente, y sintió que debía hacer algo al respecto. Por eso una noche, sin avisar a nadie, acaso sensibilizada por su nuevo y penúltimo embarazo, llevó a la niña a una ceremonia en el palacio Estévez, la Casa de Gobierno, donde Fernán sería condecorado junto con otros diplomáticos por el presidente Gabriel Terra. Esperanza sabía que corría el riesgo de cruzarse con Hermelinda y los hijos mayores, pero no le importó. A fin de cuentas, pensaba, el único que podía reconocerla era Fortunato, quien tantas veces había recibido de sus manos unas ollas con guiso caliente y atados de ropa limpia en una esquina de Buenos Aires.

Esa noche vistió a Carlota con un vestido de calle alquilado y la peinó con trenza. Horas después atravesó con su hija la plaza Independencia y las corpulentas columnas del Palacio burlando a los señores que controlaban el acceso, quienes la vieron caminar tan decidida que no se animaron a pedirle su invitación ni preguntarle quién era. Mientras entraba en el salón presidencial, con el porte airoso y la niña prendida de su brazo, golpeteando las losetas con los rudos tacones de sus zapatos, Esperanza tomó consciencia

de estar actuando movilizada por el deseo de ver a su hija encontrarse con su padre en un lugar como ese, delante de personas como esas. «Fernán no se negará a atenderla», pensó mi abuela mientras paseaba la vista por los suntuosos adornos de la sala de ceremonias, contrastándolos en silencio con las bagatelas que decoraban su casa. Carlota, por su parte, no dejaba de mirar las bandejas de plata de esos mayordomos que, le pareció, iban vestidos como pingüinos, ni los enormes escudos, los vitrales, las lámparas en forma de lenguas de fuego, ni los diversos cuadros con imágenes heroicas de próceres cariacontecidos a los que ella se referiría después como «unos señores muy gordos, muy feos y muy tristes».

De repente se abrió una puerta. Los diplomáticos homenajeados, guiados por el presidente Terra, salieron al frente, uno detrás del otro, en medio de las palmas del público. Eran siete en total. Fernán era el sexto. El presidente dirigió una breve alocución puntualizando las razones que ameritaban la condecoración, para luego acercarse a la posición de cada uno y colgarles la medalla en la solapa. Hubo algún discurso más y después del último aplauso la concurrencia se alineó para la felicitación de rigor. Los camareros-pingüinos irrumpieron nuevamente ofreciendo de un lado a otro copas de champán y bocaditos dulces. Al frente de la fila, Hermelinda Caicedo y sus hijos cuchicheaban con otros invitados. Esperanza tiró de Carlota y se ubicaron al final, detrás de una pareja de esposos que miraron a la niña con forzada cordialidad, o eso le pareció a mi abuela, que solo entonces se percató de que su atuendo y peinado desentonaban por completo y vaciló si debían quedarse o marcharse, pero ya era tarde. La fila avanzó rápidamente y en cosa de minutos les llegó el turno de saludar a esos hombres altísimos que les agradecían su presencia sin palabras, con murmuraciones apenas, devolviéndoles una mueca congelada y repetida. Antes de llegar a la posición de Fernán, mi abuela apretó el brazo de Carlota y sintió crujir las maderas del suelo. Las dos lo miraron como compinches, como siempre lo miraban cuando llegaba por las noches a la casa de Bartolito Mitre, pero él, en lugar de seguirles el juego, en lugar de reaccionar sin aspavientos, se sintió acorralado, se desencuadró como una marioneta cuyos hilos se han quebrado y empalideció tanto que los diplomáticos a su lado creyeron que se desvanecía. Presa del desconcierto, del temor a ser desenmascarado y de la congénita cobardía con que eludía los conflictos de su intimidad, Fernán escatimó todo signo de cariño frente a Carlota y atinó únicamente a darle una mano gelatinosa, sobarle nerviosamente la cabecita y palmotearle la espalda

mirando a los costados, como si no supiese quién era, como si fuera una niña cualquiera, una niña extraviada o la hija de algún otro hombre que hubiera acudido esa noche al palacio Estévez.

A mi abuela, ni la miró.

Con la boca sellada por la decepción, Esperanza tomó a su hija y salió furiosa antes de que alguien advirtiera lo sucedido. Desde lejos, justo cuando estaba por desaparecer detrás de una pared rumbo a la calle, volvió la cabeza y con una sola seña de mortificación le hizo saber a Fernán que jamás disculparía su mezquindad.

Sí lo perdonó, pero no pronto ni gratis. Cansada de Montevideo, o más bien de compartir la ciudad con la otra familia, la «legal», mi abuela esperó a que naciera su penúltimo hijo, que se llamaría Reynaldo, el único uruguayo, y se volvió con todos los niños a Buenos Aires instalándose con ellos en el número 3104 de Avellaneda, donde vivieron dos años sin mi abuelo Fernán.

De Avellaneda pasaron a Boyacá 611, un piso húmedo, de muros salitrosos sin lijar, carente de lamparines pero con dos tragaluces enormes que, cuando no permanecían empañados por el rocío o la lluvia, permitían la entrada de una luz que dejaba apreciar bien el espectáculo del frío agitando los árboles durante la mañana.

Una vez reconciliado con Esperanza, Fernán —entre las idas y venidas de Uruguay a Argentina a las que el trabajo lo obligaba— adquirió la costumbre de quedarse a dormir con ella los lunes y miércoles en la casa de Boyacá. Cuando regresaba a Montevideo, su otra familia lo esperaba en medio de un ambiente de discreción y formalidad conyugal.

A esas alturas las presunciones de un clan respecto de la existencia del otro se hicieron tan palpables y cotidianas que Fernán se resignó a vivir respondiendo las muchas preguntas que los hijos tenían para hacerle a ambos lados del Río de la Plata. Cada vez que viajaba en buque de una frontera a la otra, mi abuelo se quedaba contemplando el curso oblicuo de las aguas, depositando en ellas todo un mar de pensamientos contritos, inventando respuestas que sonaran convincentes. Por años urdió mentiras bondadosas con un descaro tan meticuloso que nunca cayó en lapsus ni contradicciones, y así pudo contentar, en la medida de lo posible, las demandas de las dos partes, solo que al final los hechos quedaron tan tergiversados que ya nadie sabía con exactitud de quién era hijo ni a qué rama pertenecía.

Por esos días empezaron a manifestarse los problemas nerviosos de Hermelinda Caicedo. Cierta día, en una recepción de la embajada, comentó

con toda naturalidad que había recibido la visita de su hija Bernarda y que habían salido juntas a dar un paseo por la plazoleta Parra del Riego, donde las vecinas se habían acercado a felicitar a la niña por lo saludable que se la veía considerando que llevaba varios meses muerta.

La primera vez Fernán no le prestó mayor atención, asumiendo que se trataba de un reblandecimiento producto del duelo reciente, pero cuando días más tarde Hermelinda insistió con que Bernarda seguía apareciéndose todas las tardes vestida de armiño y que su voz, infantil pero lastimera, ululaba por toda la casa como el balido de un cordero, entonces sí que comenzó a inquietarse.

En sus vueltas de Buenos Aires a Montevideo, cuando les preguntaba a sus hijos mayores sobre el estado de su madre, estos le daban reportes cada vez más alarmantes. Decían que Hermelinda soltaba frases inconexas delante del espejo; que había desarrollado la manía de esconder tazas de leche cortada en armarios y reposteros; que cantaba o más bien gemía plegarias en idiomas extranjeros; que dejaba de bañarse durante días y se rascaba los brazos lastimándose hasta llenarse de escoriaciones; que avanzaba a intervalos por los pasillos, desencajada, vestida de luto, sonámbula, rechinando los dientes, y que cuando despertaba lo hacía llorando desconsoladamente y nombraba con desdén a sus abuelos fallecidos cuarenta años atrás. Cuando Fernán habló con ella para convencerla de que era indispensable ver a un doctor, Hermelinda le contestó gritando:

—Me cago en tu vida, maricón.

Se lo dijo una, otra y otra vez. Solo entonces Fernán se asustó de veras y puso a su mujer a la fuerza en manos de un médico, quien, nada más verla, greñuda, violenta, escupiendo imprecaciones y obscenidades, decidió maniatarla e ingresarla en el hospital Viladerbó, el manicomio de Montevideo, más conocido como «el cementerio de los seres vivos» o «el purgatorio de los desquiciados».

La voluble Hermelinda Caicedo permaneció allí dos meses y medio, atada a una cama, rodeada de fármacos y sondas, recibiendo terapia de electrochoques, baños de agua helada e inyecciones diarias, hasta que una mañana, cuando ya parecía restablecida de ese cuadro neurasténico mal diagnosticado, contrajo una neumonía galopante que en una semana desencadenó una insuficiencia respiratoria letal. Los calmantes dejaron de hacer efecto y entonces volvieron con más fuerza las jaquecas, las palabrotas y las alucinaciones de la aparecida Bernarda, solo que ahora mezcladas con

fiebres y una permanente sensación de asfixia. En cuestión de días un aura espectral fue apoderándose de ella hasta dejarle un definitivo aspecto de difunta.

Los hijos Cisneros Caicedo jamás hablaron de la locura de su madre. La velaron veinticuatro horas y enviaron al Perú un único telegrama diciendo a los parientes que había fallecido «de un infarto». Se supo que la embalsamaron y enrollaron su cuerpo en una especie de sudario para que no se pudriera, pero en el último momento decidieron incinerarla con todo y mortaja en los altos hornos del cementerio del Norte de Montevideo. Horas después de la cremación, esparcieron las cenizas de Hermelinda en la plazoleta Parra del Riego, prepararon sus maletas y se dirigieron al puerto para inscribirse en el siguiente barco que hiciera una parada en el Callao. Al reaparecer en Lima después de tantos años, les llevó un tiempo reconocer la ciudad, pero un vez que lo hicieron aprendieron a moverse en ella y adoptaron rutinas ordinarias y se guardaron para siempre su dolor y su vergüenza.

Al poco tiempo también murió Cristina, y solo así, sin esposa ni madre, Fernán se sintió exento de ataduras y le propuso matrimonio a Esperanza.

—¿Para qué quiero casarme con un viudo? —refutó ella.

—Te debo un matrimonio —dijo Fernán.

—¿Estás seguro? Estamos tan viejos que el matrimonio va a durarnos menos que el noviazgo —observó.

Ante las súplicas de Fernán, mi abuela accedió y eligió casarse en la iglesia de la Divina Providencia de Buenos Aires, en la calle Trafal.

Esa mañana sus hijos hicieron las veces de acólitos, en especial los mayores, Juvenal y Carlota, que se encargaron de portar la cruz, columpiar el incensario, pasar los limosnarios entre las bancas, alcanzarle el misal al sacerdote, colocar sobre el altar la custodia, el cáliz, el copón con las hostias y las ofrendas extraídas del tabernáculo, todo ello sin dejar de observar a su madre, que desde su reclinatorio aprobaba cada uno de sus movimientos.

A la salida del templo, mientras recibían en el atrio el abrazo efusivo de los conocidos que llegaron a felicitarlos, Esperanza se acercó al oído de Fernán:

—Míralos a estos hipócritas, ahora se hacen los beatos y me saludan, después de pasarse toda la vida llamándome «concubina» a mis espaldas.

La única pariente que viajó desde Perú para asistir a la boda fue Agripina Cisneros, la tía Agripina, prima hermana de mi abuelo: la misma que había ayudado a Esperanza a embarcarse rumbo a Argentina varios años atrás y que algunos años después, en Lima, conduciría al tío Gustavo al cementerio Presbítero Maestro para mostrarle «las tumbas de los amantes». El día de la boda, Agripina —una mujer muy pía que tenía por afición viajar por el mundo coleccionando reliquias cristianas— apareció en la iglesia de Buenos Aires obsequiándoles a los recién casados una arqueta que, según ella, contenía tierra del lugar exacto de la asunción de la Virgen María, pequeños fragmentos del *Lignum Crucis*, partículas de una de las seis hidrias de piedra que Cristo colmó de vino en Caná y hasta restos de una sandalia de san Pedro.

Mi abuela conservaría ese cofre hasta sus últimos días en la gaveta más alta de un mueble tenebroso, solo que con la vejez olvidó su contenido o se inhibió de revelarlo. Cuando yo iba a su dormitorio, ella —acompañada de otras viejas, primas o tías suyas, todas recostadas sobre el cubrecama, jugando a las cartas o solo chismeando y tomando tisanas— me intrigaba diciendo con voz truculenta:

—Allí tengo los dientes de tu abuelo. ¿Quieres verlos?

Buenos Aires, 1940

Los años posteriores al casamiento fueron los de mayor cercanía entre Fernán y su segunda familia. Al fin pudo ver, día a día, el crecimiento de sus hijos menores. Aprendió a diferenciar sus risas, silencios, llantos, y sus respectivas maneras de dormir; los educaba con reflexiones en voz alta, y les compuso instructivos versos domésticos para que supieran cómo lavarse, siempre bajo su supervisión, las manos, los dientes y las orejas: actividades en apariencia anodinas, pero que se grabarían profundamente en algunos de los niños —mi padre, por ejemplo—, que ya de adultos, más de una vez, se dejaron llevar por las lágrimas al repetir esas mismas operaciones con sus hijos.

Cierta noche Fernán llegó a la casa de Boyacá con una radio que había comprado en una feria de rebajas para escuchar las noticias del Perú siguiendo por onda corta la señal de Radio Nacional. El aparato —modelo Addison, barnizado, con rejilla y perillas originales, que por su aspecto era conocido como «el pequeño Palacio de Justicia»— también le proporcionó a mi abuelo las primeras informaciones de la Guerra Civil española y de la antesala de la Segunda Guerra Mundial. En esos años, en las postrimerías de las tardes de Buenos Aires, mi padre y sus hermanos se juntaban debajo de la cama para escuchar en la radio las delirantes arengas de Hitler y Mussolini que transmitían los boletines informativos. No entendían nada de alemán ni italiano, pero había algo en esos gritos que los intimidaba y seducía. En vez de explicarles quiénes eran esos hombres, mi abuelo Fernán movía la pesada aguja del dial buscando estaciones musicales y aprovechaba para enseñarles todo tipo de canciones, desde el himno franquista *Cara al sol* —que aprendieron de memoria y cantarían incluso de grandes, en el epílogo de esas reuniones en las que yo era un testigo esquinado—, hasta el *It's a long way to*

Tipperary, la canción que las tropas inglesas popularizaron en la Primera Guerra Mundial mientras marchaban a Francia; pasando por el *Lambeth walk*, tema principal de un famoso musical británico que aludía a Lambeth —la barriada londinense de hombres harapientos y pordioseros por donde alguna vez caminaron Luis Benjamín y Cristina—, que se bailaba siguiendo una coreografía que Fernán ejecutaba graciosamente cada vez que sus hijos se lo pedían.

Fernán logró con esos detalles recompensar a sus hijos por aquellos años agridulces en que se había mantenido alejado o presente a ratos, más como un señor que entraba y salía de la casa que como un padre en sí. Incluso Juvenal, que al inicio se había mostrado renuente a comportarse con normalidad en su presencia —como si no supiera que existía otra familia—, acabó aceptando los cariños y estímulos del padre, aun cuando por dentro sabía que jamás perdonaría del todo sus mentiras ni su hiriente desfachatez.

Una tarde de esos años Fernán y mi abuela sentaron a los chicos en la sala de la casa de Suipacha para ofrecerles una función. Mientras ella desfilaba como si descendiera de la escalinata de un avión, enredándose en collares y boas de plumas, él recitaba un poema que había compuesto días antes titulado *Parce que je viens de Paris* (Porque yo vengo de París), en el que daba voz a una mujer sofisticada que, recién llegada a Lima, deslumbraba a propios y extraños presumiendo de su estilo de vida allá en la capital francesa.

*Mire usted esta elegancia,
este chic, esta arrogancia,
y diga si no parece
que soy de París de Francia
de la cabeza a los pies.
Diga usted si hay muchos talles
como este talle en las calles,
y confíese usted en serio
que le recuerdo a Versailles
en la época del Imperio.
Y diga si no está bien la vida que llevo aquí:
la mañana en Madeleine,
el mediodía en la Seine
y el crepúsculo en el Bois.
Ay, cuando al fin de esta empresa*

*regrese a la patria mía
y llegue a Lima con esa mirada de picardía
con que mira una francesa,
todos vendrán hacia mí.
Y yo les diré al instante:
¿Sabén por qué estoy así,
tan bonita y elegante?
Parce que je viens de Paris.
Y cuando alguien...
lo estoy viendo...
se atreva, muy compungido,
a decirme en el oído
palabras que yo no entiendo,
pero de grato sonido,
le he de decir con la mano:
no, no, no, perdona, hermano,
jamás te diré que Oui,
y no me hables castellano
Parce que je viens de Paris.*

La dicción de Fernán era tan nítida y las gesticulaciones de Esperanza tan convincentes y divertidas que los hijos no olvidarían esos versos, en especial Carlota, la única mujer, la tercera de siete hermanos, que aprendió a recitarlos de memoria y con los años convirtió ese poema en su número estelar durante las veladas familiares.

Solo de adulto supe de las muchas rebeldías y protestas que habían puntuado la vida de la tía Carlota. Bautizada como Luisa Fernanda, un día decidió llamarse Carlota, y apenas tuvo edad para cambiarse el nombre ante la ley, lo hizo sin remordimientos. Un par de lustros después, orientada por un gurú indonesio que le aseguró que el profeta Elías la había «elegido», se rebautizó como Elia Carlota, pero nadie se acostumbró a llamarla así.

Antes de eso, a los catorce, había renunciado a la Iglesia católica después de que un sacerdote la regañara duramente por afirmar en el confesionario que la religión era «un consuelo inventado para no enfrentar el miedo a la muerte». Mientras el confesor, espantado, le recriminaba su

atrevimiento, ella escuchaba una voz desde su conciencia que le repetía incesantemente: «Tú tienes fe, el cura no; tú tienes fe, el cura no».

Mi abuela Esperanza no podía dejar de asociar el espíritu contestatario de su única hija con lo sucedido aquella noche del pasado en el palacio Estévez, cuando mi abuelo Fernán hizo como si no la conociera frente a una multitud de dignatarios. Por eso mismo no le sorprendió que, al crecer, Carlota reaccionara encaprichándose justo con los pretendientes que su padre reprobaba.

El primero fue Julián del Campo, un amigo de sus hermanos. «Usted tiene nombre de jabón», lo minimizó Fernán cuando mi tía se lo presentó en Buenos Aires, durante una fiesta diplomática. Lo único que consiguió mi abuelo con esa broma fue que Carlota bailara con Julián toda la noche. «¡Bailaron *Frenesí* quince veces!», le contaría Fernán a Esperanza antes de irse a dormir aún escandalizado.

Otro de sus novios fue Juan Ernesto Wiener, un joven alemán, alto, de bigotes, que un día de 1943 apareció en el número 2363 de la calle Serrano, el último domicilio que mi abuela y sus hijos tuvieron en Argentina. El muchacho cultivaba el aeromodelismo y llegaba a visitar a Carlota con las manos llenas de unos aviones de papel que mi tía colgaba luego del techo de su habitación. No tardó nada en proponerle matrimonio ni mi tía en aceptar. Por esos años mi abuelo Fernán servía como embajador del Perú en México. Asustada ante los planes de casamiento, Esperanza mandó llamar enseguida a Fernán, quien pidió una licencia urgente y tomó el primer vuelo desde Ciudad de México a Buenos Aires con la expresa finalidad de llevarse a Carlota con él. Se la llevó, sí, pero antes rompió con sus propias manos, en las narices de su hija, todos los aviones de papel que Juan Ernesto Wiener le había regalado.

Mi abuelo sabía que era cuestión de tiempo que su hija de veinte años, bonita, culta, que hablaba francés y tocaba valsos con la guitarra, volviese a enamorarse; pero estaba dispuesto a retrasar esa fatalidad lo más que pudiera.

Cumplió con hacerlo al menos hasta 1947, cuando le tocó ser embajador en Brasil. Ahí volvieron sus dolores de cabeza. Mi abuela Esperanza se mudó a Río de Janeiro para ayudarlo con la administración de la embajada, y mi tía Carlota se fue con ellos dedicándose a estudiar y hacer vida social con el círculo diplomático. Así conoció a Roberto Calzadillas, secretario de la embajada de Bolivia, con quien vivió un romance a lo largo del verano de 1948. Cuando se enteró, mi abuelo se puso furioso, y ya que no podía oponerse directamente —mal que bien, Calzadillas pertenecía a su mismo

entorno—, empezó a hacer campaña contra él comentando en cartas a sus hijos que no era más que «un mindundi sin futuro: en Bolivia te nombran diplomático con una revolución y te destituyen con otra».

Ese mismo año apareció por la embajada otro señor que declaró estar enamorado de Carlota, Paco Moncada, hijo de un íntimo amigo de mi abuelo. Fernán lo conocía bien, sabía que era un vago trepador, un taurófilo sin profesión, un izquierdista de medio pelo que, para colmo, estaba de novio hacía años con una señora venezolana, así que, sin dudarlo, para zanjar el asunto de una vez, envió a mi tía a que siguiera sus estudios de Servicio Social en Lima.

Cuando al año siguiente Carlota, con veinticuatro años cumplidos, llegó a casa contándole que se había enamorado de un hombre divorciado, mi abuelo ya había depuesto sus maniobras por cansancio y no le dijo nada. «Se llama Daniel Ruza —le contó—, es arqueólogo, poeta, fotógrafo, humanista e intérprete de las profecías de Nostradamus.» Mi abuelo no pudo pegar los ojos toda la noche. Al día siguiente se puso a investigarlo con sus contactos en la prensa y encontró que era el mismo Daniel Ruza que él había premiado casi medio siglo atrás en el antiguo concurso «El Poeta Joven del Perú». También supo que ahora era un hombre de sesenta y dos años, padre de cinco hijos tenidos con cuatro mujeres diferentes. Mi tía lo había conocido en una granja de Chosica y quedó pasmada ante sus conocimientos, su lenguaje, su trato de hombre fino, su aire espiritual. Estuvo hablando con él durante horas y supo que no podría resistírsele desde que lo oyó decir:

—A ti y a mí nadie nos entiende, pero no te preocupes: entre nosotros nos vamos a entender.

Pese a que era un mujeriego comprobado, mi abuelo aceptó al señor Ruza porque era un intelectual. Se le atribuía, por ejemplo, el descubrimiento de Marcahuasi, «la montaña más sagrada de la Tierra», un monumental conjunto de cavernas talladas y esculturas naturales ubicado al este de Lima que, según decían, había fungido de fortaleza religiosa para los antiguos habitantes de esa zona del Perú. Aunque una parte de la comunidad científica internacional tenía ciertos reparos sobre la veracidad de los postulados de Daniel Ruza, en general era un hombre muy respetado como estudioso.

Creyéndose razonable, Fernán autorizó a Carlota a recibirlo en la casa de La Paz, en Miraflores, una vez por semana durante una hora como máximo, siempre bajo la vigilancia de alguno de sus hermanos menores.

Pero mi tía tenía planes muy distintos. Empezó a escaparse los fines de semana para refugiarse con Daniel en su casa de Chosica y, aunque al enterarse Fernán le prohibió volver a verlo y amagó con encerrarla, ella no se detuvo y siguió fugándose hasta que un buen día mi abuelo acabó por firmar su rendición.

Carlota y el señor Ruzo vivieron juntos varios años entre Perú, Brasil — donde se casaron en 1960, en la iglesia de Nossa Senhora da Glória de Río de Janeiro, con el fundador del partido aprista, Víctor Raúl Haya de la Torre, como uno de sus testigos— y México, donde más adelante se divorciarían solo para volver a contraer matrimonio.

Cuando yo la conocí a inicios de los años ochenta no sabía nada de esto, pero bastaba verla llegar desatando euforias y murmullos, escucharla hablar de cualquier cosa o tan solo mirarla detenidamente un rato para intuir algo de esas aventuras alocadas de que estaba hecha su vida.

Tanto la vida periodística de mi abuelo como sus fallidas correrías políticas, sus discrepancias con el comunismo y sus abiertas rencillas con los primeros líderes del partido aprista están suficientemente documentadas en volúmenes polvorientos y tienen muy poco que hacer en este libro. Respecto de su itinerante labor diplomática no se ha escrito mucho, pero quizá tampoco haya tanto que decir. En dieciocho años de misiones, Fernán pasó de Uruguay a México y de allí a Brasil, países donde montó reuniones agotadoras, organizó selectas fiestas en cada aniversario de la independencia del Perú, cantó valeses, rancheras, tangos, cuplés, acudió a actuaciones, desfiles, eventos y veladas culturales donde dirigió discursos que abusaban de palabras como *esperanza, unidos, americanos, fe, fraternidad y patria*. Condecoró y fue condecorado. Visitó estaciones de radio para leer sus poemas o los poemas de su padre y dar su opinión sobre las catastróficas secuelas de la Segunda Guerra Mundial. Se hizo amigo de presidentes, embajadores, monseñores, artistas y escritores, personajes encumbrados, excéntricos, mundanos o siniestros, asistiendo luego a sus cumpleaños, sus bodas y sus funerales. Una noche de 1940, en México, en la cantina Belmont de la colonia Juárez, el bar favorito de los políticos y periodistas que trabajaban por esa zona, Fernán conoció a un catalán llamado Jacques Mornard, hijo de un diplomático belga. Sintonizaron rápidamente y durante dos semanas se vieron todas las noches en esa misma cantina para charlar de política y literatura, en medio de un gentío

que devoraba tortillas azules de maíz, tomaba cervezas frías y escuchaba los corridos mexicanos cantados por unos trovadores viejísimos e invidentes. Empezaban a hacerse amigos cuando el catalán dejó de acudir al Belmont sin avisarle ni dejarle recados con nadie. La siguiente vez que mi abuelo lo vio fue una mañana en las portadas de todos los diarios. Su rostro se tiñó del color de la ceniza cuando leyó que Jacques Mornard en realidad se llamaba Ramón Mercader, que no era hijo de ningún diplomático, sino espía, y que la tarde anterior, a la misma hora en que él lo esperaba en la cantina Belmont, había asesinado a León Trotsky en Coyoacán clavándole un piquete de acero en la cabeza.

En 1951, mi abuelo volvería al Perú definitivamente.

Habían pasado treinta años desde la mañana en que subió a un barco para empezar su destierro. A lo largo de esas décadas solo una vez —en 1937— había podido hacer una breve parada en Lima, con ocasión del centenario del nacimiento de su padre, Luis Benjamín. Después de cien solicitudes burocráticas, el Gobierno de esa época le dejó coordinar las actividades junto a una comisión especialmente encargada, y desde su llegada a la capital se abocó a dicha tarea. Durante esos días agitados, sus hermanos recibieron varias llamadas recriminatorias en las que una voz anónima preguntaba antes de colgar: «¿Por qué hacen tanto ruido para homenajear al hijo negado de un cura?». Un siglo después, el fantasma del clérigo Gregorio Cartagena aún se daba maña para incordiar a los Cisneros, resucitar páginas funestas que ellos ya creían olvidadas y recordarles que el apellido paterno que llevaban era una sustitución, no una herencia.

Mientras Fernán vivió en México como embajador, en una casa colocada sobre las tupidas colinas de Chapultepec, recibió la visita de sus hijas mayores, Rosaura y Magdalena, que pasaron allí una temporada acompañándolo. Por su parte, los varones Cisneros Caicedo —Fortunato, Sarino y Benito— no se movieron de Lima, donde aceptaban los empleos que podían. Mi abuela Esperanza, por su parte, continuaba en Buenos Aires, ahora en la calle Serrano, cocinando para el vecindario, haciendo trueques cuando se quedaba sin monedas para el diario, sembrando tréboles, lirios, begonias en macetitas de barro, y esperando que sus últimos hijos terminaran el colegio.

Hasta ese momento el contacto entre ambas familias se limitaba a una intempestiva visita nocturna que Sarino había hecho años atrás a la casa de

Boyacá, cuando trabajaba como secretario de Fernán. Aquella noche, después de mucho persistir, Sarino convenció a su padre de que lo dejase subir cinco minutos a la casa «donde vivían los otros». Así fue como conoció a Esperanza —a quien siempre se referiría como «la amante de papá»— y a sus hermanos menores, que se quedaron mirándolo como si fuese un señor cualquiera, sin imaginar que compartían la misma sangre.

Pasó mucho tiempo antes de que ambas familias se encontraran de nuevo. Un día de mayo de 1942, Benito, el menor de los Cisneros Caicedo, sintió una necesidad perentoria, tal vez biológica, de tender un puente hacia esa isla neblinosa que componían sus hermanos pequeños allá en Argentina y, sin consultarle a su padre ni a sus hermanos mayores, se encerró en su oficina del Banco Agrícola para escribirle una carta a Juvenal, su hermanastro más contemporáneo. Había escuchado que pronto viajaría al Perú y quería ganarse su amistad antes de que los sentimientos entre ambas familias, todavía genuinos debido a las mediaciones de Fernán, comenzaran a tornarse artificiales.

Lima, 20 de mayo de 1942

Mi querido Juvenal:

Tú a los veintidós y yo a los veintiséis, vamos a darnos nuestro primer abrazo. Que sea muy fuerte para que nos mantenga unidos.

Soy tu hermano Benito, que quiere llegar a tu cariño así, de improviso, con el corazón abierto. Seguramente ambos nos hemos presentado los pasos sin habernos atrevido a encontrarnos.

Hoy busco resueltamente tu amistad y espero que ella sea por siempre.

Sé de ti que eres bueno. Que tienes lleno de esperanzas el corazón de nuestro papá y que tus estudios llegarán pronto, a costa de tu sacrificio, a darte un título que será la mejor felicidad en la vida de nuestro viejo. Él merecía que al menos uno de nosotros le diera esta satisfacción y me felicito de que seas tú quien la logre. Eso solo ya me hace quererte.

Escríbeme. Ayúdame a acercar nuestras vidas tantos años distantes y háblame de Carlota, Gaucho, Gustavo, Roque, Reynaldo y Adrián. Bésalos a todos en mi nombre silenciosamente.

Mi afecto fraternal espera conmovido tus palabras y tu cariño.

Te abraza muy fuerte,

tu hermano Benito

Cuando terminó de leer la carta, Juvenal rememoró la mañana en que persiguió a su padre y al doblar una esquina lo vio llegar a otra casa y saludar a otros hijos —«¿Sería Benito uno de los que vi?», se preguntaba ahora—, y entendió que, a los veintidós años, su misión no era otra que facilitar la aproximación entre dos clanes de hermanos que hasta ese momento no se conocían. Fue gracias a esa única carta que los hijos mayores y menores de mi abuelo empezaron a construir lo que los hijos mayores y menores de la generación anterior no habían podido: una relación.

Los Cisneros Caicedo y los Cisneros Vizquerra eran hijos del mismo hombre, aunque no del mismo padre. Los mayores habían tenido por progenitor a un Fernán joven, elusivo, metido hasta el cuello en abigarradas salas de redacción, bares, cafés y cuanto laboratorio bohemio existía en la Lima de esa época, un muchacho sin dinero, combativo, que vivía arriesgando el pellejo y que conoció temprano la cárcel y el infierno del destierro. Esos primeros hijos no habían podido surgir ni estudiar carreras de ningún tipo y por eso acabaron abrazando empleos temporales o ejerciendo profesiones para las que no se habían preparado. Sarino y Benito fueron los más aplicados, alcanzaron cierta prosperidad y aseguraron su porvenir. Fortunato no. Él era cansino, estrecho de miras, fiestero e irresponsable, y terminó desempleado y, tal vez por esa misma causa, abandonado por su mujer, provocando a sus padres nada más que mortificaciones.

Con tal experiencia familiar era natural que a Benito, el menor, le pareciera notable que Juvenal concluyera sus estudios y fuese el primero en alcanzar un título académico. Lo que no sabía era que su perseverancia se debía a un íntimo deseo no tanto de satisfacer al padre, sino más bien de superarlo y vencerlo.

A diferencia de los mayores, los Cisneros Vizquerra eran hijos de un Fernán hecho en las pobreza y severidades de la expatriación que luego se convirtió en embajador y asumió poco a poco una posición y un estilo de vida diplomáticos. Su sueldo, aunque siempre quedaba chico, le permitió costear un sinnúmero de gastos y hacer más llevaderos los últimos años de su exilio. Ese Fernán, que además contaba con una cómplice aguerrida en Esperanza, pudo moldear con detenimiento a sus hijos menores, marcándolos y definiendo sus personalidades. Nadie podría decir, sin embargo, que el padre que esos chicos tuvieron fuera un mejor hombre, ya que había abusado en extremo de las mentiras y los fingimientos.

El Fernán joven, vestido con un único traje, un único par de zapatos, el apasionado reportero que se ganaba la vida a razón de treinta o cincuenta libras al mes amortizando innumerables deudas, quizá porque era un hombre pobre e inseguro era también un padre presente, real, de carne y hueso. En cambio, el Fernán mayor, hombre mucho más juicioso, reconocido y refinado, que aprendió a no pasar penurias, que terminó viajando en barcos, que salía en los diarios, que disponía de auto y chófer en Uruguay, México y Brasil, ese señor afianzado y desinhibido que se codeaba con estrellas literarias, era también un padre intermitente, sesudo pero huidizo, que estaba fundamentalmente preocupado por volver al Perú y porque su doble vida familiar no perjudicara su reputación de intelectual decente y rectilíneo.

Así fue como los hijos Cisneros, los mayores y menores, terminaron por compartir a Fernán. Se sabían hermanos de sangre, pero también se sentían hijos de un padre con dos caras que, por mucho que lo intentó, no pudo ni debió representar lo mismo para ninguno de ellos. Cada hijo tuvo un padre particular, cada hijo construyó a su padre con materiales espirituales distintos a los que usaron los demás, y los esfuerzos epistolares de Benito y Juvenal por acercarse eran a la vez tentativas de reunir las porciones dispersas de ese mosaico quebrantado que era mi abuelo.

Digo *mosaico* y pienso de inmediato en esta foto tan extraña y reveladora que mi abuelo se tomó en marzo de 1949, en Nueva York, adonde había acudido para participar en una asamblea de la ONU. En esa foto con fondo negro —por un truco de espejos muy popular en esos años—, Fernán aparece multiplicado alrededor de una mesa ovalada. La imagen es la de cinco Fernán Cisneros en una suerte de junta de directorio. Cinco individuos con la misma cara sentados, meditabundos, mirándose entre sí como socios o contertulios. Cinco prolongaciones del mismo ser. Cada uno parece encarnar una faceta de mi abuelo: el periodista, el diplomático, el embajador, el poeta, el bígamo. Qué decisiones estarían negociando. Miro ahora la fotografía e imagino que quizá en nuestro cerebro ocurre algo así: un grupo de sujetos se sienta diariamente a debatir cuál de ellos usurpará o dirigirá, durante las siguientes veinticuatro horas o por un tiempo más prudencial, la personalidad del hombre que los aloja en su cabeza. ¿Eso somos finalmente? ¿Una sucesión de criaturas con la misma fachada? ¿Un manojito de personajes, cada uno fraguado en su propio compartimento? ¿La suma o más bien la intersección de un número indeterminado de alter ego? Qué confusa e hipnótica me resultaba esa

fotografía cada vez que la veía en una credencia de la misteriosa casa de La Paz.

Mi abuelo copiado y repetido.

Todos eran el mismo. Idénticos pero distintos.

Hasta hoy no sé cuál de los cinco era el modelo original.

Fernán murió de un infarto el 17 de marzo de 1954.

Se encontraba en casa del director de *La Prensa* planeando su regreso al periódico con una columna de características que estaban por definirse. También los acompañaba un alto ejecutivo del diario.

De repente, en medio de las negociaciones, Fernán sintió un ardor en el pecho seguido de una notoria dificultad para respirar y una creciente parálisis en el brazo derecho. El director le preguntó dos veces qué le sucedía y lo vio tan desencajado que solo atinó a recostarlo en el suelo, mientras el otro señor salía a la calle a llamar a un vecino cardiólogo de apellido Ferradas. La rápida reacción no sería suficiente.

Cuando el médico llegó, el corazón de mi abuelo, imagino sobresaltado por la acumulación de años de persecuciones y episodios fatídicos, y por los muchos secretos que había evitado confesar, hacía varios minutos que había reventado.

Lima, 2014

Cuando era más joven e ignorante solía ufanarme de mi primer apellido. Si de adolescente había porfiado en criticar silenciosamente a mi familia paterna, después, ya encariñado con su idiosincrasia jaranera y su cortesanía mirafloresina, dejé de lado los reproches iniciales, olvidé (o quise olvidar) los enigmas y me abandoné al encanto de sus tradiciones y anécdotas hasta volverme su difusor más entusiasta.

En las reuniones de los Cisneros era yo quien promovía que entonáramos juntos las canciones de infancia de mis tíos, los tangos de su juventud, las zarzuelas, los himnos militares, los versos del abuelo que ellos mismos habían musicalizado, los boleros en portugués que cantaban con los ojos cerrados, como añorando una vida anterior.

Creía conocer la historia de mi apellido y me aferraba a ella como a un cordón umbilical. Ese pavoneo, ahora lo sé, era una manera de disimular mi inseguridad, pero entonces no lo veía así y se me hizo muy cómodo ponerme del lado de quienes defendían a ultranza las bondades y pergaminos de eso que llamábamos «linaje».

A diferencia de mi apellido materno —hacia el que nunca volqué mi interés investigativo—, veía el paterno como un emblema. Mis antepasados habían sabido pasearlo por las grandes ciudades del mundo dotándolo de prestancia, distinción, sustrato intelectual y patriotismo. Además, estaba el factor Buenos Aires: todo lo que mi abuelo, mi padre y mis tíos habían vivido allí me hacía creer que yo, por extensión arbitraria, también tenía un cariz argentino, lo cual me daba, a los veinte años, unas estúpidas ínfulas de superioridad.

Recuerdo con claridad el viaje que hice a España con el único deseo de llegar hasta el pueblo llamado Cisneros, ubicado en Palencia, a trescientos kilómetros de Madrid, lugar que tenía tasado como epicentro de mi apellido; anterior al municipio colombiano de Cisneros, habitado antiguamente por indígenas tahamíes, y a la Villa Cisneros, ciudad del Sáhara Occidental levantada bajo soberanía española pero controlada por Marruecos.

Aún están fijos en mi memoria los pastizales amarillos de la carretera de acceso al pueblo, las callejuelas semidesiertas de su centro y el estanque de su plaza, ubicado al pie de dos cisnes de piedra. Cuántas veces había escuchado decir que nuestro apellido era, por toponimia, un equivalente al nombre de esas aves —«Cisneros: el lugar donde habitan los cisnes»—, y que así se referían a mi bisabuelo algunos amigos suyos porque era callado, atildado y pretencioso: «Tú, Cisne inmortal, seguirás cantando siempre», dijo alguien en su entierro.

Al entrar en el pueblo de Cisneros, una pareja de ancianos, Maruja y Manolo, como si no hubiesen visto un turista en años, se apresuraron a saludarme, darme un paseo y mostrarme la cúpula y demás interiores de la poco iluminada iglesia de San Facundo y San Primitivo, sus patronos. Fueron ellos —los ancianos, no los santos— quienes refirieron la historia traumática de una mujer que murió en medio de una procesión después de que le cayera encima el badajo de la campana del templo, y luego contaron hasta la saciedad que allí, entre esas manzanas, en una de esas casas, había nacido el famoso cardenal Cisneros, tesis que minutos después objetó el sacristán, que apareció de la nada y acabó con esos cuentos.

Recuerdo ese viaje y me veo a mí mismo caminar por la calle de la Cruz, y luego entrar a un café —el único café— repleto de mesas ocupadas por octogenarios que comen lentejas y reparten cartas para disputar una partida de algo que el barman describe como «tute». Me veo lidiar con un borracho esperpéntico —el único borracho— fuera del bar Las Acacias; seguir una corrida de toros en el monitor de la carnicería July, y devolver de una suave patada la pelota con que unos niños —los únicos niños— animan una competición por penaltis en la pared sucia de una casa señorial.

Volví de esa excursión sintiéndome hondamente Cisneros, y a partir de allí asumí mi apellido ya no solo como un emblema, sino como un legado honorífico, legado que en un país como el Perú —por centurias dividido en

castas, jerarquías y clanes, marcado por la discriminación social, donde los apellidos muchas veces son salvoconductos o cartas de garantía, pero también maldiciones y condenas que acaban decidiendo anticipadamente la suerte y el destino de las personas— tarde o temprano me ofrecería ciertas prerrogativas. Un apellido como el mío, pensaba en esa época, asociado a un conjunto de virtudes sociales, académicas, literarias y políticas —aun cuando muchos de sus beneficiarios hubiesen caído en indigencia económica, declive moral o cualquier otro tipo de decadencia— seguiría siendo una ventaja. Ventaja burda, vergonzante, patética, injusta, pero eficaz.

Sentía tener con mi familia un pacto sanguíneo imperecedero. Una alianza como la que tienen los ejércitos. Una soldadura indestructible. Y lo sentí hasta que supe que éramos Cisneros por error, negligencia o cobardía, y que debíamos apellidarnos Cartagena, igual que el tal Gregorio, mi tatarabuelo, el hombre que fundó nuestra estirpe en voz baja junto con Nicolasa Cisneros y que luego fue negado unánimemente por sus hijos, y también por los hijos de sus hijos y luego por los hijos de estos hasta ser anulado, como si no hubiese existido, como si no fuera él la semilla, la matriz, la espina dorsal.

Al enterarme de que mi apellido paterno era originalmente otro sentí un desfase, una sacudida. Como si durante todos los años previos hubiese venerado al patriarca incorrecto y seguido las premisas equivocadas. Los hombres probos e intachables a los que había admirado desde que tuve consciencia, los que eran carne de mi carne, quedaron repentinamente desdibujados, reducidos a sujetos medrosos, vulgares e inconsecuentes. La vieja claridad se llenó de turbidez. La arcilla se volvió costra. El tejido general se descosió dejando ver sus hilos.

Sin embargo, algo afloró de toda aquella confusión. Al inicio me sorprendió que aquellos hallazgos pasaran desapercibidos o resultaran incluso irrelevantes para los demás. Luego dejó de importarme. Me bastaba con saber que mi apellido era una impostura para replantear mis propias nociones de «familia» e «identidad» y echar una nueva mirada en torno a mi pasado. Eran días en que las preguntas manaban en cascada. ¿Qué otras cosas serían falsas? ¿Qué otras mentiras habríamos hecho nuestras? ¿Quiénes éramos? ¿De dónde veníamos? ¿Quién era ese tal Cartagena? ¿Qué oficio tenía? ¿Por qué no dejó que su apellido se perpetuara? ¿Por qué nadie se sentía orgulloso de ser su descendiente?

Me produjo tanta ansiedad dismantelar la historia oculta de mis ancestros que no quise posponer más la investigación y me empeciné en detectar el

germen del «error». Sentía que actuaba ya no por capricho o voluntad, sino por una especie de mandato al que alguien me hubiese predestinado. Y así como antes había exhumado a mi padre para escribir una novela acerca de él o de mi relación con él, me obligué a repetir la operación con los hombres anteriores a mi padre, tratando de propiciar algo así como un careo póstumo entre ellos a ver si se ponían de acuerdo en algo.

Escarbé por encima y debajo de lo permitido, hurgando en huecos e intersticios sin tener idea de dónde desembocarían mis pesquisas. Solo después de remover los engranajes más oxidados, descubrí aquello que las generaciones anteriores habían considerado una «mancha», una «suciedad» que menoscababa el prestigio familiar: todos descendíamos de un cura.

Nada menos que de un cura.

Las evidencias, irónicamente, sobrevivían gracias a los descuidos y susurros de quienes habían pretendido corregir la raíz ancestral borrándola.

Para entonces ya no me importaba si mi búsqueda era vista como indiscreción, desobediencia o sabotaje. Ni si los sectores más conservadores de mi parentela me tenían por desmandado, cretino o traidor. Las discordias y reproches eran lo de menos. Más deleznable me parecía tener la información y no hacer nada con ella. Mi indagación podía ser todo lo errática y deplorable que quisieran, pero apuntaba a un objetivo legítimo al menos para mí: precisar mi origen lo más fielmente posible y, con eso, desmentir las historias incompletas que todos dábamos por ciertas —que me habían sido transmitidas y que yo mismo me había acostumbrado a divulgar— y poder distorsionarlas en adelante si se me antojaba, pero con pleno conocimiento de causa.

Además, qué tanto podía molestarles mi investigación si ya no quedaba nada de la antigua mística familiar, si ya no éramos los de antes. Todas las tradiciones que nos definían y antaño sonaban eternas o inmortales habían ido caducando con la muerte paulatina de los hombres y mujeres más antiguos, los que sabían de memoria las historias, las canciones, los poemas, las anécdotas, las verdades. La abuela Esperanza. La tía Agripina. El tío Juvenal. El tío Adrián. Mi padre, el Gaucho. Los que no se habían muerto estaban por morir o andaban muy aburridos para vivir o muy débiles para recordar. Ni siquiera teníamos la gran casa de La Paz disponible para cobijarnos como antes. También ese reino se había vuelto un limbo. Ahora cada uno se juntaba por su parte, en pisos alquilados o residencias venidas a menos, para hablar con mezquindad de unos y otros. O tal vez ni siquiera eso.

Lo cierto es que aquella entrañable unión de clan se había diluido de golpe, como un gran edificio que colapsa y en cuestión de segundos desaparece del paisaje dejando un agujero en la tierra. Qué tanto podía molestarles, pues, que yo me aviniera a curiosear, a averiguar, a remover los escombros.

Ignoro el día puntual en que supe de la existencia del controvertido Gregorio Cartagena y del afantasmado *Roberto Benjamín*, pero sé que ese día nunca acabó, que se quedó en mí. Hay días así, días decisivos, que no se van, que no logran convertirse en recuerdo. Por mucho tiempo que pase por encima, su impacto no termina de difuminarse. Son días que modifican nuestra experiencia del mundo. Días que se adhieren a nuestras fibras y carácter. Que perduran no como esquirlas, resonancias ni ecos, sino como un trozo de vidrio clavado en la médula.

No creo haberme desilusionado al saber de Gregorio, sino más bien fascinado con la revelación de su amor prohibido con Nicolasa Cisneros, y con la implicación de todo ello en mi biografía y en la constitución emocional que me es innata. Se me hizo imposible, por ejemplo, no relacionar esos descubrimientos con el vivo interés que en los últimos años de secundaria había tenido hacia el sacerdocio; un interés que con los años desvaloricé tildándolo de «insignificante», pero que ahora —ante la noticia de haber tenido a un clérigo como predecesor— ya no se me presentaba como una confusión juvenil cualquiera, sino como un remanente atávico y verosímil, un latido en mí de la vocación que se empeñó en defender mi tatarabuelo Gregorio.

Tampoco pude dejar de pensar en la gran culpa que desde siempre me habían producido los pecados, incluso los veniales, los más insignificantes, llevándome a mantener durante años, frente a cualquier persona que encarnase autoridad, una infinita espiral de mentiras flagrantes, confesiones a medias y falsos arrepentimientos. Era tal mi debilidad que cada vez que iba a misa, al momento de rezar el «Yo, pecador», cerraba los ojos y pedía por mi salvación con un miedo y una necesidad que, ahora entendía, venían desde muy atrás.

Hoy sé que Cartagena es mi apellido genético y hereditario. Mi apellido escamoteado y sustituido. Soy Cartagena desde la génesis de esta historia, aunque me hayan dicho y yo mismo me haya convencido de que debo vivir enarbolando otro nombre. Un nombre que siento propio, pero que no es el mío.

Una mañana vi en la primera plana de un diario que colgaba de un quiosco dos informaciones que parecían salidas de mi prehistoria familiar. Una, datada en Huánuco, hacía referencia a la ruptura de un puente que conducía a Huacaybamba y que había dejado a esa precaria localidad en un aislamiento semejante al de 1828, la época en que empezó la historia de mi tatarabuela Nicolasa con el cura. La otra era aún más difícil de creer: en una provincia de Arequipa, un párroco de apellido Cartagena había sido fotografiado con una muchacha a la salida de un hotel. Leer de un tirón, en una misma página, en letras de gran tamaño, las palabras «Huacaybamba», «sacerdote», «Cartagena» y «mujer» me hizo volar en un mareo. Se trataba naturalmente de una coincidencia, pero por un momento tuve la seguridad de que habían sido transferidos a la realidad eventos que hacía poco había desenterrado sin terminar de digerir. Era como si una parte de este libro se hubiera prolongado en la vida real, como si estuviese sucediendo en paralelo a su escritura.

Ahí fue cuando me implanté la necesidad de buscar nuevamente a mi tatarabuelo, es decir, sus restos. No quería ver sus huesos en el Presbítero Maestro, sino algún retrato suyo. Pensaba que en alguna parte debía existir una imagen fidedigna de Gregorio, y sentía que no estaría del todo tranquilo mientras no la viera. Con el tío Gustavo había buscado en los numerosos niveles de la Biblioteca Nacional, en las recámaras de la Sociedad de la Independencia, en los pasillos del arzobispado, en los archivos fotográficos más arcaicos y hasta en la trastienda de las principales iglesias de Huánuco, pero algo me decía que, si insistía una vez más en el colegio de Huácar que lleva su nombre, podría obtener una nueva pista.

Viajé solo y al salir del aeropuerto abordé un bus que me dejó en la entrada de la provincia de Ambo. Caminé hasta el aletargado distrito de Huácar y una vez allí crucé casi por inercia el revuelo del Mercado Central. En las afueras de ese mercado, cada lunes, los campesinos montan una feria para vender los productos de sus granjas. Ese día era lunes, así que allí estaba toreando a un aluvión de mototaxis que no dejaban de rugir, viendo a lo lejos una noria o rueda de Chicago que se levantaba solitaria, incongruente, entre decenas de puestitos y carretillas donde los pobladores —en su mayoría mujeres entre cuarenta y sesenta años, vestidas con chompas y polleras— exponían al público sus mercancías: legumbres, tubérculos, maíces, habas tostadas, frutas redondas, jugos cítricos, calabazas, cuyes, perdices, carneros lanudos amarrados de las patas, listos para el sacrificio. De fondo, unos

altavoces expulsaban a todo volumen la música afligida de unos huaynos que hablaban de desarraigo y desamor.

Caminé cinco manzanas terrosas hasta dar con el centro secundario del cruce Comercio, ubicado en los alrededores de la plaza Central: el colegio Gregorio Cartagena, el de los tres pabellones y los doscientos alumnos y las aulas marchitas pero orgullosas. Aún llegaba el rumor de las quenás y charangos del mercado.

Esta vez había más movimiento en el centro escolar. A diferencia de la visita anterior, ahora sí encontré al director detrás de un escritorio desvencijado. Imposible olvidar su nombre: Silverio Serrano. Un hombre mayor, achacoso, embutido en una pequeña chaqueta sin planchar cuyas mangas se retiraban hasta los codos cada vez que hablaba moviendo los brazos. Al lado de su oficina, colgada de una viga, destacaba una campana de hierro que, según me indicaron, servía para notificar las asambleas, convocar las misas, «anunciar» los temblores, dar por iniciados y concluidos los recreos.

Don Silverio me hizo pasar y, cuando oyó de mi boca la historia del sacerdote que le daba nombre al colegio que él dirigía desde hacía veinte años, se quedó pálido. Tenía tantas ganas de saber más y de mantener aquella conversación en un clima de confidencialidad que se puso de pie, cerró la puerta y aseguró el pestillo, dejando fuera a un grupo de maestros que iba a verlo con una serie de urgencias que discutir. Entonces me confesó que el dato de los hijos de Cartagena resultaba completamente nuevo para él.

—¿Y eran siete los bastardos? —me preguntó, entre incrédulo y divertido, pasándose una mano por el cabello teñido.

Para saciar su curiosidad, le conté detalles de la juventud del cura, de las denuncias en su contra en sus años de subdiácono, de cómo su apellido se había quedado estancado en el tiempo, convirtiéndose en una sombra onerosa o más bien en un grillete para mi bisabuelo, sus hermanos y los que vinimos después.

—Lamentablemente —le informé—, no hay una sola pintura que me ayude a saber cómo era.

Algo se encendió de pronto en los ojos risueños de aquel hombre taciturno.

—Tienes suerte —me dijo—, aquí tengo guardado un pequeño óleo. No tienes idea de lo mucho que hice para conseguirlo.

Don Silverio comentó que lo había encontrado refundido en unos baúles tétricos del colegio de Ciencias y que tuvo que suplicarle de rodillas al director que le concediera esa imagen pues, de otro modo, se hubiese perdido para siempre.

Mientras escuchaba no sus palabras sino el eco de sus palabras, sentía mi estómago volcarse. El director se levantó y, corcovado como era, se dirigió hacia un mueble empotrado en el muro mayor. Arrastraba los pies tanto que sus pasos dieron la impresión de durar horas. Me pregunté si aquello estaba realmente sucediendo. Ocho años después de haber removido los cimientos del secreto familiar por fin podría «conocer» a mi tatarabuelo. En pocos segundos, don Silverio se volvió mostrándome el cuadro. Una pintura de treinta por veinte centímetros a cuyos pies figuraba la siguiente leyenda:

Dr. Gregorio Cartagena, párroco de Huácar, diputado por Huánuco. Gestor de la creación del colegio de Ciencias y su primer rector en 1829.

Allí estaba, mirándome, con su levita negra, el siempre huidizo Cartagena. Por una vez daba la cara. El rostro ovalado y blanquecino. Los rasgos adustos. La expresión intemporal. La frente vasta como una ensenada. Las orejas y labios tan parecidos a los de mi abuelo, los de mi padre y mis tíos Cisneros. Si el cuadro databa de 1829, Cartagena, deduje, tenía cuarenta y un años en el momento de ser retratado. Hacía cinco que conocía a Nicolasa y hacía solo uno que era padre de Juan. Cogí el cuadro con firmeza y vi o creí ver en el semblante dibujado de Gregorio algún residuo de sus varios y silenciosos contratiempos. Me detuve en las sombras de sus ojos, sus pómulos puntiagudos, el arco de su boca, su mentón sin hendidura, la temprana calvicie que no heredarían sus hijos pero sí sus nietos.

«Con él empezó todo», pensé, y de repente estuve seguro de que liberarlo de ese escondite era una forma de desagraciarlo. Don Silverio pareció leer mis pensamientos porque a continuación, sin titubeos, dijo exactamente las palabras que deseaba escuchar:

—Llévatelo. A mí ya no me sirve.

Horas más tarde subí al avión llevando el retrato en una bolsa que acomodé a mis pies antes de despegar. Durante el vuelo, de vez en cuando echaba una mirada para verificar que el cura *siguiera* allí, y sonreía al imaginar la sorpresa catatónica que se llevaría mi tío Gustavo cuando lo viese.

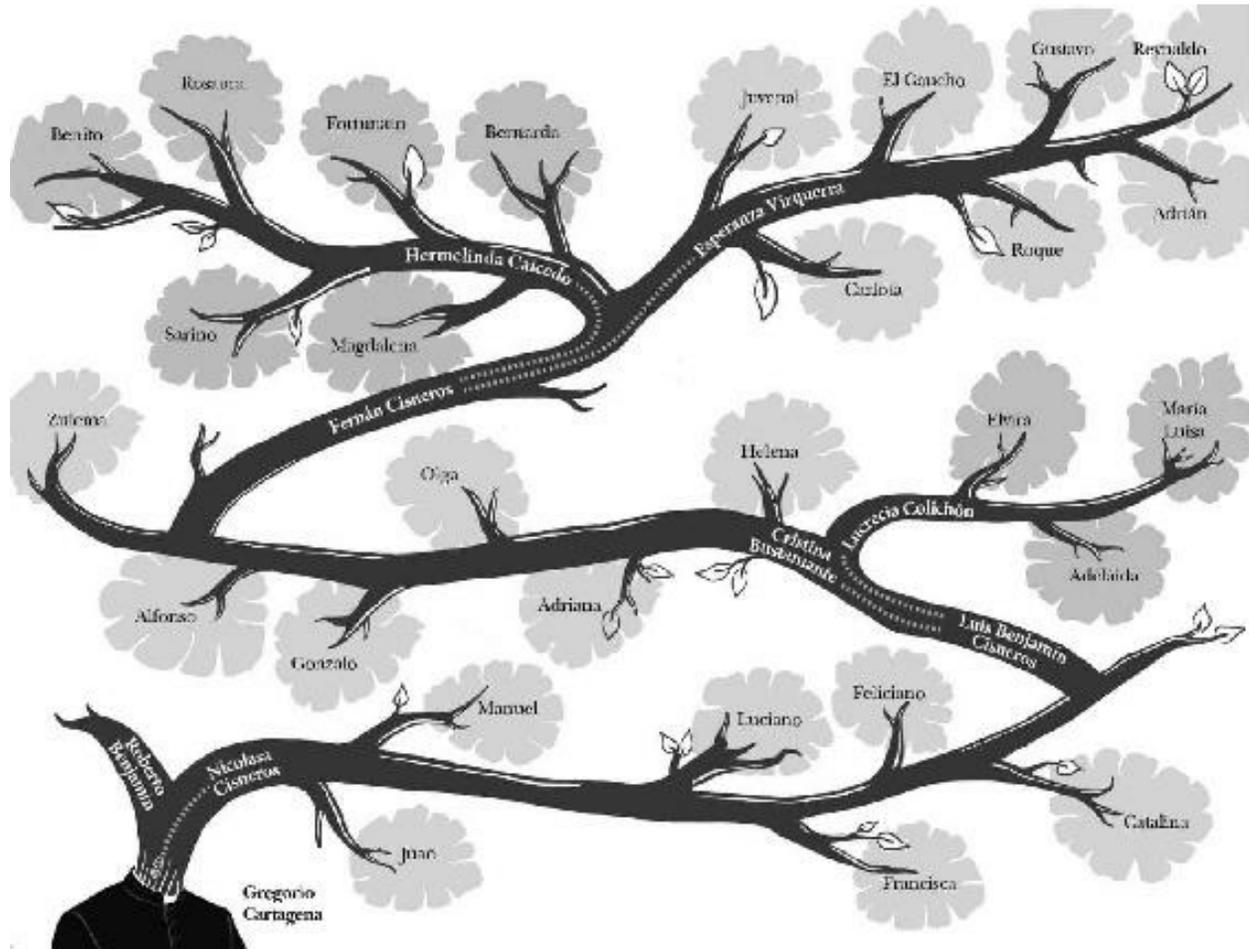
«Se acabó el misterio», murmuré para nadie.

Después de tantas exploraciones tenía entre mis manos la ansiada primera piedra de una construcción ya derruida y, precisamente por derruida, restaurada. Podía apreciar al fin la morfología de esa piedra y medir su valor: ya no me era inalcanzable ni ajena.

Me invadió entonces un sentimiento estéril. De triunfo y derrota simultáneos. Pensé en la gente de Huácar, en las historias de Cartagena, las invenciones de Nicolasa, las tumbas contiguas en el cementerio, el enojo del general Pedro Cisneros al saber la verdad. Pensé en las pobrezaas que vivió Luis Benjamín, la doble vida de Fernán, los silencios de mi padre, y me pregunté por qué todo eso aún me fascinaba y me dolía.

Y cuando más tarde observé por la ventanilla y divisé la ciudad de Lima al borde del océano, y miré el mar sucio atajado por la costa, y las casas y edificios alternándose de cualquier manera sobre la línea gris de los acantilados, sentí o supe que esa sería la última frontera que me tocaría trasponer en mucho tiempo.

ÁRBOL GENEALÓGICO



NOTA FINAL

No podría haber escrito esta novela sin el testimonio, orientación y consejo de Gonzalo Cisneros Vizquerra. Igual de invaluable ha sido la ayuda de Renato Cisneros Vizquerra, Carola Cisneros Vizquerra, Luis Fernán Cisneros Ferreyros, como la de mis amigos Laura Gutiérrez Arbulú, Rodolfo Tello Carranza, Jerónimo Pimentel Prieto y Eugenio Calmet Bohme.

A todos ellos, mi agradecimiento más sincero.

Dejarás la tierra

Renato Cisneros

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la ilustración de la portada, Amy Weiss / Trevillion Images

© Renato Cisneros, 2017

© Editorial Planeta Perú, S. A. – Lima, Perú, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2018

ISBN: 978-84-08-19655-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!

NARRATIVA
CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!

